

Juan José Saer

Glosa



¿Qué fue lo que realmente sucedió esa noche en la fiesta donde se festejó al poeta Jorge Washington Noriega? En una caminata por el centro de la ciudad, Ángel Leto y el Matemático reconstruyen esa fiesta en la que no estuvieron pero que conocen bien: circulan distintas versiones, todas enigmáticas y un poco delirantes, que son revisadas y vueltas a contar y discutidas o rectificadas.

Lectulandia

Juan José Saer

Glosa

ePub r1.2

Titivillus 20.03.15

Juan José Saer, 1985

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: r1.1 Stonian

Corrección de erratas: r1.2 el_buitre

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Michel, Patrick, Pierre Gilles,
que practican tres ciencias verdaderas,
la gramática, la homeopatía, la administración,
el autor les dedica, por las sobremesas de los domingos,
esta comedia:

but then time is your misfortune father said.

*En uno que se moría mi propia muerte no vi,
pero en fiebre y geometría se me fue pasando el día
y ahora me velan a mí.*

Las primeras siete cuadras

Es, si se quiere, octubre, octubre o noviembre, del sesenta o del sesenta y uno, octubre tal vez, el catorce o el dieciséis, o el veintidós o el veintitrés tal vez, el veintitrés de octubre de mil novecientos sesenta y uno pongamos —qué más da.

Leto —Ángel Leto, ¿no?—, Leto, decía, ha bajado, hace unos segundos, del colectivo, en la esquina del bulevar, muchas cuadras antes de donde lo hace por lo general, movido por las ganas repentinas de caminar, de atravesar a pie San Martín, la calle principal, y de dejarse envolver por la mañana soleada en lugar de encerrarse en el entrepiso sombrío de uno de esos negocios a los que, desde hace algunos meses, les viene llevando, con paciencia pero sin entusiasmo, los libros de contabilidad.

Ha, entonces, bajado, no sin entrechocarse en su apuro con algunos pasajeros que trataban de subir, generando en ellos una ola efímera de protestas indecisas, ha esperado que el colectivo azul arranque y, metálico, atraviese el bulevar en dirección al centro, ha cruzado, atento, las dos manos del bulevar separadas por el cantero central, mitad jardín y mitad embaldosado, sorteando los coches que corrían, plácidos y calientes, en ambas direcciones, ha llegado a la vereda opuesta, ha comprado en el quiosco de cigarrillos un paquete de Particulares y una caja de fósforos que se ha guardado en los bolsillos de su camisa de mangas cortas, ha recorrido los pocos metros que lo separaban de la esquina, a la que ahora acaba de llegar, doblando y comenzando, de cara al Sur, en la vereda Este, es decir, a esa hora, la de la sombra, a caminar por San Martín o sea la calle principal, las dos veredas paralelas que, a medida que van llegando al centro, se van abarrotando de negocios, casas de discos, zapaterías, tiendas, sederías, confiterías, librerías, bancos, perfumerías, joyerías, iglesias, galerías, cigarrerías, y que, en los dos extremos, cuando el grumo de negocios se adelgaza y por fin se diluye, exhibe las fachadas pretenciosas y elegantes, incluso, algunas, por qué no, de las casas residenciales, no pocas de las cuales se ornan, a un costado de la puerta de entrada, con las chapas de bronce que anuncian la profesión de sus ocupantes, médicos, abogados, escribanos, ingenieros, arquitectos, otorrinolaringólogos, radiólogos, odontólogos, contadores públicos, bioquímicos, rematadores —en una palabra, en fin, o en dos mejor, para ser más exactos, todo eso.

El hombre que se levanta a la mañana, que se da una ducha, que desayuna y sale, después, al sol del centro, viene, sin duda, de más lejos que su cama, y de una oscuridad más grande y más espesa que la de su dormitorio: nada ni nadie en el mundo podría decir por qué Leto, esta mañana, en lugar de ir, como todos los días, a su trabajo, está ahora caminando, indolente y tranquilo, bajo los árboles que refuerzan la sombra de la hilera de casas, por San Martín hacia el Sur. *Él, que ha sufrido tanto*, ha dicho, durante el desayuno, antes de irse a su vez para el trabajo, Isabel, su madre, y después, al quedarse solo, Leto ha agarrado su segunda taza de café y ha ido a tomársela al patio trasero. Ese, *Él, que sufrió tanto*, se ha borrado ya de sus representaciones, mientras se pasea por el patio florecido y exiguo, en cuyos rincones

de sombra, pasto y plantas, macetas y canteros han seguido manteniendo la humedad del sereno, pero la totalidad de su cuerpo y sus prolongaciones impalpables conservan todavía la repercusión frágil y distraída. Es tal vez la sombra húmeda y reconcentrada que persiste al pie de las casas, en la calle principal, o esa mezcla de humedad y brillantez que muestra la fronda en primavera y que es visible en algunos jardines delanteros, lo que le hace presente otra vez a Leto la expresión de su madre, en su doble acepción de cara y de frase hecha. La humedad matinal que dura en el ardor creciente pero mitigado lo absorbe, por asociación, en la imagen persistente y bien recortada, aunque extraña lo mismo que familiar, de su madre que, al darse vuelta desde las hornallas de la cocina a gas, trayendo la cafetera humeante en la mano, ha proferido en voz baja y pensativa, como para sí misma, sin la menor relación con lo que venía diciendo un poco antes, esa frase: *él, que sufrió tanto*. En la penumbra matinal de la cocina, las llamas azules del gas, reunidas en coronas parejas y circulares, siguen ardiendo a sus espaldas después que ella ha retirado el café, la leche, el agua, las tostadas, y se vuelve hacia la mesa con la cafetera humeante. Para Leto, la frase que acaba de resonar y de disiparse en la cocina tiene la ambigüedad característica de muchas de las afirmaciones de su madre, de modo que le resulta difícil darse cuenta de su sentido exacto; y cuando alza la cabeza, venciendo el pudor y tal vez la vergüenza, y se pone a escrutar la expresión de Isabel, sus sospechas de que esa ambigüedad es deliberada no hacen más que aumentar, ya que, contra el fondo de llamas azules, el cuerpo ya un poco espeso de Isabel avanza mudo, y los ojos bajos, que evitan su mirada, desarmen toda indagación. Ha dejado caer, inesperada, su frase en la cocina, en medio del intercambio mecánico del desayuno, en el que las frases, dichas para ostentar, por cortesía, una presencia dudosa, no tienen más significado ni más extensión que el sonido de platos y cubiertos al entrechocarse. Y Leto se ha puesto a pensar, mientras toma el primer trago de café negro y la ve sentarse, vagamente, del otro lado de la mesa: «Es, sin duda, la esperanza de borrar la humillación lo que la hace pretender que él ha sufrido tanto»; pero, y la cabeza de Leto se levanta otra vez y los ojos se clavan en el rostro ya un poco espeso, aunque infantil todavía, que, bajando los párpados, no deja pasar nada al exterior: «¿Lo sabe?, ¿se da cuenta?, ¿me está sondeando?, ¿me pone a prueba?». Lo más difícil, sin embargo, es, por lejos, saber qué contestar; Leto estaría dispuesto, gentil, y, sobre todo, aliviado, a dar la respuesta que ella espera, si, desde luego, le fuese posible conocerla, pero, con una exigencia desesperada, ella pareciera querer que, por sí solo, él la adivine, y no le presta, por lo tanto, ninguna ayuda. Leto busca, vacila; y después, inseguro, aunque no sin cierto rencor, como reacciona ante todas las frases de esa clase, no dice nada. Sigue un silencio algo hosco, molesto para ambos, en el que hay tal vez decepción y no poco alivio, y que Isabel quiebra vaciando de un trago su taza de café con leche y masticando, ruidosa, su última tostada, y después vuelven las frases opacas y habituales a las que únicamente la entonación podría dotar de ambigüedad pero que salen de entre los dientes neutras y distraídas. También esas

frases vienen, sin duda, de más lejos, más atrás, que la lengua, las cuerdas vocales, los pulmones, el cerebro, el aliento, del otro lado del depósito de experiencia nombrada y acumulada, del que, con manotazos de ciego, aunque creyendo sopesar, cada uno las retira y las expele. En el silencio que, todavía, viene después, incluso cuando, después de rozarle la mejilla con los labios, cerrando tras de sí, con suavidad, dos o tres puertas, ella ha dejado al irse, antes que él, para su trabajo, su imagen extraña tanto como familiar, ha ido borrándose de sus representaciones para diseminarse más bien por todo su cuerpo, como si, en su ir y venir, la sangre fuese capaz de reducir lo impalpable a su obstinación material, metabolizándolo y distribuyéndolo en células, tejidos, carne, huesos, músculos. Con su segunda taza de café en la mano, mientras observa la humedad del sereno que no se borra en los rincones de sombra, Leto, aunque no su cuerpo, ya se ha olvidado de su madre y es esa misma sombra húmeda que persiste ahora, alrededor de las diez, en la calle principal, y que envuelve su cuerpo como una primera capa transparente de mundo que está a su vez envuelta en la mañana soleada, lo que lo hace volver a recordarla, a proyectarla en la chapita móvil y cambiante de sus representaciones contra la que destella, por momentos, el reflector minúsculo de la atención. A, como se dice, ciencia cierta, la misma razón que impulsa a Isabel a pronunciar sus frases, sorprendentes, y misteriosas, lo ha movido a él, de golpe, a bajarse del colectivo, cruzar el bulevar, comprar los cigarrillos y ponerse a caminar, porque sí, en dirección al Sur.

Cada quince metros, una tipa se levanta en el borde de la vereda, y sus ramas se tocan casi con las de la que, a la misma altura, se alza sobre el borde de la vereda de enfrente. Por entre los espacios que deja el ramaje no demasiado espeso, se divisan porciones de cielo azul, y en la calle y la vereda de enfrente son más los trechos soleados que los espacios de sombra. Pueriles, de todos colores, a velocidad constante, los autos ruedan en ambas direcciones: los que vienen hacia Leto bordeando la vereda por la que él camina en dirección contraria, y los que, justamente, llevan esa dirección, bordeando la vereda de enfrente. Destellos y sombra de hojas y ramas alternan fugaces sobre el cromo de las carrocerías, sobre la chapa pintada y los vidrios, a medida que se desplazan por la calle arbolada. Otros peatones —no muchos, a causa de la lejanía del centro y de la hora también, relativamente temprana— andan, solitarios o en grupos, perdidos en sus pensamientos y en sus conversaciones, por las veredas. Unos treinta metros más de marcha regular, y Leto llegará a la esquina.

Es, como ya sabemos, la mañana: aunque no tenga sentido decirlo, ya que es siempre la misma vez, una vez más el sol, como la tierra, al parecer, gira, ha dado la ilusión de ir subiendo, desde esa dirección a la que se le dice el Este, en la extensión azul que llamamos cielo, y, poco a poco, después del alba, de la aurora, ha llegado a estar lo bastante alto, en la mitad de su ascenso pongamos, como para que, por la intensidad de eso que llamamos luz, llamemos, al estado que resulta, la mañana —

una mañana de primavera en la que, otra vez, aunque, como decíamos, es siempre la misma vez, la temperatura ha ido subiendo, las nubes se han ido disipando, y los árboles que, por alguna razón, habían perdido poco a poco sus hojas, se han puesto a reverdecer, a dar flores otra vez, aunque, como decíamos, es siempre la misma, la única Vez y, como dicen, de equinoccio en solsticio, es la misma, ¿no?, como decía, la llamamos «una», porque nos parece que ha habido muchas, a causa de los cambios que nos parece, a los que damos nombres, percibir—, una mañana de primavera, luminosa, que ha venido formándose desde tres o cuatro días atrás, a partir de las últimas lluvias de septiembre y octubre que han limpiado, en un cielo cada vez más tibio y transparente, los últimos rastros del invierno. Leto no se siente ni mal ni bien: camina olvidado, en la mañana, en el centro de un horizonte material que le manda, en ondas constantes, ruidos, texturas, brillos, olores. Está sumergido en ese horizonte y es, al mismo tiempo, su centro; si, de golpe, desapareciese, el centro cambiaría de lugar.

Es por esa razón, para verificar que él ha sufrido tanto, que unos tres meses antes ella se había descubierto la dureza en el seno derecho: *como una bolillita de paraíso*, se había puesto a temer. Charo, la prima maestra que, a falta de novio o marido ha adquirido, a los cuarenta y cinco años, un saber aproximativo sobre casi todas las enfermedades destinado a paliar las lagunas de alguna otra curiosidad o *sed non satiata*, la había obligado a pedir cita con un especialista —una *eminencia*, había sustantivado, ditirámica, la tía Charo, que no era, en realidad, más que su prima segunda. Leto piensa: «No estuvo mal tampoco cuando se lo dijo a Charo; es como si uno le sugiriera a un proxeneta que le sobran unos pesos y que le gustaría gastárselos en coperas». A causa de sus congresos internacionales, de la cola de postulantes a cancerosos que hojeaban revistas viejas en la sala de espera de su consultorio, y de sus conferencias-cena en el Rotary, el especialista recién la había recibido un mes después: y después de observarla, de palparla, con cuidado y pericia, le había dicho, con jovialidad distraída que, *según su modesta opinión, no había por qué inquietarse, y que un examen más minucioso o una biopsia no se justificaban*. La dureza, *del tamaño de una bolillita de paraíso* según Isabel o *del de una bellota*, según Charo, que, quién sabe por qué razones confusas, y desconocidas para ella, también la había palpado, no delató su presencia para los dedos diestros del especialista que, por más que buscaron y rebuscaron no encontraron ninguna dureza excepcional en los senos por el contrario ya un poco blandos de Isabel —ni en el derecho ni en el izquierdo. El especialista se había ido a sentar ante su escritorio y se había puesto a llenar una ficha, y, mientras se vestía, parada cerca de la camilla, Isabel había comenzado un sondeo lleno de sobreentendidos, al cual el especialista respondía con monosílabos inciertos, cuyo sentido, como el de las manchas de un test psicológico, dependía de lo preexistente en el observador: según Isabel, ya al verla entrar, el especialista le había lanzado miradas significativas, puesto que ella se había anunciado con su apellido de casada, y el caso de su marido, tan reciente, y tan fulminante también, como sucede a

menudo con las personas jóvenes, no debía habersele olvidado. Como al entrar la habían hecho llenar una ficha donde figuraba que había nacido en Rosario y que sin duda él debía haber venido a consultarlo desde Rosario, el especialista no podía no haber establecido la relación. Desde luego, a causa del secreto profesional —*sí, tienen esa deontología*, había corroborado Charo— el especialista no podía reconocer de plano que él había venido a verlo durante sus frecuentes viajes a la ciudad y que, después de examinarlo, le había encontrado ese mal incurable, pero sus respuestas, imprecisas adrede, eran sin embargo lo bastante significativas como para que las últimas dudas que hubiesen podido quedarle se disiparan. «Pero no está muy segura de que le crean porque insiste demasiado», piensa Leto. Esa misma noche había llamado a Rosario para confirmárselo a Lopecito quien, protector y escrupuloso, había interrumpido sus revelaciones con un firme *No gastes. Yo te llamo*, de modo que habían cortado, y un minuto más tarde, cuando el teléfono empezó a sonar desde Rosario, ella descolgó, impaciente y satisfecha, transmitiéndole, con lujo de detalles, la confirmación de sus sospechas que, de un modo discreto pero inequívoco, le había dado el especialista. Lopecito, que desde hacía veinticinco años venía haciéndole, de un modo tácito, la corte, que la había visto casarse con su mejor amigo, y que incluso había sido testigo en la ceremonia civil, que la había visto tener dos pérdidas al segundo o tercer mes antes de quedar por fin embarazada de Leto y traerlo al sol de este mundo, que había sido el confidente impasible de los vaivenes conyugales de marido y mujer y que, el año anterior, la había visto por fin enviudar, quedando en la posición incómoda del eterno pretendiente y del amigo de infancia del marido a quien se le hace por fin el campo orégano, Lopecito, ¿no?, que, entre su corretaje de dos o tres marcas de televisores y su cargo de vocal en la subcomisión de fiestas de Rosario Central, había encontrado tiempo suficiente como para facilitarles la venida desde Rosario sin estar de acuerdo con la decisión, la mudanza, los gastos, los había recomendado a ella como vendedora en una casa de artículos para el hogar y a Leto como tenedor de libros en dos negocios del centro, le había gestionado a ella, gracias a sus relaciones *en plaza*, como él decía, la pensión de su difunto marido, y venía a visitarlos cada quince días desde Rosario, durmiendo en un hotel para que quedara bien claro que no eran ellos quienes ensuciarían la memoria de un ser querido, sentía también la suficiente devoción por Isabel como para aceptar, a pesar de representar ante los ojos del mundo la voz misma de la ponderación, todos sus puntos de vista, su extravagancia discreta, su lucha incesante por contrarrestar la evidencia de las cosas, sus interpretaciones repetitivas de las cuales la tesis del mal incurable «no es», piensa Leto llegando a la esquina, «la menos descabellada».

La esquina, en la que las dos hileras de autos que recorren San Martín en ambas direcciones aminoran, tiene esta particularidad: como la calle transversal corre de Este a Oeste, la sombra de la hilera de casas desaparece, y como no hay nada que intercepte los rayos del sol que brilla en lo alto de la calle, calle y vereda están ahora llenas de luz, en tanto que la sombra de Leto, que ha aparecido de un modo súbito

proyectándose sobre las baldosas grises, tal vez un poco más corta que el cuerpo, se estira ahora hacia el Oeste. Cuando Leto está por bajar de la vereda gris a la calle empedrada, su sombra se quiebra en el filo del cordón y sigue proyectándose sobre los adoquines pares de la calle. La sombra se desliza hacia adelante, un poco oblicua al cuerpo, vuelve a quebrarse contra el filo del cordón en la vereda de enfrente y cuando los zapatos de Leto tocan las baldosas, sigue deslizándose por la vereda hasta que Leto entra en la sombra de la hilera de casas y su propia sombra desaparece. La cuadra está desierta; no abandonada, sino desierta —vacía, sin presencias humanas que, aparte de Leto, y como él sean también el centro de un horizonte que, a medida que se desplazan, van desplazándose con ellas. Después de caminar unos metros bajo los árboles, ve aparecer, de pronto, en la esquina siguiente, un chico en bicicleta que ha doblado desde la transversal, avanzando hacia él por la vereda. Progresa con esa especie de ondulación que tienen las bicicletas cuando no van demasiado rápido, de la que el equilibrio, que el ciclista reconquista a cada pedaleada, no es la consecuencia principal sino la fase pasajera y frágil de un movimiento más amplio y más complejo. El ciclista, de no más de nueve o diez años, las piernas estiradas al máximo para alcanzar los pedales cuando se hallan en la posición más baja de su movimiento circular, se desplaza, a pesar de su lentitud, mucho más rápido que Leto, cuyo paso, ni lento ni rápido, no ha variado desde que atravesó el bulevar y empezó a caminar por San Martín. A medida que va acercándose —su velocidad, aunque constante, como acrecentada por el desplazamiento inverso de Leto—, Leto puede oír, cada vez más nítido, el complejo de ruidos que manda la bicicleta, chirridos metálicos, rumor de gomas contra las baldosas, crujidos y golpeteos de cuero, pedales, rayos, caños, que suenan en un orden invariable y que se repiten periódicos a causa de la uniformidad del movimiento. La bicicleta, pasa, entre Leto y la hilera de casas, y la serie de sonidos, que había alcanzado, al llegar junto a Leto, su intensidad máxima, empieza a decrecer a sus espaldas hasta que por fin deja de oírse. Leto ni se da vuelta y, en rigor de verdad, como se dice, ¿no?, apenas si se han mirado, desplazándose en sentido inverso y llevándose con ellos, en dirección opuesta, cada uno su propio horizonte.

Al oír el segundo chistido, Leto advierte que, distraído, ha oído también el primero y se da vuelta. Los brazos, un poco separados del cuerpo, vienen boyando en el aire, y la cabeza, que se quiere elegante, y sin duda lo es, se bambolea un poco, ya que el Matemático, en la espalda mediterránea que se desplaza varios metros delante de él, ha reconocido a Leto y se ha puesto a chistarle para que pare y lo espere. Al mismo tiempo que lo reconoce, Leto piensa: «Si acaba de doblar, lo que es muy probable, ya que vive en esa calle, debe haberse cruzado recién con la bicicleta puesto que, como no se lo ve, también el ciclista debe haber doblado la esquina». El Matemático, una cabeza más grande que él, lo alcanza y le estrecha la mano. *¿Qué se cuenta?*, dice. Sin mirarlo a los ojos, Leto responde con vaguedad. Y, dice, *aquí andamos*.

El Matemático deja persistir una sonrisa indecisa. A Leto sus mocasines blancos, lo mismo que su bronceado, le parecen prematuros, pero sabe que acaba de volver de Europa, donde ha pasado tres meses recorriendo fábricas, playas, museos y monumentos con el grupo anual de egresados de Ingeniería Química. *Están incontrolables desde que vieron La Dolce Vita*, le ha oído decir a Tomatis, con desdén distraído, la semana anterior. Y ha sido Tomatis, por otra parte, según le ha oído decir Leto ya no sabe a quién, el que ha empezado a llamarlo el Matemático. *No es un mal tipo, no*, dice a menudo, *un poco snob a lo sumo, pero, francamente, no sé qué satisfacción malsana le dan las ciencias exactas. ¿No notaste el tonito con que te habla de la teoría de la relatividad? Ya por su estatura tiene tendencia a mirar el mundo desde arriba pero, digo yo, ¿acaso uno tiene la culpa de que multiplicando la masa de un cuerpo por el cuadrado de la velocidad de la luz se obtenga la energía que daría la desintegración completa de ese cuerpo?* Durante unos segundos, los dos hombres jóvenes, uno bronceado, rubio, alto, vestido todo de blanco, incluso los mocasines que lleva puestos sin medias, corpulento y macizo, el otro más bien flaco, de anteojos, el pelo marrón abundante y bien peinado, la calidad de cuya vestimenta es a simple vista inferior a la del primero, a cincuenta centímetros uno del otro, permanecen silenciosos, sin hosquedad pero sin mucho que decirse tampoco, y sumido cada uno en sus propios pensamientos como en una ciénaga interna que contrasta con el exterior luminoso, de la que les estuviese costando un esfuerzo indescriptible emerger y en la que, por esa tendencia a considerar lo que nos es ajeno a salvo de nuestras imposibilidades, piensan a la vez que el otro nunca se empasta o se empastaría. Sin darse cuenta, Leto, que, no sabiendo qué hacer, lleva la mano al bolsillo de su camisa para sacar los cigarrillos, siente que, por alguna razón, él está excluido de muchos mundos que el Matemático frecuenta, que el Matemático es una especie de ente solar perteneciente a un sistema en el que todo es preciso y luminoso y que él, en cambio, chapotea en una zona viscosa y nocturna, de la que rara vez puede salir, en tanto que el Matemático, a pesar de su cabeza elegante llena de recuerdos recientes y coloridos de Viena, Amsterdam, Cannes, Málaga y Spoleto, siente haber estado desterrado en las tinieblas exteriores durante tres meses y que Leto, Tomatis, Barco, los mellizos Garay y todos los otros, han aprovechado su ausencia para darse la gran vida en la ciudad. Por fin, y concentrándose en el acto de abrir su paquete de cigarrillos, de modo de no verse obligado a alzar la cabeza, Leto murmura: *Y Europa, ¿qué tal?*

—Lamento apelar a un lugar común —dice, orondo, el Matemático—, pero es una vieja madama decadente.

Leto no sospecha que, bajo el desinterés aparente y la estimación generosa respecto de los que no han viajado, el Matemático teme que una apreciación demasiado admirativa lo descalifique. Y lo oye agregar: *Justamente, salgo a distribuir a los diarios el comunicado de prensa de la asociación. Va de cajón que los puteríos no figuran en el balance.* Sin advertir que el Matemático lleva la pipa

apagada aferrándola por el hornillo, en la mano derecha que pende contra la costura del pantalón, y que por eso, con un movimiento de la mano libre, lo rechaza, Leto, después de golpear la base del paquete de cigarrillos para hacer salir tres o cuatro por la abertura que ha practicado en el borde superior, tiende el paquete hacia el Matemático ofreciéndole uno. Para que la razón de su rechazo se haga evidente, el Matemático se lleva la pipa a la boca y la sostiene apretándola entre sus dientes blanquísimos y regulares. «Para seguir tan bronceado y tan saludable», piensa Leto, «al día siguiente de su llegada debe haberse ido a remar». Mientras Leto enciende el cigarrillo, el Matemático, aprovechando su distracción, lo induce, poniéndose en marcha él mismo, a seguir caminando. Avanzan —o sea van pasando—, gracias a la facultad que poseen no se sabe bien por qué, de un punto a otro en el espacio, ganando, por decirlo de algún modo, terreno, aunque esos puntos entre los que se desplazan estén todos, con ellos dos adentro, en cada uno de los puntos, y en todos a la vez, en el mismo lugar. *No, hablando en serio ahora*, dice ahora el Matemático, *es una experiencia que se debe hacer* —y lo que él llama experiencia son esos recuerdos que, aunque frescos y coloridos, no son más accesibles a su propio ser que un paquete de tarjetas postales de Amsterdam, de Viena, de Capri, de Cadaqués, de San Gimignano. Siena es una imagen rojiza, elevada en la bruma caliente del atardecer; París, una lluvia inesperada; Londres, un problema de alojamiento y unos manuscritos en el Museo Británico. Mientras lo escucha, Leto va poniendo imágenes en los nombres que resuenan en la mañana tibia, y esas imágenes, que forma con recuerdos heterogéneos salvados de experiencias dispares y sin relación real con los nombres que escucha, no son ni más ni menos pertinentes y satisfactorias que los recuerdos del Matemático, incapaces de volver más accesible la cosa aun cuando provengan de lo que el Matemático podría llamar su experiencia. Los nombres de ciudades van pasando como adosados a una sierra sin fin o a una calesita, de modo tal que, periódicos, a pesar de las variantes y de las nuevas inclusiones, tarde o temprano los mismos nombres reaparecen en la memoria del Matemático, que los hace resonar para los oídos de Leto como a un instrumento: La Baule, a pesar de que era pleno verano el mar estaba helado; Praga, gran parte de la obra de Kafka se explica cuando uno llega; Brujas, pintaban lo que veían; París, una lluvia inesperada. De pronto, el Matemático, que viene caminando del lado de la pared, da un salto al costado empujando consigo a Leto que, manteniéndose firme, trastabilla un poco pero sigue caminando: como están llegando a la esquina, el Matemático, concentrado en su relato, se ha sobresaltado al ver aparecer, brusco, aunque manteniendo siempre su pedaleo plácido y ondulante, al chico de la bicicleta que, en el tiempo que ellos han puesto para recorrer la cuadra, ha dado la vuelta manzana. Un silencio colérico, un poco ostentoso, interrumpe, después del salto, la ristra de recuerdos del Matemático, que se para y se da vuelta y ve alejarse, por la vereda gris, bajo los árboles, la bicicleta lenta con sus ruidos metálicos, discretos y complicados. Leto, que ha continuado su marcha, le saca algunos pasos de ventaja y se queda a esperarlo, más

allá del borde oblicuo de la sombra de las casas. El Matemático lo alcanza, sonriendo y sacudiendo la cabeza. *Si te atropella*, dice Leto, *te engrasa los pantalones. Lo rompo a patadas*, dice, mostrando con su tono jovial que de ningún modo lo haría, el Matemático. Parece menos un ser de carne y hueso que uno de esos arquetipos que aparecen en los afiches publicitarios, de los que toda contingencia inherente a lo humano ha desaparecido. Su aspecto físico, perfeccionado por el bronceado europeo y por la blancura de su vestimenta, no es otra cosa que la consecuencia de sus perfecciones biográficas: a pesar de haber sido una de las estrellas del equipo de *rugby* del club Universitario tiene, según la expresión de Tomatis, *algo un poco más denso en la cabeza que lo que suelen tener adentro, una vez infladas, las pelotas de rugby*. Aun cuando no pocas hectáreas en el Norte de la provincia, cerca de Tostado, le pertenezcan, el padre del Matemático, yrigoyenista escrupuloso, abomina de oligarcas y militares y es uno de los viejos abogados liberales cuyo nombre figura al pie de los recursos de *habeas corpus* de casi todos los presos políticos de la ciudad; y el Matemático, a diferencia de su hermano mayor que es también abogado pero que ha aceptado cargos oficiales de casi todos los gobiernos, el Matemático, decía, ¿no?, no solamente ha seguido la tradición liberal de su padre y de su abuelo materno sino que, en determinado momento, cuatro o cinco años atrás, ha estado entre los miembros fundadores de esos grupos trotsquistas o de renovación socialista que, después de 1955, empezaron a proliferar. Pero el Matemático es un pensador y no un activista; un contemplativo, no un organizador; y no un práctico sino un teórico. Le gustan más los tratados que las reuniones de célula, y prefiere los manifiestos futuristas a los constructores de futuro. Sus estudios de ingeniería son, sin duda, el resultado de alguna estrategia familiar destinada a afrontar, con el diploma correspondiente, el desarrollo nacional que obligará un día a los herederos a pasar de la propiedad pasiva de la tierra a la inversión industrial. *Serán todo lo liberales que quieras*, sabe comentar, malévolo, Tomatis, *pero no dan puntada sin hilo*. El Matemático, que tal vez presiente, en la reserva dicharachera de Tomatis, el escepticismo o la desconfianza, sigue impasible en el papel que se ha asignado: el de aportar, sin que, en verdad, nadie se lo haya pedido por no haber notado su ausencia, el rigor lógico en las discusiones y una exactitud en la información que, por su insistencia, termina resultando molesta. En realidad, lo que Tomatis le reprocha es que el Matemático lo tome demasiado al pie de la letra. Si, por ejemplo, en medio de una discusión Tomatis cita a un filósofo alemán, a la semana siguiente el Matemático ha leído ya todas sus obras y vuelve dispuesto a retomar el punto en que la discusión ha quedado la semana anterior. Tomatis ha citado a ese filósofo debido al azar de sus asociaciones, no porque considere que es imprescindible perder la juventud y quemarse las pestañas leyendo sus tratados, pero es demasiado vanidoso como para esquivar la discusión. A causa de su credulidad, el Matemático tiene más información que todos los otros, porque le basta oír mencionar a un autor para ponerse a leer sus obras completas y aparecerse quince días más tarde, fresco y tranquilo, a conversar

sobre ellas. «Bien mirado, hay pocos reproches que hacerle», piensa Leto. Porque ni siquiera es de los que quieren ganar a toda costa las discusiones; es amable, discreto y servicial. «Salvo», piensa Leto, «salvo cuando se vale, sin darse cuenta él mismo, estoy seguro, de sus dichosos axiomas, postulados y definiciones. Entonces le aparece en la mirada algo semejante a lo que le venía con la luna llena al hombre lobo o en presencia de las putas ajadas a Jack el Destripador».

Mientras cruzan, el Matemático condesciende a retomar, sin mucha convicción, la lista de nombres que traen pegados, en el reverso, expresiones y recuerdos inamovibles y simplificados: Roma, se la imaginaba de otra manera; Viena, todos sus habitantes parecen creer en el análisis terminable; Florencia, también ellos pintaban lo que veían; Aviñón, un calor matador; Ginebra, la chacra asfaltada; Londres, un problema de alojamiento y unos manuscritos en el Museo Británico. Dejan atrás la calle, el cordón de la vereda, el sol lateral, y entran en la sombra tibia de la cuadra siguiente. Un viejo está abriendo los postigos de una ventana en la planta baja. El Matemático que, de un modo brusco, unos segundos antes, ha interrumpido su relato, lo saluda con una inclinación de cabeza y sigue caminando, pensativo. A pesar de la diferencia de estatura, Leto y el Matemático llevan el mismo paso, ni lento ni rápido, tan bien coordinado que no puede saberse si es el Matemático el que reduce la extensión de sus trancos para igualarlos a los pasos de Leto o si, por el contrario, las piernas más flacas y más cortas de Leto se acomodan, sin esfuerzo visible, a la marcha del *rugbyman* adepto a la *scientia recte judicandi*. Durante unos metros, parecen no saber de qué hablar. Está lo que se había dicho más arriba ¿no?, que el Matemático, por temor de que un entusiasmo excesivo por su gira europea lo descalifique un poco entre los que se han quedado, se muestra reticente en cuanto a la transmisión de sus recuerdos. Y, por otra parte, con la ansiedad propia de los ausentes que temen que la realidad haya sido más intensa mientras ellos no estaban, viene reteniendo, desde que se encontró con Leto, la pregunta que no se atreve a formular para no demostrar tampoco un interés excesivo, semejante al celoso que, para no traicionar la obsesión que lo ha poseído durante su ausencia, busca el momento oportuno para comenzar su interrogatorio disimulándolo con una serie de preguntas desinteresadas y banales. Mientras tanto, Leto está pensando: «Habría que ver si Lopicito se lo creyó. Sin embargo, es demasiado escrupuloso como para rechazar la idea de plano. Ha sido, durante veinticinco años, el jamón del *sandwich*. Y, desde que él murió, las cosas se le empeoraron. Él podría inclinarse en favor de la tesis de mamá aunque ni aun así es seguro de que obtenga lo que viene prometiéndole sin comprometerse demasiado desde que jugaban a la casita, pero si lo acepta en su fuero interno como lo hace públicamente corre el riesgo de que el supuesto enfermo incurable se le esté riendo en el otro mundo».

Observándolo, discreto y un poco cortado, el Matemático percibe la expresión retraída de Leto, de modo que aprovecha para decir: *¿Y por aquí, cómo anduvo la cosa todo este tiempo?*, mordiendo la pipa apagada hasta tal punto que, en vez de

proferir, farfulla su pregunta entre los dientes apretados y la lengua que, sin libertad de movimiento, se enreda con la boquilla de la pipa y la hace vibrar contra el filo de los dientes. El Matemático ignora que a Leto le sobran razones para sentirse, aun estando presente, mucho más excluido que él de los ramalazos de intensidad que, arbitraria, la realidad podría dispensar a los círculos que frecuenta: que, por empezar, hace apenas un poco menos de un año que vive en la ciudad, y es, por lo tanto, un mero agregado tardío, un recién llegado; que, por otra parte, como tiene apenas veintiún años, es bastante más joven que varios de los más jóvenes, que no interviene casi nunca en las discusiones y que si lo invitan a algún lado es únicamente en tanto que apéndice de Tomatis; que, único sostén de madre viuda, tiene que llevar varias contabilidades para poder mantenerla y que, en definitiva, algo en su interior, como la carcoma al mueble, roe por anticipado su expectativa ante toda posible intensidad, lo cual explica un poco sus ausencias y sus silencios; y él quisiera, ¿no es cierto?, de tanto en tanto, que algo fuese posible. Leto, dejando escapar mucho humo por los labios entreabiertos, de los que acaba de retirar, con dedos cuidadosos, el cigarrillo, responde: él ha visto poco a la gente; él sale poco; de esos tres meses, tiene poco y nada que contar.

Imaginémonos un jugador que, desde hace un buen rato, tiene en su poder la carta que va a permitirle ganar la partida pero que durante muchas vueltas no puede jugarla porque, de los otros jugadores, ninguna le da la ocasión de hacerlo; durante vueltas y vueltas, el jugador va tirando cartas inútiles, indiferentes, que no cambian para nada el curso de la partida, hasta que, de pronto, la combinación que necesita se forma sobre la mesa, permitiéndole lanzar, con euforia y decisión, la carta ganadora. La confesión retraída de Leto ha puesto al Matemático en esa situación superior.

—¿Cómo? —dice—. ¿No estuviste en el cumpleaños de Washington?

Leto niega con un sacudimiento de cabeza, mientras piensa: «Y hoy todavía, esta mañana, cuando ella dice que él ha sufrido tanto es menos para recordarme ese sufrimiento que para controlar si creo en él o no». Y el Matemático, observándolo sin mirarlo, mirando la vereda recta frente a sí más bien, pero observándolo sin embargo con el costado derecho de su cuerpo, es decir, el que casi roza, durante la marcha, el costado izquierdo del cuerpo de Leto, el Matemático, decía, ¿no?, a su vez, aunque es siempre, como decía hace un momento, la misma vez, piensa: «No lo invitaron».

Leto sale como de bajo el agua. Ha estado pensando, acordándose de su madre, de la muerte de su padre, de Lopicito, hundiéndose durante unos segundos en esos pensamientos y recuerdos como en un canal subterráneo paralelo al aire de primavera, y, al emerger, al volver a la superficie, se encuentra con que ese tipo rubio, buen mozo, de unos veintisiete años, vestido todo de blanco, al que Tomatis le dice el Matemático, que acaba de volver de Europa y que ha salido a distribuir a los diarios comunicados de la Asociación de Estudiantes de Ingeniería Química, acaba, también, hace unos segundos, de preguntarle si ha estado en el cumpleaños de Washington, y como él, con un movimiento de cabeza, ha respondido que no, teme ahora que el otro,

que está como acechándolo, esté acechándolo no con desprecio, sino con extrañeza y con cierta compasión. «En primer lugar, no hubiese necesitado que me invitaran. Hubiese podido ir si hubiese querido, sin necesidad de que me invitaran. Pero sobre todo, no hubiese querido que me invitaran porque eso significaría que no me consideran tan íntimo como para que resulte de cajón que tengo que ir. Ahora bien, sentado esto, hay que rendirse ante la evidencia: no me invitaron».

—Yo también me lo perdí. Ese día estábamos visitando fábricas en Francfort. No podía tomar un *jet* desde Francfort para venir porque no tienen vuelos directos a Rincón —dice el Matemático—. Pero tengo la versión completa, en technicolor, copia nueva y subtitulada.

Manteniendo su fachada de jovialidad, aprieta un poco más la pipa con los dientes, obligado por un recuerdo que le vuelve, súbito, y que todavía le hace daño; uno de esos recuerdos o emociones de los que a veces sabe decir, con un fruncimiento irónico de la nariz que, *si bien no son mensurables, en esta etapa de nuestros conocimientos al menos, no parecería haber razón para que un día de estos se resistan a entrar en una teoría general o en una estructura pasibles de formulación matemática.*

—No digas —le oye decir a Leto.

—Sí, sí, me lo contaron —se oye decir a su vez.

El recuerdo es como una fotografía o una imagen sombría estampada en el interior de su cabeza y las emociones y los sentimientos de humillación o de cólera forman unos agujeros de bordes negros y resquebrajados como si la imagen estuviese siendo atravesada en muchos puntos de su superficie por la brasa de un cigarrillo. Tres o cuatro años atrás, un poeta de Buenos Aires vino a la ciudad a dar una conferencia. El Matemático, que se había carteadado con él durante seis o siete meses a raíz de un problema de versificación, esperaba con impaciencia su llegada, y había anotado una serie de temas numerados de discusión que, después de la conferencia, pensaba abordar por orden con el poeta durante la cena. Un poco antes de que terminara el debate que había seguido la conferencia, el Matemático había ido a buscar el auto de su padre que no había podido cedérselo más temprano porque recién llegaba de Tostado a las nueve de la noche. Su padre se había demorado un poco, y cuando el Matemático volvió con el auto a la sala donde tenía lugar la conferencia, la encontró cerrada. Un ordenanza le dijo que el conferenciante se había ido con cuatro o cinco de los organizadores a una fiesta, o a comer algo —en fin, no sabía bien adónde. El Matemático sintió en ese momento el primer ramalazo de cólera porque, antes de irse a buscar el auto, había tomado la precaución de advertir a varios de los organizadores acerca de su ausencia momentánea pidiéndoles que lo esperaran, pero no se había sentido muy seguro porque sabía que los organizadores pertenecían a ese tipo de gente que secuestra a las celebridades que vienen de la capital y que como él no los frecuentaba demasiado porque no le gustaba codearse con los círculos semioficiales, tampoco ellos se desvivían por tener en cuenta sus recomendaciones.

El Matemático, al enterarse de la venida del poeta, se había puesto a trabajar fuerte, durante por lo menos un mes y medio, sobre problemas de versificación. Su tesis era que cada metro correspondía a un sentimiento específico y que podría elaborarse un sistema de notación tan perfeccionado, si se diversificaban suficientemente los metros cuyas combinaciones no eran todavía bastante sutiles, que bastaría el empleo métrico de meras sonoridades, para que el poema transmitiese los sentimientos deseados. El Matemático debía tener unos veintitrés años para esa época; se consideraba un simple teórico y le hubiese gustado que el poeta, que le llevaba veinte años y que había alcanzado una gran reputación, aplicara sus teorías, como esos geólogos que han forjado una hipótesis sobre la composición del suelo lunar y mandan un astronauta a la Luna para verificarla. El Matemático salió de la sala de conferencias, ya un poco enegrecido por la rabia, y empezó a buscar al poeta. Se puso a recorrer, en el auto del padre, de una punta a la otra, la ciudad: dejaba el motor en marcha frente a un restaurante, frente a una parrilla, bajaba a buscarlos, al poeta y al grupo de organizadores, y si no los encontraba seguía hasta la parrilla siguiente y realizaba la misma acción que trataba de encubrir detrás de una fachada tranquila y mundana, paseando su vista displicente por las mesas animadas, como si buscara una vacía o mirase por simple curiosidad. Era meritorio que pudiese mantener su elegancia y su fachada indiferente porque a medida que pasaban los minutos iban aumentando su furia y su indignación. Por momentos, sentía como si le estuviese hirviendo el interior de la cabeza. Después de haber recorrido, infructuoso, todos los restaurantes abiertos, entró en un bar, pidió una cerveza, la guía telefónica y un montón de fichas y se puso a llamar a las casas de los organizadores con la esperanza de que estuviesen en alguna de ellas o de que algún miembro de la familia supiese dónde diablos podían haber ido a parar. Pero nadie sabía nada o, si sabía, no parecía dispuesto a decírselo. En el tono casual y desprevenido con que le respondían, al Matemático le parecía percibir los ecos inequívocos de alguna consigna o confabulación. Todos sabían, la ciudad entera sabía y, a propósito, se lo ocultaban. Después de todos esos rodeos inútiles, se puso a recorrer al azar las calles en el auto, con la esperanza de cruzarse con el poeta y su comitiva y más de una vez, a causa de falsas alarmas, se encontró persiguiendo a toda velocidad algún coche que parecía ser el de alguno de los organizadores o abordando un grupo sorprendido de gente en alguna calle oscura. Los *Catorce puntos relativos a toda métrica futura*, que se había tomado el trabajo de elaborar y de copiar a máquina en las últimas semanas, no eran en ese momento más que una hoja doblada en cuatro y perdida en uno de los compartimentos de su billetera, en el fondo del bolsillo interior del saco. Incluso él mismo había perdido todo atributo subjetivo y se había vuelto un ser puramente exterior, que ya no razonaba ni le aplicaba ninguna estrategia a la realidad, sino que era el ente pasivo de un modo incontrolable de organización de los acontecimientos, que lo desviaban de su propio ser como el viento desvía de su trayectoria la pelotita de *ping-pong* a pesar de la fuerza y la determinación con que la ha golpeado la paleta del jugador. Por fin, en una de sus idas y venidas por las calles

oscuras, por las avenidas iluminadas, después de recorrer por centésima vez los mismos lugares se acordó que, antes de la conferencia, uno de los organizadores, hablando con otro, había mencionado un club de tenis del que su hermano el abogado era socio pero que él, por desprecio por la *burguesía sanguinaria*, como le gustaba, no sin razón, adjetivar, no frecuentaba. Un portero lo había interceptado en la entrada y lo había hecho esperar. El Matemático se quedó en el portón que daba a las canchas de tenis oscuras y desiertas más allá de las cuales se divisaban, detrás de unos pinos, las ventanas iluminadas de las instalaciones. Un rectángulo amarillo, más alto y más estrecho que los de las ventanas, se formó en la negrura, detrás de los pinos, cuando el poeta, seguido por el portero, abrió la puerta de las instalaciones y se aproximó al portón de entrada, atravesando la oscuridad de los pinos y la penumbra rojiza segregada por el ladrillo molido que recubría el suelo en las canchas de tenis. Venía comiendo una pata de pollo, y debía tener la mano libre llena de grasa, a juzgar por el ademán con que la mantenía rígida y lejos del cuerpo, los dedos estirados y separados, para no mancharse los pantalones. El Matemático creyó que venía para reconocerlo y para hacerlo entrar a la comida en la que, durante algún aparte, podrían discutir los *Catorce puntos*, de modo que lo esperó con una sonrisa comprensiva y aliviada, pero el poeta venía en realidad a explicarle que le había sido imposible esperarlo, que se estaba aburriendo mucho en esa comida pero que no tenía más remedio que quedarse hasta el final y que tal vez más tarde, en algún bar, cuando se hubiese desembarazado de esos pesados, podrían tal vez tomar una copa y, según sus propias palabras, *dar al mundo, a dúo, el tan esperado texto definitivo sobre la teoría de la versificación*. Antes de que el Matemático hubiese podido hacer la menor objeción, el poeta ya había desaparecido, masticando sus bocados de pollo, después de proferir el nombre de un bar con la boca llena, bordeando con paso decidido las canchas de tenis, borrándose un momento bajo la masa negra de los pinos, y volviendo a mostrar su silueta en el rectángulo amarillo que se formó un momento entre las ventanas iluminadas y que a su vez, después de unos segundos, desapareció. El Matemático quedó inmóvil, con la vista clavada en algún punto del aire oscuro entre el portón de entrada y la negrura multiplicada de los pinos, sintiendo en la nuca la mirada satisfecha del portero, cuyo acto instintivo de no haberlo dejado entrar acababa de ver corroborada su pertinencia gracias a la visita relámpago del homenajeado. Después dio media vuelta, se alejó sin saludar y, sacando la llave del auto del bolsillo, volvió a pararse unos metros más adelante, manteniendo la llave en el aire, en posición de entrar en una cerradura, sacudiendo de vez en cuando la cabeza, como si discutiera consigo mismo. En realidad, la actitud inesperada del poeta lo había dejado sin capacidad de reacción, como si su vida interior funcionara a electricidad y, desde hacía dos o tres minutos, alguien hubiese venido desde la oscuridad y lo hubiese desenchufado. Pero no se trataba más que de un simple atascamiento, o un enfriamiento, como le ocurre a ciertos motores, que, con la misma arbitrariedad con que se han detenido, se ponen otra vez a funcionar: cuando volvió a

caminar, sus pasos ya no eran distraídos sino furiosos; entró en el auto dando un portazo y, después de arrancar, se alejó no sin antes maniobrar frente a la entrada del club con mucho ruido de motor, frenos y cubiertas. Manejaba ensordecido por sus pensamientos indignados y tumultuosos, que entraban y salían, entrechocándose en su cabeza como si, a diferencia de unos momentos antes, el motor estuviese ahora demasiado recalentado y a punto de explotar. Fue directamente a su casa y, como en esa época vivía todavía con su familia, cruzó el vestíbulo casi sin detenerse y se encerró en su cuarto. Ahora, es decir en el ahora subsiguiente al ahora en el que había hecho arrancar el auto y al ahora en que había venido manejando hasta su casa, ¿no?, en ese ahora, no es cierto, digo, trataba de mantenerse sereno, de encontrar en la situación los detalles que le permitirían transformar la furia en desprecio y el desprecio en autosatisfacción. Pero no lo conseguía: muy por el contrario, poco a poco, y eso que ya se había desvestido y tirado en la cama, empezó a preguntarse si no estaba juzgando mal al poeta, que en definitiva le había dado una prueba de confianza y amistad al venir hasta el portón para explicarle que se encontraba en situación incómoda y citarlo para más tarde, y si no estaba cometiendo un error dejándolo plantado en vez de ir a esperarlo al bar tal como habían convenido. La hora de la cita se acercaba y, como un enamorado, el Matemático no lograba decidir lo que haría, cambiando de idea cada quince o veinte segundos, llevado y traído, como una hoja seca por el viento del atardecer, por esos sentimientos y emociones que, *si bien no son mensurables, en esta etapa de nuestros conocimientos al menos, no parecería haber razón para que un día de estos se resistan a entrar en una teoría general o en una estructura pasibles de formulación matemática*. Por fin, después de haber decidido con argumentos sólidos que no iría, se levantó con un salto de su cama, se vistió y se fue a la cita en el bar. Llegó quince minutos adelantado, echando, desde el auto, antes de ir a estacionar, una mirada rápida y discreta para ver si el poeta ya había llegado. Pero el bar estaba casi vacío y, sobre todo, vacío del poeta que sin duda debía estar tratando, desde hacía un buen rato, de sacarse de encima a los organizadores. El Matemático entró al bar y se sentó a esperar. Para matar el tiempo, sacó el texto de los *Catorce puntos* y se puso a ajustarlo aquí y allá, de modo que, cuando llegara el momento de discutirlo, todas las posibles objeciones ya estuviesen previstas y refutadas de antemano. Durante unos veinte minutos, el Matemático, gracias a su concentración total en el texto de los *Catorce puntos*, mantuvo esos *sentimientos y emociones que si bien etc., etc., ¿no?*, en las tinieblas exteriores al cubo cristalino y bien iluminado que ocupaba el espacio entero de su mente. Pero a medida que pasaba el tiempo, las superficies pulidas y transparentes se empezaron a agrietar, filtrando, poco a poco, el exterior indiferenciado y viscoso sobre el que, durante unos veinte minutos, había parecido reinar. Como ya era más de medianoche, el bar se llenó un poco con la gente que salía de los cines y que entraba a tomarse el último café antes de irse para la cama, comentando la película, hablando de bueyes perdidos, o haciendo planes para el día siguiente, pero cerca de la una empezó a

vaciarse otra vez, a tal punto que a la una y media no quedaban más que el Matemático, una pareja que se peleaba cuchicheando en un rincón y un borracho insistente en el mostrador. Por fin el borracho se hizo expulsar con suavidad por el *barman*, la mujer de la pareja, en un arranque de cólera, se levantó y salió a la calle de modo que el hombre que la acompañaba no tuvo más remedio que pagar rápido en la caja y correr detrás de ella, y el Matemático, que ya iba por su segundo café, quedó solo en el bar, en el que, con discreción pero con firmeza, empezaban a poner las sillas, invertidas, sobre las mesas, y a pasar el trapo. Al cabo de un rato, como ya eran las dos de la mañana y el poeta había dicho doce menos cuarto, doce, y como la mesa que ocupaba era el único islote estrecho rodeado por un mar de sillas dadas vueltas sobre las mesas y el suelo en el que apoyaba sus pies el único fragmento, de dos metros cuadrados, en que el piso no relucía listo para la apertura del día siguiente, el Matemático plegó en cuatro los *Catorce puntos*, recogió su pipa apagada, pagó los dos cafés, y salió a la calle. Un sentimiento nuevo se mezclaba a su humillación y a su rabia: la desesperación que sentimos cuando comprobamos que, por intenso que sea nuestro deseo, los planes de lo exterior no lo tienen en cuenta. Apenas salió, las luces del bar se apagaron a sus espaldas. A no ser por los focos de las esquinas, y, de tanto en tanto, por los faros fugaces de algún auto con el que se cruzaba, hubiese podido jurar que, en el universo entero, la única luz encendida que quedaba pendía en el interior de su cabeza y que algo, al pasar, le había dado un sacudón, y ahora luces y sombras se sacudían con violencia en ese recinto demasiado estrecho en el que pensamientos, recuerdos, emociones, incontrolados y rápidos estallaban y desaparecían como fuegos artificiales o como granadas. Llegó enfrente de su casa, estacionó. Cerró la puerta del auto y se quedó parado un momento en la vereda oscura. Desde hacía un buen rato, el tiempo estaba corriendo por atrás y, del mismo modo que, por el paisaje inesperado que empieza a ver, sin reconocerlo, por la ventanilla, el viajero comprende, no sin pánico, que se ha equivocado de tren, el Matemático empezó a sentir que la persona que creía ser se dismantelaba pieza por pieza, y en su lugar flotaban a la deriva astillas y fragmentos de un ente desconocido que tenían, con su propio ser, un aire de familia, pero parecían, respecto de las ideas, emociones y sentimientos habituales, arcaicos y desmesurados. Atravesó, en puntas de pie, la casa oscura, entró en su pieza y, sin encender la luz, se desvistió y se acostó. Por momentos, chispazos de serenidad le hacían decirse «Vamos, vamos, no vale la pena hacerse mala sangre por una grosería o, incluso, por una serie de acontecimientos que han venido mal barajados y de los que nadie es culpable», pero, como eran fugaces, entraban en el torbellino y se convertían a la especie arcaica que lo asolaba, de modo que, incapaz de dormir, a medida que el alba empalidecía el dormitorio por la claraboya y las rendijas de la ventana, él iba perdiendo realidad y los pocos lazos que lo unían al mundo conocido lo iban abandonando. Echado en la cama oscura comprendía, por primera vez en su vida, a su propia costa, que, cuando es lo bastante intenso, como el sufrimiento físico, el moral también se vuelve a partir

de un punto determinado innombrable y sin contenido, casi abstracto, y que lo que en cierto momento podríamos llamar pena, culpa, humillación, se convierte, múltiple y casi sin fondo, en hormigueo, estampida, turbulencia, punzadas, explosiones. Durante horas estuvo revolviéndose en la cama, con los ojos bien abiertos, atravesado por esas astillas centelleantes y continuas que lo quemaban por dentro produciéndole un sufrimiento que, mucho más tarde, cuando, a pesar de todos sus esfuerzos por reprimirlo, se acordaba de él, se le aparecía con la imagen única y repetitiva de una cara humana que alguien tajeaba, despacio y decidido, con un vidrio de botella. Por fin, a eso de las once de la mañana, se durmió. Como tenía la costumbre de pasarse noches enteras estudiando en su cuarto, durante el día nadie lo molestó, así que a eso de las seis se despertó solo, poco a poco, pensando que emergía a otro mundo o que él, en todo caso, ya no era el mismo, y durante mucho tiempo, cada vez que encontraba en la calle a alguno de los organizadores de la conferencia trataba de esconderse, o, si no podía, adoptaba una actitud de jovialidad exagerada, sin dejar traslucir el más mínimo reproche a tal punto que, durante unos meses, su preocupación mayor no era interrogarse a fondo sobre lo que le había ocurrido, sino evitar a toda costa que nadie se diese cuenta. Y lo había conseguido. Esa quemadura, que durante semanas había transformado su interior en una llaga viva, y que, hasta que fue cicatrizando, había sido el reverso de su exterior limpio, tranquilo, bien proporcionado, que profería frases sonrientes y exactas, esa especie de quemadura, decía, ¿no?, que, teniendo en cuenta la insignificancia de la chispa que le había dado origen, parecía haberse producido más bien por generación espontánea, había pasado desapercibida, del mismo modo que su reminiscencia dolorosa, para el resto de la humanidad. Y él, en secreto, para sí mismo, cuando lo sopesaba a la distancia, llamaba a esos días, irónico, y con mayúscula, el Episodio.

—¿Ah, sí? —dice Leto—. ¿Y quién te lo contó?

—Botón —dice el Matemático.

Leto sacude, afirmativo, la cabeza. Ese nombre, o sobrenombre, mejor, Botón, aparece de vez en cuando en las conversaciones, pero a Leto no le evoca ninguna representación precisa, porque nunca ha visto a su titular. Le parece que es entrerriano, que estudia derecho, que fue dirigente reformista, que se lo ve mucho en *vernissages* y en conferencias, y que toca la guitarra. Tres o cuatro veces le ha oído pronunciar a Tomatis, hablando con un tercero, frases tales como: *Anoche lo encontramos a Botón que se caía en el bar de la Terminal*, o, una vez, refiriéndose a una pintora: *Botón le baja la caña*. Pero Leto nunca lo ha visto. A decir verdad, cuando oye el sobrenombre, lo primero que se representa es un verdadero botón, un botón negro con cuatro agujeritos en el centro, y recién después de una corrección rapidísima empieza a ver la imagen de una persona, un tipo de pelo lacio y piel oscura, picado de viruela, que no corresponde a ningún recuerdo pero que llena, con su aparición servicial, la ausencia de experiencia. «Siempre tiene que haber algo», piensa Leto. «Si no hay nada uno piensa que no hay nada y ese pensamiento ya es

algo».

Sí, en efecto, Botón, acaba de repetir el Matemático. Botón, que, aunque no estaba previsto, se encontró por casualidad con el Gato Garay en la escuela de Bellas Artes y prometió llevar la guitarra. Pero que, como no había vuelto a su casa después del encuentro, ni siquiera había llevado la guitarra y, luego de hacer un par de diligencias en el centro, había sido el primero en llegar a Colastiné, donde era la fiesta. Había comprado tres botellas de vino blanco. *Por si faltaba*, dice el Matemático. *Siempre tiene miedo de que falte*. Según Botón, y, desde luego, según el Matemático, ¿no?, como no debían ser más de las cinco y el sol estaba alto todavía, y Basso, el dueño de la quinta, acababa de levantarse de la siesta, se habían ido al fondo y se habían puesto a puntear. Basso según el Matemático tiene un huerto biológico, cría gallinas y, con unas rentas que le dejó la abuela materna, puede vivir sin trabajar. Leto, que no conoce ni a Basso ni a Botón ni nunca ha estado en esa esquina, ve dos tipos punteando tierra negra, contra el sol declinante de un fin de invierno benigno, en el fondo de un patio cuya imagen proviene, sin que él mismo se dé cuenta, de dos o tres quintas diferentes a las que ha ido, desde que se mudó de Rosario, en Colastiné y en Rincón. Y el lugar en el que esa quinta se levanta, como el nombre de Colastiné abarca una extensión material que excede por lejos su experiencia, es un punto aproximativo, un poco fabuloso, que Leto ubica, sin saber por qué ni tampoco preguntárselo, en una zona fronteriza entre su experiencia y los muchos fragmentos puramente imaginarios que incluye la palabra Colastiné y que él nunca ha visitado.

Pero al rato nomás, dice el Matemático, habían empezado a llegar los otros: los mellizos Garay, que hubiesen querido prestar la casa de Rincón pero que debieron desistir a último momento porque la madre había decidido desratizarla esa semana, y Cuello, el escritor. ¿Cuello?, dice Leto. *Cuello. Sí, El Centauro, El Centauro Cuello*, dice el Matemático. ¿*El Centauro?*, repite Leto, intrigado. El Matemático se echa a reír. *Sí. El Centauro. Porque es medio animal*. Leto también se ríe, sacudiendo la cabeza. La risa, que expelen gargantas humanas y que chispea, al mismo tiempo, en ojos humanos, sale al aire tibio del exterior. Un peatón que los cruza, un hombre en mangas de camisa que lleva un portafolios bajo el brazo, cuarentón regordete y casi calvo, se ríe a su vez, sin que ellos lo adviertan, contagiado por la eclosión de risa súbita que acaba de presenciar. Y el Matemático continúa: Cuello venía temprano, había dicho Botón (al que se lo había dicho el Gato en Bellas Artes) por si Noca, un pescador, que debía traer un cargamento de moncholos y amarillos, fallaba a último momento, ya que en ese caso, como trabajaba en la Mutual de Carniceros, hubiese podido procurar, Cuello, ¿no?, a último momento, un asado de recambio. Pero Noca no falló; casi en el mismo momento que Cuello, pero viniendo desde la costa y no desde la ciudad, había llegado con dos canastos llenos de amarillos y moncholos que, después de pescarlos, se había tomado el trabajo de vaciar de sus órganos y de lavar en el agua misma del río. A juzgar por el modo como lo cuenta el Matemático, Botón ha transmitido la llegada de Noca valiéndose del ditirambo; pero a medida que la

repite, el Matemático, aplicando un protocolo riguroso, desmantela la versión de su informante: Botón, que es gringo, se apaisana a discreción; tiene un gusto excesivo por el barbarismo; los criterios de verdad se los suministran el rasguído doble y la chamarrita. A Noca, él lo conoce: en vez de ir a pescar él mismo, se lo pasa en el boliche; le compra el pescado a los verdaderos pescadores, y se lo revende a los puebleros que tienen quinta en la región. Va a terminar acopiador. Sin embargo, es la versión de Botón la que, por entre las objeciones sociológicas definitivas aunque desinteresadas del Matemático, Leto adopta y retiene: el Noca mítico buscando, con pericia inmemorial, por el río salvaje, los últimos amarillos, prevalece en desmedro del trashumante de clases a causa de la movilidad social que produce la urbanización creciente de la región litoral. Pero, de percibirla, al Matemático la reticencia de Leto no le iría ni le vendría: en realidad, del mismo modo que a ningún crítico de arte se le ocurriría invalidar un retrato sosteniendo que el modelo representado es feo, o viejo, u hombre o mujer, sino que atacaría la técnica del pintor, al Matemático el objeto Noca en su objetividad objetiva le importa, dice, hablando mal y pronto, tres pepinos, pero no así la descripción hecha por Botón, compuesta, según el Matemático, de apriorismos estereotipados y no de verdaderos datos empíricos. *Puro material radiotelefónico*, dice el Matemático.

Leto ya no se ríe. La palabra radiotelefónico trae, como pegada en el reverso, la imagen de su padre: pero no es la tristeza lo que ha borrado la risa de su cara, sino esa gravedad un poco mecánica que asumimos cuando, con su llamado insistente, un pensamiento o un recuerdo tratan de atraernos hacia el interior. Durante unos segundos, la narración del Matemático, intensa y bien detallada, se vuelve, poco a poco, palabras sueltas, ruido carente de sentido, rumor lejano, como si, a pesar del ritmo idéntico de la marcha y de los brazos que casi se rozan, caminasen por espacios disociados, probando en qué medida un recuerdo puede separar a dos hombres, hasta que, por fin, el llamado se desvanece, no sin dejar una huella imprecisa en su interior, como una mancha de la que se ignora el origen impresa en una pared blanca, de modo que la expresión de Leto se vuelve otra vez sonriente y atenta y las palabras del Matemático que, como veníamos diciendo, ¿no?, le está contando a Leto el cumpleaños de Washington Noriega, salen del horizonte de ruido y continúan llenando de imágenes, no siempre adecuadas, su cabeza. *Y los mellizos...* dice el Matemático. Empiezan a cruzar; un auto colorado frena en la esquina, esperando para doblar por San Martín; vacilan, lo sortean, atraviesan la transversal que a diferencia de las anteriores es asfaltada y no empedrada, y llegan a la vereda de enfrente. Dejan atrás la esquina soleada y avanzan bajo la sombra de los árboles. Al bajar a la calle, el Matemático se ha callado, posponiendo lo que estaba por decir, y adoptando una expresión vigilante al ver venir el auto colorado, un aire de vacilación ostentosa cuando el auto, parándose en la esquina, les corta el paso; y, cuando dejan atrás el auto, al aire vacilante lo sucede un sacudimiento distraído y reprobatorio de la cabeza, que se detiene cuando llegan a la vereda de enfrente. «Los mellizos Garay»,

va, por su parte, pensando Leto. *Los mellizos*, retoma el Matemático cuando entran en la sombra de los árboles, *consiguieron una serpentina para instalar un barril de chop*. En el patio hipotético, situado en un lugar fabuloso, las figuras humanas, simplificadas por la imaginación de Leto, se dispersan y se mueven, activas, recortándose contra el crepúsculo: el Centauro, la señora de Basso con las dos nenas, Botón y Basso que puntean en el fondo, los mellizos que instalan, en la entrada de la cocina, el barril de chop, cubriendo de hielo la serpentina, y el *sulky* de Noca que se aleja hacia la costa por un camino arenoso que Leto y Barco han recorrido una vez a pie, tres meses antes, un domingo a la mañana, para ir a pescar. Y a medida que el Matemático va profiriendo nuevos nombres, la imagen más o menos fija, formada de recuerdos heterogéneos, se puebla de nuevas figuras que pasan a ocupar en ella un lugar y una función: Cohen, y Silvia, su mujer, Tomatis y Beatriz, Barco y la Chichito —los Cohen que han llegado por su lado, en colectivo—, y Beatriz, Barco y la Chichito que han pasado a buscar a Tomatis a la salida del diario en el auto del padre de la Chichito y lo han visto salir por la puerta principal con un paquete de diarios de la víspera destinados a envolver los pescados para ponerlos en la parrilla. Según le ha dicho Basso o Botón, dice el Matemático, Marcos Rosenberg trajo el vino la víspera, veinticuatro botellas, y era el que se encargaba de pasar a buscar a Washington para llevarlo a lo de Basso. Por fin llegan, antes de que anochezca; el auto celeste de Marcos Rosenberg estaciona frente a la quinta. Para ser exactos, el Matemático dice únicamente *en el auto de Marcos Rosenberg*, pero como Leto lo conoce por haber subido dos o tres veces en él, se lo representa con el color adecuado, de modo que ve, en el crepúsculo, la máquina celeste llegar, ondulante y silenciosa, cintilando un poco en la última luz, ante el frente de la quinta imaginaria. *Le hicieron un recibimiento apoteósico*, dice, irónico, el Matemático, citando la expresión textual de Botón. Evidentemente, la canilla de chop estaba mal instalada —salía pura espuma—, de modo que Barco, que tiene genio práctico, desmontó y volvió a montar la instalación. ¿*Tira? ¿Tira?*, indagaban, en círculo, alrededor, varias caras ansiosas. Por fin empezó a tirar. Como a la noche iba a refrescar, habían preparado una mesa grande, que todavía no estaba puesta, bajo el quinchó, cerca de la parrilla. Superando una fracción de segundo de confusión, Leto se ve obligado a instalar el quinchó imprevisto entre los árboles del fondo. Nidia Basso y Tomatis preparaban ensalada amarga en la cocina. Cohen, el psicólogo, que iba a ser el asador, encendía fuego en la parrilla. Barco llenaba vasos de cerveza y Basso cortaba cubitos de queso fuerte y de mortadela sobre una tabla y la pasaba entre la concurrencia. Beatriz armaba un cigarrillo. Washington, que acababa de desprenderse de su viejo bolso de Aerolíneas Argentinas lleno de libros y papeles, tenía en la mano, sin decidirse a tomar el primer trago, un vaso de cerveza. ¿Y Botón? Botón, durante horas, parecía haberse omitido de su relato, como si el papel de observador le vedara intervenir en la acción. Introduciendo una variación refinada, el Matemático comenta que, a decir verdad, la versión que Botón le ha dado de los acontecimientos exige, teniendo en cuenta la

personalidad de Botón, una corrección continua destinada a trasladar los hechos *del terreno del mito al de la historia*, pero Leto, en ese momento, por debajo de la imagen persistente de un patio en la costa, en un anochecer de invierno, lleno de rostros conocidos y desconocidos que se entreveran vagamente, Leto, digo, ¿no?, casi sin darse cuenta, y aunque sea siempre la misma, está pensando otra vez en Isabel, en la enfermedad incurable, en Lopecito hablándole con los ojos llenos de lágrimas junto al cajón cerrado: *Tu viejo fue un pionero de la televisión. Tenía el genio de un inventor. Yo le debo todo.*

—La idea de festejarle los sesenta y cinco años vino de los mellizos —dice el Matemático—. Y hay que sacarles el sombrero por haber logrado juntar gente tan diversa. Como en el dicho: no están todos los que son ni son todos los que están.

Leto lo mira: ¿es una cortesía hacia su persona? Pero su mirada rebota contra el perfil perfecto del Matemático que, con la vista fija en un punto del aire intermedio entre la vereda y las copas de los árboles, un poco ausente, rememora: una noche del verano anterior en que estaban conversando con Washington, Tomatis y Silvia Cohen en la terraza de los Cohen, como Tomatis, que había estado llenando sin parar su vaso de ginebra con hielo se había puesto a maldecir, por pura parodia, el destino de los humanos, alzando el puño amenazador hacia el cielo estrellado y él, el Matemático, le empezó a tomar el pelo, Washington, sin distraerse mucho de su conversación con Silvia Cohen le había dicho, simulando dirimir una verdadera cuestión teórica, que lo dejara, que desde el punto de vista lógico está más cerca de la verdad el que, lisa y llanamente, se pone a lloriquear bajo las estrellas, espantado por lo absurdo de la situación, que el que, dándose las de heroico o de creyente en la historicidad, trata, a pesar de todo, de sacar adelante una familia, o de ganar la faja de honor de la SADE. Una sonrisa rápida, discreta y distraída, aparece y se borra en los ojos del Matemático. Pero, por alguna razón oscura, de la que ni él mismo es consciente, en vez de contar esa anécdota de Washington cuenta otra, en la que no ha pensado desde hace mucho tiempo y que, una fracción de segundo antes de que haya comenzado a decirla en voz alta, estaba ausente de sus representaciones.

—Dice que una vez un autor de cuentos fantásticos que lo vino a visitar de Buenos Aires le preguntó si nunca pensaba escribir una novela. Dice que Washington puso cara de espanto, como si el otro lo estuviese amenazando. Y dice que después de un momento le contestó: yo, como Heráclito de Éfeso y el general Mitre en el Paraguay, no *viá* dejar más que fragmentos.

Se ríen. Avanzan. El Matemático piensa: «Noca dijo que, si llegaba un poco tarde, era porque uno de sus caballos había tropezado». Y Leto: «Le robó el amor de su vida, lo transformó en solterón, le dejó a cargo su familia, y él dice sin embargo que le debe todo». *Según parece*, dice el Matemático, *Noca le dijo a Basso que llegaba tarde porque uno de sus caballos había tropezado y se había quebrado una pata.* Estaban, había dicho Botón, cinco o seis alrededor de Cohen, masticando cubitos de mortadela y tomando cerveza como aperitivo, y observando a Cohen que manipulaba

brasas y leña, no sin hacer toda clase de muecas y lagrimear entre el calor y el humo del que los espectadores se mantenían a distancia confortable. Y cuando, según Botón, Basso había comentado la excusa de Noca, Cohen había interrumpido bruscamente su trabajo y, sin dejar de lagrimear y de hacer muecas dolorosas, se había plantado, perentorio, frente a Basso: *¿Desde cuándo los caballos tropiezan?*, había dicho.

—¿Cómo? ¿No tropiezan? —dice Leto.

—Tropiezan. Tropiezan —dice, conciliador, el Matemático. Y después de una pausa dubitativa—: En fin, depende.

—¿Depende de qué? —dice Leto.

—Depende de lo que se entienda por tropezar.

Según el Matemático, y siempre según Botón, ¿no?, el argumento de Cohen había sido el siguiente: si un tropezón es una equivocación y los caballos, como el resto de los animales, actúan únicamente por instinto, ¿no es contradictorio atribuirle al instinto una equivocación? El instinto sería lo que, por definición, no se equivoca. El instinto, dijo, Cohen antes de volverse triunfal hacia las llamas, es necesidad pura. Cuando le dio la espalda a los espectadores para ponerse a trabajar con dedicación exagerada con el fuego, pudo percibirse, para su satisfacción, un silencio general. Pero después de un momento, Basso volvió a intervenir: él no hacía más que transmitir lo que Noca le había dicho, a saber que, si llegaba un poco tarde, era porque uno de sus caballos había tropezado y... *Sí, sí, eso ya lo sabemos*, lo interrumpió, con impaciencia bonachona, Barco, que había dejado su puesto en la canilla de chop y había llegado bajo el quinchó justo para oír el relato de Basso y la objeción de Cohen. Lo que, según él, en cambio, había que preguntarse, eran dos cosas: la primera, si es verdad que el instinto no se equivoca; la segunda, si tropezar es una equivocación. Silencio caviloso de la concurrencia. Basso volvió a intervenir: el problema con Noca era que nunca podía saberse cuándo fabulaba y cuándo decía la verdad. Y como no dio muchos detalles estaban obligados a adivinar si el caballo había tropezado solo o mientras alguien lo montaba: Leto evoca, sin dificultad, la imagen de un hombre a caballo; y el Matemático piensa: «El problema se plantea únicamente con un caballo sin jinete. En el caso contrario, el error es del jinete y no del caballo». En ese momento, sin embargo, y siempre según Botón, se produjo un revuelo: Tomatis, en un enorme fuentón de plástico («amarillo», piensa Leto) traía los pescados que había vuelto a lavar en la pileta de la cocina. *Hay que volverlos a lavar porque siempre les queda un poco de arena*, dice el Matemático que le dijo Botón que dijo Tomatis. Y agrega: *Para que Tomatis haya lavado las ensaladas y vuelto a lavar los pescados, tiene que estimarlo mucho a Washington. Él y el Gato son sus preferidos. A Washington, que no es ni una cosa ni la otra, le gustan los cínicos y los orgullosos. «Pero ni Tomatis es cínico ni el Gato orgulloso», piensa Leto. «¿O será al revés?»*. Después, según el Matemático, es fácil imaginar las operaciones que siguieron: los moncholos gordos que ofrecen el don de su persona el año entero y los

amarillos metálicos que, por prudencia, no se asoman más que en invierno, fueron sometidos al tratamiento adecuado que pone de relieve, perfeccionándolas incluso, sus cualidades: después de rellenarlos con un buen amasijo de cebolla y un poco de perejil y de laurel, untaban con aceite los diarios de la víspera y, previo espolvoreo de sal y pimienta, los envolvían en ellos y los iban colocando, cuidadosos y bien alineados, en la parrilla bajo la cual las brasas escasas impedirían que la carne tan frágil de los pescados se arrebatara. «Y pensar que dice que Botón es folklórico», piensa Leto con cierta mala fe ya que puede percibirse, en la descripción del Matemático, un dejo de ironía. Porque, como corresponde, el Matemático sostiene que el que quiere nadar con cierta soltura en el río incoloro de postulados, modos de silogismo, conjuntos y definiciones, debe acompañar sus estudios de un régimen alimenticio estricto: a fuerza de yogures y de verduras retiradas al primer hervor, el orden abstracto del todo, en su simplicidad superior, se revelaría, estático y radioso, para el asceta consecuente y recién bañado.

—Vuelvo en seguida —dice, inesperado, el Matemático y, sacando del bolsillo del pantalón varias hojas dobladas en cuatro, entra en el edificio de *La Mañana*. Leto ve el alto cuerpo bronceado y vestido de blanco penetrar, con trancos elegantes, por el portal en penumbra del matutino. «Pasado mañana, el comunicado de prensa, bien untado de aceite, va a servir para envolver amarillos y moncholos», piensa, malévolo. Y además: «Se fue de golpe para obligarme a esperarlo». Aceptando, dócil, la necesidad inexplicable de su compañía que parece sentir el Matemático, se apoya en el tronco del último árbol que bordea la vereda. Más allá de la transversal soleada, en la esquina de enfrente, la calle, brusca, se estrecha, y ya no hay árboles en los bordes de las veredas. Como han venido aproximándose al centro, empieza a verse más gente por las calles, y como la zona comercial propiamente dicha comenzará a adensarse a partir de la cuadra siguiente, a los coches que pasan, lentos y ronroneantes, se mezclan las bicicletas, los triciclos y los camioncitos de los repartidores, decorados de nombres y direcciones de casas comerciales. A pesar de la conversación, del relato del Matemático, Leto está como sumergido en su propia memoria, y la voz de Lopecito, con su acento rosarino, martillea, triste y atontada. *Teníamos un tallercito donde montábamos radios, en la calle Rueda. Y cuando se empezó a hablar de televisión, durante la Segunda Guerra, tu viejo se metió a estudiar inglés y se hacía mandar revistas técnicas de Norteamérica. Vos tenías dos o tres años. ¿No te acordás que empezó a montar por su propia cuenta un aparato de televisión en el garaje que tenían en Arroyito? Te debes acordar porque ya eras más grande. ¿Te acordás?* Se acuerda: dormía en la pieza de al lado. Todas las noches, Isabel, en camión, se levantaba dos o tres veces y se iba a golpear la puerta del garaje cerrada con llave. *¿No podes contestar? ¿No podes contestar?*, decía. Él escuchaba el mismo lamento insistente todas las noches. Después, cuando la casa estaba oscura y silenciosa, oía la cerradura del garaje, y los pasos y la respiración que se desplazaban, en la oscuridad, en dirección al dormitorio. La voz quejumbrosa y

soñolienta de Isabel volvía a oírse, y Leto, conteniendo la respiración para oír mejor, esperaba la respuesta que nunca llegaba: «No hay nada que hacer, era algo sexual», piensa, con los ojos fijos en la esquina soleada. «O algo más terrible todavía». Lopecito, mientras tanto, con los ojos llenos de lágrimas, atenuando su vehemencia con ese registro susurrante que se emplea en los velorios: *¿No te acordás que antes de que llegara la televisión a Rosario hicimos una demostración en la Sociedad Rural con el aparato que él había armado en el garaje y que salieron varios artículos en La Capital? Se hacía mandar los elementos de Buenos Aires, de los Estados Unidos y lo que no podía conseguir lo fabricaba él mismo.* Isabel entraba de tanto en tanto en la pieza y los abrazaba, llorando. *Vas a tener que ser muy bueno con tu mamá ahora,* decía Lopecito. Y, para que Isabel no lo oyera, agregaba al oído de Leto: *Mientras yo viva y tenga estas dos manos, no les va a faltar nada, te doy mi palabra.* Que venía cumpliendo. Pero él, Leto, ¿no?, se sentía como sobre un escenario, no como si no tuviese nada que decir, o como si Isabel y Lopecito y todos los otros no hubiesen aprendido los papeles, sino como si actuaran, sobre el mismo escenario, sí, pero en obras diferentes. A veces, la frase de alguno de ellos lo sorprendía tanto, que Leto se quedaba mirándolo fijo, esperando que se echara a reír, porque creía que había dicho la frase por pura broma. Pero la risa no llegaba. Las caras familiares se volvían máscaras impenetrables y remotas y, por mucho que las interrogara no sacaba nada, pero nada, ¿no?, de ninguna de ellas. Eran como individuos de otra especie, como esos invasores de las películas de ciencia ficción que llegan de un planeta desconocido y adoptan forma humana para ejercer mejor su dominación. El padre, por ejemplo, que habían metido dentro de ese cajón, ¿estaba realmente muerto o simulaba? Y las frases que Isabel y Lopecito proferían relativas a su persona —a la del padre, digo, ¿no?— coincidían tan poco con la realidad empírica de Leto, que Leto las oía como expresiones convencionales aprendidas de memoria en el marco de una conspiración. Por ese hombre bueno, por ese inventor que había terminado dedicándose al corretaje de artefactos eléctricos, Leto no experimentaba ni amor ni odio, sino una expectativa neutra semejante a la que sentimos cuando nos preguntamos si a la mosca, después de haber recibido el zapatillazo, le quedan todavía reflejos motores como para seguir girando un poco más sobre las ruinas de sí misma. Había un elemento en la condición de ese hombre que nadie parecía percibir y que para Leto era la característica esencial y casi única que emanaba de su persona: una especie de expresión sardónica que significaba algo así como *ya van a ver, ya van a ver cuando me decida*, o cuando eso, mejor, eso de lo que él estaba al tanto y que los otros parecían ignorar, se decidiera. Esa semisonrisa interior que Leto, sin embargo, no dejaba de percibir ni un momento, les anunciaba, a las apariencias de este mundo, una catástrofe cercana, de la que su portador había visto desde el principio los signos inequívocos. «No podía ser solamente sexual», piensa Leto, sintiendo el tronco del árbol, duro y rugoso, en la espalda, a través de la tela liviana de su camisa. «Aunque César Rey pretende que, bien mirado, hasta el

Billiken es una revista pornográfica». No; era, piensa, algo exterior y abarcante de lo sexual, un elemento constitutivo de su propio ser que destañaba sobre el todo y lo envenenaba. A la suma de tardes, de albas, de anocheceres que fue el tiempo de su vida, la había ido corroyendo esa sustancia mortal que él mismo segregaba y que, hiciera lo que hiciese, aun cuando se quedara inmóvil o tratase de detenerla, nunca paraba de fluir ni de dejar su rastro pestilencial sobre las cosas. Y, decía Lopecito, *tu viejo fue... tenía el genio de... yo le debo... etc.* Leto recuerda que, en el garaje en que se encerraba, había una especie de mesa larga, hecha con madera de cajón, adosada a la pared, y un gran desorden de aparatos de radio, llenos, vacíos, o con el interior a medio sacar, asomando por la abertura trasera del mueblecito, lámparas, tubos, tornillos, perillas, enchufes sueltos, cables de colores, alambre de cobre, revistas y libros técnicos, pinzas y destornilladores; y que, aun cuando no tomaba partido en el litigio permanente que oponía a Isabel y a su padre, y que su padre, aunque un poco distante, era más bien amistoso o indiferente, y que todas esas cosas misteriosas y coloridas que se entreveraban sobre la mesa del garaje no dejaban de tener su atractivo, él se abstenía de tocarlas, no por miedo a la reacción de su padre, que sin duda vería con satisfacción su interés, sino a esa especie de fluido que, tal vez sin darse cuenta, segregaba, y del que Leto veía los signos por todas partes, como en un terreno se adivina, por indicios imprecisos pero irrefutables, la presencia segura de la víbora o del escorpión. A esa mesa se lo imaginaba inclinado, a la luz de una lámpara, manipulando un destornillador diminuto y, por alguna razón desconocida, absteniéndose de responder cuando Isabel venía todas las noches a golpear a la puerta. *Abrí la puerta. Abrí la puerta te digo*, decía Isabel, con tono desesperado, hasta que, dándose por vencida, se iba por fin a acostar, no sin lloriquear un poco antes de dormirse; y, sin embargo, a la mañana siguiente se levantaba radiosa y cantaba preparando el desayuno, poniendo orden en la casa o yéndose para la feria. Ese cambio repentino intrigaba a Leto: ¿era simulado?, ¿o eran el tonito desesperado de las noches y el lloriqueo en la cama lo que simulaba?, ¿o todo era simulado?, ¿o nada? «Y esta mañana cuando, viniendo desde el resplandor azul y circular de las hornallas de gas, dijo ese inesperado *Él, que sufría tanto*, piensa Leto, y yo me puse a escrutar su cara sin resultado, la impenetrabilidad venía, precisamente, de la ausencia de simulación. No simula ni cuando canta ni cuando habla ni cuando se queda callada ni cuando afirma que está haciendo una cosa y en realidad está haciendo lo contrario. Vive una existencia plana, en una sola dimensión» —la de su deseo, que es deseo de nada, o más bien deseo de que no exista la contradicción. Y Lopecito, ¿no?, la noche del velorio, apenas se quedaba sólo con él: *Todo le salía bien. Cuando empezó el corretaje tenía tanto trabajo que me llamó para cederme todo el Norte de la provincia si quería. Nada nos hubiese impedido instalarnos por mayor, pero a él le gustaba la libertad y, más que nada, encerrarse a trabajar en el garaje todas las noches. Era un enamorado de la técnica. Tenía un entusiasmo.* Leto lo escuchaba, silencioso, diciéndose a cada momento que también el pobre Lopecito entraba en ese

aura de irrealidad con una convicción que superaba todas las expectativas. Ese universo plano del que, por razones misteriosas, y sin que ellos lo sospecharan, Leto estaba excluido de modo tal que la vacuidad general de sus actos le era inmediatamente perceptible, parecía inexpugnable menos por su solidez que por su inconsistencia —difusa, versátil y omnipresente.

Absorto, como se acostumbra decir, en sus pensamientos o, y siempre si se quiere, en sus recuerdos, Leto se aleja del árbol, caminando despacio, en dirección a la bocacalle. Se acaba de olvidar del Matemático. Como el actor que hace una pirueta en el escenario y después desaparece en la oscuridad de las bambalinas o, mejor, como esas bestias marinas que, indiferentes al sol que las hace brillar, le muestran, periódico, un lomo lustroso que se hunde y reaparece a intervalos regulares, unas pocas imágenes, nítidas y bien dibujadas, lo visitan y lo abandonan. Distráido, cruza la calle y llega a la vereda de enfrente —y es su distracción también lo que lo hace efectuar el acto paradójico de detenerse en la vereda soleada y volverse hacia la esquina que acaba de abandonar, sabiendo sin darse cuenta de que espera a alguien o algo, pero sin saber exactamente quién o qué cosa—; o, mejor, y en rigor de verdad, es su cuerpo el que se vuelve y se queda esperando —el cuerpo de Leto, ¿no?, esa cosa única y enteramente exterior que, independientemente de lo que, adentro, se otorga dominio y continuidad, proyecta ahora, sobre las baldosas grises, una sombra ligeramente más corta que él, el cuerpo, digo, que, orondo y juvenil, plantado en la mañana, en la calle principal, le da al mundo la ilusión, o la prueba abusiva, tal vez, de su existencia.

Con apuro, el Matemático sale del diario. Al verlo, Leto piensa, todavía, durante una fracción de segundo. «Qué casualidad: el Matemático», hasta que se acuerda de que han venido caminando juntos desde hace varias cuadras y de que está esperándolo en la esquina desde hace unos minutos. El Matemático sale derecho hacia el centro de la vereda y al comprobar la ausencia de Leto se para, brusco y desconcertado; pero, haciendo girar la cabeza, lo divisa en la vereda de enfrente y, retomando un paso normal y una sonrisa de disculpa, empieza a caminar hacia Leto. También Leto le sonríe. Y el Matemático piensa: «¿Habría decidido irse? Tal vez se cruzó de vereda para ganar tiempo y ahora, culpable, me sonríe». El tipo de la redacción se puso a mirar el comunicado desplegado sobre su escritorio sin decidirse a tocarlo, como si hubiese sido una víbora venenosa. «Me deben tener fichado políticamente», piensa el Matemático. Pero, como un prestidigitador que hace bailar en el borde de la mesa varios platos a la vez, su pensamiento se ocupa al mismo tiempo de Leto, y el Matemático, para demostrar su buena voluntad y que la tardanza no ha sido culpa suya, se apura un poco, sin lograr avanzar demasiado sin embargo, ya que el tránsito de la transversal, de doble mano, se demora en la esquina a causa del cruce con la calle principal, obligándolo a pararse un momento en el cordón de la vereda, sonriéndole a Leto por encima de los autos que avanzan a paso de hombre.

Desde la vereda de enfrente, Leto responde a su sonrisa con un gesto impreciso:

por un lado, quiere mostrar que acepta la sonrisa de disculpa que descarga su responsabilidad y que, dicho sea de paso, ya se está borrando de la cara del Matemático, pero por el otro trata de no exagerar su efusión para subrayar que, después de todo, es el Matemático el que le ha chistado en la calle y se empecina en querer acompañarlo en su caminata. Pero las señales que manda su cara en dirección del Matemático se neutralizan y su expresión es incomprensible o, por lo menos, no parece producir ningún efecto en la del Matemático. Leto lo mira: ahora, el Matemático ha logrado por fin bajar del cordón a la calle, pero un auto, que pasa casi rozándolo, le impide avanzar; y cuando lo sortea, el auto se detiene en la esquina; pero cuando llega al medio de la calle, otro auto, que viene en dirección contraria lo obliga, de nuevo, a detenerse; el auto que estaba parado en la esquina arranca a su vez; y de ese modo, la figura entera del Matemático, vestido todo de blanco, incluso los mocasines, emerge, como por la abertura que van dejando los paneles de una puerta corrediza, entre las partes traseras de los dos autos, del mismo modelo pero de distinto color, que van alejándose en dirección contraria. Está presente ahí, bien afuera. Por alguna razón que ignora y en la que, por supuesto, no está pensando, los recuerdos y los pensamientos de Leto se interrumpen y Leto ve la calle, los árboles, el edificio del diario, los autos, el Matemático, el cielo, el aire, la mañana, como una unidad nítida y viva, de la que él está un poco separado pero bien presente, en todo caso en un punto justo y necesario del espacio, o del tiempo, o de una sustancia, fluido o lugar sin nombre que es sin duda el óptimo, y en el que todas las contradicciones, sin que lo haya pedido, ni siquiera deseado, benévolas, se borran. Es un estado novedoso y placentero, pero la novedad no viene de la aparición de algo que no existía antes, sino de un aumento de evidencia en lo ya existente, y el placer, por su parte, no proviene de ningún deseo gratificado sino de una fuente desconocida. Es difícil decir si la perfección viene de Leto o de las cosas, pero de pronto, viendo avanzar, erguido y blanco, al Matemático entre las partes traseras de los dos autos que se alejan en dirección contraria, Leto empieza a ver el conjunto, con el Matemático incluido, no como autos, ni árboles, ni casas, ni cielo, ni seres humanos, sino como un sistema de relaciones, de cuya creación no es sin duda ajena la combinación de movimientos diferentes, el Matemático hacia adelante, los autos cada uno en sentido distinto, las cosas inmóviles cambiando de aspecto y lugar en correspondencia con las que se mueven, todo en proporción perfecta y casual sin duda, de modo tal que, viviéndolo, o sintiéndolo, o como deba llamarse a su estado, pero sin pensarlo, Leto experimenta una alegría súbita, franca, de la que no sabe que es alegría y que acompaña, agudizándolas, sus percepciones. El auto que corre detrás del Matemático es blanco, y el que va avanzando por delante en sentido contrario de un verde claro —un verde claro, raro, tirando a gris, como si en su composición entrase un poco de blanco y de negro, ¿no?— y el Matemático, que viene emergiendo de entre los dos, se recorta contra el fondo de árboles que forman, sobre la vereda, una penumbra luminosa en la cuadra que acaban de recorrer. Lo que va aconteciendo es al mismo

tiempo rápido y muy lento. Independiente de su aspecto físico, de su vestimenta, incluso de su origen social o de una pose que esté adoptando, ni debido tampoco a una proyección afectiva de Leto, que comparte más bien las objeciones de Tomatis y lo conoce menos, el Matemático, al cruzar la calle, se ha transformado en un objeto bello, de una belleza abstracta y no relativa, que no tiene nada que ver con sus atributos preexistentes sino más bien con una coincidencia cósmica que reúne, durante unos pocos segundos, muchos elementos heterogéneos en una composición inestable y que, cuando el Matemático llega a la vereda y los dos autos se alejan un poco en dirección contraria, misteriosa, y habiendo existido únicamente para Leto, se disuelve.

—Me lo querían cortar —dice, para disculparse por la demora, el Matemático.

Ahora es otra vez el Matemático, un amigo de Tomatis, alto, rubio, bronceado, rico, progresista, todo vestido de blanco, incluso los mocasines, que lleva una pipa en la mano y que acaba de volver de una gira por Europa. Leto lo mira, interrogativo.

—El comunicado —dice el Matemático.

—Ah, bueno. La aclaración me tranquiliza —dice, riéndose, Leto, pero la seriedad distraída del Matemático, que parece no haberlo escuchado, lo incita a asumir una expresión grave. Empiezan a caminar. Un poco de reajo, como cohibido, Leto observa al Matemático, que ha retomado el lado de la pared. Durante varios metros, caminan sin hablar. Leto cree que el Matemático, ofendido al comprobar que él se cruzó de vereda, dispuesto a irse si demoraba un poco más en el diario, se ha encerrado de un modo deliberado en sí mismo para mostrarle su reprobación, pero lo que en realidad pasa, lo que le da ese aire de seriedad, casi de encono, es que, hurgando en sus referencias, en sus sospechas, en su capacidad de proyección psicológica y de clasificación política de sus semejantes, atando cabos, el Matemático está ya casi seguro de que el empleado del diario, por tenerlo catalogado también él políticamente, ha tratado de ponerle obstáculos a la publicación del comunicado e incluso le ha sugerido que hasta podrían llegarlo a cortar. Y Leto piensa, o «ve», mejor, ¿no?, la cara de Lopecito, en la noche del velorio: *Nunca se quejó de nada. Nunca le dolía nada. Dormía tres o cuatro horas por día. Era incansable. Nunca había estado enfermo. Siempre se le ocurrían ideas fructíferas. Nunca lo había visto deprimido. Nunca le fallaba a los amigos. Nunca dudaba de sus capacidades. Siempre tenía vistas al futuro. Siempre quería conocer cosas nuevas. Siempre le levantaba el ánimo a los demás.* La imagen de Lopecito se borra; Leto se vuelve un poco hacia el Matemático y está por decirle algo, pero, sacudiendo la cabeza, como si estuviese recuperándose de un desvanecimiento, el Matemático le gana de mano y le sonríe: *No —dice—. Estaba pensando en esas putas baratas que el vulgo conoce con el nombre de periodistas.*

—De las que Tomatis sería el ejemplo típico —dice Leto.

—Eso es —dice el Matemático. Se ríen. Según Botón, de Noca, cuando se había armado la discusión sobre el caballo que tropezaba, Tomatis había dicho: *Si el*

caballo iba hacia el boliche cuando tropezó, la culpa es del caballo; si volvía, la culpa es de Noca. Todos se reían, según Botón, pero en realidad no se sabía. *En realidad, dice el Matemático, el caballo de Noca y, sobre todo, el testimonio de Noca, son heterogéneos al razonamiento. Basta con plantear el problema en general: los caballos tropiezan sí o no. Y después, como bien dice Barco, qué se entiende por tropezar.*

A la vuelta de Europa, el sábado anterior, el Matemático se ha tomado la balsa para ir a ver un partido de *rugby* a Paraná. Apoyado en la borda de la cubierta superior, con la pipa encendida bien agarrada entre los dientes, mientras está mirando maniobrar los grandes camiones con acoplado que estacionan en varias filas en la cubierta inferior, ve entrar corriendo a Botón, con un bolso en la mano y el estuche de la guitarra en la otra, y que, a juzgar por la rapidez y la infalibilidad con que sube las escaleras y viene a instalarse a su lado, sin levantar la cabeza una sola vez, ya ha de haberlo visto desde el atracadero mismo, antes de subir a la balsa —Botón que, como el Matemático lo adivinó al verlo cuerpear, limpio y recién peinado y afeitado, los camiones que maniobran, ruidosos y casi a paso de hombre, para subir y estacionar en la balsa, Botón, de quien el Matemático, digo, ¿no?, ha adivinado que se dispone a pasar el fin de semana en Entre Ríos con su familia, y que, apenas se sientan en un banco de madera de la cubierta superior, en la popa, se pone a contarle, con todos sus pormenores, el cumpleaños. Han tomado la balsa de mediodía por razones diferentes; el Matemático porque, como la travesía dura dos horas y el partido empieza a las tres y media, calcula que le quedará tiempo para hacer una caminata hasta la cancha; y Botón porque, según él, hubiese debido tomar la de las diez, puesto que la combinación del colectivo para Diamante sale a las dos y media, pero se ha quedado dormido, y ahora tendrá el tiempo justo para llegar desde el puerto hasta la estación de ómnibus y saltar al colectivo. Está nublado, pero no hace frío: doble razón que les permite permanecer en el puente a mediodía. Enceguecidos por la costumbre, no ven retroceder, paulatinos, a medida que la balsa se aleja, el puente colgante en el fondo, el club de Regatas, el atracadero, Alto Verde en la orilla de enfrente, los riachos, las islas, las canoas o las lanchas que, en sentido inverso al que ellos llevan, navegan hacia la ciudad. El nublado del cielo es singular: son nubes chicas, casi cuadradas, pegadas unas a otras por los lados, que son de un gris más oscuro que el del centro un poco protuberante de cada una de ellas; inmóviles, cubren el cielo entero, hasta el horizonte, casi todas del mismo tamaño, de modo tal que el firmamento, al que nunca le ha convenido mejor la denominación, aunque ella se aplique al cielo estrellado y no, justamente, a las nubes, da la impresión de ser una bóveda cóncava y empedrada. Ese cielo pétreo, estable, durará todo el día, hasta que al anochecer, sin ruido, se irá disolviendo, no sin antes pasar por una fase lisa de un gris bien oscuro, en una llovizna cada vez más espesa que durará hasta el domingo a la noche. Pero en el mediodía del sábado, sobre la balsa, el río y las islas, conserva todavía esa inmovilidad de pavimento. Botón, que ha dejado el bolso y la guitarra sobre el banco

en el que están sentados, saca del bolsillo una tableta de chocolate y, desnudándola hasta la mitad de su, y por qué no, doble vestimenta de papel impreso y de papel plateado, se la extiende al Matemático que, con cortesía distante y pensativa, la rechaza. Sin maniobras dilatorias, Botón le lanza, a quemarropa, la pregunta inevitable: ¿cómo le ha ido en el viaje? Y el Matemático, unos segundos después, con la vista fija en el punto en que la estela que va dejando la balsa empieza a borrarse de la superficie del río, se oye a sí mismo, no sin cierto desaliento, repetirle a Botón la ristra de ciudades que traen en su reverso las imágenes supuestamente empíricas que desde su paso por ellas acompañan los nombres: Venecia, la verdadera puerta de Oriente y no Estambul; Varsovia, no dejaron nada; Brujas, pintaban lo que veían; Madrid, lo que uno siente haber perdido en el extranjero lo vuelve a encontrar ahí. Botón lo observa unos segundos, sin parpadear, con la cabeza un poco inclinada, pensando ya en otra cosa, masticando su chocolate, y cuando el Matemático termina, sin hacer ningún comentario, empieza a contar algo a su vez, como si sus relatos, que no tienen nada que ver, fuesen complementarios, Botón digo, ¿no? —Ese muchacho crespo pero rubio, de bigotito rubio, de ojos azules casi transparentes, que cuando canta acompañándose con la guitarra lo hace tan bajito que hay que inclinarse hacia él apoyando la mano en la oreja y poner de lado la cabeza para oír algo—; Botón, en quien, según Tomatis, *la única transgresión a una observancia nacionalista rigurosa es la ingestión desmedida de cognac y de caña paraguaya que, aunque de fabricación nacional se manifestaron, en tanto que idea, más allá de nuestras fronteras*. Botón dice que, a principios de septiembre, o fines de agosto tal vez, ya no se acuerda bien, se juntó un grupo numeroso en la quinta de Basso, en Colastiné Norte, para festejar el sexagésimo quinto aniversario del nacimiento de Jorge Washington Noriega (*los sesenta y cinco años de Washington*, dice textual Botón); que él se había encontrado a la tarde con el Gato en Bellas Artes y que el Gato lo había invitado diciéndole que llevara también la guitarra; que los invitados habían ido llegando de a poco —él primero que todos y se había puesto a puntear en el fondo del patio con Basso que recién se levantaba de la siesta. Que la cosa había durado hasta el amanecer.

—Claro —dice Leto—. Me doy cuenta.

—Sí —dice el Matemático.

Más o menos así, ¿no?: qué se entiende por tropezar. ¿Hay un simple pie exterior y un pozo o una piedra exteriores en un lugar de pura exterioridad en el que gracias a la intervención de diferentes factores espacio-temporales se produce un encuentro indebido entre la punta del pie y la protuberancia saliente de la piedra semienterrada de modo tal que la normalidad motriz se ve perturbada por el choque acarreado un desequilibrio en el sujeto, sin que nociones tales como error o intención hayan intervenido para nada en la producción del acontecimiento, considerádoselo por lo tanto como un mero hecho físico en el que coinciden masa, pero específico, velocidad, movimiento, inclinación, etc., o bien, encarándolo desde una perspectiva

interna o subjetiva, se trata de un acto cuyo acaecer es únicamente posible si se admite la existencia, entre los atributos del sujeto, de una tendencia contraria a la que le permite desplazarse erguido sobre sus miembros inferiores y sortear los obstáculos sin accidente? Ni Barco bajo el quincho de lo de Basso, ni ningún otro de los presentes, ni el Matemático ni Leto en la calle recta y soleada por la que avanzan a paso regular, ha formulado así, con esas palabras, la disyuntiva, pero su esquema, irrefutable y descarnado, flota, idéntico a pesar de las carnaduras ocasionales con que cada uno lo reviste, en sus cabezas. Sí, repite el Matemático. Y Washington, que fumaba tranquilo un *Gitane Filtre (Caporal)* de uno de los paquetes que le había regalado el día anterior el director de la Alianza Francesa, no decía nada. Sonreía, pensativo, pero no decía nada. Mutis por el foro de Noca, del caballo de Noca, de todo ente individual de hombre o caballo: bajo el quincho de Basso, en el anochecer benigno de fin de invierno, y en la calle recta y soleada, queda el residuo duro del acontecimiento, la armazón, el límite óseo o pétreo contra el que se choca, el problema. Cohen manipulaba leña y brasas. Barco, de un solo trago, vació su vaso de cerveza y, saliendo de bajo el quincho, se dirigió a su puesto, junto al barril y la serpentina. También otros se dispersaron. Botón y Basso fueron a la heladera a verificar que el vino blanco estuviese enfriándose como era debido; Beatriz, Tomatis, el Centauro Cuello y la Chichito, se paseaban fumando, con un vaso en la mano, entre los mandarineros. Silvia Cohen y Marcos Rosenberg conversaban en el interior de la casa, cerca de la biblioteca. Bajo el quincho quedaban Nidia Basso, Cohen, Washington y los mellizos. Después, necesariamente, vuelve Botón, porque de otro modo, ¿no? —Botón, que en la popa de la balsa, le va diciendo al Matemático: Washington siempre pensativo; los mellizos presentes, Nidia Basso, y Cohen, satisfecho de haber, con su objeción, etc., etc. —los otros dispersos por el patio y la casa; en el anochecer benigno, en la quinta de Colastiné, a la que Leto, que escucha ahora al Matemático, le ha debido agregar el quincho imprevisto con la parrilla, del que ya casi no podrá prescindir puesto que la mayor parte del relato transcurre bajo su techo de paja, un quincho genérico, idea de quincho más bien, sin forma demasiado precisa, emplazado en un patio en el que no calza del todo bien, bajo el que personas conocidas y desconocidas que poseen, según las va evocando el Matemático, distinto grado de realidad, toman una cerveza que Leto nunca ha visto, olido, tocado o gustado, pero que se estampa, inequívoca, en su interior, dorada, con su borde de espuma blanca, en vasos probables y globales que, sin darse cuenta, Leto hace coincidir con, o deduce más bien, de sus recuerdos.

«¡La puta madre! ¡Y yo en Francfort!», piensa, de golpe, el Matemático. Relentes del Episodio. Pero se olvida. Debido a que, según parece, en tiempos de Temístocles, se hizo venir a un tal Hipodamos, de Mileto pretenden, para que, como le dicen a eso, urbanice el Pireo, Leto y el Matemático, tributarios de la forma ajedrezada de nuestras ciudades, van llegando a la próxima esquina en la que la cesura transversal de la calle interrumpe la recta gris de la vereda. Pasan de la sombra al sol, de la

vereda a la calle, de la calle a la vereda y del sol a la sombra de nuevo sin cambiar el ritmo de su paso y sin estar obligados a detenerse una sola vez, ya que, por una de esas casualidades, ningún auto pasa en ese momento por la transversal. Tan desierta está la calle, que pueden seguir hablando mientras cruzan o, para ser más exactos, el Matemático puede su relato —o sea puede seguir contándole a Leto el recuerdo que trae, sin haber comunicado al exterior uno solo de sus detalles, desde el último sábado, del puente superior de la balsa en el mediodía nublado y opaco—, el recuerdo que, elaborado gracias a las palabras de Botón, proferidas entre bocados de chocolate, él, el Matemático, ¿no?, se imagina así: Barco, los mellizos Garay, Nidia Basso y Silvia Cohen, empiezan a poner la mesa bajo el quinchó; los pescados siguen asándose; las ensaladas están listas sobre el fogón de la cocina. «Debe haber habido una gritería general antes de pasar a la mesa; idas y venidas a la cocina; sillas que se arrastran; tintineos de platos, de cubiertos, vacilaciones —¿cuántos somos?, los chicos ya comieron; yo y Nidia dos, Barco, Tomatis, la Chichito y Beatriz y los mellizos ocho; Botón y Cuello diez; Washington y Marcos Rosemberg doce (Cohen: *Yo no me siento, pico un poco al lado de la parrilla*); Silvia trece. Faltan Dib, Pirulo con Rosario, y Sadi y Miguel Ángel—. Debe haber pasado un buen rato antes de que empezaran a comer», piensa el Matemático, y dice: *Es la reunión más heterogénea que se pueda concebir, en sesenta y cinco años, Washington tuvo tiempo de hacerse de amigos en todos los sectores. Por razones diferentes: Cuello, por ejemplo, que es veinte años más joven, nació en el mismo pueblo y lo decretó su maestro. Sadi y Miguel Ángel Podio, que pertenecen a la izquierda sindical, lo veneran porque en los años veinte Washington sacaba un diario anarquista. Pirulo y los Cohen discuten con él de ciencias humanas. Basso y la mujer, de budismo Zen. Beatriz (Leto se la representa armando un cigarrillo) trabaja con él en una traducción de poemas en prosa, franceses del siglo diecinueve. Barco, Tomatis y los mellizos forman parte de su guardia personal, y Marcos Rosemberg es el único que queda en la ciudad de la generación de Higinio Gómez. Botón se considera uno de sus íntimos. «Y yo en Francfort», piensa el Matemático. Y Leto: «No me invitaron».*

Según Botón, Dib que, después de haber abandonado filosofía, abrió un autoservicio, trajo tres botellas de whisky (*Caballito Blanco*, aclaró, admirativo) —Botón, ¿no?— y empezaron a comer. Y dice Botón que Barco dijo (más o menos): *Si atribuimos un tropezón a la casualidad, es evidente que un caballo puede tropezar. Pero si consideramos que un tropezón es un error, es decir el desvío de una acción necesaria, va de cajón que los caballos no tropiezan. En eso adhiero al punto de vista del asador.* Y Cohen (también más o menos): *Yo no tengo ningún punto de vista. Me limito a inferir, de la noción de instinto, la consecuencia que se impone.* Y Beatriz (también más o menos y, para Leto, que escucha lo que le cuenta el Matemático, siempre armando un cigarrillo): *Si aceptáramos la noción de instinto que nos propone el asador, deberíamos llegar a la conclusión de que los caballos no se mueren. Dado que el instinto es necesidad pura, y la primera necesidad de un ser*

vivo es su propia conservación, ¿por qué un caballo se muere, puesto que es un ser vivo?

Mucho más vivo que varios de los que estamos aquí, dice el Matemático que le dijo Botón que dijo Tomatis. Leto, riéndose, sacude la cabeza. A Tomatis sí se lo imagina bien, diciendo eso, desde la otra punta de la mesa, mientras desenvuelve, despacio, su pescado y raspa, con el filo del cuchillo, la piel quemada que puede haber quedado adherida al papel de diario en las partes menos empapadas de aceite. Washington, dice el Matemático, no decía nada. No pocos de los presentes debían estar esperando que abriera la boca, pero Washington se limitaba a comer inclinado sobre su plato, con una sonrisa pensativa, empujando de tanto en tanto los bocados con un traguito de vino blanco. Botón, en el puente superior de la balsa, dice que Washington no decía nada. *Dice Botón*, dice el Matemático. Los dos se lo representan: el Matemático rubio, crespo, con el bigotito rubio, comiendo su tableta de chocolate para compensar el desayuno que no ha podido tomar en razón de haberse levantado demasiado tarde, los ojos casi transparentes a causa del azul tan claro, recién bañado y peinado, disponiéndose a pasar el fin de semana en Diamante, y Leto morocho, impreciso, la piel oscura, picada de viruelas, con el pelo bien lacio y un poco rebelde, de una dureza casi metálica, sin que Leto sepa, ni se haya planteado nunca el problema, ya que no lo ha visto nunca, por qué encadenamiento de asociaciones desconocidas que evoca la palabra Botón, sumadas a las características que atribuyen a su titular, se lo imagina de esa manera.

No decía nada, Washington, ¿no?, y estaba con los ojos bajos, inclinado hacia el plato, donde reposaba su amarillo, desenvuelto, abierto, con su relleno de cebolla y perejil, sobre la hoja de diario chamuscada y en algunas partes fundida, o confundida, más bien, con la piel del pescado. Pero, según el Matemático, sus ojitos sonreían pensativos, y, dos o tres veces, estuvo como a punto de decir algo, alzando la cabeza y mirando a la concurrencia en general que, salvo dos o tres, Beatriz, tal vez, o el Centauro, o uno de los mellizos, el Gato probablemente, no le prestaba ninguna atención. Parecía estar juntando, por dentro, los cabitos de una frase, de un recuerdo, de algo que exigía un orden mínimo para dejarse proferir —proferir, o sea sacar, articulándola, gracias a una serie de combinaciones musculares y respiratorias, de entre pliegues palpables e impalpables de materia orgánica y de pensamiento, al aire de este mundo—, una música familiar que, aun cuando salga en moldes constantes y convencionales, se deja tejer y destejer en variaciones hasta el infinito.

—Instinto. Instigado por —dice que dijo Beatriz, y siempre, y más o menos, según Botón, el Matemático.

—¿Por quién?, o por qué —dice Leto.

—Qué. Sería más bien qué. Quién, según varios, ya se ha retirado —dice, críptico, el Matemático.

Ya han dejado atrás la parte ancha, residencial, de la calle, y ahora caminan por la vereda angosta, sin árboles, sobre la que se abren, cada vez más frecuentes, las

vidrieras y las puertas de los negocios. Llevándose la boquilla de la pipa apagada a los labios, el Matemático, retraído, comienza a acariciárselos despacio con el borde, el hornillo oculto en la mano apretada. Ya no dice nada. Arriba de las cejas, en la frente despejada, la piel se le arruga un poco, en protuberancias horizontales, y entre los dos cepillitos rubiones le aparecen dos hendiduras oblicuas que forman un vértice en el arranque de la nariz. Leto, en cambio, se acuerda: Isabel, el año anterior, Lopecito, el velorio, el cajón cerrado, etc. —y cinco días antes de todo eso, es decir del velorio, Lopecito, etc., ¿no?, como veníamos, o venía, mejor, el que suscribe, ¿no?, diciendo: trigo verde, ya bastante alto, desde el coche motor. Han salido una hora antes desde Rosario Norte, con su madre. Van a Andino, a casa de los abuelos maternos, a pasar el fin de semana. Es un viernes de primavera avanzada. Han salido a la una de Rosario. Cuando dejan atrás el complejo industrial de San Lorenzo, a los costados de las vías empiezan a extenderse el trigo verde, ya alto, los campos de lino, y, amarillos, a veces, los girasoles. De vez en cuando alguna chacra, con su molino y sus eucaliptus que la sobrepasan interrumpe, como quien dice, la llanura, igual que los pueblos escasos que la estación divide en dos como en otros lugares del mundo un río o una carretera. Algún camino de tierra lateral separa, en el campo, los cereales geométricos de las vías —y por ese camino, de vez en cuando, un *sulky* solitario que avanza irreal y trabajoso y que el coche motor, lento y todo como va, deja atrás con facilidad. Él, servicial y entusiasta, ha venido a acompañarlos a la estación. Ese hombre que, desde que Leto tiene uso de razón, ha sido siempre callado, distante, encerrado en sus quimeras insospechadas y en su taller de radiotécnico, desde hace más o menos un mes parece haber roto la campana de vidrio que lo separaba del universo exterior, y se ha venido mostrando eufórico, próximo, cálido y abierto. Leto lo observa a distancia, incrédulo. Al principio, el cambio es tan brusco que, escéptico, está convencido de que se trata de una comedia, de una transformación táctica, pero la persistencia y la convicción del papel son tan grandes que al escepticismo inicial lo suplanta la duda —¿es?, ¿se hace?, todo eso, ¿no?, diciéndose al mismo tiempo, pero desde luego sin conceptos o palabras y casi sin darse cuenta, aunque no únicamente su mente sino incluso su cuerpo entero están como impregnados de esos pareceres que más se emparentan con el estremecimiento o con el latido sordo o la contracción de nervios, sienes, venas, músculos, diciéndose, decía, pero de ese modo, ¿no?, que si se trata de una comedia el público al que la destina no es otro que el propio Leto, porque para con Isabel, Lopecito y los demás, convencidos de antemano, ningún arte de persuasión es ya necesario—; él, ¿no?, Leto, el único que sospechaba que el hombre se guardaba cartas envenenadas en la manga, de lo que el hombre se daba cuenta —«y decidió que yo era el último obstáculo que tenía que derribar para que su círculo mágico, por fin, se cerrara; el rezagado que había que hacer entrar antes de clausurar, hermética, desde adentro, la cápsula, y propulsarla a los espacios interestelares del propio delirio», piensa Leto—, esta vez con fórmulas claras y fluidas, caminando, junto al Matemático, y siempre en dirección al Sur, por la vereda

de la sombra, sobre la que se abren, cada vez más frecuentes, las puertas y las vidrieras de los negocios del centro. En la siesta de noviembre luminosa, cálida y sin viento, el coche motor va pasando entre rectángulos de linares azules, de girasoles amarillos y de trigo verde, dejando atrás la vertical repetida, regular y lenta de los postes telegráficos, mientras Leto, sentado junto a la ventanilla, observa con disimulo a Isabel que, en el asiento de enfrente hojea, apacible y serena, el último número de *Damas y damitas*. La comedia por la que Leto, al cabo de un par de semanas, se ha dejado al fin convencer, produce un efecto tranquilizante y a la vez euforizante en Isabel, de modo tal que sus viejos fantasmas de felicidad conyugal, éxito social, satisfacción sexual, bienestar económico, armonía familiar, paz religiosa, equilibrio corporal, parecen haber encontrado, en los últimos tiempos, su confirmación tan esperada en el mundo resistente y adverso. La atención de Isabel, ajena a la perfección intensa de la llanura, se inmoviliza sobre la página —¿algún régimen para adelgazar?, ¿el horóscopo?, ¿una receta interesante?, ¿las declaraciones de algún artista de cine?, ¿el correo sentimental?—: Leto, que no se lo pregunta, presiente ya, sin embargo, indiferente, definitivo quizás, el abismo que los separa. La revista elevada casi a la altura del pecho deja ver el vientre que, bajo la pollera decente, termina en el vértice que los muslos cruzados forman con el pubis; ha estado ahí adentro, durante nueve meses, y después, como por un embudo, ha caído en el mundo. ¿Qué sentir? Por empezar, la madre general, la llanura excelente, lo exalta en ese momento más que la propia; el vasto mundo, tan desdeñoso, parece sin embargo más familiar que el casal que lo engendró. Su frialdad no llega a ser odio —desde luego, reproches que él mismo ignora, enterrados desde hace mucho tiempo, y que presiente ahora que es demasiado tarde como para desear que ellos hubiesen sido diferentes, le hacen percibir sus propios sentimientos como si fuesen teledirigidos por otros más arcaicos y de distinta naturaleza— no, de ningún modo, no odio sino esa especie de escándalo callado y curioso que lo hace observarlos continuamente para ver hasta dónde son capaces de llegar, no sin la esperanza descabellada de que, al cabo de tanto tiempo ellos, riéndose, cambiando de actitud, terminen por decir: *Bueno, ya está, la representación terminó; ahora empezamos a ser de verdad y nos volvemos reales*. Él, el hombre que, benévolo y servicial, los ha acompañado hasta el coche motor, en Rosario Norte, da la impresión, desde hace un mes de ser, no real, sino más bien diferente —la distancia reconcentrada se ha vuelto jovialidad, la indiferencia distraída, atención amable, la inercia mustia y depresiva comercio familiar, entusiasmo y proyectos. El día antes ha salido del tallercito con los ojos fatigados de tanto conectar cables demasiado finos y de ajustar tornillos diminutos y, mientras ayudaba a Isabel a preparar las cosas para la cena y a poner la mesa, le ha dicho a Leto que la semana siguiente, cuando ellos hubiesen vuelto del pueblo, irían juntos a pescar; cruzarían el río en canoa con Lopecito y se instalarían un par de días en la isla. Le ha incluso dado un golpe de teléfono a Lopecito que, desde luego, se ha mostrado entusiasta. Y en Rosario Norte, en el momento en que tomaban el coche

motor, él, ese hombre, se lo ha vuelto a recordar: el miércoles, a más tardar, porque Lopecito estaba ocupado lunes y martes, se embarcaban para la isla. A decir verdad, Leto tiene que esforzarse un poco para demostrar que encuentra el proyecto tan atractivo como parecen encontrarlo Lopecito y él, pero la curiosidad un poco crispada, escaldada, que le despiertan esos seres diferentes, lo induce a prestarse, a insistir, con la misma prescindencia afectiva con que se observa el comportamiento de una colonia de hongos de laboratorio, a la representación de las distintas escenas de la comedia, con la esperanza de poder desentrañar al final la verdadera esencia de la intriga y de los personajes. Muchos años más tarde sabrá, gracias a evidencias sucesivas, que lo que otros llaman el alma humana nunca tuvo ni tendrá lo que otros llaman esencia o fondo, que lo que otros llaman carácter, estilo, personalidad, no son otra cosa que repeticiones irrazonables acerca de cuya naturaleza el propio sujeto que es el terreno en que se manifiestan es quien está más en ayunas, y que lo que otros llaman vida es una serie de reconocimientos *a posteriori* de los lugares en los que una deriva ciega, incomprensible y sin fin va depositando, a pesar de sí mismos, a los individuos eminentes que después de haber sido arrastrados por ella se ponen a elaborar sistemas que pretenden explicarla, pero por ahora, cuando recién acaba de cumplir veinte años, cree todavía que los problemas tienen solución, las situaciones desenlace, los individuos caracteres y los actos sentido. Leto contempla, no sin bienestar, el campo por la ventanilla. Cada diez o quince kilómetros, el coche motor para en una estación, unos pocos minutos, como para dejar bajar o subir las bolsas del correo, los viajeros, el comisionista, los comerciantes que vuelven de sus compras de reabastecimiento en Rosario, los paquetes de diarios y revistas, los pasajeros que van de un pueblo a otro, escasos en comparación con los que vuelven de Rosario, como si entre esos pueblos el contacto estuviese prohibido y únicamente les fuese posible relacionarse a través de la ciudad abstracta y distante, esos pueblos de la llanura cuadrículados como el campo que consisten, regulares y estrictos, en dos hileras de casas, no pocas de ladrillos sin revocar, de cuatro cuadras de largo, una a cada lado de las vías, y separada, cada hilera de casas, ¿no?, del campito de la estación, por un alambrado, un molinillo y una calle ancha y de tierra —y en las puntas de las cuatro cuadras, dos calles laterales que cierran el cuadrilátero y se elevan un poco al llegar a las barreras, pueblos que son, por decirlo así, como una concesión mezquina de la llanura para volver un poco más rugosa, a intervalos fugaces y regulares, su geometría simplista y monótona. Para Leto esos pueblos son la infancia —la infancia, es decir, en su caso, las idas y venidas en tren o en coche motor, las vacaciones, de verano o de invierno, en casa de sus abuelos, el negocio de ramos generales de su abuelo, con sus mostradores largos y oscuros, las piezas de tejidos de colores, estampados, floreados, a rayas, a lunares, cuadrículados, o con florcitas negras y blancas de medio-luto, puestas unas encima de las otras y ordenadas en diagonal sobre las estanterías, los paquetes amarillos de yerba, acomodados con minucia, con el dibujo y las letras de la marca repetidos en varias hileras, las pirámides de latas de

conserva, idénticas, levantadas en el fondo del local, los frascos de caramelos, las pilas de paquetes de cigarrillos clasificados por marca, los de tabaco rubio a la izquierda de la estantería, los de tabaco negro en el medio, toscanos, toscanitos, fósforos, tabaco y papel de armar a la derecha; los grandes cajones de azúcar, de lentejas, de garbanzos, de fideos, las pilas de bacalao rígido y cubierto de sal gruesa, las maletas para la cosecha que olían a cuero y a grasa, las botellas de vino, de aperitivo, de licor, de cerveza puestas en orden, por tipo, por marca, por tamaño, las vitrinas con artículos de tocador, la fiambarrera, la balanza, el metro de madera lisa, brillante, oscura y sobada, los almanaques y las pantallas de cartón de propaganda, con fotografías de estrellas de cine, de equipos de fútbol, dibujos humorísticos o artísticos, las cajas de zapato, los tambores de querosén o de alcohol de quemar en el depósito, no lejos de las pilas de jabón de lavar la ropa, la harina, la sal, el aceite, y, sobre todo, las cajas de «Quaker Oats» con el dibujo del hombre que tiene en la mano una caja de «Quaker Oats» más chica con un hombre más chico que tiene en la mano una caja de «Quaker Oats» todavía más chica con un hombre más chico todavía que tiene una caja más chica de «Quaker Oats» con un hombre todavía más chico que tiene en la mano, ¿no?, más chica todavía, ¿no?, en fin, así, ¿no?, como... ¿no?, la infancia, decíamos, o como decía más bien, un servidor, o sea, es decir, ¿no?, la infancia: construcción interna y errabundeo externo, convalecencia de la nada, verdad corporal contra mentira social, esperanza de goce contra decepción generalizada, la misa de los domingos, la persecución, tortura y muerte de langostas y sapitos entre los árboles del fondo, las noches espantosas bajo el crucifijo que cuelga de la cabecera de la cama adornado con ramas de olivo seco del último domingo de Ramos, los camisones blancos de tías, primas, abuela, los tíos que toman cerveza fresca bajo los árboles, al atardecer, el silbato de los rápidos que atraviesan el pueblo llenándolo de trepidaciones, la infancia en la que ya Leto ha empezado a decirse, sin palabras ni conceptos, sin ni siquiera imágenes ni representaciones, ¿no?, «Esto no era lo que yo esperaba», «Todavía no es como yo pienso que debe ser», «No es posible que esto sea todo».

En fin, como se dice, y para decirlo otra vez, y aunque siga siendo siempre la Misma, ¿no?, todo eso. La cosa es que le ha dado incluso un golpe de teléfono al que él dice ser su mejor amigo, Lopecito, para proponerle ir de pesca a la isla la semana siguiente. Y Leto, en el coche motor, está dispuesto a dejarse llevar, con una placidez un poco crispada, por esos días tibios y lindos de primavera, hasta el miércoles siguiente, en la isla frente a Rosario. Esa expectativa impregna todo el fin de semana: la llegada al pueblo, el cruce de las vías y del campito de la estación, el paso por el molinillo, la entrada en casa de los abuelos, la cena, el paseo nocturno por el pueblo, el croar de las ranas, el canto intermitente de los grillos, que acompaña desde siempre, y sin duda precede, la noche humana, la palpitación discontinua, fosforescente, de los bichos de luz, el olor de los paraísos, la reunión familiar del sábado con los parientes que han ido llegando de los pueblos vecinos en auto o en el

coche motor, la abundancia ordenada, a base de objetos idénticos repetidos muchas veces, del almacén, la noche bajo el crucifijo, la misa y el asado del domingo a mediodía, los batones floreados de las mujeres, el paseo por la estación con los primos, y, sobre todo, la hora perfecta de la llanura, el atardecer, y, también, de tanto en tanto, como de a ráfagas, la proclama insensata de Isabel a la parentela, relativa a su felicidad conyugal, su éxito social, su satisfacción sexual, su bienestar económico, su armonía familiar, su paz religiosa, su equilibrio corporal, que él deja correr como un rumor de fondo del que lo intriga menos la falsedad que la repetición obstinada y la vehemencia. Esa insistencia traiciona su incertidumbre, del mismo modo que, cuando en el anochecer del domingo el coche motor está llegando a Rosario Norte, la frase que murmura, un poco distraída, *Ojalá que no haya preparado nada para la cena porque con todo lo que comimos en Andino podemos llegar a reventar*, puede traducirse, piensa Leto, como la manera de significar lo contrario, porque el hecho de que el hombre los esté esperando con comida caliente contribuiría a disipar la incertidumbre que la trabaja y que es de naturaleza tan curiosa que, cuando se manifiesta en el exterior, siempre se muestra como su contrario.

El hombre no está en la estación, *Ha hecho bien en no venir*, murmura Isabel, después de haber escrutado el andén y la entrada, *ha hecho bien en no venir porque de todos modos no tenemos valijas y el tranvía nos deja a una cuadra*. Leto que, después de tantos años, se ha hecho experto en el arte de simular que no ha oído nada, o de responder, de manera casi inaudible, con monosílabos imprecisos, a toda proposición irrazonable, o, como él las llama en su fuero interno, de doble fondo, proferida por Isabel, desvía la conversación a los huevos frescos, el ramo de flores, los chorizos con grasa, recién salidos de la chacra, con que los han obsequiado en el pueblo.

Bajan, lentos, del tranvía, dejando atrás las palmeras de la avenida para internarse en la cuadra oscura, arbolada, que los separa de la casa. Isabel no muestra, le parece a Leto, ningún apuro por llegar como si, mediante una prescindencia motriz, su cuerpo, a diferencia de sus razonamientos, estuviese tratando de expresar cosas más verdaderas. Dos veces, en una sola cuadra, se para unos minutos a conversar con vecinos que, sentados en sillones plegadizos en la vereda, a los costados de la puerta de calle, o, acodados en el marco de la ventana, han salido a gozar del fresco de la nochecita, mientras Leto, manteniéndose a distancia, cortés, con el canasto de huevos y chorizos con grasa en una mano y un cigarrillo sin encender en la otra, se pregunta si ella no está tratando de ganar tiempo para que él, que ella supone inocente de sus maniobras y libre de sus presentimientos, la aventaje y llegue primero a la casa —y todo eso a pesar de que, vistos desde el exterior, no son otra cosa que una madre con su hijo, un muchachón callado de unos veinte años, que vuelven respetables, nítidos y un poco cansados, de un fin de semana en el campo, gente del barrio, el marido, parece, es radiotécnico y se ocupa de televisión y se da poco con los vecinos, el muchacho estudia contabilidad, y ella bonita todavía a pesar de que anda por los

cuarenta, los hombres más bien silenciosos y retraídos, en tanto que ella manifiesta tal vez, algunas veces, una tendencia a hablar un poco de más, como si no pudiese parar, o como si tratara de ocultar, de tapar, con palabras, grietas de un fondo oscuro que esas mismas palabras, contra la intención de quien las profiere, abriesen con sus aristas múltiples y secretas. Pero no cede. La espera, paciente, o un poco cruel, más bien, a cada dilación, y cuando llegan a la casa, que está oscura y silenciosa, desierta de vida humana, y pone la llave en la cerradura, y la hace girar, vuelve a sentir, al entreabrir la puerta, el rastro de la víbora, la presencia indefinible pero segura del escorpión, cuyos signos, debilitados en las últimas semanas, se han vuelto otra vez inequívocos y palpables. Cuando enciende la luz esa presencia lo atrae, lo chupa, lenta, hacia el dormitorio, y cuando ve al hombre tirado en el suelo, la cabeza destrozada por el balazo, el revólver todavía en la mano, el suelo, las paredes, los muebles, salpicados de sangre, de fragmentos de cerebro, de cabellos, de astillas de hueso, se dice, tranquilo y glacial: «Así que había sido esto». Patente: «esto» —es decir, los días, las noches, el tiempo, el ser, el mundo, la vida palpitante y gruesa, el hombre, en su tallercito de radioelectricista, los había desmontado, desarmado y separado en piezas sueltas, cablecitos de colores, alambres de cobre, tornillos dorados, dispersándolos sobre la mesa para examinarlos uno por uno, neutro y sin piedad, limitándose a realizar lo que él sin duda consideraba comprobaciones objetivas, y después, en horas lisas y minuciosas, había vuelto a armar el todo a su manera dándole la coherencia irrefutable de su delirio. Para obtener sus propósitos había debido componer una comedia, delimitando un escenario, el universo visible, y haciendo entrar en él a todos sus así llamados seres queridos, modificando a veces la trama para convencer a los más reticentes, como sucedía desde algunas semanas atrás con Leto, a causa de cuya desconfianza se había visto obligado a salir en apariencia de su «taller», transformando un poco su propio personaje y preparando, con el apoyo incondicional de Lopecito, al que se tragaba de un solo bocado, la supuesta semana de pesca en la isla para que Leto, pasando de la reticencia a la esperanza, cayera, al volver del pueblo el domingo a la noche, de unos peldaños más arriba. Dicho en forma breve, y por el hombre mismo, para sí mismo sin duda, y sin duda también sin palabras, más o menos así: *Cuando yo digo bailen, todos tienen que bailar. No se aceptan objeciones.*

Dos o tres días después, la autopsia revela que se ha pegado el tiro el viernes a eso de las dos de la tarde, o sea que, sonriente, los ha despedido en la estación, no sin antes recordarle que el miércoles cruzarán a la isla con Lopecito, se ha tomado, sonriendo todavía, el tranvía hasta el barrio, ha recorrido la cuadra que separa la parada de tranvías de la casa, a paso tranquilo y regular, y, sin duda sin dejar de sonreír, ha entrado en la casa, ha cruzado el vestíbulo, ha penetrado en el dormitorio, y sin vacilar ni perder la sonrisa fija y vindicativa, se ha pegado el balazo.

—Es lo que yo llamo un suicida insolente —le ha dicho César Rey, unos meses más tarde, en el bar Montecarlo, en la ciudad, mientras miran subir, a través de la

ventana, el amanecer frío de otoño. Y Rey puede aseverarlo mejor que nadie, porque la víspera, precisamente, ha alquilado una pieza de hotel con la intención de cortarse las venas, pero en el momento de pasar al acto ha cambiado de idea de un modo brusco, y al salir del hotel se ha encontrado con Leto en el bar de la galería y han venido siguiendo la farra hasta el amanecer.

—El suicida insolente —dice Leto, sacudiendo la cabeza. Isabel y Lopecito han quedado como aturdidos por el acontecimiento —ellos que, en ausencia del director, ya no logran saber con exactitud qué papel interpretan en la comedia— pero Leto piensa de sí mismo que él ha sabido conservar la suficiente sangre fría como para no dejarse alcanzar por la descarga, aunque la sospecha de haber sido el blanco principal durante las últimas semanas podría ser, sin que él mismo se dé cuenta, la prueba de lo contrario.

«El suicida insolente», piensa, mirando con disimulo al Matemático, el vértice de cuyo entrecejo atestigua una reflexión laboriosa que, aunque Leto no pueda saberlo, e incluso ni siquiera le interese, es más o menos la siguiente: ¿dónde nace el instinto?, ¿pertenece al individuo o a la especie?, ¿hay continuidad de individuo a individuo?, ¿el individuo ulterior retoma el instinto en el punto que lo ha dejado el anterior o reconstruye, a partir de cero, todo el proceso a la vez?, ¿es sustancia, energía, reflejo?, ¿qué es la noción de instinto?, ¿cómo fue formulada por primera vez?, ¿por quién?, ¿dónde?, ¿por oposición a qué?, ¿qué cosa, en el ser viviente, no sería instinto? —Y después, olvidándose de Noca, del caballo de Noca, del instinto, de las imágenes que ha construido gracias al relato de Botón en la balsa, el sábado anterior, en el puente superior, las imágenes del cumpleaños de Washington en la quinta de Basso al cual ni siquiera ha asistido pero del que ya tiene, hasta el fin de sus días, sus propios recuerdos, las otras preguntas, que martillean, continuas, en el fondo y que a veces pasan al primer plano, súbitas, y que nos acompañan, nos modelan, nos determinan, nos dan el ser, las viejas preguntas que empezaron a subir con el alba africana, que resonaban en Babilonia, que se escucharon en Tebas, en el Asia Menor, en las orillas del Río Amarillo, que cintilaban en la nieve escandinava, el soliloquio de Arabia, de Nueva Guinea, de Koenigsberg, del Matto Grosso y de Tenochtitlán, preguntas cuya respuesta es la exaltación, es la muerte, es el sufrimiento, es la locura, y que titilan en cada parpadeo, en cada latido, en cada presentimiento— ¿quién puso el huevo del mundo?, ¿qué son lo interno y lo exterior?, ¿qué son el nacimiento y la muerte?, ¿hay un solo objeto o muchos?, ¿qué es el yo?, ¿qué son lo general y lo particular?, ¿qué es la repetición?, ¿qué estoy haciendo aquí?, es decir, ¿no?, el Matemático, o algún otro, en algún otro tiempo o lugar, otra vez, aunque haya un solo, un solo, que es siempre el mismo Lugar, y sea siempre, como decíamos, de una vez y para siempre, la misma Vez.

Durante los veintisiete segundos, en números redondos, que le ha llevado al Matemático reconcentrarse, mudo, en sus pensamientos, y a Leto recordar, con imágenes rápidas, fragmentarias y sin orden cronológico lo que, como venía

dicendo, decíamos nomás hace un momento, sus cuerpos progresan, ellos sí regulares, por la vereda estrecha, hacia el Sur. Ninguno de los dos advierte que, sin discontinuidad, y sin que sea posible, con nitidez, separar las dos dimensiones, van avanzando en el tiempo a medida que lo hacen en el espacio, como si cada paso que diesen los encaminara en direcciones opuestas, a menos que tiempo y espacio sean inseparables y el uno fuese inconcebible sin el otro, y ambos inconcebibles sin ellos dos, Leto y el Matemático, de modo tal que caminantes, calle y mañana, formasen un chorro espeso brotando apacible del surtidor del acaecer. Leto piensa (más o menos, ¿no?): «Que ella venga después de un año con la historia de la enfermedad incurable demuestra su imposibilidad de aceptar la transparencia con que nos hizo llegar su mensaje» —y podría agregarse una comparación: con medios desmesurados pero vitales para él, como esos físicos que construyen un túnel de varios kilómetros para propulsar por él una partícula infinitamente pequeña, porque del comportamiento de esa partícula depende la explicación de la materia y por ende del universo. Y el Matemático, caminando a su lado, piensa otra vez: «Instigado por», pero dice:

—Todos miraban en dirección a Washington, que no decía nada.

Siempre según Botón. Ahora bien, no decía nada, pero parecía, por la actitud reconcentrada y semisonriente, los ojos blancos, el humo del *Gitane Filtre (Caporal)* subiendo hacia su cara desde la mano elevada a la altura del diafragma más o menos, que estaba a punto de decir algo. Y en efecto, así era. Leto se lo imagina en la cabecera de la mesa, bajo el quíncho iluminado, cerca de la parrilla, el quíncho inesperado que debió encastrar con cierta precipitación entre naranjos, pomelos y mandarinos, en el patio oscuro, al final del invierno —Washington, la noche de sus sesenta y cinco años, bien abrigado en su camiseta de frisa y en su camisa de lana a cuadros, más el pulóver en v por el que sobresale el cuello abierto de la camisa, más el saco de lana y encima de los hombros tal vez un poncho o una chalina, el pelo blanco abundante y revuelto, la piel de la cara ya un poco colgante pero dura, gruesa, bien afeitada y saludable todavía, uno de esos viejos que, tal vez porque trabajan la quinta, o van de pesca, o andan mucho a caballo, o se sientan a leer el diario en el jardín durante las siestas de invierno, andan bronceados todo el año, Washington, digo, que mientras va armando, con una sonrisa cada vez más pronunciada en los ojos que se van elevando hacia sus interlocutores y cada vez más vaga en los labios, lo que está por decir, formando palabras, frases, gestos con ello, eleva a su vez, parsimonioso, el cigarrillo hacia los labios y entre chorros de humo que salen de su nariz y de su boca, empieza a hablar.

Para Washington, si él ha entendido bien, lo que es poco probable, ya que la sutileza del amigo Cohen en cuestiones de envergadura es bien conocida, y él ni siquiera posee los rudimentos que la universidad, desbrozándole de entrada no poco camino, suministra a todo pensador, sin contar los emolumentos puntuales que, cada fin de mes, contribuyen a despejar el espíritu de las preocupaciones materiales que a menudo perturban el orden del silogismo, en fin, si ha entendido bien, al caballo, por

haber sido decretado ser instintivo, le estaría vedado tropezar, en razón de las características mismas del instinto, que es considerado necesidad pura, todo esto desde luego si se toma, como bien lo aclaró el amigo Barco, el tropiezo en el sentido de error o equivocación: no un mero hecho fortuito y exterior, sino una contradicción interna del caballo, entre los objetivos que se propone y una falla inesperada en su realización. ¿Se equivoca? ¿La ausencia de objeción lo autorizaría a proseguir? ¿Sí? Bueno, entonces prosigue.

Y así. Él, Washington, ¿no?, creía entender de qué se trataba. Aquí, afectuoso, casi paternal, el Matemático agarra a Leto por el brazo izquierdo, para protegerlo contra la agresión eventual de alguno de los autos que vienen por la transversal, rodando, amenazadores, desde la cuadra anterior, donde han acelerado después de atravesar la bocacalle, según el sistema habitual de conducción automovilística en las ciudades ajedrezadas: aminoración y frenos antes de llegar a la esquina, acelerador una vez pasada la bocacalle, disminución de velocidad a partir de la media cuadra, y así sucesivamente, lo cual, teniendo en cuenta que la longitud de las cuadras es más o menos constante, le da al sistema, a pesar de su esencia contradictoria, un carácter bastante regular. Por encima de la cabeza de Leto, el Matemático, en un segundo, analiza los datos que recoge de un vistazo escrutando hacia el Oeste la transversal: los autos parecen bien adaptados al sistema freno-acelerador antes y después de la bocacalle, y los tres que están llegando al cruce con San Martín, uno detrás de otro, a juzgar por la distancia invariable que los separa no obstante la velocidad decreciente del primero, pareciera que, manteniendo la tendencia de aminoración, van a detenerse para dejar pasar los autos que llegan perpendiculares por San Martín y los peatones que cruzan la bocacalle, de modo que el Matemático, decidido, arrastra a Leto por el brazo, haciéndolo trastabillar cuando bajan del cordón a la calle y obligándolo a aumentar la extensión y la velocidad de sus pasos mientras cruzan, y puede decirse que el Matemático, que no ha dejado un solo instante de vigilar alternadamente los autos que vienen por la transversal, los que podrían doblar, bruscos, desde San Martín y el cordón de la vereda hacia la que se están dirigiendo, recién se siente liberado de su responsabilidad cuando trasponen el cordón, ya que no suelta el brazo de Leto ni continúa su relato hasta que no verifica que ya pueden encaminarse sin peligro por la vereda. Así que prosigue: para estar con Botón, Washington, en la primera parte de su intervención, no opone ninguna objeción a la proposición de Cohen y de Barco — más aún, le parece pertinente y pretende percibir la perspectiva que presupone. Lo único que encuentra discutible, para la clarificación de ese tipo de problemas, es la elección del caballo como objeto de análisis. Según su modesto juicio, al caballo puede desecharse, fácil, por varias razones. En primer lugar, el caballo está demasiado cerca del hombre (a quien se le concede, sin mayores obstáculos teóricos, la posibilidad de tropezar), lo cual contamina el razonamiento de peligros antropocéntricos, sin contar además que esa proximidad del caballo con el hombre ha hecho depositario al pobre animal de toda clase de proyecciones simbólicas, a punto

tal que, bajo tantas capas de simbolismo, ya es difícil saber dónde se encuentra el verdadero caballo. Por otra parte, creemos conocer demasiadas cosas sobre el caballo —nos parece que es fuerte, que es fiel, que es noble, que es aguantador, es nervioso, que gusta de la pampa y que su mayor ambición es ganar el premio Carlos Pellegrini. Estamos convencidos de que, si militara en política, sería nacionalista, y, si hablase, lo haría como el viejo Vizcacha. Además —dice el Matemático que dijo Botón que dijo Washington— por su posición en la escala zoológica, más bien preeminente, el caballo posee una densidad biológica y ontológica excesiva: tiene demasiada carne, demasiada sangre, demasiados huesos, demasiados nervios, y a pesar de su mirada huidiza, menos indiscreta que la de la vaca, podemos concebir su presencia en este mundo no exenta de necesidad, de modo tal que, aun por negligencia metafísica, a la cual no pocos pensadores han sucumbido, hasta podría admitirse alguna categoría existencial que englobe al hombre y al caballo —en una palabra, si él ha entendido bien, lo que se quería decir en relación con el caballo de Noca, que en definitiva no es más que un pretexto para la discusión, habría que aplicarlo a algún otro ente, más diferenciado del hombre que el caballo, miembro de alguna especie viviente desde luego, pero cuyo ser, exiguo aunque irrefutable, no se preste tanto a la tergiversación. Por ejemplo, el mosquito.

Esperando el efecto de su intervención, Washington se pone de perfil respecto de la concurrencia y, alzando ligeramente la cabeza, simula interesarse en el travesaño central que sostiene el techo de dos aguas del quincho iluminado. Uno o dos, desprevenidos, alzan también la cabeza y observan, sin hallarle nada de particular, el travesaño, pero la mayoría de los asistentes no demuestra, en los segundos que siguen a la perorata de Washington, la menor reacción, de modo tal que un silencio casi general, apenas entrecortado por ruidos de cubiertos y de platos, se instala en la mesa. Casi general: porque en el mismo momento en que Washington pronuncia la última sílaba de su intervención, Nidia Basso se echa a reír. La risa de Nidia Basso que brota, por decir así, súbita bajo el quincho, resuena en los oídos sorprendidos de los comensales, repercute entre las copas de los árboles que se enfrían en la oscuridad del patio, y por último se pierde, dispersándose hacia muchos puntos diferentes y contradictorios de la noche, el cielo estrellado en particular —el cielo estrellado, o sea lo que sobre nuestras cabezas, un poco extraviadas en las cosas horizontales, brilla abarcándonos neutro, sin presencias omnipotentes y caprichosas ni desdén, el cielo estrellado, ¿no?, que, aunque no menos mortal, preso también él en lo incesante pétreo o gaseoso, con su firmeza aparente, sus dimensiones y su misterio, desmesurado y glacial, nos aniquila.

En el puente superior de la balsa, en el banco de popa, el último sábado, Botón ha creído oportuno efectuar una disgresión rápida, dedicándole una viñeta vigorosa a Nidia Basso: según Botón, en quien el tono de la voz se eleva, tiñéndose de matices rencorosos, la risa de Nidia Basso no llega a ser de por sí prueba de la comicidad del hecho o las palabras que la desencadenan, porque, justamente, y en cualquier ocasión,

Nidia parece dispuesta a reírse de todo lo que se diga, sea cómico o no, de modo tal que, y siempre según Botón, esa risa no tiene la menor relación con el mundo exterior, y mucho menos con esa parte del mundo exterior constituida por las palabras que Washington acaba de pronunciar. (*Por ejemplo, el mosquito*). Más aún; según Botón, resultaría difícil saber si, en este caso preciso, son las palabras de Washington o el silencio que preceden lo que la motiva. De las palabras, y aun cuando una retórica humorística transparenta a menudo en la conversación de Washington — argumenta Botón arrebatado— la emisión de una risa dócil, siempre lista y chillona, es una respuesta desproporcionada a la ironía sutil de Washington, que deja más bien pensando y puede hacer, a lo sumo, sonreír, interiormente sobre todo, a diferencia, por ejemplo, de las groserías de Tomatis, que se regodea en la chabacanería, o del supuesto sentido del humor del Gato que, para Botón, tendería más bien a burlarse del interlocutor. Escuchándolo, siempre con la vista clavada en ese punto del río en el que la estela que deja la balsa comienza a disiparse, el Matemático sospecha que con el pretexto de definir la risa peculiar de Nidia Basso Botón está aprovechando para descalificar, por alguna razón que él desconoce, al Gato y a Tomatis, pero mientras va contándole a Leto, con sus propias palabras, las distinciones de Botón, omite, no sin volver a experimentarlas mientras habla, esas sospechas. De ser entonces las palabras, refiere el Matemático, se trataría según Botón de una simple carencia de sutileza para percibir, detrás de la ironía superficial, la gravedad que transparentan siempre las palabras de Washington (o al revés), pero, en el caso de haberla originado el silencio, habría que inclinarse por la tesis de una risa nerviosa, menos signo de la comicidad del mundo que de la neurastenia, califica Botón con resabios posmodernistas, del sujeto emisor. Botón piensa que, a decir verdad, si se intentara una clasificación general de los distintos tipos de risa en relación con las circunstancias que las provocan, se comprendería que la aplastante mayoría tiene poco y nada que ver con lo cómico. Es el caso de la risa de Nidia; de algo verdaderamente cómico, Botón dice que nunca la vio reírse, o no se fijó, o no recuerda —de todos modos, una risa motivada por algo cómico, no sería, tratándose de Nidia Basso, otra cosa que una simple excepción, un ramalazo de relación real con el mundo, un momento fugaz de inatención respecto de la autocontemplación incesante y ansiosa que ocultan sus risas subjetivas.

¿Botón es capaz de semejantes interpretaciones? Mientras habla, sin mirar a su acompañante, el Matemático se lo pregunta y no tarda en contestarse: en su opinión, no. Entre varias posibilidades, sobre el origen de la disgresión, considera dos: o bien Botón le ha oído ese tipo de explicaciones a un tercero, Tomatis, o Pichón Garay o Silvia Cohen, o ha presenciado una conversación entre ellos y se adjudica, de modo parasitario, sus conceptos, o bien él, el Matemático, ha ido interpretando, de la manera en que se las presenta a Leto, a medida que Botón le refería hechos desnudos en forma lineal, las palabras de Botón, como si este hubiese estado contándole una adivinanza de la que el Matemático oyera, no los términos que la componen, sino la

solución. Pero hay también una tercera posibilidad que el Matemático, razonador imparcial, no descarta: rechazando de plano que Botón sea el autor de la interpretación, podría conceder que Botón, de buena fe, olvida que se la debe a Silvia Cohen, o a Beatriz, o a Pichón Garay, y la repite sin darse cuenta, creyéndola suya, de tal manera que cuando él, el Matemático, ¿no?, opta por la segunda posibilidad, con la que se atribuye a sí mismo la interpretación, se encuentra en una situación semejante a la de Botón, pero intensificada, porque atribuyéndose a sí mismo sin darse cuenta la interpretación que Botón ignora haber sacado de, pongamos, Silvia Cohen, el Matemático a su vez repite los términos de Silvia Cohen, lo cual le deja al acontecimiento de referencia tan poca realidad, que el valor mismo de la interpretación se vuelve problemático.

—Así —dice el Matemático—, para Washington, lo que es confuso en el hombre y en el caballo, se clarificaría observando al mosquito.

—Al mosquito —repite Leto.

—Al mosquito, sí —dice el Matemático.

—Al mosquito —vuelve a repetir Leto, adoptando una entonación reflexiva.

—Al mosquito, al mosquito —dice, sacudiendo la cabeza, afirmativo, el Matemático.

El paso que llevan ahora, bien armonizado, es, ni lento ni rápido, más regular que nunca, como si a sus piernas, a sus cuerpos enteros, les hubiese costado varias cuerdas encontrar el ritmo común que ahora los engloba, transformándolos en una especie de máquina cuyo mecanismo regula las diferencias entre los dos cuerpos y equilibra las proporciones para obtener un rendimiento común. Desde fuera, el ritmo es tan regular que parece deliberado —desde fuera, ¿no? Y, sin embargo, no podrían encontrarse dos personas más diferentes: el *rugbyman* atlético y razonador, tan perfecto desde el punto de vista físico como la imagen de un afiche publicitario, todo vestido de blanco, incluso los mocasines comprados en agosto en Florencia, cuyo padre, abogado yrigoyenista y liberal es, no obstante, propietario de la mayoría de los campos que circundan Tostado, el Matemático, ¿no?, afecto, como decía, a nadar, quién sabe por qué, en el río incoloro de premisas, de proposiciones, de postulados, y de quien Tomatis, que le ha puesto el sobrenombre, sabe decir que saca, de esas mismas premisas, proposiciones y postulados una satisfacción malsana, hecho que Leto, a decir verdad, nunca ha podido verificar, y que puede tratarse, usando como pretexto al Matemático, de una calumnia de Tomatis contra las ciencias exactas en general; y el otro, Leto, Ángel Leto, ¿no?, flaco, con las piernas un poco torcidas, mucho más chico y más joven, algo miope, cuya camisa y cuyo pantalón, de calidad tres o cuatro veces inferior a la vestimenta blanca del otro, se combinan con menos elegancia, Leto, que no hace ni siquiera un año que vive en la ciudad, a la que ha venido siguiendo a Isabel, su madre, la cual ha huido de la evidencia de un suicidio como de un cataclismo universal, Leto, que lleva, para sobrevivir, varias contabilidades, y que esa mañana, por razones tan inexplicables como las que

inclinan al Matemático a los silogismos y a los teoremas, en vez de ir a trabajar, ha decidido bajarse del ómnibus y ponerse a caminar por San Martín hacia el Sur. Más diferentes imposible, aunque algo, a pesar de todo, los iguala: no únicamente, ¿no?, la identidad genérica en tanto que individuos pertenecientes a la misma especie, individuos que, después de todo, hablan el mismo idioma y que aunque vengan de ciudades diferentes han nacido en el mismo país e incluso en la misma provincia y poseen por lo tanto fragmentos comunes de experiencia —no, nada de eso, que, desde luego, les es propio y comparten a la vez con sus comprovincianos, sus, como se dice, compatriotas, sus congéneres; no, nada de eso, nada de eso, sino algo más particular y sin embargo más indefinido, una impresión, un sentimiento que llevan ambos en el fondo de sí mismos, y que el hecho de ni siquiera sospechar que el otro, u otros, también lo experimentan, le da un tinte particular y, sobre todo, lo refuerza, el sentimiento, decía, de no pertenecer del todo a este mundo, ni, desde luego, a ningún otro, de no poder reducir nunca enteramente lo externo a lo interior o viceversa, de que por más esfuerzos que se hagan siempre habrá entre el propio ser y las cosas un divorcio sutil del que, por razones oscuras, el propio ser se cree culpable, el sentimiento confuso y tan inconscientemente aceptado que ya se confunde con el pensamiento y con los huesos, de que el propio ser es la mancha, el error, la asimetría que con su sola presencia irrisoria enturbia la exterioridad radiante del universo. Ahora, también, desde que empezaron a recorrer juntos la calle recta, por la vereda de la sombra, un nuevo lazo, impalpable, los emparenta: los recuerdos falsos de un lugar que nunca han visitado, de hechos que nunca presenciaron y de personas que nunca conocieron, de un día de fin de invierno que no está inscripto en la experiencia pero que sobresale, intenso, en la memoria, el quíncho iluminado, el encuentro del Gato y Botón en Bellas Artes, Noca viniendo de la costa con sus canastos de pescado, el caballo que tropieza, Cohen que remueve las brasas. Beatriz armando siempre un cigarrillo, la cerveza dorada con un cuello de espuma blanca, Basso y Botón punteando en el fondo, sombras que se mueven confusas en el oscurecer, y que después, sin que se sepa bien cómo, y sobre todo por qué, se traga la noche.

Una casi enseguida después de la otra, el Matemático percibe, cuando van llegando a la esquina, dos caras conocidas: la primera es la del propietario del quiosco de revistas que se despliega en la ochava; como el hombre está sentado en un banquito en medio de su mercadería y bien contra ella para ponerse al abrigo del sol que golpea por la transversal, su busto resalta contra el fondo chato de semanarios, de mensuales y de matutinos, contra fotos en colores de estrellas de cine en bikini, dirigentes políticos y sindicales, campeones de fútbol, fotos repetidas varias veces, del mismo modo que los titulares negros y regulares de los diarios o los personajes de historietas. A causa de su repetición, las imágenes, que forman un fondo oblongo, se vuelven casi abstractas, transformándose en una especie de guarda abigarrada que parece decorar el retrato en relieve del quiosquero, cuya mirada, perdida en el fondo de la calle, el Matemático no logra encontrar para intercambiar con él el saludo que

ya tiene preparado. Pero alzando otra vez la cabeza, sus ojos se encuentran con la segunda cara conocida que, esta sí, pasando al lado de Leto, le sonríe. Es únicamente una cara conocida, ni siquiera lo que podría llamarse, con mayor precisión, un *conocido*. Una cara conocida —o sea, ¿no?, una cara que ocupa un lugar intermedio entre lo familiar y lo desconocido, a la que no podría ponerle un nombre pero que, de tanto pasar una y otra vez por su campo visual, ha terminado imponiendo sus rasgos peculiares a la memoria del Matemático, así como la cara del Matemático ha terminado imprimiéndose en la memoria del otro, de modo que a partir de cierto momento, cuando se cruzan en la calle, en prueba de reconocimiento, se saludan. Es verdad que, durante las ráfagas de extrañeza, también las caras familiares se vuelven, de golpe, desconocidas, pero hay una graduación que, partiendo desde ellas, y pasando, por los conocidos primero, por las caras conocidas después, y después por las caras desconocidas y los desconocidos, que son el último bastión de la experiencia, acaba llegando al horizonte oscuro y viscoso de lo desconocido —lo desconocido, ¿no?, o sea lo que, más allá del don fugaz de lo empírico, es trasfondo y persistencia, y que tratan de hacer retroceder, sin resultado, esas señales vagas que se cruzan, como perdidas, en el día.

Manteniendo el paso idéntico, regular, Leto y el Matemático bajan de la vereda a la calle y empiezan a cruzarla. Un auto lento los intercepta y, como frena en la bocacalle, lo sortean por delante, los dos al mismo tiempo, sin detenerse ni variar el paso, sin ni siquiera mirarlo, como dos robots al que un dispositivo electrónico preprogramado hiciera esquivar automáticamente los obstáculos; y cuando están llegando a la vereda de enfrente, los dos pliegan, simultáneos, la pierna izquierda, y la elevan por encima del cordón.

Las siete cuadras siguientes

Estábamos en que Leto y el Matemático, una mañana, la del veintitrés de octubre de mil novecientos sesenta y uno habíamos dicho, un poco después de las diez, se habían encontrado en la calle principal, habían empezado a caminar juntos en dirección al Sur y el Matemático, a quien a su vez se lo había contado Botón en el puente superior de la balsa a Paraná, el sábado anterior, se había puesto a contarle a Leto la fiesta de cumpleaños de Jorge Washington Noriega, a finales de agosto, en la quinta de Basso en Colastiné, y en que, después de recorrer unas cuadras juntos, cruzaron la calle con paso idéntico y regular y, los dos al mismo tiempo, plegaron la pierna izquierda elevándola por encima del cordón, con la intención, inconsciente más que calculada, de apoyar la planta del pie en la próxima vereda, ¿no? Pues bien: apoyan nomás la planta. Y el Matemático piensa: «Si el tiempo fuese como esta calle, sería fácil volver atrás o recorrerlo en todos los sentidos, detenerse donde uno quisiera, como esta calle recta que tiene un principio y un fin, y en el que las cosas darían la impresión de estar alineadas, de ser rugosas y limpias como casas de fin de semana bien parejas en un barrio residencial». Pero dice:

—¡Shht! *Il terso conchertino dilestro armónico.*

Un cocoliche inesperado desorienta a Leto, máxime que el Matemático se ha quedado inmóvil, reteniéndolo por el brazo y adoptando una pose teatral consistente en girar un poco la cabeza hacia él, sin verlo, ya que los ojos se han desplazado en sentido opuesto y, dejando de mirar lo exterior, se suman a una expectativa intensa y dulce concentrada en el índice de la mano izquierda, el cual, en el extremo del brazo elevado y ligeramente plegado, señala un punto hipotético del espacio que se extiende ante ellos y en el que el dedo, como la aguja de un detector de metales preciosos, trata de ubicar el nacimiento exacto de la música. De un modo casi simultáneo, Leto la oye a su vez, y su atraso de segundos respecto del Matemático parece provenir menos de causas sensoriales constitutivas, espaciales o acústicas, que de la distracción en que lo tienen sumido sus pensamientos. A pesar de su atraso, los dos localizan su origen al mismo tiempo: una casa de discos que se anuncia a sí misma propalando música hacia la calle, y que abre sus puertas en la vereda de enfrente. Los ruidos matinales de la calle principal, vehículos, pasos, voces, parecen una ganga sonora, indisciplinada y salvaje, en la que se engasta, organizada, la música, pero también, para el oído sutil y especulativo del Matemático, un contraste deliberado y aleatorio en el que la yuxtaposición de ruido bruto y sonido estructurado crea una dimensión sonora más rica y más compleja, una dimensión, decía, ¿no?, en la que el ruido puro, denunciando por contigüidad la naturaleza real de la música, asume un papel moral, como en esos grabados en los que la calavera demuestra, con su sola presencia, la cara verdadera de la doncella. Después de localizar la fuente musical, el dedo del Matemático se pliega y la mano comienza a efectuar en el aire ondulaciones rítmicas que la cabeza, moviéndose, acompaña, no sin que dejen de adherir también, los

primeros entrecerrándose, la segunda insinuando una sonrisa arrobada, los ojos y la boca. Y cuando siguen caminando, el cuerpo entero del Matemático parece arrastrado, con discreción desde luego, por la atracción magnética de la música, ante la mirada un poco sorprendida de Leto, que no alcanza a distinguir, en esa especie de bacante moderada en que se ha convertido el Matemático, la pose del entusiasmo sincero. El arrobo del Matemático pasa, casi en el acto, como un momento de locura un poco histriónica, y aun cuando en realidad van acercándose a la fuente de la música, y la oyen por lo tanto con mayor nitidez, el Matemático recupera su actitud serena, indolente, y vuelve a ser el hombre atlético y medido, rubio, alto, todo vestido de blanco, incluso los mocasines, con la pipa apagada en la mano, realizando gestos precisos, estrictos, elegantes, que a esta altura de su vida ya ni siquiera necesita calcular, en fin, el Matemático, ¿no?, que, olvidándose del fondo de ruido y de música, le cuenta:

—Botón dice que Washington presentó al mosquito de la siguiente manera: ocho milímetros de vida palpitante.

Leto se lo representa, Botón, Washington, el mosquito. Según el Matemático, Washington, una noche del verano anterior, tuvo un encuentro casual con tres mosquitos, de cuyo comportamiento, según el Matemático, y siempre según Botón, extrajo una serie de consecuencias insospechadas, de un orden semejante, le había parecido (a Washington, ¿no?), a las que la distinguida asistencia acababa de extraer a propósito del caballo de Noca. El verano anterior, Washington se ocupaba de sus cuatro conferencias —*Lugar, Linaje, Lengua, Lógica*— sobre los indios Colastiné, de las que, por el momento, nadie conoce más que los títulos: sumergido en tratados de historia y de antropología, se vio obligado a trabajar de noche a causa del calor, terrible en enero y febrero. Leto, que ha ido un par de veces con Tomatis a lo de Washington en Rincón Norte, no tiene dificultad en imaginárselo sentado ante su mesa de trabajo, frente a la ventana que da al patio lateral en el que, protegidos por la sombra de eucaliptus y de paraísos se extienden, entre senderos de tierra arenosa, canteros de conejitos, de claveles, de margaritas y de malvones. Leto recuerda dos o tres laureles rosa, una glicina, un lapacho, un timbó y, bien al fondo del terreno, como un residuo del campo pretrabajado, cinco o seis aromos. En el patio trasero ha visto un huerto grande y bien cuidado, árboles frutales, un corral y hasta una conejera. *Durante el sitio de Atenas*, le ha oído decir a Washington, *Epicuro y sus amigos se salvaron gracias a una economía de autoabastecimiento. Yo me defiendo como puedo del complot católico-liberal*. En fin, la noche de verano, ¿no?, en medio del campo, después del día seco y polvoriento y de la fiebre del crepúsculo, la madrugada silenciosa pero no mucho más fresca, y el hombre en el umbral de la vejez que, protegido del exterior por las paredes blancas y por las telas metálicas lee, escribiendo de tanto en tanto notas rápidas y llenas de abreviaturas en un cuaderno. Ha pasado el día yendo y viniendo por la casa, esquivando los espacios soleados del huerto y del jardín, solo después que la hija se casó con un médico y se fue a vivir a

Córdoba —se había separado de su segunda mujer en mil novecientos cincuenta—, habituado ya a la vida y a la muerte a causa de sus sesenta y cuatro años, no sin haber dejado atrás períodos de impotencia, de sopor y de locura, pero poseyendo todavía la fuerza suficiente como para mirar, sereno, la tarde de verano desde la sombra de los paraísos, y esperar la noche para ponerse a trabajar hasta la madrugada. Y su relato, según lo que queda del relato de Botón en el del Matemático, es más o menos así: una noche tranquila del último verano; son pasadas las doce. Después de una cena liviana, Washington, con una jarra de agua fría y un plato de ciruelas, se ha instalado en su estudio para leer, tomando notas de cuando en cuando, una edición facsimilar de la *Relación de abandonado*, del padre Quesada, que Marcos Rosenberg le ha traído de Madrid. Poco a poco, el hervor del día se ha mitigado, y el ronroneo interno que atraviesa, monótono, con su tren de apariciones, la parte iluminada de la mente, se ha ido entrecortando, gracias a la punta clara de su atención que, como el filo de un diamante, ha venido abriéndose paso para relegar, con ajustes sucesivos, los pliegues de lo oscuro. A partir de cierto momento, después de varios intentos trabajosos, los pliegues se retiran y las caras del diamante, emergiendo de la oscuridad, se concentran en la punta transparente que se estabiliza y se fija, para después alcanzar la perfección al desaparecer a su vez, diseminada en su propia transparencia, de modo tal que no únicamente el ronroneo, que es tiempo, carne y barbarie, sino también el libro y el lector desaparecen con ella, despejando un lugar en el que lo intemporal y lo inmaterial, no menos reales que la putrefacción y las horas, victoriosos, se despliegan. De tanto en tanto, la mano izquierda, independiente del resto del cuerpo, se desliza hasta el plato de ciruelas, recoge una y la lleva, sin error posible, a la boca que se entreabre para recibirla, triturarla con los dientes y escupir, después de unos momentos, en el hueco de la mano que se ha vuelto a elevar, el carozo casi sin rastro de pulpa, que la lengua y los dientes, por su propia cuenta, han separado con minucia y facilidad para reenviarlo después al exterior. El libro, que se mantiene apoyándose en otros apilados horizontalmente, oblicuo como una biblia sobre un atril, no manda más ruido que el que hacen los dedos del lector al aferrar, gracias al deslizamiento del índice previamente humedecido en la punta de la lengua y la presión del pulgar, el ángulo inferior derecho para pasar a la página siguiente; y, sin embargo, un tumulto silencioso llena la cabeza de Washington. Espacio y tiempo, arremolinándose contra el lector inmóvil, son impotentes para disolver y hacer circular ese tumulto, y resbalan en los bordes inmatrimiales del cuerpo, sin poder penetrar en el núcleo inmaterial que es su corolario.

—Las famosas cuatro conferencias de Washington sobre los indios Colastiné —dice el Matemático.

Leto ha oído hablar de ellas —de un modo fragmentario, por supuesto, como, por otra parte, de todo lo relativo a Washington. Viene trabajando en ellas —*Lugar, Linaje, Lengua, Lógica*— desde hace cuatro o cinco años; de un modo fragmentario, ¿no?, por ejemplo, que Washington, de quien Leto, antes de mudarse desde Rosario,

nunca había oído hablar, en fin, que Washington, por ejemplo, ha estado en la cárcel varias veces, sobre todo en los años veinte y treinta, y que no después, a finales de los cuarenta, ha pasado un tiempo en un psiquiátrico, que se ha casado dos veces y separado las dos, que la hija se casó con un médico y vive en Córdoba desde hace algunos años, que la casa de Rincón Norte, en todo caso el terreno, lo heredó de su padre, farmacéutico en Emilia, con el que desde 1912 hasta su muerte (la del padre, ¿no?), no se habían dirigido más la palabra, que Washington vive de una pensión por invalidez que le dieron cuando salió del psiquiátrico y de traducciones, etc., etc. —y muchas otras cosas desordenadas, que ha ido pescando al azar de las conversaciones, que le ha oído decir a Tomatis, a Barco, a César Rey, a los mellizos, etcétera.

Asintiendo, sin volver la vista hacia el Matemático, Leto sacude la cabeza. Ahora han llegado a la altura de la casa de discos, en la otra vereda, así que cuando pasan enfrente pueden oír con mayor nitidez la música que, igual que ellos por la calle recta, ha venido avanzando, por el camino más intrincado de la melodía, hasta ese encuentro pasajero. Pero la indiferencia actual del Matemático respecto de ella es tan completa que Leto siente una irritación rápida, una especie de rebeldía, como si, con esa indiferencia súbita, el Matemático lo defraudara —lo cual de algún modo es exacto, porque cuando lo ha visto absorbido por la música, Leto ha sentido por él una admiración confusa y un poco problemática. Ajeno a todo accidente exterior, el Matemático prosigue:

—Pero esa es otra historia —dice.

Las conferencias, ¿no? En la noche tranquila de Rincón Norte, en el estudio iluminado y silencioso donde el humo del cigarrillo olvidado en la muesca del cenicero sube callado y regular hacia la lámpara, Washington lee, apacible, el libro abierto sobre la mesa. Y es ahí donde los tres mosquitos hacen su aparición.

Aquí el Matemático efectúa una pausa ostentosa y satisfecha, volviendo brusco la cabeza hacia Leto que, para castigarlo por su ligereza de hace unos instantes, decide no registrar el efecto, absteniéndose de desviar la vista del punto fijo ante él muchos metros más adelante en la vereda recta en que la viene fijando, de modo que la sonrisa un poco teatral que el Matemático ha comenzado a esbozar se borra de su cara, y una expresión indescriptible, pero muy leve, de pánico y tristeza, aparece en ella. Pero casi en el mismo momento en que se lo ha propuesto, Leto, por falta de carácter o por desaprobar en el fondo lo pueril de su actitud, cede y gira la cabeza, adoptando una expresión intrigada no menos teatral que la pausa satisfecha del Matemático. El Matemático revive. Nuevos relentes del Episodio, en ondas fugaces, tenues y sucesivas, lo han asaltado, relentes de los que la expresión leve de pánico y tristeza, que acaba de pasar inadvertida para Leto, ha sido únicamente la manifestación más exterior, como las lámparas de Entre Ríos que, según dicen, vibraron, parece, la noche del terremoto de San Juan. Las ondas refluyen, y en la imaginación del Matemático, Washington, absorto en la lectura, oye el triple zumbido mucho después que los mosquitos han comenzado a revolotear en la pieza, por

encima de su cabeza, en algún punto entre la mesa y el techo —y esto, desde luego, según Botón, y, según Botón, según Washington.

Ahora, casi a cada puerta de calle, abierta a menudo entre dos vidrieras, corresponde un negocio. En la vereda de enfrente, por ejemplo, después de la casa de discos, que va quedando atrás, de modo que la intensidad de la música disminuye, hay una sedería, una mueblería, el negocio de artefactos eléctricos *Lux*, la zapatería para damas *Chez Juanita*. En la vereda por la que vienen caminando, Leto y el Matemático dejan atrás sucesivamente un quiosco de cigarrillos expuesto en la vidriera de un bar americano exiguo y oscuro a pesar de sus taburetes de plástico y de su mostrador de fórmica multicolor, una florería, una confitería de lujo, una cigarrería ante cuya vidriera un hombre de cierta edad está poniéndose los lentes para estudiar, con seriedad minuciosa, los extractos de lotería. De cada negocio, desde la parte superior de la fachada, entre la planta baja y la alta, entre los balcones, se despliegan hacia la calle los letreros luminosos, verticales u horizontales, de formas diversas que, aunque apagados, forman, por decirlo de algún modo, como un palio, como se dice, que cubre, hasta donde alcanza la vista a cierta altura, la calle principal, o como una multitud de estandartes rígidos, en formación rigurosa que, si fuesen los de un ejército, impresionarían al enemigo por su inmovilidad, por su número, y por su variedad —cada uno, como la música de la casa de discos, anunciándose, tautológico, a sí mismo, repitiendo, un poco más arriba, de modo emblemático, el sentido ya desplegado en representación directa y analítica en las vidrieras, de la misma manera que algunas religiones, como si la presencia del creador no fuese evidente en la creación misma deben valerse, para demostrar su existencia, de algún signo de esencia diferente a la de los objetos creados.

Por razones estadísticas, más que de popularidad efectiva, el Matemático se ve obligado, de tanto en tanto, a saludar, ya sea con un ademán rápido, con un movimiento de cabeza, o con alguna fórmula escueta y convencional, a los conocidos que va cruzando —estadísticas que por una parte desfavorecen a Leto ya que, como vive en la ciudad desde hace poco tiempo, tiene muchos menos conocidos que el Matemático, que pertenece a ella *ab orígenes*, y que por otra parte, desde hace algunas cuadas, considerando el aumento gradual y sistemático del número de peatones a medida que van llegando al centro, acrecientan en favor del Matemático las posibilidades de toparse con conocidos. A decir verdad, únicamente en términos cuantitativos sale favorecido, porque en los planos estético, político, afectivo y emocional, como dicen, ¿no?, y, como dicen también, moral, y, si se quiere, y hablando mal y pronto, y como se decía antes, existencial, el Matemático abomina del grueso de sus conciudadanos, en especial los de su propia clase —*la burguesía sanguinaria*— contra la que, desde los ocho o nueve años, un desprecio reconcentrado y un odio inexplicable lo trabajan. A pesar de sus ideas liberales, sus padres contemporizan con jefes y poseedores los cuales, a su vez, por respeto al nombre patricio y, sobre todo, a la extensión de las tierras alrededor de Tostado,

toleran en ellos el humanismo liberal, como en otros miembros de su clase la epilepsia o la pederastia. El hermano, Leandro (por... ¿no?), varios años mayor que él, en quien, según la expresión textual del Matemático, *los reflejos morales parecerían inexistentes y el dinero y la figuración social los fundamentos a priori de su ontología*, se ha adaptado desde la infancia al medio poseedor, a punto tal que hasta sus propios padres, a pesar del afecto genuino que sienten por él, muestran cierta prudencia en sus conversaciones cuando está presente. Leandro, por su parte, en su fuero interno, trata a sus padres de comunistas y de bohemios. Y entre el Matemático y el hermano, después de varios altercados graves, las relaciones se limitan, cuando se encuentran en familia, a un intercambio de monosílabos fríos y espesos de sobreentendidos —el Matemático sospecha, por ejemplo, que en la época en que era dirigente trotsquista, el hermano, subsecretario de gobierno, lo había hecho detener durante una semana para darle una lección. Y a pesar de eso, ¡qué caballero! No se le pasaba ningún aniversario importante para la familia, jamás se olvidaba de llamar por teléfono a su madre día por medio, a las ocho de la noche, como era la costumbre, y había que verlo en una cancha de tenis, bien engominado y bronceado, ceder con equidad a todos los reclamos justos de su adversario para después despacharlo como una aplanadora al segundo set. *Y a propósito de él no puede extraerse ninguna generalización acerca de la naturaleza humana, porque es difícil determinar si, aparte de los bienes muebles e inmuebles y las veladas en el Jockey Club y en el Rotary, existe en él algún elemento propiamente humano apto para motivar una generalización* —le comentaba una vez a Tomatis, con su humor característico que gusta simular el asombro y la falsa imparcialidad.

¿Por qué los odiaba tanto? *Es de orden psicoanalítico* —diagnosticaba Tomatis, con ligereza y desinterés—: *Como tus padres son perfectos, te ves obligado a transferir el odio que deberías sentir por ellos a todos los miembros de su clase. Lo contrario de Washington que, según parece, odiaba tanto a su padre que la cuota de amor que debía sentir por él la transfirió a toda la especie humana.*

El Matemático sacudía la cabeza: *Tchtchtch... no.* Aceptar esa interpretación hubiese sido facilitarles las cosas. Plegarse de plano a la hipótesis subjetiva equivalía a ignorar las buenas razones objetivas que existían para detestarlos: por ejemplo la avidez y el cálculo con que acumulaban la riqueza y la crueldad que ponían en evidencia al defenderla; la ignorancia egocéntrica y el narcisismo compulsivo que los hacía aislarse del resto del mundo y el mimetismo rastrero que empleaban en copiar a los modelos extranjeros, los ingleses y los franceses primero, los americanos más tarde —un tío de él, del Matemático, ¿no?, había propuesto en los años treinta que el país pasara a las órdenes de la corona de Inglaterra—; eran malos perdedores, revanchistas, llevaban el genocidio en la sangre, el racismo en el alma, la soberbia en el corazón, y estaban dispuestos a aniquilar en todo momento todo lo que fuese heterogéneo a lo que ellos consideraban su propia esencia, y todo lo que no reflejara con pelos y señales la supuesta imagen de lo que pretendían ser. *En una palabra,*

terminaba diciendo siempre el Matemático después de esos hervores oratorios, tratando de reencontrar un tono equilibrado y jovial, *en una palabra, no son interesantes.*

Ese odio añejo, ya casi rancio, del Matemático por su propia clase, aparte de exteriorizarse en confidencias ocasionales, no transparentaba casi nunca en sus gestos ni en sus actos, no porque tratara de disimularlos, sino por una especie de fatalismo —no valía la pena ocuparse de ellos, no eran interesantes, para qué perder el tiempo en escupirles la cara si la vida entera no le alcanzaría para meditar la *Ética* de Spinoza o la paradoja *EPR*. Sin embargo, algo salía a veces de ese odio al exterior, puesto que el Matemático, que era atento, cordial, respetuoso, en algunos casos hasta la afectación según Tomatis, cuando estaba frente a un patricio, a un pudiente cualquiera, un sobrino de obispo, un ministro, o un hijo de general, no podía reprimir una condescendencia irónica ante lo que él consideraba, de antemano y sin apelación, las ineptias del otro. Si el encuentro tenía lugar en presencia de algún testigo, de alguien a quien respetaba o admiraba, esa ironía no estaba exenta de crueldad, como si con ella tratase de diferenciarse al máximo de su interlocutor. El Matemático, ¿no? ¡Y cómo lo habían marcado los mismos que detestaba! Basta verlo ahora, en la calle principal, todo vestido de blanco, incluso los mocasines comprados en Florencia, bronceado bien parejo, alto, rubio, al abrigo de la imperfección y de la contingencia para quien, como Leto, lo observa desde el exterior, a tal punto que su sola presencia, sus expresiones exactas y pausadas, el cúmulo aparente de sus atributos positivos, refuerzan todavía más en Leto su sentimiento de exclusión, de torpeza, de ser no el capricho, sino el error irredimible del Todo.

Pero ya han llegado a la esquina, ese ángulo recto que, en los cálculos sumarios de Hipodamos, interrumpiendo abrupto la vereda, introduciendo un hiato evidente para conductores y peatones, facilitando la orientación, la circulación y la visibilidad, geometrizando de un modo ilusorio el espacio que, a decir verdad, no tiene forma ni nombre, pondría un orden convencional en las mañanas del Pireo. Sombra, baldosas grises, sol lateral, cordón, empedrado, cordón, baldosas grises, sol lateral, sombra: ya están, sin novedades ni mayores modificaciones de ritmo o velocidad, ni sobre todo de trayectoria, caminando por la vereda siguiente. El Matemático dice que Washington, cuando oye el triple zumbido, levanta, un poco extrañado, la cabeza, y ve los tres mosquitos revoloteando no lejos de la lámpara. Extrañado porque el último verano ha sido demasiado seco como para que las larvas, y después las ninfas, como les dicen, de esos así llamados dípteros, hayan podido acrecentar su prole, o sea, como se dice, proliferar. Mosquitos, a decir verdad, no escasean en la región y si en invierno hacen, como quien dice, las valijas y desaparecen, después, a partir de noviembre, cuando el calor comienza a apretar, si ha llovido lo suficiente como para que larvas y después ninfas prosperen, el aire se pone negro al atardecer, y los animales de sangre caliente se ven obligados a desplazarse a los cabezazos entre nubes insistentes, rapaces y zumbadoras. El hombre —el hombre, ¿no?, el ser

humano, que compone, en su conjunto, lo que llaman la humanidad, o sea la suma de individuos desde la aparición de la especie, como la llaman, en, pareciera, el África oriental, por salto cualitativo en ramas evolutivas colaterales, y los atributos específicos que él mismo se atribuye—, el hombre decíamos, o decía, mejor, el que suscribe, le ha puesto ese nombre, diminutivo o peyorativo de mosca, siguiendo sin duda una clasificación anatómica por tamaño, bastante imprecisa de todos modos, pero en fin, de todos modos, en forma imprecisa y todo, no hay otra salida, hay que nombrar. Todo esto, desde luego, según el Matemático, más o menos y siempre según Botón, y, según Botón, decía, según Washington. Pensándolo bien, nadie dice los mosquitos, todos dicen el mosquito, como si fuera siempre el mismo y como si, por medio de esa sinécdoque, que le dicen, se tratara de escamotear o, quizás, al contrario, de sugerir, el problema fundamental: ¿uno o muchos? ¿Es siempre el mismo mosquito que, rehaciéndose una y otra vez del golpe que lo aplasta contra la pared blanca, vuelve a la carga cada anochecer de verano, o nuevas hordas de individuos, flamantes e igualmente transitorias, brotan todos los días, ávidas, de los pantanos, en busca de su sangre necesaria, para, después de haber sido larva, ninfa, punta volátil y zumbadora, si ha logrado escapar al manotazo asesino, digerir burguesamente, decaer y morir? ¿Forma parte de los que, definitivamente, nacen y mueren, o mecanismos intercambiables y biodegradables vienen a rellenar sucesivos un ente de ocho milímetros que pica y zumba, esencia invariable sin contingencia ni destino, exterior al melodrama espacio-temporal, y sin diferenciación individual? ¿Su función es ser alguien en la vida o palpitación anónima que va absorbiendo, a medida que aparece, para brillar inmutable, imperecedera, aun cuando no tuviese más cuerpitos grises que devorar, insaciable, la esencia? Y previa, dicen algunos, extrafáctica, postempírica, ultramaterial, etc., etc. —en fin, más o menos, según el Matemático seguramente no según Botón, pero sí, seguro, piensa, a través de Botón, según Washington.

Leto va siguiendo, no sin dificultad, el relato del Matemático que lo explaya sin concesiones pedagógicas y sin preciosidad pero que, pareciera, va cobrando orden y sentido a medida que es proferido en frases claras y bien construidas, no solamente para el oyente, sino también, e incluso en mayor medida, para el relator, más atento a la coherencia del relato que su oyente, ya que, concentrándose en la formación de sus frases, de sus conceptos, estructurando sus recuerdos, sus interpretaciones, sus fragmentos de recuerdos y de interpretaciones, el Matemático es menos vulnerable a las interferencias sensoriales que Leto, para quien la historia de la que el Matemático parece tan empapado y satisfecho es un compuesto heterogéneo de palabras vagas y opacas, a las que casi no presta atención, y de tramos transparentes gracias a los cuales su imaginación, que se enciende y se apaga con intermitencias, fabrica visiones expresivas y nítidas: hubo una comilona en lo de un tal Basso, en Colastiné, a fines de agosto, para festejar el cumpleaños de Washington y se pusieron a discutir de un caballo que había tropezado; al Matemático —es Tomatis el que le puso el

sobrenombre— se lo había contado Botón el sábado anterior en la balsa de Paraná, Botón, un tipo al que había oído nombrar muchas veces, pero que no tenía el gusto de conocer, y después Washington había dicho que el ejemplo del caballo no era adecuado para aplicarlo al problema que estaban discutiendo —Leto se pregunta oscuramente, sin atreverse a plantearle el caso al Matemático por temor de que el Matemático lo desprecie un poco, cuál diablos podría ser ese dichoso problema—, que el mosquito, si Leto ha entendido bien, sería un ente más apropiado, en razón de su carencia de finalismo antropocentrista, para utilizarlo como objeto de discusión y que justamente él, Washington, ¿no?, el verano anterior, después de medianoche, mientras trabajaba en sus cuatro conferencias —*Lugar, Linaje, Lengua, Lógica*— sobre los indios Colastiné, había tenido la ocasión de observar tres mosquitos que por su conducta singular, adquirirían valor paradigmático y servirían, más que el caballo, sobrecargado de proyecciones, para esclarecer el debate, todo eso, en la imaginación de Leto, ilustrado con pinturas esporádicas y fugaces, Basso y Botón punteando en el fondo de un patio impreciso, en un atardecer de invierno benigno, Beatriz armando un cigarrillo, el auto celeste de Marcos Rosenberg, llegando, cintilante y sin ruido, ante la casa de Basso que Leto nunca visitó, los amarillos y los moncholos envueltos en hojas de *La Región* de la víspera, untadas de aceite, Tomatis y los mellizos Garay, Barco, un tal Dib, que tiene un autoservicio, Silvia Cohen, Cohen, un tal Cuello al que le dicen el Centauro porque es medio animal, la noche lenta bajo el quinchó, la noche de invierno que va enfriándose, en el fondo, entre los mandarineros —se quedaron, parece, hasta la madrugada, hasta el alba, incluso, los últimos, y después se volvieron, excitados y soñolientos, a la ciudad, entre los primeros rayos del sol y el rocío helado, y él, Leto, ¿no?, hubiese podido ir si hubiese querido, y sobre todo, si hubiese sabido, era demasiado íntimo de Tomatis como para necesitar invitación, resultaba incluso curioso que Tomatis no le hubiese dicho nada, tal vez por considerar que era imposible que no lo supiese y que eran tan íntimos que ni siquiera valía la pena explicitar la invitación, pero en fin, había que rendirse ante la evidencia: no lo invitaron.

Leto alza el brazo y señala la vereda de enfrente, unos veinte metros más adelante.

—Tomatis —dice.

El Matemático se interrumpe y mira en la dirección que Leto acaba de señalar, un poco desorientado primero, como si saliera de un semisueño, y, cuando comprende, sacude afirmativo la cabeza y empieza a esbozar una sonrisa.

—En efecto. *Pane lucrando* —dice.

En efecto; y, como diría el Matemático, *pane lucrando*. En mangas de camisa, la cara vuelta hacia el Sur, en el escalón superior de los dos de granito reconstituido que conducen a la entrada principal de *La Región*, interceptando la puerta, entre las dos vidrieras que exhiben las pizarras de felpa negra en las que se difunden, pegando letras móviles de latón blanco, las noticias principales del día. Tomatis está

encendiendo un cigarrillo, con el fósforo protegido en el hueco de las palmas aunque no sopla la más mínima brisa y hubiese podido por lo tanto exponer la llama al aire matinal sin ningún peligro de que se apague. Un hombre alto, bien trajeado, que lleva un portafolios bajo el brazo, y al que Tomatis, ocupado en encender su cigarrillo, le impide salir del diario, le da un golpecito en el hombro de modo que Tomatis, sorprendido y serio, se da vuelta y se desplaza unos centímetros al mismo tiempo, para dejarle paso, con bastante mala voluntad, bajando un escalón y sin dignarse responder cuando el otro, al pasar, le lanza un agradecimiento de pura cortesía. Desde el escalón inferior, mientras se guarda los fósforos en el bolsillo, sin sacarse el cigarrillo de entre los labios, sigue oteando el Sur, indiferente al tumulto de la calle. Los autos pasan, muy lentos, en ambas direcciones, interceptando, intermitentes, la vereda del diario, de modo que la presencia de Tomatis, parado en el primer escalón de la entrada principal, se borra y reaparece, para Leto y el Matemático, discontinua y fragmentaria. *Pareciera de mal humor* —dice el Matemático, menos como resultado de una observación verídica que para exhibir, en presencia de Leto, un conocimiento íntimo de Tomatis; y Leto, por razones muy semejantes: *Pareciera*.

Pero no es exactamente eso, no —no mal humor. No. Tomatis, que tiene la cara vuelta hacia el Sur, como decía, hacia el pleno centro en rigor de verdad, y a pesar de los autos que pasan, de la gente que va y viene, del sol de la mañana —porque es, como decía nomás hace un momento, la mañana— del exceso rugoso y cambiante de lo perceptible, que podría ser uno de los nombres adecuados para darle a eso, está, desde que abrió los ojos en su cama, en un estado turbio y doloroso, del que la camisa arrugada, el pantalón lleno de manchas y la barba de tres días son la manifestación exterior, del mismo modo que la expresión ausente y preocupada. Desde el despertar, la realidad lo amenaza —la realidad, ¿no?, que es otro nombre, y de los menos felices, posible para eso, y que puede ser, a causa de su opacidad obstinada, adversidad y amenaza. De tanto en tanto, esas crecidas de amenaza lo visitan y cubren, oscureciéndolas, sin excepciones, las cosas. Ayer ha estado lo más bien, en acuerdo consigo mismo y con el mundo, y aunque el día ha transcurrido sin exaltación particular, él, Tomatis, ¿no?, lo ha ido atravesando también sin divergencias, bien amoldado a su envoltura, contemporáneo estricto de sus actos e idéntico a cada uno de ellos, el despertar, el trabajo, la comida, recuerdos neutros y proyectos tranquilos, las conversaciones, un paseo por la costanera al atardecer, aprovechando el buen tiempo, y un poco de lectura a la luz de la lámpara, en su cuarto de la terraza, después de la cena —un día entero, homogéneo, de primavera, sin accidentes, con su tinte apacible de permanencia, de continuidad, de existencia inequívoca y llana, uno de esos días que, por su naturalidad lisa y repetitiva, deben haber dado origen a la noción de eternidad. A eso de medianoche, sin novedades, se ha ido a acostar y él, Tomatis, a quien de tanto en tanto, y durante semanas, el insomnio lo hace dar vueltas cada vez más desesperadas en la cama hasta que, como dicen, lo sorprende el alba, anoche, justamente anoche, se ha dormido en el acto, sin

soñar nada, con un sueño tan tranquilo que a la mañana, al despertar, lo primero que ha comprobado es que la cama con él bien encastrado entre las dos sábanas está casi intacta, como si acabara de entrar en ella. Sin embargo, al mismo tiempo, inesperada, no bien abre los ojos, sin razón aparente, ya se ha instalado en él, como otras veces, indefinible y ensombrecedora, la amenaza. Desde bien temprano, las cosas naufragan en ella —o la Cosa, más bien, el universo, ¿no?, que puede ser también, y si se quiere, otra manera de llamar a eso, lo que está o acaece o en lo que se está y se acaece, o ambas cosas a la vez, como si se fuese pasando por zonas, por regiones, inerme y ciego, ente únicamente, ni individuo, ni carácter, ni persona, como dicen, problemático, y mortal sobre todo, chapoteando en lo empírico hasta que sobreviene, inconcebible, el apagón. Naufragan. Y Tomatis, incierto, indeciso, espera, durante el día plagado de peligro, recibir un golpe desde no sabe bien dónde, ni desde luego, por qué, la mente un poco sucia, como un vidrio semienterrado, recubierto, podría decirse, de ceniza reseca y, si se quiere, lleno de burbujas y de nudos que le son constitutivos y deforman la visión. Ahí está ahora, chupando, ansioso, con demasiada frecuencia, el cigarrillo, mordién dose distraído el labio superior, ajeno al tumulto soleado de la calle principal que va adensándose hacia el Sur. Desde la vereda de enfrente, a medida que se acercan, Leto y el Matemático sienten la misma euforia tenue que produce siempre el encuentro inesperado con alguien cuya compañía resulta placentera, observando la actitud agobiada de Tomatis, los hombros redondos, la inmovilidad contraída que de tanto en tanto perturban movimientos del brazo o de la cabeza torpes y como mal, como se dice, coordinados. Al llegar a la altura de Tomatis, se detienen en el borde de la vereda, llamándolo por entre los autos, y deben silbar, chistar, gritarle dos o tres veces, antes de sacarlo de su distracción, pero cuando por fin los oye, y los descubre gritando y gesticulando en la vereda de enfrente, después de haberlos buscado con una mirada turbia y extrañada en varios puntos diferentes de la calle, una risa amplia, sin la menor duda postiza, en la que persisten todavía vestigios de ansiedad, aparece en su cara sombría. Tomatis se acerca a su vez al cordón de la vereda, y, riéndose y sacudiendo la cabeza, grita algo incomprensible en dirección al Matemático.

—¿Eh? —dice el Matemático, inclinándose un poco hacia la vereda de enfrente para oír mejor, y cuando Tomatis vuelve a dirigirse a él, alzando un poco más la voz, el ruido de una motoneta que acelera entre las dos filas de autos tapa otra vez sus palabras. El Matemático hace muecas exageradas, tratando de escuchar, sacude varias veces la cabeza sin dejar de reírse, para mostrar su contrariedad, y después, haciendo un ademán repetido con el que le indica a Tomatis que no se precipite, baja a la calle y, sorteando con rapidez, y a los saltitos, los autos que pasan lentos, empieza a cruzar. Más prudente, Leto, del que el Matemático parece haberse olvidado por completo, se resigna a seguirlo, pensando, mientras llega junto a ellos, en la vereda de enfrente, con un par de metros de retraso, maravillado por el contraste que presentan, en su aspecto exterior, Tomatis y el Matemático: «Por el modo de vestirse, cada uno hace

de su cuerpo una ficción».

Ahí están, en efecto, abrazándose, en la vereda, dándose palmadas en los hombros, en la espalda, en los brazos: el Matemático, todo vestido de blanco, incluso los, etc., etc., ¿no?, como decía, y Tomatis, el pelo oscuro y revuelto, la barba de tres días, la camisa y el pantalón que hubiese debido cambiarse esta mañana, después de afeitarse y darse una buena ducha tibia, si la amenaza, ocupando el lugar del Todo — que podría ser otro nombre, ¿no?— no le hubiese arrebatado a cada uno de sus actos, incluso los más banales, necesidad, gusto y sentido: «Si de todos modos voy a... y el universo entero tarde o temprano también va a... para qué diablos darse una ducha y cambiarse el pantalón», piensa, con estremecimientos minúsculos y depresivos, más que con imágenes claras o palabras, abandonándose, entre uñas negras y pies mal lavados, a una descomposición anticipada. Separándose del Matemático, Tomatis le lanza a Leto una mirada severa y chistosa al mismo tiempo.

—Te veo hasta en la sopa —dice. Y después, al Matemático, volviéndose a reír y aludiendo a los gritos de hace unos instantes—: No, yo decía si ese bronceado viene de la Costa Azul.

—En parte —responde, modesto, el Matemático.

—¿Y? —dice Tomatis—. ¿Dónde la tienen las europeas?

—Una en cada axila —dice el Matemático.

—¡No digas!

—Palabra —dice el Matemático—. Que te caigas muerto ahora mismo.

—¡Guá, Matemático! —dice Tomatis, con admiración distraída. Algún pensamiento extraño lo atraviesa, porque se queda en silencio unos segundos, mirando con atención sombría y rápida la brasa de su cigarrillo, y después se vuelve hacia Leto—: ¿Cómo va la cosa?

—La cosa bien. Yo más o menos —dice Leto.

Tomatis se echa a reír.

—Qué humor tan fino —dice. Y al Matemático—: ¿Hay humor así de fino en Europa?

—Hay, hay —contesta el Matemático, ratificando su afirmación con un movimiento solemne de la cabeza.

—Entonces respiro —dice Tomatis.

Y así, en fin, más o menos. Leto y el Matemático han, como se dice, registrado el cambio brusco en su actitud, cada uno por su lado, y los dos están convencidos en su fuero interior de ser el único que se da cuenta, a diferencia de Tomatis que, desde luego, no parece enterado y sigue actuando de modo tal que los otros perciben, a través de su euforia dicharachera, la confusión turbia y el agobio, apelmazados en el revés de sus risas hábiles y de sus sentencias ingeniosas. La diferencia entre la expresión ausente y ansiosa que han sorprendido desde la vereda de enfrente y la jovialidad actual, tan repentina y mecánica, produce en Leto y en el Matemático cierta incomodidad, como si en el disimulo repentino de Tomatis hubiese algo

obsceno y vergonzante, mientras Tomatis, ajeno a esas impresiones y persistiendo en su retórica mundana, alza hacia el Matemático la cara oscurecida por la barba: no, fuera de broma, ¿cómo le ha ido por Europa? El Matemático vacila. Un sentimiento de pena y de irritación lo traba unos segundos ante la jovialidad compulsiva de Tomatis —desearía, no es cierto, que Tomatis, al tanto de que los otros lo han sorprendido en medio de una perturbación íntima, mostrase menos duplicidad o mayor lucidez adecuando su comportamiento a su estado de ánimo verdadero, pero al mismo tiempo se dice, el Matemático, ¿no?, que se trata tal vez de un orgullo semejante al que lo induce a él mismo a ocultarle al mundo, con precauciones minuciosas, los signos del Episodio, y Leto, que sin que el Matemático lo sospeche, está experimentando los mismos sentimientos, llega casi al mismo tiempo que él a la misma conclusión: «Tanta alegría de vernos muestra más desconfianza que amor»; todo esto, desde luego, sin palabras ni imágenes precisas y, desde luego, más o menos.

Después de esa vacilación que Tomatis, obcecado, no percibe, y que Leto atribuye, no sin cierta razón, al cansancio anticipado del Matemático que ya ha debido salmodiarla muchas veces, el Matemático empieza a proferir, monocorde, su lista de ciudades: Aviñón, un calor matador; Barcelona, la quintaesencia del alma rosarina; Copenhague, parecieran más orgullosos de Andersen que de Kierkegaard; Nápoles, el mismo ambiente que en el Mercado de Abasto; Bruselas, por el Censo de Belén; Fribourg, el *Herr Professor* debía estar de vacaciones; Roma, se la imaginaba de otra manera; Nantes, el término medio meteorológico. Como Tomatis parece no escucharlo, ocupado, con seriedad, en darle la última chupada al cigarrillo y tirarlo después a la vereda, el Matemático se interrumpe, pero una mirada impaciente y un poco sorprendida de Tomatis lo incita a proseguir: Rennes, a las siete de la tarde, las calles se vacían; Atenas, Pergamino más el Partenón; Lisboa, les parecía que podía verse Entre Ríos desde la plaza del Comercio; Varsovia, no dejaron nada; Oxford, una manga de *snoobs*. Fugaces, sucesivas, pulidas y simplificadas por la memoria caprichosa, las imágenes que las palabras del Matemático van sacando al exterior, al aire soleado de la mañana, parecen rebotar contra la expresión deshecha, oscurecida por la barba, de Tomatis —Tomatis, ¿no?, pálido y barbudo, con el pelo revuelto, la camisa arrugada y el pantalón lleno de manchas que, entre Leto y el Matemático, no solo por su posición en la vereda sino también por su estatura e incluso por su edad, ha adoptado, sin mirar a ninguna parte aunque con la cabeza ligeramente alzada hacia el Matemático, tal actitud de inmovilidad que el sacudimiento rápido y un poco nervioso de sus párpados para defenderse de la luz parece una facultad autónoma, un poco extraña y sin relación con el resto del cuerpo; Tomatis, decía, ¿no?, asido, por decir así, desde el despertar, por la amenaza, lo sin nombre, que lo tendrá el día entero, la semana entera quizás, en una zona ensombrecida; y mientras oye hablar al Matemático piensa: «si voy a... y el universo entero también va a... tarde o temprano va a... va a...», en tanto que el Matemático, sin dejar de vigilar la expresión ruinosa

de Tomatis ni de recitar, con aplicación, sus impresiones europeas, está pensando: «Ahora, por lo menos, no simula escuchar». Y Leto: «Por su versión de los hechos, más larga y más irónica, se nota que lo estima más que a mí».

En fin, todo eso, más o menos, ¿no? —Y después de todo, qué más da. Han visitado, concluye el Matemático, varios centros científicos importantes. ¿*Científicos?*, lo interrumpe Tomatis, sacudiendo con violencia rencorosa la cabeza y clavando la mirada en los ojos límpidos y ahora contentos del Matemático, a quien la rabia súbita de Tomatis, más genuina que su volubilidad bonachona, parece producirle una gran satisfacción. ¿*Científicos?*, repite casi gritando Tomatis. Y después, de esta manera: mercachifles a sueldo de la policía más bien, que pretenden conocer lo que ellos llaman realidad porque creen saber que lo que han decidido sin consultar a nadie que son plantas necesitan efectuar algo a lo que le han puesto el nombre arbitrario de fotosíntesis para lo que ellos dicen que es crecer.

—En cierto sentido, no estoy en desacuerdo —dice, imperturbable, el Matemático, sin ignorar que, de algún modo, sus estudios de ingeniería y tal vez su persona entera están incluidos en la caracterización de Tomatis. Y metiendo la mano en el bolsillo y sacando una hoja doblada en cuatro, agrega—: Ya que estamos, ¿te sería incómodo alcanzarle a tu colega correspondiente el comunicado de la Asociación? Gracias.

Con la misma convicción y buena voluntad que si se tratara de una víbora cascabel, Tomatis agarra la hoja doblada en cuatro que le tiende el Matemático. *De mil amores*, dice, desviando la mirada. *Si lo escribió un ingeniero, va a haber que controlar la ortografía*.

Se echa a reír. Leto y el Matemático se ríen; esta vez, la risa de Tomatis parece sincera, espontánea, como si, venciendo el agobio, el hecho de no ser un ingeniero sin sutileza ni elegancia en la expresión bastase, en las maquinaciones curiosas que se despliegan en su interior, para hacer retroceder, por alguna razón desconocida y durante unos momentos, la amenaza. Toda su persona es clarificada por la risa —la risa, ¿no?, esa euforia repentina, que sale a la cara entre estremecimientos corporales y destellos en el interior, abstracta y presente, de la que no se podría decir por qué ciertas imágenes y no otras liberan el chorro instantáneo y brillante que actualiza, durante unos instantes, la coincidencia con las cosas. Dejándose llevar por el impulso de un buen humor, Tomatis mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca otra hoja doblada en cuatro, casi idéntica a la que acaba de darle el Matemático.

—Yo también escribí un comunicado esta mañana —dice, y, sin otra aclaración, se pone a leer lo que está escrito en la hoja: *En uno que se moría / mi propia muerte no vi, /pero en fiebre y geometría / se me fue pasando el día /y ahora me velan a mí*. El Matemático, que ha entrecerrado los ojos y ha adoptado una expresión de placer anticipándose a la lectura, para demostrar sin duda —y sin duda a causa de la presencia de Leto— que ya ha gozado muchas veces de la prerrogativa de una lectura privada de los poemas de Tomatis, el Matemático, digo, cuando Tomatis termina su

lectura, lenta y un poco aflautada, pero bastante monocorde, se vuelve hacia Leto interrogándolo con ojos extasiados. Y Tomatis, haciendo, como dicen, silencio, se pone a mirar, con indiferencia deliberada, la vereda soleada, el cielo azul, los autos, la gente que pasa por la calle. *Soberbio*, se apresura a decir el Matemático. Y Leto, después, por el contrario, de una vacilación: *¿No podrías leerlo de nuevo? Hay cosas que se me escaparon.*

Una sombra tenue pasa, rápida, por la cara de Tomatis. Sin haberlo pensado nunca, sabe que un pedido de relectura es una forma velada de indicar que el efecto buscado por el lector no ha alcanzado al oyente y que el oyente, o sea Leto, ¿no?, para no verse en la obligación de ensalzar lo que no le ha hecho ningún efecto, utiliza el pedido de relectura con fines dilatorios y también para preparar, durante la relectura, un comentario convencional que deje satisfecho a Tomatis. Pero en rigor de verdad, Leto no lo ha escuchado: mientras leía, recuerdos desteñidos, sin orden, y casi sin imágenes ni contenido, lo han arrancado de la mañana de octubre, llevándolo muchos meses atrás, al período durante el cual, gracias a la diligencia de Lopecito y a causa de la fuga compulsiva de Isabel, se han venido a vivir a la ciudad. Leto percibe la humillación leve, a su juicio injustificada, de Tomatis, cuando comienza a leer por segunda vez el poema y siente, sobre todo, mientras asume una expresión mucho más atenta que la que hubiese bastado a una atención natural, la mirada que clava en su rostro, desde un poco más arriba que su cabeza, el Matemático, quien parece haber asumido, solidarizándose con Tomatis, un control severo sobre la emoción estética que, perentoria, la lectura debe despertar en él, control que, desde luego, produce un efecto inverso al deseado, ya que por su presión excesiva sobre Leto se convierte en un motivo de distracción. La voz monocorde, aflautada y lenta de Tomatis, un poco diferente de su voz natural, va profiriendo las sílabas, las palabras, los versos del poema, estructurando, gracias a su entonación artificial, un fragmento sonoro de esencia paradójica, como se dice, ¿no?, que al mismo tiempo pertenece y no pertenece al universo físico —así, físico, ¿no?, que es, también, otro modo que tienen de decirle a eso, el magma ondulatorio y material, tan desmedido en su exterioridad, menos apto al rito que a la deriva, aunque el animal soñoliento que lo atraviesa, fugaz, sospechando su existencia, se obstina en naufragar contra él en asaltos clasificatorios y obcecados. Austera o lapidaria, la voz de Tomatis declama: *En uno que se moría / mi propia muerte no vi, / pero en fiebre y geometría / se me fue pasando el día / y ahora me velan a mí.*

—Redondo —estima por fin Leto.

—¿No tenés una copia? —pregunta el Matemático. Tomatis vacila un segundo, y después, desprendido y grandioso, le entrega la hoja al Matemático.

—Intercambio oficial de comunicados entre la Asociación de Estudiantes de Ingeniería Química y Carlos Tomatis —proclama.

—Unos años más, y esto vale millones —dice el Matemático, echándole una mirada admirativa a los versos mecanografiados en el centro de la hoja, y metiéndose

la hoja en el bolsillo después de darle un beso ostentoso y de doblarla en cuatro con cuidado y facilidad, siguiendo los dobleces previos hechos por Tomatis. Y después—: *¿Caminamos un poco?*

—Unas cuadras —accede Tomatis con reticencia.

Se ponen en marcha, siguiendo por el sol, y ocupando todo el ancho de la vereda, a tal punto que Leto, que va del lado de la calle, camina casi sobre el cordón y de tanto en tanto se ve obligado a echar miradas rápidas por encima de su hombro para que no lo rocen los autos que pasan lentos a su lado. Como Tomatis ha quedado en el medio, forman un grupo decreciente, del Matemático a Leto, no únicamente en cuanto a estatura y corpulencia, sino también a edad, ya que Tomatis tiene un par de años menos que el Matemático y tres o cuatro más que Leto. Pero el peso de la amenaza, que ha vuelto a surgir, distingue a Tomatis de los otros dos, a causa de la palidez excesiva, de la barba de tres días, de la ropa arrugada y manchada, pero sobre todo de su mirada inconstante, de su expresión ruinosa, de los sacudimientos leves de su cuerpo, de sus movimientos de cabeza bruscos, inacabados y caprichosos. Simulando no prestarle atención, Leto y el Matemático no dejan de percibirlo. Y después de caminar unos metros en silencio, el Matemático, de un modo impersonal e indirecto, lo interroga: él, Tomatis, que ha estado presente, ¿qué versión puede darles del cumpleaños de Washington? Porque ellos, Leto y el Matemático, ¿no?, tienen la de Botón, plagada de interpretaciones inverificables, de afirmaciones subjetivas y, sospecha, de anacronismos. Él se ha encontrado con Botón en la balsa, el sábado anterior y, justamente, venía refiriéndole a Leto lo que Botón le contó. Como Tomatis no responde, limitándose a sacudir la cabeza con desdén contenido, el Matemático lo mira: ¿algún problema?

—Más vale me callo —dejan pasar, sobreentendiendo el colmo de la abyección, los labios nerviosos de Tomatis y, demostrando triunfales la inconsistencia del plano denotativo, prosiguen sin transición (y más o menos): poco más o menos, el cumpleaños de Washington ha sido un rejuntado de borrachones, pistoleros y cabareteras. Por ejemplo, sin ir más lejos, Sadi y Miguel Ángel Podio, que se presentan como la vanguardia de la clase obrera, no bien pierden una elección desalojan a balazos del sindicato a los miembros de la lista ganadora; él, Tomatis, no se explica cómo esa noche vinieron sin sus guardaespaldas. De Botón, ni hablar: se había querido violar a la Chichito en el fondo del patio; la salvaron sus reflejos de burguesita y el hecho de que Botón estaba tan borracho que no únicamente ya ni se le paraba, sino que las piernas apenas si lo sostenían. Y la prueba de que estaba borracho la suministra el hecho de haber elegido justamente a la Chichito, inabordable para todo el que no haya pasado antes por el Civil, cuando había entre las mujeres presentes dos o tres que hubiesen ido con mucho gusto a darse una vuelta por el fondo, y tan livianas que hasta Botón les hubiese parecido un partido interesante — de Nidia Basso, por ejemplo, se decía que sufría de fiebre uterina, y él había oído decir que a Rosario, la mujer de Pirulo, que trabajaba de enfermera en una clínica, le

gustaba sangrarse de tanto en tanto con una jeringa. ¿No habían visto lo pálida que era?

Por encima de la cabeza de Tomatis, echada un poco hacia adelante en razón de la fuerza de sus disquisiciones, Leto y el Matemático cruzan una mirada perpleja y rápida con la que sellan, en esa situación de emergencia, un pacto del que la mirada fugaz da por sobreentendidas las cláusulas principales: 1) esta mañana, Tomatis parece encontrarse en un estado de ánimo especial; 2) los esfuerzos por retrotraerlo a un sistema relacional medianamente normal se han mostrado hasta este momento infructuosos; 3) el estado de ánimo especial de esta mañana induce a Tomatis a presentar los acontecimientos relativos al cumpleaños de Washington de manera distorsionada, apelando sin pudor a la caricatura e incluso a la calumnia en su manera de referir los hechos; 4) las partes se invitan mutuamente, por medio del presente pacto, a tomar con pinzas la versión de Tomatis. «Sí», piensa Leto, a quien le quedan algunos escrúpulos de lealtad para con Tomatis, desviando la mirada: «Pero cuando el río suena, agua trae». A su vez, el Matemático: «No es posible que no reaccione». Y Tomatis, por debajo del chorro de palabras malévolas que le gustaría poder retener pero que el pujo de la amenaza lanza hacia el exterior: «... el universo va a... va a... y yo voy a...» —en fin, en pocas palabras, y otra vez, aunque siga siendo la Misma, como decía hace un momento, todo eso.

Ignorando el pacto que acaba de establecerse por encima de su cabeza e incapaz de percibir en el silencio discreto y un poco avergonzado en el que caen sus palabras una muestra de reprobación, de escepticismo o de incomodidad, Tomatis prosigue: para colmo, después de la comida, a eso de medianoche, habían caído Héctor y Elisa, que andan siempre a las patadas, y Rita Fonseca, la pintora a la que, entre otros, se mueve Botón, y que cuando está borracha quiere mostrarle las tetas a todo el mundo. Y por último, a las cuatro de la mañana, había llegado Gabriel Giménez, que hacía tres noches que no se acostaba y que quería hacerle aspirar a toda costa a Washington un papelito de cocaína. El taxi que lo esperaba en la puerta, según Tomatis, lo tenía alquilado desde la mañana anterior.

El Matemático ya le ha oído contar la historia a Botón, el sábado anterior, en el banco de popa, y aun viniendo de fuente tan sospechosa, su versión le ha parecido más verosímil, o en todo caso más elegante que la de Tomatis: según Botón, como decíamos, o decía, mejor, hace un momento, un servidor, según Botón, decía, ¿no?, Gabriel Giménez, en efecto, llegó en taxi a eso de las cuatro de la mañana, excitado sin duda a causa de sus papelitos de cocaína, y según Botón según el propio Giménez, después de tres noches consecutivas de no haberse acostado —algo frecuente en el caso de Giménez, en el caso de Botón y, sobre todo, en el caso de Tomatis y, en el caso de Tomatis, no pocas veces en compañía del propio Giménez, con quien son inseparables— de modo que, piensa el Matemático, Tomatis debería observar algunas reglas elementales, por ejemplo abstenerse de juzgar en los demás lo que cuando se trata de sí mismo suele considerar con tanta benevolencia. Y, según Botón, Giménez

no solo no había perturbado la fiesta a causa de su estado, sino que habría agregado, con su delicadeza innata y su amor sincero por Washington que, en tiempos normales, Tomatis sería el primero en reconocer, una pizca de sal a los acontecimientos: para estar con Botón, Gabriel se acercó a Washington y, haciendo una serie de reverencias lentas y gentiles, en la que todos los presentes podían reconocer una gracia superior, le presentó, con un gesto semejante al del ofertorio de la eucaristía, el papelito de cocaína, especie de hostia oblonga muy apreciada que Washington, halagado por la distinción que suponía el ofrecimiento, con una sonrisa cortés y una caricia rápida en la mejilla de Giménez, rechazó argumentando no comulgar con la secta pero declarándose al mismo tiempo partidario de la tolerancia religiosa.

—Sí —dice el Matemático—. Botón me contó.

Tomatis no parece escucharlo. Están llegando a la esquina: un atolladero de autos y de colectivos que se interceptan unos a otros trata de fluir en el cruce, a causa de que en la esquina la calle se vuelve exclusivamente peatonal, de modo que los autos que vienen desde el Norte se ven obligados a doblar por la transversal, para evitar las barreras que impiden seguir adelante, y los que vienen por la transversal únicamente pueden seguir derecho o doblar hacia el Norte. De tanto en tanto alguna bocina connota, mediante la producción artificial de, como las llaman, ondas sonoras convencionales, la impaciencia y, podría decirse, la excitación nerviosa de los conductores, lo que, sumado al pito perentorio pero inconsecuente de un agente de tránsito que revolea los brazos sobre una tarima, y al rumor general de la ciudad sobre el que resaltan los ruidos más cercanos y diferenciados, agrega algunas variables imprevistas al esquema ideal de intersecciones periódicas concebido por Hipodamos. Leto, Tomatis y el Matemático se dispersan, adoptando estrategias separadas para cruzar, mediante tanteos, desvíos, avances y retrocesos, por entre los vehículos inmovilizados, y cuando llegan al otro lado, casi en el mismo momento, retoman la posición inicial, de mayor a menor, y siguen caminando juntos, esta vez por el medio de la calle, desembarazada, por varias cuadras y durante algunas horas, de toda clase de vehículos —Tomatis en el medio, refractario al silencio circunspecto de los que lo acompañan, a la reticencia un poco desolada que genera, hosco y desprevenido, su relato, y que, enceguecido por la compulsión amarga de la amenaza, no se abstiene de continuar: no, la verdad, no fue una buena idea haber invitado a toda esa gente, a todos esos, varios de los cuales, por otra parte, no tenían ningún derecho a estar presentes; debió haberse hecho algo más íntimo, con los verdaderos amigos, los que, cuando Washington se da vuelta, no tienen la costumbre de clavarle la puñalada por la espalda: Pirulo, por ejemplo, que se cree con derecho a mirarlo desde arriba porque Washington no comparte su culto supersticioso por los criterios cuantitativos en sociología, o el Centauro Cuello, que ahora pretende ser uno de sus íntimos, pero que cuando en el cuarenta y nueve los peronistas, para neutralizarlo políticamente a Washington que pedía todo el poder para el pueblo, lo habían hecho encerrar en el manicomio, él, que estaba entre los dirigentes de la juventud, se había

lavado las manos; y todavía él, Tomatis, ¿no?, no está seguro de que Cuello no haya estado metido hasta el ídem en la maquinación. Lo mismo podría decirse de Dib, que, cuando fue dirigente del Centro de Estudiantes de Filosofía en Rosario, se las ingenió, con pretextos políticos, para boicotear una conferencia que los Cohen le habían obtenido a Washington con el fin de mitigar su miseria, porque hacía un año que no le pagaban la pensión —y de la vocación y del rigor filosófico de Dib puede poseerse, dice Tomatis, una prueba palpable cuando no se ignora que Dib, en cuya boca la palabra idealista es el peor de los insultos, apenas dispuso de capitales que le dejó su padre al morir, abandonó los estudios y se volvió a la ciudad para instalar un autoservicio, no sin dejar de calcular, él que se dice marxista, que la ventaja principal de un autoservicio es que puede funcionar, como las estancias de la oligarquía, con muy poco personal. De todos modos, dice Tomatis, haber sido dirigente del Centro de Estudiantes, ya es una prueba suficiente de su vocación de negrero, porque entre las costumbres de esos señores figura en primer lugar mandar al frente a la tropa durante las manifestaciones y reservarse para ellos los puestos de la jerarquía. No, a decir verdad, había varios que estaban de más esa noche. Y varios que no estaban y que deberían haber estado.

Leto le echa una mirada discreta, de reojo, para ver si la última frase ha querido reparar la falta de no haberlo invitado, pero el perfil pálido de Tomatis no se modifica cuando lo roza su mirada; y, del otro lado, el Matemático, a quien también la frase acaba de llamar la atención, dictamina, en su fuero interno que, casi seguro, esa frase está dirigida a sus oyentes, no porque la ausencia de sus oyentes en la fiesta de cumpleaños le parezca una injusticia capital, sino porque, para mitigar un poco la malevolencia de su discurso, Tomatis estimula sin proponérselo de un modo deliberado la vanidad de sus oyentes para equilibrar la negrura de sus descripciones. La pausa de Tomatis le parece una confirmación, de modo que discreto pero no menos perentorio, aprovechando la cesura, se atreve a sugerir: ¿no está exagerando un poco? Está bien que la versión de Botón no es muy de fiar, sobre todo cuando pretende, en vez de atenerse con circunspección a los hechos, aderezarlos con sus propias interpretaciones, pero por lo que él —el Matemático, ¿no?— sabe de la gente que estuvo presente, le parece que, después de todo, la versión de Botón, dejando de lado algunas fantasías, no debe andar muy lejos de la verdad. Y por último, las caracterizaciones psicológicas de Tomatis —aquí el Matemático trata sin resultado de cruzar una mirada rápida de complicidad con Leto por encima de la cabeza de Tomatis—, si bien no son injustas o incorrectas en ciertos casos, le parecen más bien secundarias: ¿así que Botón se mama? ¡Chocolate por la noticia! ¿Que las concepciones de Pirulo son de lo más limitadas y que Cohen siempre la embarra con su psicologismo rudimentario? Ya se habían puesto de acuerdo sobre eso veinte veces. No; por lo que a él le ha dicho Botón, el interés de la fiesta no está en todas esas banalidades, sino en la discusión sobre el caballo de Noca y los tres mosquitos de Washington. Al terminar su tirada, el Matemático se pone la pipa vacía en la boca

y, sin siquiera mirar a Tomatis, dispuesto a no hacer más concesiones, se queda esperando una respuesta.

—El caballo de Noca, el caballo de Noca, los tres mosquitos... ¡Ah, sí! Ya me acuerdo —concede poquito a poco Tomatis, simulando tener que hurgar con mucho esfuerzo en su memoria para actualizar esos detalles insignificantes. Y agrega, exagerando su escepticismo: Sí, sí. Podría ser.

Aunque, a su juicio, hay que mostrarse prudente. Si se propusiesen, por una vez, ser rigurosos, las objeciones sobrarían: en primer lugar que el caballo de Noca haya tropezado o no es un hecho inverificable por toda la eternidad, porque las fabulaciones de Noca son conocidas en la costa entera, desde la ciudad hasta San Javier y más al Norte todavía, y las razones que lo inducen a elaborarlas, de índole pragmática o artística según los casos, pero siempre estimuladas por el vino abocado, pueden variar hasta el infinito; existen por lo tanto muchas probabilidades de estar discutiendo a partir de algo que nunca sucedió. Además, si él se acuerda bien, Noca le habría dado esa explicación, motivada por la demora de los pescados, a Basso, el dueño de casa, fuente, como es bien sabido, más que discutible, en razón de su total incapacidad para el manejo de cualquier clase de criterio de verdad, a causa, de su pretendido orientalismo, mal leído y peor interpretado; y por último, si la memoria no le falla, el que lanzó la polémica fue Cohen, mientras preparaba el fuego, y ya se sabe que Cohen tiene una tendencia particular para exponer problemas que se presentan como fundamentales nada más que porque adopta formulaciones que parecen sutiles y expresiones que él supone muy entendidas para exponerlo; y todo eso porque Silvia, su mujer, es más inteligente que él cosa que él soporta a duras penas. *Además* —agrega Tomatis antes de quedarse pensativo unos segundos— *habría que ver si, como él lo pretende, el instinto es necesidad pura.*

—Instigado por —dice el Matemático, sacándose la pipa de la boca, sacudiéndola en el aire, y volviéndola a colocar entre los dientes—. Yo le decía a Leto, hace un momento.

Tomatis no parece escucharlo. *Habría que ver*, repite. Además, prosigue, vehemente, las intervenciones de Barco, que participó mucho en la primera parte de la discusión, son bastante dudosas, porque se la pasaba yendo y viniendo del quincho, donde Cohen estaba preparando el fuego, al barril de chop que había instalado en la entrada de la cocina, de modo que había que repetirle la mitad de las cosas que se decían mientras desaparecía para ir a tirar lisos, ya que no permitía que nadie tocara la canilla, por miedo de que se venga abajo la instalación bastante precaria que había hecho de la serpentina. Por otra parte, él se pregunta: ¿a quién, pero a quién entre los presentes podía interesarle una discusión así? Sin contar a Cohen, que, como acaba de decir, gusta presentarse en público como un dialéctico consumado a causa de los complejos que le origina la superioridad intelectual de su mujer, dejando de lado a Basso y su irracionalismo de tres por cinco, eliminando al Gato, que durante ese tipo de polémicas se limita a mirar con aire sardónico a los diferentes participantes, a

Pichón, que no es de los que gastan mucha saliva en las conversaciones, a Silvia y a Beatriz, que cuando empezó la cosa estaban en la cocina, a Washington que no dijo nada hasta después de la comida, y a Marcos Rosemberg que desde que la mujer lo plantó con César Rey no abre la boca, y a Barco que, como acaba de decir, se la pasaba yendo y viniendo del barril al quíncho y del quíncho al barril, ¿qué otro de los presentes podía tener la menor idea de lo que se estaba discutiendo?

Y Tomatis sacude la cabeza, agobiado por la cantidad de invitados al cumpleaños de Washington incapaces de estar a la altura de la discusión. Pero el Matemático, alerta, no se deja impresionar: en todos los que, según Tomatis, serían capaces de mantener una controversia de calidad, reconoce, sin dificultades, a los mejores amigos del propio Tomatis quien, sin el menor escrúpulo, ha relegado al resto de la humanidad a las tinieblas exteriores. ¿Y él, Tomatis? Como si hubiese adivinado la interrogación mental del Matemático, Tomatis continúa, refiriéndose justo a su propia persona: él no intervino para nada, todo ese despliegue inútil de supuesta dialéctica tenía la capacidad de hincharlo soberanamente, así que se limitó a quedarse mudo en la punta de la mesa comiendo lo más tranquilo su amarillo y tomando piola su vino blanco —lo cual, si el Matemático se atiene a la versión de Botón, sería más bien falso, puesto que, según Botón, Tomatis, por cuyas arterias ya circulaban, desde antes de llegar a la fiesta con Barco y las chicas, tres o cuatro *whiskies*, si bien es cierto que no intervino de modo directo en la discusión, se la pasó todo el tiempo hostigando a unos y a otros, ridiculizando con juegos de palabras de segundo orden las diferentes intervenciones y reduciendo al absurdo, por pura volubilidad, la mayor parte de los argumentos. Mudo en la punta de la mesa comiendo lo más tranquilo su amarillo y tomando piola su vino blanco, pretende por segunda vez Tomatis, igual que un segundo martillazo que se da por las dudas para que el clavo entre del todo y bien, sospechando de un modo difuso que la cifra de su credibilidad ante el Matemático, y aun ante Leto que sigue silencioso la conversación, no dista mucho de ser equivalente a cero. Pero la amenaza es más fuerte que el amor propio: de Washington, por ejemplo, insiste, es difícil saber cuándo habla en broma o en serio, y el hecho de que haya permanecido en silencio durante tanto tiempo antes de intervenir a él le da bastante mala espina. Tal vez su intervención tan tardía fue un modo socarrón de decir que también él estaba harto. Esa historia de los tres mosquitos, uno que no se aventura, uno que se aventura y que levanta vuelo y se va cada vez que la mano sube para aplastarlo, y uno que a la primera tentativa nomás se deja aplastar contra la mejilla, le parece, a él, a Tomatis, que lo conoce bien a Washington, ¿no?, de lo más dudosa. Aun cuando la cosa haya ocurrido de verdad y que, sin duda alguna, los tres mosquitos hayan existido, apareciendo en las circunstancias consignadas y comportándose de la manera descripta por Washington, aun así, habría que ver primero si traerlos a colación podía ser algo más que un modo indirecto por parte de Washington de decirles a Cohen, Barco y compañía, que como se habían puesto a delirar sobre un caballo por qué no deliraban ya que estaban sobre tres mosquitos, de

manera tal que, puesto que se les había dado por delirar, deliraran en serio, no a costa de un pobre caballo sobrecargado desde el vamos de delirio insensato por la especie humana, sino, si eran capaces, y ya que tanto les gustaba delirar, de tres mosquitos, grises, diminutos y neutros, un modo elegante de sugerirles que, cuanto más irrisorio es el objeto, más claro resulta el tamaño del delirio. Y, segundo, si se acepta la posibilidad de que Washington haya hablado en serio, no hay que dejar de considerar que, después de todo, Washington no es infalible. ¿Por qué no analizan un poco, a ver? Ahora, él, Tomatis, se acuerda —curioso, se le había borrado casi por completo. No conoce la versión de Botón pero como en cambio lo conoce a Botón, le basta y sobra. Por ende, la deja de lado. Además él, Tomatis, ha estado presente, y aunque no le haya interesado participar, o tal vez por esa razón, no se considera, después de todo, tan poco autorizado para reproducirla. Por otra parte, si alguien puede jactarse de conocerlo bien a Washington y ser capaz de captar las intenciones múltiples que a veces se vislumbran en lo que dice, no resultaría demasiado forzado admitir que él, Tomatis, podría ser esa persona. Pues bien, desde su punto de vista (el de él, el de Tomatis, ¿no?), si, desde luego, no se trató de una tomadura de pelo descomunal —el gusto de Washington por la cachada pocos se dan cuenta de lo pronunciado que es—, la intervención de Washington habría consistido en una meditación, indirecta desde luego, sobre la noción de destino, y no de un curso acelerado sobre aspectos oscuros de alguna rama marginal de la entomología. Puesto que para él, Tomatis, Washington, que se ha divorciado dos veces y que por lo tanto no se siente obligado, cada vez que está en público, a demostrar que es más inteligente que su mujer, no es tan ingenuo tampoco como para creer que cuando se pone a hacer fiorituras sobre el comportamiento de tres mosquitos, está hablando en verdad de esos tres mosquitos y no de otra cosa. Porque el que dice, del mosquito, que es tal o cual cosa, no dice, dice Tomatis, a decir verdad, del mosquito, nada. Dice de él, no del mosquito, dice Tomatis, y lo repite, tan fuerte en la mañana soleada y en la calle principal, que una mujer que cruza en ese momento, levanta la cabeza y lo mira sorprendida: *¡Dice de él! ¡Dice de él!*, con el tono, no exento de pasión, de quien, demostrando poco a poco un complot, profiere por fin la revelación fundamental que, como se dice, echará por tierra de un modo definitivo la superchería.

Incluso Leto lo mira, no sin asombro, echando un poco la cabeza hacia atrás para dar por registrada la vehemencia; Leto que, desde que el Matemático ha visto a Tomatis parado en la puerta del diario y ha comenzado a gesticular hacia él desde la otra vereda, tiene la impresión de haberse vuelto transparente, en razón de la atención excesiva que se acuerdan, mutuos, Tomatis y el Matemático, formando una especie de aura común, impalpable y vivaz, de la que se siente excluido. Y sin embargo, en la cuadra anterior, el Matemático lo ha mirado por encima de la cabeza de Tomatis para crear con él una especie de complicidad destinada a neutralizar las tiradas arbitrarias y compulsivas que Tomatis no puede abstenerse de proferir a causa, sin que ellos lo sepan, de las titilaciones tenaces de la amenaza. La exclusión penosa que lo vuelve

como transparente incita a Leto, paradójica, a sonreír todo el tiempo, tal vez para ocultar sus sentimientos verdaderos, pero los músculos de la cara, que deberían obedecer a sus intenciones y configurar su sonrisa, se le resisten, como si tuviese la piel tirante y dura, a punto tal que, de tanto esforzarse por sonreír o a causa de su impresión agobiadora de transparencia, siente un dolorcito esporádico en la mandíbula.

Según Tomatis, entonces, los famosos mosquitos habían sido, para Washington, un pretexto —y Tomatis recuerda que Washington asintió con la cabeza cuando Cohen, al terminar Washington su relato, hizo la sugerencia siguiente: si Washington había matado a uno de los mosquitos, a ese de entre los tres que, precisamente, se había dejado atrapar al primer manotazo, la razón había que buscarla no en el mosquito sino en Washington. *A esa sugerencia de Cohen, Washington asintió con la cabeza*, dice Tomatis. Y también que cuando alguien objetó que si uno de los mosquitos había venido a picarlo hasta su mejilla dejándose matar de un manotazo, se debía tal vez al simple hecho de que son las hembras y no los machos los que pican y que podía deducirse que la que había venido a picarlo era una hembra y los dos que se habían mantenido a distancia eran machos, Washington lo refutó diciendo que en primer lugar uno de los otros dos mosquitos había venido a asentarse varias veces en su mejilla o en las cercanías lo cual probaba que también debía tratarse de una hembra, y en segundo lugar, y esto era, al parecer por el tono firme con que lo dijo, su argumento mayor, que en el plano al que él se estaba refiriendo, el sexo no es una determinación principal.

«¡La putísima madre!», piensa Leto. «No largan prenda sobre ese dichoso plano. Mejor. Total, me importa una mierda». Pero no es cierto. La prueba es que dieciséis, diecisiete años más tarde, se seguirá acordando todavía de los mosquitos de Washington.

También el Matemático que, una mañana de mil novecientos setenta y nueve, a bordo de un avión que viene desde París y que empieza a bajar hacia el aeropuerto de Estocolmo, mientras espera, paciente, el aterrizaje, saca la billetera del bolsillo y, de entre los billetes, las tarjetas de crédito, las credenciales, retira la hoja doblada en cuatro que Tomatis le regaló en la puerta del diario, la hoja cuyos dobleces ya están más marrones que amarillos y, tan gastados que, para abrirla sobre la mesita plegadiza de la que la azafata acaba de llevarse la bandeja con los restos del desayuno, el Matemático toma infinitas precauciones, por miedo de que los dobleces, ya rasgados en parte, se separen por completo. Pero el Matemático ni siquiera lee los cinco versos mecanografiados —se limita a recorrerlos con la mirada, ya que la hoja, después de tantos años y de tanto ser transportada por pura costumbre de una billetera a otra, de un saco a otro, de un continente a otro, únicamente a medias guarecida de los años en los bolsillos tibios del Matemático, ha perdido ya su carácter de mensaje para volverse objeto y, sobre todo, reliquia, a caballo entre su presencia material y, como quien dice, el gran fondo de olvido que tarde o temprano dará cuenta de ella; o

vestigio, más bien, no de Tomatis, desde luego, de quien ha estado hablando el día anterior nomás con Pichón Garay, mientras paseaban por Saint-Germain des Prés, viniendo desde la Assemblée Nationale en dirección a la Place Maubert, no, no de Tomatis, sino de la mañana en que, acabando de volver de su primer viaje a Europa, se encontró con Leto en la calle principal y caminaron juntos hacia el Sur. El Matemático mira la hoja, sacude la cabeza, la vuelve a plegar con cuidado y, después de meterla otra vez en la billetera, y de guardar la billetera en el bolsillo interior del saco *sport*, se pone la pipa vacía en la boca y, cruzando las manos sobre la mesita plegadiza, se queda pensativo. A decir verdad, la primera vez que la puso en la billetera fue porque, a punto de cambiar de pantalón, en el anochecer del mismo día en que Tomatis se la regaló, sacó todos los objetos de su bolsillo, pañuelo, llaves, la pipa vacía —la llenaba y la encendía muy de cuando en cuando—, una copia del comunicado de la Asociación y, como la hoja plegada en cuatro estaba entre ellos, la guardó rápido en la billetera porque si no llegaría tarde a la reunión de la Asociación, y durante meses la tuvo olvidada en un compartimiento, hasta que un día, cuando la billetera estuvo demasiado gastada, en los dobleces también, como la hoja, y su madre le regaló una nueva para sus veintiocho años, al pasar papeles y billetes de una a otra la volvió a encontrar. Estuvo a punto de dejarla en su escritorio, para después ponerla en un cajón con otros papeles, pero una vacilación supersticiosa lo detuvo: le vino la intuición, desagradable por cierto porque lo sometía a una especie de servidumbre, de que si se desprendía de esa hoja de papel, algo grave sucedería. Con un sacudimiento de cabeza y una sonrisita corta y escéptica, característica de quien se concede una debilidad pasajera que no coincide con su personalidad y que cuenta corregir apenas tenga tiempo de ocuparse a fondo del problema, guardó la hoja en la billetera nueva y volvió a olvidarla durante varios meses. Un día en que estaba leyendo en su cuarto se acordó de que la tenía y de la vacilación que lo asaltó cuando había tratado de desprenderse de ella y, como estaba de humor excelente y se sentía limpio, organizado y sólido por dentro, decidió sacarla de la billetera para abolir con un gesto decidido el malestar que, después de todo, le había dejado su reacción supersticiosa, de modo que abrió el ropero en el que estaba colgado su saco, retiró la billetera del bolsillo, la hoja de la billetera, volvió a guardar la billetera en el bolsillo del saco, cerró la puerta del ropero y, abriendo un cajón del escritorio se dispuso a dejar caer la hoja doblada en cuatro sobre unos papeles que, como se dice, dormían en el fondo del cajón, pero a último momento se dijo que si obraba de esa manera se trataría de un acto compulsivo y que era más conveniente, en lugar de esconderla en el cajón del escritorio, dejarla un tiempo, con naturalidad, sobre la mesa, como hubiese hecho con un objeto cualquiera. Así que dejó la hoja sobre la mesa y se sentó a leer. Se hizo de noche. Había estado concentrado un buen rato en la lectura, distrayéndose únicamente para encender la lámpara cuando advirtió que oscurecía, y de golpe alzó la cabeza y vio el rectángulo de papel blanco bien nítido sobre la mesa, expuesto a la luz intensa de la lámpara que, colocada con mucha estrategia,

proyectaba un círculo luminoso sobre una porción de la mesa en que estaban sus manos, el libro y el papel, y dejaba el resto de la habitación en penumbras. Pero únicamente el papel parecía estar presente; presa de otra de esas emociones que, como a él le gustaba decir, *si bien no son mensurables, en esta etapa de nuestros conocimientos por lo menos, no parecería haber razón para que un día de estos se resistan a, etc., etc.*, ¿no?, presa otra vez de una de esas emociones, decía, que ponían al desnudo su fragilidad, el Matemático percibió, con la misma claridad con que podía percibir la energía que irradiaba la materia combustible al arder, que ese papel tirado sobre la mesa irradiaba peligro, que la hoja plegada en cuatro estaba en relación secreta con fragmentos heterogéneos del universo, y que si él quería preservarlos de la destrucción no debía desprenderse de ella de ninguna manera —el Matemático, ¿no?, que después de pensar en forma bien clara y serena lo que antecede, sacudió la cabeza como la primera vez, y emitió la misma risita incrédula y breve. Decidió salir, dar una vuelta por el bar de la galería, comer un *sandwich* o una *pizza* cerca de la terminal de ómnibus y volver para seguir trabajando hasta medianoche. Pero cuando después de peinarse un poco, ajustarse la corbata y ponerse el saco se resolvió a dejar la habitación, un obstáculo insuperable, que no obstante haberse levantado en su interior parecía bloquear, invisible pero corpóreo, el hueco de la puerta, lo hizo pararse de un modo brusco en la entrada. Eran las radiaciones de peligro que, fulgurando sobre la mesa, mandaba la hoja blanca doblada en cuatro. La vacilación intensa lo hizo ponerse de costado en el hueco de la puerta, de modo que quedó con una mitad del cuerpo en el pasillo y la otra en la habitación, la cara vuelta hacia la mesa sobre la que el rectángulo blanco reverberaba en la luz cruda —el rectángulo blanco del que dependían, inermes y anónimos, pero ya unidos a él por vínculos secretos, fragmentos del mundo exterior, personas quizás, procesos, cosas, no sabía, algo que él, con una decisión tan banal en apariencia, podía contribuir a exterminar. Pensó que no debía ceder y, apagando la luz y cerrando la puerta tras de sí, resolvió que no cedería. Salió a la calle con determinación y, durante los primeros pasos que dio en la vereda, que le insumieron pocos segundos a causa de la velocidad que llevaba, se olvidó del papel, pero casi en seguida nomás empezó a aminorar hasta que, sacudiendo la cabeza, contrariado, como se dice, más que temeroso, se paró por completo. Y cuando volvió a buscar el papel, para neutralizarlo, y lo guardó otra vez en la billetera, se dijo que lo hacía menos por temor de que esos vínculos terribles existiesen realmente, que porque no quería que sus rumiaciones le arruinaran el paseo. Con el mundo a salvo en un compartimiento de su billetera se podía pensar mejor, y así en frío no le costaba mucho darse cuenta de que ni los versos de Tomatis ni Tomatis tenían nada que ver con esa especie de energía nefasta que se había acumulado en la hoja, sino que, por una de esas casualidades, se había producido un encuentro entre la hoja de papel, hasta ese momento neutra o inscripta en otra red de relaciones, y un instante de debilidad de su propia persona, debido tal vez al cansancio, a una transformación pasajera que, para reorganizar los elementos

constitutivos de su personalidad, los traía a la superficie a todos sin excepción, incluso los más secundarios o los más arcaicos, con el fin de realizar una nueva síntesis que relegaría de un modo definitivo los componentes inútiles, del mismo modo que, cuando limpiaba su escritorio, sacaba y leía todos los papeles que guardaba en los cajones, los que conservaría y los que había decidido tirar. Era una buena explicación y el Matemático no le daba, a esa rareza pasajera, la misma jerarquía que al Episodio pero, aunque pensaba en ella muy de cuando en cuando, y siempre con la misma sonrisita interior escéptica y breve, dieciocho años más tarde todavía llevaba la hoja doblada en cuatro en un compartimiento de su billetera y, aunque conocía los versos de memoria, de vez en cuando la sacaba y le echaba una mirada, de un modo mecánico, no premeditado, con los gestos grises y un poco ajados de la costumbre, como esa mañana sobre la mesa plegadiza de la que la azafata acababa de llevarse la bandeja del desayuno cuando el avión que, como decíamos, o decía mejor, el que suscribe, hace un momento, había despegado un par de horas antes en París, empezaba a bajar hacia el aeropuerto de Estocolmo.

A pesar de que todavía era el mes de febrero, en París, cosa curiosa, había hecho buen tiempo, un sol húmedo y todavía frío, y habían venido volando a nueve mil quinientos metros, de modo que el sol, de tanto en tanto, entraba pálido por las ventanillas. Distraído, el Matemático le echó una mirada, sabiendo que ahora, en Upsala, durante algunos meses, hasta mayo por lo menos, estaría ausente, y justo cuando alzó la vista hacia las ventanillas —estaba sentado del otro lado del pasillo, en los asientos del medio— el avión se hundió en una niebla grisácea y muy espesa, que eran las nubes y que parecieron amortiguar, de golpe, el ruido monótono y ya de por sí discreto de los reactores. Si el limbo estaba en algún lugar entre esas nubes, sin duda en ese momento el avión empezaba a atravesarlo. Por el momento, antes de las maniobras finales de aterrizaje, daba una impresión más fuerte de inmovilidad, pero como esa inmovilidad sucedía a un cambio brusco, el del hundimiento en la masa espesa de nubes, la impresión era la de una inmovilidad fijada en pleno movimiento, como si fuese el tiempo entero y no la mera máquina móvil lo que se hubiese detenido. No menos inmóvil, apoyado contra el respaldo de su asiento, las manos abandonadas sobre la mesita plegadiza, el Matemático, con los ojos fijos en un punto impreciso de la enorme cabina vacía, estaba tan ausente del avión que, como consecuencia sin duda de la inmovilidad ilusoria y súbita de la máquina, parecía el personaje de una de esas historias maravillosas a los que un hechizo traslada instantáneamente a un mundo mágico, mientras el mundo real del que provienen permanece detenido y como congelado, durante el tiempo que duran sus aventuras.

Está en el bulevar Saint-Germain con Pichón Garay; vienen caminando desde l'Assemblée Nationale en dirección a la Place Maubert; en este momento, se encuentran a la altura de la rué du Bac; en la entrada de l'Assemblée se han separado del resto de la delegación —un grupo de exilados que acaba de ser recibido por el bloque de diputados socialistas y que les ha prometido, el bloque, ¿no?, ocuparse del

asunto, las masacres, las desapariciones, las torturas, los asesinatos en plena calle y en pleno día, etc., etc., en fin, como decíamos, ya desde el principio nomás, o decía mejor, un servidor, y más o menos, ¿no?, todo eso. Los dos cuarentones vestidos con ropas juveniles, se han separado del resto de, como se dice, compatriotas, y se han puesto a caminar despacio bajo el sol inesperado de febrero, frío, y húmedo sobre todo, como ya ha sido consignado por otros, no es cierto, muchas veces, aunque se trate, como decía un servidor desde el principio, de la misma, siempre, también desde el principio y hasta el fin, si hubo, como dicen, los que dicen saber, principio y si habrá, como pretenden, fin —decía, ¿no?, la misma Vez, en el mismo, ¿no?, como ya dije varias veces, en el Mismo, a pesar de la ciudad, de Buenos Aires, de París, de Upsala, de Estocolmo, y más afuera, todavía, como decía, Lugar. En una palabra, entonces, o en dos mejor para ser más exactos, todo eso.

El año anterior, en mayo, Washington ha muerto de un cáncer de próstata; en junio, el Gato y Elisa, que estaban viviendo juntos en la casa de Rincón desde que Elisa y Héctor se separaron, han sido secuestrados por el ejército y desde entonces no se tuvo más noticias de ellos. Y para los mismos días, aunque se haya sabido un poco más tarde, Leto, Ángel Leto, ¿no?, que desde hacía años vivía en la clandestinidad, se ha visto obligado, a causa de una emboscada tendida por la policía, a morder por fin la pastillita de veneno que, por razones de seguridad, los jefes de su movimiento distribuyen a la tropa para que, si los sorprende, como dicen, el enemigo, no comprometan, durante las sesiones de tortura, el conjunto de la organización. Y Leto ha mordido la pastilla. El Matemático, por otra parte, está bastante al tanto de todas esas cosas, puesto que, sin estar muy de acuerdo con sus ideas, ha compartido con su mujer, durante varios años, hasta que la mataron, en mil novecientos setenta y cuatro, esa existencia singular. ¡El casamiento del Matemático! Tomatis, para quien todo ejemplar del sexo femenino cuyas medidas de torso, cintura y caderas no coincidan con las de *Miss Universo* es un ente borroso o transparente, una noche de mil novecientos setenta, sentado con Barco en un banco de la costanera después de una larga caminata, comentaba el matrimonio en términos más o menos semejantes a estos: El Matemático era uno de los hombres más buenos mozos, inteligentes, elegantes y ricos que había conocido; más de una vez, lo había visto permanecer impenetrable a los asaltos de las chicas más lindas de la ciudad; cada vez que una mujer entraba en una reunión, en la que el Matemático estaba presente, se advertía de un modo inmediato que los ojos de la susodicha mujer, giraban, inevitables, en dirección al Matemático. A Tomatis le constaba que, durante un par de años, Beatriz, que él había intentado seducir sin resultado, estuvo enamorada en secreto del *rugbyman* leibniziano. Y después de años de soltería imperturbable y misteriosa, el Matemático se había puesto en concubinato con Edith. ¡*Noticia bomba!*, dice Tomatis. Y al año nomás se casaban. A Edith, Tomatis la conoce: al Matemático le lleva catorce años, y es baja, gorda, fea, judía, feminista, trotsquista y viuda de un trotsquista que, militando en la clandestinidad desde mil novecientos sesenta y siete,

murió en una refriega con matones sindicales, en un bar del gran Buenos Aires. *Los padres* (del Matemático, ¿no?) *no creo que hayan hecho la menor objeción: pero a Leandro, el hermano, y al resto de la familia, ya les estoy viendo la cara. Se le fue la mano.* Alevoso, dijo Tomatis, sacudiéndose todo a causa de las carcajadas. Pero se equivocaba; conscientemente, por lo menos, según podría decir el propio Tomatis, no había habido premeditación ni intención de provocar; el Matemático sentía por Edith un respeto sincero, un afecto igualitario, y cuando unos años antes habían militado juntos en un grupo trotsquista, había estado un poco enamorado de ella. De todos modos, no se veían mucho, y aunque el Matemático no aprobaba del todo la lucha armada y discutían sobre esas cosas con calma y a menudo, confiaban ciegos uno en el otro y, de tanto en tanto, experimentaban la necesidad intensa de verse, él, para estar frente a alguien que mereciese la cuota de admiración y de respeto sin la cual no podía vivir y que ya, a medida que envejecía, muy pocos le inspiraban, ella, porque confiaba en su inteligencia y en su lealtad y porque le suministraba, con sus críticas implacables, el criterio de realidad que la acción desdibujaba. Ya cuando se conocieron, a pesar de que él tenía veinte años y ella un poco más de treinta, habían sido como una pareja de viejos, unidos en secreto por una especie de entereza desesperada que les maravillaba, a causa de sus diferencias, encontrar en el otro, convencidos, por distintas razones sin duda, de que nada era posible, pero actuando a cada momento como si todo lo fuese. Habían estado años sin verse, la activista intratable y el niño bien, condenados a unir sus vidas por un componente común, que les había tocado en suerte, la conciencia moral, y que entre tantos errores, locuras y violencias, de los que no eran sin duda enteramente inocentes, los hacía reaccionar con la misma intransigencia. Tenían un departamento común, oficial, en Buenos Aires, y una casita en las sierras de Córdoba, ignorada de todo el mundo, a la que llamaban, por razones de seguridad, el falansterio, en la que en los momentos difíciles se encontraban en secreto. Ella escribía a máquina todo el tiempo, y le sometía lo que llamaba el material, informes, análisis políticos, proclamas, que el Matemático leía con cuidado, sacudiendo la cabeza, con gesto negativo la mayor parte del tiempo, marcando con biromes de diferentes colores los distintos temas de discusión —se había ido a trabajar en la industria química en Buenos Aires, después había entrado como profesor en la universidad y siempre había guardado la costumbre de marcar con lápices o biromes de colores los informes industriales, los apuntes y los deberes de los estudiantes. Hasta que por fin, en el año setenta y cuatro, la mataron. Todo pasó muy rápido, y el miedo principal del Matemático, es decir, como se veían de tanto en tanto y ella desaparecía y volvía a desaparecer en forma asistemática, de que la mataran sin que él llegara a enterarse resultó infundado, porque un anochecer de julio un llamado telefónico anónimo le avisó que la habían matado esa misma mañana y que él debía desaparecer porque de un momento a otro la policía allanaría su departamento. Con calma pero con rapidez llenó una valija de ropa, libros y papeles y se tomó el ómnibus para Córdoba, con la esperanza de que la

noticia fuese falsa y ella estuviese esperándolo en el falansterio, pero si bien había rastros de una estadía reciente en la casa, ella no apareció. No se hacía ilusiones: el llamado telefónico podía provenir de algún compañero de armas de Edith a quien ella misma hubiese expresado en un momento dado su deseo de hacerle comunicar a él su muerte, pero también podía venir, el llamado, ¿no?, de los mismos que la habían matado, puesto que, aunque su hermano no estaba todavía en el gobierno, al que recién entraría en el setenta y seis, tenía sin embargo la influencia y la confianza suficiente entre las fuerzas de seguridad como para protegerlo. Si era eso último lo que en realidad había sucedido, tampoco se ilusionaba mucho: con Leandro, hacía más de diez años que no se veían ni se dirigían la palabra, desde el entierro del padre, y si a veces se cruzaban en la calle, se ignoraban mutuamente, de modo que si Leandro lo había protegido era para preservar el nombre de la familia, como él podía decir y, sobre todo, su propia carrera política —con muy buen resultado por otra parte, ya que, saliendo airoso de masacres, enfrentamientos, atentados, tiroteos, torturas, campos de concentración, explosiones y golpes de estado, había llegado a ser ministro de gobierno de la provincia en el setenta y seis, sin perder para nada su aspecto saludable y bronceado, calmo y elegante, sin haber faltado a una sola misa de once los domingos ni haber dejado de llamar por teléfono a su madre día por medio a las ocho en punto de la noche una sola vez en veinte años. Al día siguiente de su partida para Córdoba, un grupo de hombres armados allanó su departamento en Buenos Aires y, no sin antes llevarse todos los objetos de valor, lo redujo a escombros. Sobre eso, tampoco se hacía ilusiones; si era Leandro el que lo había hecho prevenir del allanamiento, debía ser él también sin duda el responsable de la demolición de su departamento para escarmentarlo por haberse apartado de las normas que regían la vida de su tribu —*la burguesía sanguinaria*— como aquella vez en que, siendo ya subsecretario en otro gobierno *de facto*, lo había hecho meter preso durante varios días para darle una lección. En Córdoba estuvo seguro un par de meses —únicamente Edith y él conocían la casa— pero como su aparición brusca en el pueblo, su soledad y su estadía demasiado larga podían despertar las sospechas de los vecinos, se volvió a Buenos Aires. Un amigo sueco lo alojó en su departamento y le consiguió trabajo en la Universidad de Upsala. A principios de noviembre, aterrizaba por primera vez en Estocolmo. El invierno negro y terrible que lo esperaba lo desorientó un poco, pero en la primavera empezó a pasearse, bien abrigado y con la pipa apagada en la boca, por entre las residencias y los jardines de la universidad, y los domingos a la tarde miraba los programas deportivos en la televisión. El resto del tiempo leía a sus sempiternos filósofos y los recortes de diarios que le mandaban, preparaba sus cursos y, cuando llegaban las vacaciones, bajaba hacia el Sur, hacia París, donde estaba Pichón Garay, hacia Madrid o hacia Roma, y a veces se daba también un salto a Copenhague, que seguía gustándole a pesar de que, como acostumbraba decir, en sus calles parejas y bien barridas se sentía más la influencia de Andersen que la de Kierkegaard o la de la *Interpretación*.

El Matemático se puso los lentes. En la cabina semivacía su gesto brusco y lento al mismo tiempo, contrastó con la inmovilidad ilusoria del avión asentado en medio de las nubes grisáceas, semejante a un objeto frágil protegido por una envoltura algodonosa. A la de lo exterior en equilibrio, correspondía en ese momento una especie de inmovilidad interior, desprovista de toda superioridad moral o emotiva, resultado de una cadena demasiado larga, demasiado complicada y demasiado secreta de acontecimientos como para sentirse con ganas de analizarla, pero bastante paradójica como para que, en medio de tantas malas noticias, de vuelta al Norte oscuro y a la soledad casi total por tres o cuatro meses, esa inmovilidad indudable de su interior, en el limbo inmóvil e iluminado del avión entre las nubes o coincidiendo con él, no fuese muy diferente del bienestar. ¡Y todo por el paseo que habían hecho la víspera con Pichón Garay, a la salida de l'Assemblée Nationale, caminando por el bulevar Saint-Germain en dirección a la Plaza Maubert! Después del encuentro con los diputados, los otros miembros de la delegación habían propuesto almorzar todos juntos, pero sin haberse puesto previamente de acuerdo, Pichón y el Matemático rechazaron la invitación. Con los otros miembros de la delegación, no tenían, a decir verdad, más que principios en común, muy respetables en verdad, pero sin la fuerza de la experiencia o del recuerdo. Y despidiéndose de los otros, se habían puesto a caminar.

Sin saber cómo, habían empezado a hablar del cumpleaños de Washington, tal vez porque de esa noche, había quedado una expresión, *es como los mosquitos de Washington*, que equivalía a decir de existencia dudosa, y que Pichón había empleado unos momentos antes aplicándola a las promesas de una posible ayuda a los refugiados por parte del gobierno francés. Esa expresión, el Matemático la conocía muy bien, pero la dispersión de los últimos años la había relegado un poco, de modo que al oírla, reavivada, igual que el cosmos periódico, gracias a un período de olvido, grandes fragmentos, intactos y claros, de su vida pasada, cobraron, como se dice, actualidad, y el Matemático empezó a evocar, sin proponérselo, recuerdos de experiencias que nunca habían realizado. No se sabía quién había utilizado por la primera vez la expresión, ni cuándo, pero, en aquellos años, después de la famosa noche, aparecía seguido en las conversaciones, y una vez, incluso, maravilloso, el Matemático se la había oído emplear a alguien que no únicamente no conocía a Washington ni a ninguno de sus allegados, sino que tampoco podía estar al tanto de la historia, no hubiese siquiera podido imaginársela y, si la hubiese oído, no la habría comprendido ni le hubiese acordado el menor interés. Pichón se había puesto a perorar sobre la expresión después de haberla empleado, evocando el cumpleaños sin advertir que el Matemático, que en ese momento estaba visitando fábricas en Francfort, sacudía afirmativo la cabeza ya que, dieciocho años más tarde, todavía le producía una especie de vergüenza o de humillación el hecho de no haber estado presente, y que solo gracias a su fuerza de voluntad logró transformar el movimiento afirmativo de su cabeza en un sacudimiento negativo, antes de declarar, creando una

confusión pasajera en los recuerdos de Pichón: *Yo, desgraciadamente, no estuve*. Pichón no se acordaba muy bien: ...era una historia con tres mosquitos... tres mosquitos que... ¿cómo era?... ¿así que él no había estado? Curioso, porque en sus recuerdos, él lo veía patente cerca del barril de chop, discutiendo con Horacio Barco. ¿No había sido él, el Matemático, el que a la madrugada, cuando Pirulo, un poco borracho, había querido pelearse con Miguel Ángel Podio, por no se acordaba bien qué historia política, había tratado de separarlos? El Matemático sacudía la cabeza a medida que Pichón iba adjudicándole actos que nunca había realizado, sin darse cuenta de que la confusión de Pichón suprimía la desventaja posible de los ausentes y que, después de tantos años, los hechos eran tan ajenos e inaccesibles a los que habían participado de ellos como a los que únicamente los conocían de oídas. Y Pichón, que se resistía a sacarlo de sus recuerdos, y que a decir verdad nunca lo lograría, rascándose perplejo el mentón, continuaba: ¿cómo?, ¿no era él, el Matemático, el que había traído a Washington en auto? ¿No había sido con él que él, Pichón, había ido a juntar mandarinas heladas para traerlas a la mesa y que viendo que un árbol se sacudía con violencia en la oscuridad se habían acercado pensando que se trataba de una lechuza para comprobar que Barco y la Chichito susurraban y se reían en voz baja, encastrados y ocultos entre las hojas? Y hubiese jurado que el Matemático también era de la partida al amanecer, cuando ya muchos se habían ido a dormir o vuelto a sus casas y únicamente quedaban seis o siete arracimados alrededor de la estufa y del brasero en el interior de la casa, tomando mate —Basso, Barco, Beatriz, Silvia Cohen, él, Pichón, ¿no?— mientras Washington, fresco y pausado, empezó a comparar, quién sabe por qué atajos de la conversación, los *mûdra* del Hatha Yoga con la utopía fourierista, argumentando que los *mûdra*, que obligan al cuerpo humano a adoptar posiciones antinaturales y a realizar actos fisiológicos considerados *a priori* como imposibles, refutan el fatalismo biológico, del mismo modo que la sociedad concebida por Fourier, en la que todo es deliberado y construido racionalmente en oposición a la autorregulación espontaneísta liberal, desmorona el fatalismo social que pretende fundamentar la opresión en una naturaleza humana dada de una vez y para siempre. Pichón, de los mosquitos, del caballo de Noca, casi ni se acordaba, pero a esa discusión alrededor de la estufa, en el alba helada, todavía la tenía presente. Y, sobre todo, la vuelta a la ciudad. Washington tenía que pasar a hacer unas cosas antes de volverse a Rincón Norte, cobrar la pensión o algo así, Pichón ya no se acordaba, pero de lo que le parecía estar seguro era de que habían vuelto en dos coches, el de la Chichito y el del Matemático, ¿no? Y el Matemático negaba con la cabeza: *Tchttchttchttch...* imposible; él, en esos momentos, estaba en Francfort, se acordaba muy bien; y Pichón se había visto obligado, no sin esfuerzo, y sin duda sin convicción, y temporariamente, a sacarlo de su recuerdo, tan fresco, nítido y ordenado, como si le viniese del día anterior; falso o verdadero, era más o menos así: excitados por el alcohol de la noche, por haberse amanecido, por las discusiones, salieron a la mañana fría para descubrir que, como la

temperatura había ido bajando en la madrugada, lo que los había obligado en determinado momento a pasar del quinchó a la casa, en muchos puntos del campo amarillento, el sereno había ido depositándose en manchas blancas de helada que el sol ya alto, brillando en un cielo pálido, no había logrado todavía fundir; Pichón se acordaba del aire limpio, gélido, y de que, al salir de la casa, Silvia Cohen había ido derecho a observar los primeros brotes de un árbol preguntando en voz alta a los presentes si la helada no los mataría. Todo el mundo se había puesto a mirar el cielo, el aire, los árboles, el camino arenoso, tratando de estimar, con miradas que se volvían de pronto desconfiadas y graves, la intensidad real de la helada, decididos a expedirse sobre la supervivencia posible de los brotes, hasta que por fin, después de una deliberación bien sopesada, dictaminaron, en el momento en que iban entrando en los coches, que se trataba de una helada de fuerza relativamente escasa y que los brotes, sin duda alguna, resistirían. Pichón se había echado a reír con carcajadas tan comunicativas que el Matemático, contagiado, se reía a su vez, sin ningún otro motivo, ya que la risa de Pichón provenía de una reflexión que todavía no había hecho y que recién lanzó unos segundos más tarde, a saber que, si después de ponderar con ojos, piel, pulmones, la fuerza de la helada, habían decretado su inocuidad, no era porque tuviesen la menor capacidad de realizar un examen objetivo de las condiciones climáticas, sino porque después de la noche que habían pasado, del alcohol y de la amanecida, de los toqueteos carnales y fugaces en los márgenes oscuros de la reunión, de la excitación de las discusiones, habían salido a la mañana gélida dichosos y reconciliados con el todo y deseaban, porque el olvido de sí actualizaba la esperanza, que esas ondas benévolas que los mecían se verificaran, incontrovertibles, en lo exterior.

Y así. O, si se quiere, más o menos —más o menos así, ¿no? A través de los lentes, el Matemático paseaba su mirada por la cabina iluminada, sin prestar, como se dice, demasiada atención a las cabezas inmóviles que sobresalían de las cimas de los respaldos, ni a las ventanillas bloqueadas por esa sustancia algodonosa que, interceptando la luz exterior, había acentuado, paradójica, la claridad artificial de la cabina. En todos esos años, había engordado un poco, no mucho, porque la convicción de que el deporte era la mejor manera de contrabalancear su sedentarismo lo había preservado, gracias a la práctica metódica, aunque menos obsesiva que la religión del propio cuerpo que, después del eclipse de los dioses, había hecho su aparición en Occidente, de los estragos que el tiempo hace en los cuarentones, pero su cabello rubio se había vuelto opaco y un poco ceniciento, y unas arrugas finísimas, más parecidas a las de un bebé que a las de un anciano, le ajaban la cara en paquetes de líneas más o menos paralelas, que se orientaban reproduciendo en la piel la disposición oculta de los músculos faciales. La explosión súbita de las risas en el bulevar Saint-Germain, el día anterior, resonaba en su fuero interno, con ese atributo singular de las rememoraciones sonoras que, aunque vuelven silenciosas a la memoria, no pierden ni timbre, ni color, ni intensidad. El bienestar le venía menos de

la alegría implícita en la conversación, al fin y al cabo restringida, en sí misma y en el contexto en que había aparecido, que del efecto de ciertas palabras, de ciertas asociaciones las cuales, de un modo inesperado, le permitieron desplegar, o despegar más bien, porciones de su vida superpuestas entre sí y apelmazadas, igual que esos carteles que, en las paredes de las ciudades, bajo capas sucesivas de engrudo y papel impreso, forman una especie de costra de las que apenas si pueden hojearse los bordes toscos y atormentados, aunque uno sepa que en cada una de las láminas recubiertas subsiste, invisible, una imagen. Desde el día anterior, muchas de esas imágenes recubiertas habían reaparecido gracias, no a sus propios recuerdos, sino a los de Pichón —Pichón, ¿no?, que a pesar de los privilegios de la experiencia, no está menos perdido en la incertidumbre engañosa que él, que en aquellos días se había despreciado un poco por haber estado en Francfort, privándose de ese modo de atrapar, en un punto preciso de lo que es, la sucesión rugosa del acaecer con la red de sus cinco sentidos.

De golpe, el Matemático se acordó de su sueño o, mejor dicho, de su pesadilla. Estaba paseando por la cabina la mirada un poco vacua, a causa de la neutralidad emotiva en que se había ido convirtiendo, a medida que las risas se disipaban en su memoria, el bienestar de unos momentos antes —y si, como dicen, el placer no es otra cosa que ausencia de dolor, su vacuidad interior, sin error posible indolora, podía ser considerada como una consecuencia de ese bienestar. El avión persistía en su detención ilusoria en el limbo algodonoso que bloqueaba las ventanillas, ligeramente oblicuo, de manera que el Matemático, sentado en el borde de la fila de asientos, en las hileras del medio, podía ver el piso de la cabina en declive sutilísimo hacia abajo, hacia la parte delantera del aparato, y el Matemático volvió a pensar, un poco maravillado, en esa paradoja elemental de la mecánica, que demuestra que es lo inmóvil lo que crea el movimiento, que el movimiento es una simple referencia a la inmovilidad, y en ese mismo momento, la máquina, que estaba embarazada de él desde París y que iba a parirlo unos minutos más tarde en Estocolmo, como si hubiese estado atenta a sus pensamientos, corrigiendo su posición, su velocidad tal vez, su rumbo, no sabía bien, produjo, benévola, una serie de vibraciones que la hicieron temblar un poco, del mismo modo que a lo que llevaba en su interior, como si hubiese querido confirmarle al Matemático que ese limbo era transitorio, una tregua de la diversidad, y que cada una de las vibraciones reactualizaba el tiempo, el espacio, la materia, las pasiones, hasta que, después de esas dos o tres sacudidas que introducían de nuevo el hormigueo de las distinciones en el seno de lo único, volvió a inmovilizarse por completo. Y la pesadilla del Matemático había sido la siguiente: caminando por una ciudad imprecisa y desierta, encontraba tirado en la vereda un pedazo de papel, una especie de cinta rígida de cuatro o cinco centímetros de largo y uno de ancho; durante unos momentos, se quedó observándola, sin desconfianza pero sin apuro, tratando de comprender su significación, su uso, las circunstancias probables que la habían depositado ahí, casi casi su misterio; encorvado hacia ella,

pero sin decidirse a recogerla, intrigado, la observaba, hasta que por fin la levantó y la puso en la palma de su mano para estudiarla más de cerca, comprobando que se trataba, no de una simple cinta rígida sino de una hoja plegada en acordeón, cuya banda exterior, vista desde arriba, le había dado la impresión de ser una cinta plana. Ahora que la tenía cerca, se daba cuenta de que no se había fijado en lo principal: lo que le había parecido una mancha en el medio de la cinta era en realidad su propio retrato, impreso verticalmente, la cabeza y los hombros, del que no podía darse cuenta si se trataba de un dibujo o de una fotografía, su propio retrato, ¿no?, mostrando una expresión que le pareció ingenua, juvenil, un poco enternecedora. Encantado con su hallazgo, sacudiendo un poco los dedos, dio vuelta la cinta para observar la otra cara, en el sentido literal del término, ya que un nuevo retrato suyo estaba impreso en medio de la cinta, a la misma altura que la del anverso; únicamente la expresión había cambiado, hasta tal punto que, durante un instante, creyó que se trataba de otra persona; pero no, era él, él mismo. En el reverso, la expresión era ceñuda, solemne, y parecía querer demostrar una fuerza de carácter que no resultaba convincente porque era demasiado ostentosa. Todo eso le causaba cierta gracia pero acrecentaba su curiosidad, de modo que tomando cada uno de los extremos del objeto entre las yemas del índice y del pulgar, empezó a desplegar, muy despacio, el acordeón, verificando lo que presumía, a saber que en cada una de las caras de los distintos pliegues del papel, a la misma altura que los anteriores, había un nuevo retrato suyo, del que no podía juzgarse con precisión si se trataba de un dibujo o de una fotografía; en cada uno de los retratos la expresión era tan diferente que, aunque él sabía que se trataba de la misma persona, por un momento tuvo la ilusión rápida, que pasó en seguida, de que no era así. Separando los pulgares y los índices enfrentados en posición simétrica a cada extremo de la hoja, desplegó un poco más el acordeón, sabiendo que acrecentaría la variedad de retratos diminutos, impresos a la misma altura y verticalmente, que ya empezaban a formar una pequeña multitud, y de los que lo regocijaba el carácter demasiado convencional de las expresiones. Un actor de tercer orden, en la más industrial de las series de televisión, no hubiese empleado efectos más groseros para significar la inocencia, el dolor, la ingenuidad, la inteligencia, la avaricia, la resolución, el desprecio, la picardía, el deseo, emociones y rasgos de carácter que presentaban una evidencia obsecuente, tan dócil a las convenciones, que exhalaban un tufo a servidumbre y sin embargo revelaban, por detalles secretos, una actitud compasiva hacia el espectador. «Claro», pensó. «Esto es un sueño. Significa que no tenemos una personalidad sino muchas. Además, que cada una de las poses que adoptamos es insincera, incompleta y convencional. Qué sueños tan simplistas que tengo», y siguió desplegando la cinta. Ahora ya la había desplegado tanto que estaba parado en medio de la vereda con los brazos separados, y la hoja, que al principio había sido recta y rígida, ahora, a causa de la extensión que aumentaba, parecía haberse ablandado un poco y se curvaba hacia abajo. La primera inquietud que lo asaltó, borrando brusca su regocijo, fue de orden corporal, porque se

daba cuenta de que, por mucho que desplegara los brazos, no lograría desplegar del todo el acordeón, pero al mismo tiempo se le ocurrió que podía soltar los extremos, aferrar con las dos manos la hoja y desplegarla a partir de ahí, para llegar por fin al final de su operación sin necesidad de estirar los brazos, sino haciendo deslizar más bien la cinta de papel con las manos, de modo tal que los extremos ya desplegados se fuesen acumulando en el suelo. Así hizo. Pero a medida que la hacía deslizar, la hoja se seguía desplegando. A sus pies, en la vereda incierta y borrosa, la cinta plegada en acordeón se acumulaba en dos montones simétricos, sin que él lograra alcanzar al fin el centro. Por momentos aceleraba el deslizamiento, pero lo único que lograba era infundir, a las efigies estampadas en los pliegues, a causa de la diversidad de las expresiones, una especie de vida caricaturesca, cuando esas expresiones estereotipadas se superponían y, por un fenómeno semejante al de la persistencia retiniana, creaban una cara contradictoria y desconocida: ahí la expresión se volvía una mueca y perdía su carácter convencional, adoptando rasgos vertiginosos y demenciales, de modo que, sintiendo que su inquietud se transformaba en angustia, decidió ir más despacio. Ahora, mientras pasaban muy lentamente, las efigies iban siendo cada vez más borrosas y carcomidas y la blancura del papel fue oscureciéndose, adquiriendo un tinte gastado y amarillento. Con angustia creciente, comprobó que la textura, la consistencia y la temperatura del papel también habían cambiado, volviéndose los de una materia que le era familiar pero que se resistía a mirar de frente; de modo que, despacio, siguió desplegando la cinta infinita con la cabeza puesta de lado y los ojos bien cerrados. Sacudiendo las manos trató de desembarazarse de la cinta, pero fue inútil. Volvió la cabeza y abrió los ojos. Estaba desnudo en la vereda y la cinta que hacía deslizar entre sus dedos era la piel que se iba despegando de su propio cuerpo, en una banda continua y regular, como una venda que se retira. Era una sola extensión infinita de piel que se desenrollaba. Y cuando gritó, sentándose en la cama del hotel, en la oscuridad, sin comprender todavía que se trataba de una pesadilla, fue porque había empezado a comprender antes de despertar que cuando la cinta terminara de desplegarse, en el lugar en el que él estaba, en el que habría estado, el lugar que ocupaba su cuerpo, no quedaría nada, ningún meollo, ningún signo, ni siquiera algo que ese cuerpo puramente exterior hubiese estado trayendo dentro —nada, ¿no?, aparte de un vacío, una transparencia, el espacio invisible y otra vez homogéneo, la cama pasiva de la luz que él había creído su reino y en el que sin embargo ninguno de sus rastros inciertos se imprimía.

—Además —dice Tomatis— no hay que olvidar que a esa altura la cerveza y el vino blanco ya estaban empezando a surtir efecto.

No en Washington, desde luego, aclara, pero Beatriz y Silvia no son de las que le esquivan a la botella. De Cuello, ni hablar —desgraciadamente su populismo constitutivo aflora cuando tiene unas copas encima y resulta imposible disuadirlo de su idea fija, consistente en creer que el mejor modo de llenar el silencio en una reunión es ponerse a contar cuentos criollos. Pirulo, en cambio, es de mala bebida, y

le da por pelear—, él, Tomatis, entiende ese resentimiento, en quien no tiene otro instrumento para manejarse con la realidad que la sociología americana. A la madrugada, ahora no se acuerda bien por qué, había empezado a darse trompadas con Dib, y él y Pichón tuvieron que ir a separarlos —Dib y Pirulo, que habían sido tan amigos en la facultad y que pretendían haber movilizado ellos solos, en el cincuenta y nueve, a todo el estudiantado rosarino. Uno entiende, sugiere Tomatis que, viviendo con Pirulo, Rosario busque compensaciones en la punta de la jeringa. La cosa es que los encontraron dándose golpes a él y a Dib en el fondo del patio —a Dib le salía sangre por la nariz y tenía unas manchas sanguinolentas así de grandes en el pulóver. Apenas él, Tomatis, ¿no?, y Pichón se descuidaron, habían empezado otra vez: Dib agarró a Pirulo del pelo y lo arrastraba por el patio, entre los mandarinos. Al final había tenido que intervenir Barco, que mide como dos metros, para separarlos. Entre los tres los habían llevado a empujones al baño, y los habían obligado a lavarse la cara, todo eso en voz baja, susurrando, para que los que estaban bajo el quinchito o en la casa no se diesen cuenta. Sin resultado, desde luego, porque dos minutos más tarde ya estaban en el baño él, Tomatis, ¿no?, Pichón, Pirulo, Dib, Barco, Basso, Nidia Basso, Rosario y Botón, discutiendo en lo que se imaginaban que era voz baja y todos a la vez. Basso los quería echar pero Nidia intercedía en favor de ellos, Rosario sacudía la cabeza sin decir nada, mirando a Pirulo con una expresión que significaba más o menos *Otra vez tenías que dar el espectáculo*, y Botón, que una hora antes nomás había tratado de violar a la Chichito, pretendía que la conducta de Dib y Pirulo era una afrenta personal a Washington. *Que Washington no se entere, por favor*, decía, con tono melodramático, cuando un rato antes nomás la Chichito, toda despeinada, había entrado aullando en el quinchito, sosteniéndose la pollera con la mano porque Botón le había hecho saltar el cierre relámpago. Se le había puesto en la cabeza, refiere Tomatis, que Dib y Pirulo tenían que darse un abrazo de reconciliación, idea muy del estilo de Botón, y como si hiciese falta una prueba complementaria de que Botón y la realidad son dos entidades de esencia contradictoria, se empeñaba en proferir su exhortación caballeresca mientras los demás, divididos en dos grupos, hacían esfuerzos sobrehumanos para retener a Dib y a Pirulo, que habían estado mirándose fijo durante el conciliábulo, y al menor descuido recomenzaban a los golpes. Por fin, la cosa había terminado cuando...

Brusco, Tomatis interrumpe su relato y se para, de un modo tan inesperado que Leto y el Matemático avanzan todavía dos o tres pasos antes de detenerse a su vez, para comprobar, cuando se dan vuelta, que Tomatis, parado en medio de la calle, observa, con aire preocupado, el trayecto que acaban de recorrer juntos, como si estuviese calculando la distancia. A decir verdad, desde que arrancaron en la puerta del diario, ya han hecho tres cuadras, y después de haber atravesado, no sin dificultad, a causa del embotellamiento, el primer cruce, siguiendo con facilidad por el medio de la calle gracias a la ausencia de coches, han franqueado otras dos bocacalles, sin prestarles la menor atención, Tomatis concentrado en su relato, y el

Matemático y Leto en la reprobación un poco cohibida que el relato genera en ellos. Al estimar el trayecto recorrido, una expresión de hosquedad va haciéndose cada vez más intensa en la cara de Tomatis, cuya mirada, que se ha vuelto sombría y errabunda evita toparse, deliberada, con las de Leto y el Matemático. Un pensamiento amargo, humillante, lo subleva, inesperado y difuso, cuando comprende que, absorbido en los pormenores de su relato, se ha dejado arrastrar tres cuadras, algo semejante a «como si ellos no supieran que todo va a, que yo mismo voy a, que el universo entero tarde o temprano va a», ¿no?, «como si no lo supieran, y peor aún si no lo saben, qué tienen que venir a pedirme que los acompañe embarcándome en esta aventura insensata de recorrer tres cuadras y contarles el cumpleaños de Washington», pensamiento tan patente en su cara que el Matemático, que, por respeto a una hipotética, como se dice, fuerza de carácter de Tomatis, ha estado tratando de interceptar su mirada, renuncia a hacerlo y, muy por el contrario, dándose por vencido, intenta darle una ocasión de justificarse.

—Te estamos alejando demasiado del diario, tal vez —propone.

Desentendiéndose, un poco indiferente, de una situación tan delicada, Leto se ha puesto a pensar: «Puede ser que haya tenido, como ella pretende, una enfermedad incurable, pero el síntoma más importante no es la degeneración celular sino el hecho de levantar la mano con el revólver y apoyarse el caño en la sien».

—Al diario —dice Tomatis— desde el director hasta el último de los cronistas deportivos, y sobre todo al director, y sobre todo al último de los cronistas deportivos, me los paso por el forro de las pelotas —lo que significa, cree entender el Matemático, si se lo pasa en limpio, más o menos lo siguiente: *el diario no tiene nada que ver con todo esto, y es por delicadeza y por no enredarme en discusiones estériles, que me abstengo de señalar a los verdaderos responsables*. ¡Y todo por la presión difusa y sin nombre de la amenaza, de las turbulencias de lo neutro que, con su solo despliegue, por coincidencias inesperadas de carne y aliento, desquicia y desgarrar! Durante unos segundos, se quedan los tres inmóviles —inmóviles, si se quiere, ¿no?, y si se dejan de lado, y cabe preguntarse por qué, la cohesión, si puede usarse la palabra de, como parece que les dicen, los átomos, la, si no se presenta objeciones, actividad celular o la así llamada circulación de la sangre, el pretendido trabajo muscular, las perturbaciones magnéticas del aire que los rodea, el flujo continuo de la luz, la deriva imperceptible de los continentes, la rotación y traslación, como les dicen, terrestres, la, a estar con los diarios, fuerza gravitatoria general, sin olvidar, si se toman en cuenta las últimas ocurrencias de las revistas especializadas, la expansión o, según se mire, la retracción del así llamado universo, en fin, inmóviles, si aceptamos, ya que estamos aquí para eso, la palabra, inaceptable desde luego por más vueltas que se den, ya que, pensándolo bien, lo inmóvil vendría a ser, más bien, un torbellino, una estampida fija, en su lugar; inmóviles, decíamos, entonces, ¿no?, o decía mejor, un servidor —en una palabra, o en dos más vale, para que quede claro: todo eso.

Así que se separan. Sacudiendo un poco la cabeza y dos dedos flojos a la altura de la sien como si realizara una venia informal, con la expresión de estar pensando «si esta no me la pagan, es porque no soy rencoroso», Tomatis, sin conceder ningún otro signo de despedida, se da vuelta y empieza a caminar en dirección al diario. Corpulento y oscuro, un poco extraño en el sol de la mañana, parece ir reconstruyendo, mientras se aleja con un balanceo irregular, una especie de dignidad imaginaria que el encuentro con Leto y el Matemático le hubiese enajenado. Leto lo observa, más distraído que aliviado, preguntándose, sin darse cuenta, ahora que Tomatis se ha desembarazado de ellos, cómo, a su vez, le será posible a él, a Leto, ¿no?, desembarazarse del Matemático. Su indiferencia ante la partida abrupta y vejatoria de Tomatis no es otra cosa que una venganza módica por la complicidad fugaz de Tomatis y el Matemático que, unos momentos antes, lo han mantenido en la periferia del aura que irradiaban. El Matemático, después de sacudir con levedad la cabeza durante unos segundos, volviéndose resuelto hacia él, parece dar por terminado el incidente.

—Que me corten un huevo si sé qué mosca lo picó —dice, exagerando su contrariedad.

«Y a mí los dos si me sigo ocupando de estos papanatas», piensa Leto, pero mientras retoma la marcha junto al Matemático, que de un solo tranco ha llegado a su altura y prosigue sin detenerse, en lugar de mostrar su irritación, adopta un aire imparcial y comenta:

—Se ve a la legua que no está nada bien.

El Matemático no contesta, luchando, un poco exaltado, la cabeza bien erguida, con el enredo rápido de sus propias disquisiciones, de modo que Leto lo abandona a su silencio. De todas maneras, desde hace unos minutos, ha ido distanciándose de la calle soleada, de la mañana de octubre, para enfrascarse, como dicen, en un objeto único, el dichoso revólver que el hombre, es decir su padre, no sin insolencia según Rey, y sin duda sin vacilaciones, ha levantado el año anterior hacia la sien, cuidando de no fallar en lo relativo a los resultados —objeto discreto pero familiar que incluso él, de chico, de tanto en tanto, sabía sacar del ropero, donde estaba guardado en una caja de madera con otros chirimbolos, para jugar a los pistoleros. Una vez, durante una pelea, Isabel, melodramática, corrió al dormitorio, sacó la caja del ropero y, de la caja, el revólver que él, Leto, ¿no?, sabía que estaba descargado, mientras la tía Charo, que había llegado en medio de la pelea, forcejeaba con ella para arrebatárselo de entre las manos. Las dos lloraban y forcejeaban, en tanto que el hombre, sin decir palabra, se había encerrado en el garaje para ordenar la mesa de trabajo de la que Isabel, unos minutos antes, en la rabia de la pelea, le había tirado todo al suelo, cables, tornillos, herramientas, lámparas de radio que se habían hecho pedazos, ante el silencio imperturbable del hombre, su padre, ¿no?, que ni siquiera adoptaba la pose del estoicismo o la resignación —nada de eso, no, nada, ningún gesto teatral, ninguna desmesura, el ser de una pieza que, a diferencia de los aparatos que montaba y

desmontaba, hechos de innumerables pedacitos o fragmentos interdependientes que le permitían funcionar, parecía macizo, sin tumulto interior, carente de signos exteriores que traicionaran la contradicción, absorto en la preparación del acto único que realizaría años más tarde con el fin de aniquilar, como quien se saca una pelusa del hombro de un papirotazo, el error grosero que las sombras borrosas que chapaleaban en lo exterior llamaban mundo. Él debía tener ocho o nueve años en esa época —Leto y el Matemático cruzan, orondos, del mismo modo que no pocos transeúntes, que van en todas direcciones, por la calle y por la vereda, de Sur a Norte, de Norte a Sur, de Este a Oeste, de Oeste a Este, trazando trayectorias rectas, oblicuas, paralelas o diagonales, la bocacalle en la que espera, paciente y resignada, podría decirse, una fila de autos. Ocho o nueve años, no más, porque, y de eso se acuerda bien, el garaje era el de Arroyito. Debían ser las tres o cuatro de la tarde de un día de verano, una siesta silenciosa de la que las cortinas oscuras de puertas y ventanas atenuaban el resplandor, protegiendo la casa, limpia y fresca, gracias al trabajo empecinado de Isabel que, a pesar del lloriqueo de todas las noches, la limpiaba, la barría, la enceraba, sin descuidar un solo rincón, canturreando, ¿no?, todas las mañanas. El hombre estaba en el tallercito, en el garaje: Isabel, vestida para salir, esperando a la tía Charo en algún lugar de la casa; él, Leto, estirado de espaldas y de través en su cama, con la cabeza colgando un poco fuera del borde, tenía el brazo levantado y, con el dorso de la mano a cincuenta centímetros de los ojos, movía sin parar los dedos, sin plegarlos aunque manteniéndolos bien separados, fascinado por su forma y por los movimientos que eran capaces de realizar, personalizándolos un poco a cada uno, al mismo tiempo que, con la boca abierta, se entretenía en hacer vibrar sus cuerdas vocales, emitiendo una letanía gutural y un poco quebrada, cambiando el sonido de tanto en tanto, pasando de la *a* a la *e*, a la *i*, volviendo otra vez a la primera, o emitiendo las cinco vocales una atrás de la otra y modificando, como un virtuoso, la intensidad de las vibraciones. Con extrañeza curiosa, parecía auscultar algunas zonas de su propio cuerpo del mismo modo con que, podría decirse, ya más grande, se hubiese probado un traje nuevo la víspera de un casamiento. Tanta era la fascinación que, cuando el griterío empezó, pasó un momento bastante largo antes de empezar a oírlo, y cuando se levantó dirigiéndose despacio hacia el tallercito, de donde los gritos parecían provenir, la alarma no borró su curiosidad, sino que la hizo cambiar de objeto. Estaban los dos en el tallercito; Isabel, aullando y gesticulando, le daba golpes al hombre en el pecho y en la cara no con las manos o los puños, sino con los antebrazos, mientras el hombre, rígido y un poco echado hacia atrás, los recibía sin moverse ni reaccionar, con los ojos muy abiertos, más interrogativos y pacientes que sorprendidos, tan imperturbable que Isabel, humillada y enfurecida por la nueva decepción que el hombre le infligía, después de mirar un momento, desconcertada, a su alrededor, buscando en qué descargarse, descubrió la larga mesa de trabajo hecha de madera de cajón y, siempre con los antebrazos, manteniendo los puños bien apretados como si fuesen dos muñones, empezó a barrer la superficie de la mesa,

tirando al suelo todo lo que había encima. Únicamente abría las manos cuando algún objeto se le resistía, y se veía obligada a aferrarlo para poder estrellarlo contra el piso de *portland*. Calmo, imperturbable, ni siquiera pálido o con labios apretados, el hombre la seguía, juntando uno a uno los objetos que caían, estimando, con imparcialidad de profesional, antes de volver a colocarlo en su lugar, el daño que podían haber sufrido. La escena duró un par de minutos hasta que Isabel, comprobando que todo lo que existía, autónomo, fuera de ella, era ingobernable y no se le doblegaba, asumió una expresión, demasiado intensa tal vez, de decisión, y empezó a correr hacia el dormitorio. Él la siguió, sabiendo que el hombre, a sus espaldas, como si hubiese estado solo en la casa, continuaba juntando, lento y metódico, su material de trabajo. Leto vio a la tía Charo que entraba de la calle en ese momento y que, al ver a Isabel, salió corriendo detrás de ella hacia el dormitorio. Las vio forcejear, luchando por el revólver descargado, y cuando al fin Isabel cedió, Charo tomó posesión del revólver, lo guardó en la caja, y volvió a poner la caja en el ropero, y cuando cerró la puerta del ropero Leto pudo ver, reflejada en el espejo, la imagen de Isabel, parada cerca del ropero, la imagen invertida al mismo tiempo que Isabel, la imagen que, cuando la puerta se cerró del todo, desapareció de su vista. Por fin, Isabel se dejó caer sentada en el borde de la cama y durante unos minutos, la tía Charo, sollozando un poquito también ella, se dedicó a consolarla. Él, Leto, ¿no?, las contemplaba desde la puerta, esperando, deseando casi, sin darse cuenta tal vez, que no advirtieran su presencia pero, como si hubiese adivinado sus pensamientos, o quizás por haberlos adivinado, Isabel, que ya había empezado a calmarse un poco, clavó los ojos en los suyos y, adoptando un aire de fatiga y conmiseración, hizo el gesto que él, al mismo tiempo que lo percibía, empezó a exorcizar con todas sus fuerzas para que no se produjera, a saber que estirara los brazos en su dirección incitándolo a que venga a acurrucarse en ellos, de modo que, cuando vio los brazos blandos y redondos que lo llamaban, salió corriendo del dormitorio y se encerró en su pieza. Estuvo en ella hasta el anochecer, sin pensar que se encerraba, sin aprensión ni culpabilidad —no, se quedó jugando y oyendo, de tanto en tanto, los ruidos de la casa, el hombre que de a ratos salía del tallercito para ir al baño o a la cocina, el regreso de Isabel que, canturreando, al parecer contenta otra vez y un poco ensimismada, empezó a preparar la cena. Cuando comprendió que llegaba la hora de comer, salió para la cocina y la ayudó a poner la mesa. Parecía fresca y tranquila, cuidadosa y ágil en sus tareas domésticas, satisfecha casi, y ya a los ocho o nueve años, esos cambios de humor inexplicables, pero que adivinaba sinceros, lo maravillaban. Cuando todo estuvo listo, ella le dijo que fuera a llamar al hombre a la mesa, de modo que Leto, sin apurarse, atravesó la casa y, por la puerta entreabierta, se asomó al tallercito instalado en el garaje.

El hombre, tal vez porque había llegado hasta él el olor a comida, o porque la hora habitual de la cena se aproximaba, o porque al oír canturrear a Isabel en la cocina había comprendido que después de la pelea de la tarde la rutina de la casa

funcionaba de nuevo, estaba parado junto a la mesa, ordenando sus implementos, como lo hacía cada vez que salía del tallercito, aunque más no fuera para comer y estar de vuelta a la media hora. Un vistazo le bastó a Leto para darse cuenta de que todo estaba de nuevo en su lugar y que en el orden habitual del tallercito no quedaba el menor rastro de lo que había sucedido. Serio y amable, el hombre, al oírlo llegar, le dirigió una mirada rápida de asentimiento, pero durante la distracción fugacísima que esa mirada le insumió, sus dedos, que palpaban la superficie de la mesa en un sector próximo a la pared, tocaron algo, tan inesperado, intenso y brutal que el brazo se retrajo y el cuerpo entero, contraído y rígido, saltó o fue como chupado hacia atrás, mientras el hombre, con expresión dolorida, se frotaba la mano y el brazo que acababan de retraerse. Leto estaba demasiado familiarizado con sus actividades como para no darse cuenta de que el hombre había recibido una descarga eléctrica, una patada, como le decían, pero la sorpresa de ver realizarse ante sus ojos la manifestación del hecho con que venían aterrorizándolo desde que había empezado a gatear, cedió en seguida paso al asombro, casi al pánico, ante la reacción imprevista del hombre que, después de recuperarse de su sorpresa, empezó a esbozar una sonrisa extraña, malévola, y, sin dejar de frotarse el brazo, empezó a hablar, a dialogar con la fuerza invisible que lo había sacudido, a conversar casi, con un tono tierno, pero irónico y desafiante, no exento de amenaza, como hubiese podido hacerlo con algo vivo, un cachorro o un ser humano con el que lo ligase una intimidad problemática. Irónico, plagado de amor-odio, el hombre platicaba, reconviniéndolo, con lo invisible. Se acercó a la mesa y se inclinó hacia la pared en la que, poniéndose en puntas de pie, Leto alcanzó a divisar el extremo de un cable, hecho de unos filamentos desnudos y retorcidos de cobre que el hombre empezó a revocar, a torear casi, igual que con un perro excitado, con el dorso del índice, que acercaba y alejaba prudente pero atrevido, para tantear la intensidad, los límites de la fuerza, casi podría decirse su territorio, y no pocas veces se veía obligado a retirar el dedo con rapidez, invisible y vigilante, sin por eso dejar de sonreír ni de hablarle, en un susurro constante y juguetón, concentrado y familiar, un tratamiento exclusivo, mórbido de tan auténtico que, y de eso Leto estaba seguro, el hombre no dispensaba a ninguna otra presencia sobre la tierra.

El Matemático, entretanto, parece haberse calmado. A medida que avanzaban por el medio de la calle, a Leto le han ido llegando, cada vez más débiles, ráfagas de su silencio agitado. La actitud de Tomatis, después de haber generado en él —en el Matemático, ¿no?—, escepticismo y hasta una especie de rumiación confusa y acalorada en el momento de la separación, cuando Tomatis ha dado muestras francas, como se dice, de hostilidad, se han transformado ahora, a decir verdad, en una estimación psicológica no exenta de tolerancia, un renunciamiento que lo induce a minimizar lo arbitrario del comportamiento de Tomatis o a atribuirlo a una debilidad moral pasajera de la que Tomatis sería más víctima que responsable. Ha tenido que vencer, eso sí, las oleadas fugaces del Episodio que, subiendo desde la oscuridad, se

manifestaron varias veces, durante el debate que ha venido llevando consigo mismo. Ha tenido que vencerlas, desde luego, pero las ha vencido. De modo que, respirando hondo, y advirtiéndole que Leto, que camina silencioso junto a él, agobiado al parecer por los desplantes de Tomatis, parece emerger también de sus pensamientos y se dispone a retomar la conversación, el Matemático yergue la cabeza, satisfecho, y, enderezándose un poco, mira con euforia o firmeza la calle soleada y recta que se extiende ante él. La ve nítida, clara, viviente —le parece que, sumido en chicanas psicológicas y en lucubraciones sombrías, se ha venido perdiendo lo mejor. Su entusiasmo atenuado, que modifica incluso el ritmo de su marcha, se propaga hasta el propio Leto que, casi al mismo tiempo que él, sale de su propio ensimismamiento y siente que el hecho de estar ahí, en el presente y no en la ciénaga de la memoria, aunque no ignora que lo arcaico perdura en lo material, en los huesos y en la sangre, de estar ahí, en la luz de la mañana, le produce un temblor de gozo y un sobresalto de liberación. «Tan papanatas, después de todo, no son», piensa y alza los ojos que se encuentran, durante un instante que se prolonga, con los del Matemático, abiertos y radiosos. El incidente Tomatis, masa blanda y oscura que acaba de enchastrar la mañana con sus salpicaduras pegajosas, se desintegra en el pasado, que es tiempo y calle recta a la vez, materia y soplo o fluido o quién sabe qué entrelazados, que la sucesión cristalina pero áspera de la experiencia, con ecuanimidad insondable, va descartando y dejando atrás —atrás, ¿no?, o sea en un abismo, más allá, en lo que es, por definición, inaccesible, y de lo que, piensan Leto y el Matemático, al unísono, si se nos permite la expresión, y con nada que tenga que ver con palabras, «no vale la pena ocuparse, en este momento por lo menos, en que un capricho de la contingencia, un azar convertido en don, una concatenación de los grumos dispersos de lo visible y de lo invisible, de los cuajarones inciertos de lo sólido, de lo líquido y de lo gaseoso, de lo orgánico y de lo inorgánico, de ondas y corpúsculos, ha venido justo a depositar en nosotros, en el centro traslúcido de esta mañana y no de otra, una reconciliación salvadora».

O más o menos. El Matemático despliega frente a sí el brazo, aferrando en la mano el hornillo de la pipa, de modo tal que la boquilla negra sobresale por entre el medio y el anular, y trazando en el aire un movimiento semicircular, designa lo presente, es decir las veredas, la calle, las hileras de negocios, los letreros luminosos, la gente parada en las veredas o caminando en direcciones diferentes, los varios planos de la perspectiva que se van estrechando, en la calle recta, por ilusión óptica, a medida que se alejan hacia el horizonte, la luz matinal, el ruido de voces, pasos, risas, motores, bocinas, los olores familiares de la ciudad, del calorcito, de la primavera, la multiplicidad incesante y clara que podría ser también, y por qué no, una expresión nueva para eso.

—El acontecer —dice.

Visitado por una locuacidad repentina, Leto responde:

—La niña bonita de los filósofos. Era esta calle. Este momento. Tantos que se

quemaron o se hicieron quemar.

—Que se jodan —dice el Matemático, por temor de que Leto, tan circunspecto hasta unos momentos antes, caiga, decepcionándolo, en la grandilocuencia. Pero enseguida se arrepiente: «¿Y qué tiene, al fin de cuentas? El modo en que una verdad se manifiesta es secundario. Lo importante es que la verdad se deje vislumbrar», piensa más o menos. Y después, incorregible: «Modo, verdad: llevaría años ponerse de acuerdo sobre estos términos».

Cruzan la bocacalle. Sin darse cuenta, han acelerado un poco, y vistos desde fuera se diría que, apurados, están yendo a un lugar preciso, al que llegarán a tiempo, tanto el ritmo y la expresión que llevan traducen pericia, facilidad y despreocupación. Pero, justamente, no van a ninguna parte y, desembarazados, como podría decirse, de proyectos y de destino, caminan en una actualidad íntegra, palpable, que se despliega en ellos y que ellos despliegan a su vez, organización fina y móvil de lo rugoso que delimita y contiene en lo exterior, durante un lapso imprevisible, la deriva del todo, ciega, que desalienta y despedaza. El Matemático observa que la nitidez de las cosas se agudiza y persiste, no solo en el conjunto sino en cada uno de los detalles y que la famosa realidad, de la que ha oído hablar tanto, no resulta ser más que eso, en lo que están ahora incorporados, y que es al mismo tiempo, y de lo que él es al mismo tiempo, objeto y envoltura —siempre la misma vez, como decíamos, o decía, mejor, un servidor, y en el Mismo, ¿no?, que también podría ser otro nombre, lugar, decía, ¿no?, y el Matemático, estimulado por la persistencia de su visión, cree empezar a comprender todo, desde el principio, a abarcar, de una sola mirada que va transformándose en pensamiento, la forma y el sentido de que lo que se mueve, vibra y se espesa en ese medio cristalino, relacionando cada una de sus percepciones con nexos tan rápidos y fuertes, en evidencias tan precisas y universales que, casi molesto de estar gozando al mismo tiempo que cree comprender, se imparte, austero y decidido, una orden: *Sustituir el éxtasis por la ecuación*.

Que podría ser, según el Matemático, ¿no?, $R = R$, naturalmente, por realidad. Realidad igual a; y esa erre mayúscula, razona el Matemático, debería corresponder a una ecuación que la contenga de modo tan exhaustivo y riguroso, que cada vez que se emplee la palabra, todos los términos de la ecuación, perfectamente identificados, tendrían que estar comprendidos en ella. El primero de esos términos es él, el Matemático, ¿no?, no desde luego en tanto que individuo, sino en tanto que sujeto de la ecuación, un sujeto S , momento estructurado y transitorio, pero invariable a la vez, de la posibilidad de concebir la ecuación, y para que no se lo interprete como una pluralidad de momentos equivalentes del acto cognoscitivo, decide agregarle una s minúscula, para que la pluralidad de ese sujeto, que puede ser el Matemático o cualquiera de los que están en ese momento en la calle o en cualquier otra parte o momento, sea una constante incluida en el término. Se tendría, por lo tanto, se dice el Matemático, $R = Ss$ para empezar. ¿Pero no es demasiado ingenuo poner Ss frente a un objeto O como si fuesen antagónicos y la adición una operación demasiado simple

que destruye la unidad existente entre ambos? Sobre todo si se tiene en cuenta que Ss , en tanto que sujeto de la ecuación, ya está comprendido en O , el objeto que intenta formalizar. Luego $Ss\ O$ constituye una entidad. Esa entidad, más vale denominarla x , lo que da $R = x\ (SsO)$. «Al pelo», piensa el Matemático. Pero, en seguida, su entidad se desmorona: si en Ss hay ya una distinción, la minúscula que precisa el orden transindividual de S , la O mayúscula por el contrario no distingue sus diferentes componentes, entre los cuales S y Ss no son los menos importantes —en O hay que incluir Ss no como sujeto de la ecuación, sino como elemento objetivo de O , en quien se incluyen también todos los otros objetos contingentes que no son O en tanto que objeto universal y englobante de S , de Ss y de O , si con una o minúscula se designa la multiplicidad de objetos contingentes que lo integran. Lo cual da $R = x\ SsO\ (S\ Ss\ o)$... Lo heterogéneo y contingente designado por la o minúscula, por otra parte, es decir los momentos concretos de O presentan también no pocas dificultades, ya que su número, función, naturaleza, etc., pueden ser determinados o indeterminados —se sigue diciendo el Matemático, ¿no?— de modo que habría que designar a la vez su determinación y su indeterminación, ya que si se los designara por lo que tienen de determinado, un número indefinido de sus atributos no sería incluido en su definición. Pero como S y Ss , en tanto que objeto, no escapan tampoco a la indeterminación, en vez de escribir o^n , sería más exacto, se dice el Matemático, formularlo de la siguiente manera $R = x\ SsO\ (S\ Ss\ o)^n$ —y así, o en fin, y para ser más exactos, más o menos.

Leto observa que el Matemático prosigue su marcha con los ojos entrecerrados y una sonrisita pensativa que atribuye a una especie de desafío rítmico que se ha lanzado a sí mismo, o a Leto tal vez, como si, concentrándose, se preparara a adaptarse a todos los cambios de ritmo, de velocidad e incluso de trayectoria que Leto, sin avisarle, decidiese efectuar. En todo caso, es la interpretación que da Leto de su expresión, y aceptando el desafío que imagina leer en la cara del Matemático acelera un poco más, de modo tan inesperado que el Matemático, cuya modesta persona está tratando de formalizar la ecuación que de una vez por todas, válida para todo tiempo, idioma y lugar, sustituya la palabra realidad por un útil de pensamiento un poco más manejable repara, sin volver la cabeza, en la aceleración, y cambiando el paso, como en un desfile, se adapta a la marcha de Leto. Para su desgracia, el éxtasis, más afín al goce animal que las abstracciones trabajosas, desaloja de nuevo a la ecuación, y todo su cuerpo se prepara a los cambios que puedan avecinarse, mientras arriba, en el interior de su cabeza, las distinciones frágiles que por puro juego ha estado tratando de erigir, arrasadas por las exigencias de sus músculos, silenciosas, se desmoronan.

Gracias al entrenamiento de años en las canchas de *rugby*, el Matemático podría muy bien, si quisiese, aventajar con un par de trancos vigorosos a Leto que, en razón de sus piernas más cortas y menos preparadas, debería suministrar un esfuerzo suplementario para seguirlo, pero, justamente, no quiere, y deja que sea Leto el que

dirija, obligándolo a un esfuerzo contradictorio destinado a mitigar, más que estimular, la fuerza de su marcha, de modo tal que cada uno de sus pasos es medido y cuidadoso, fruto, como se dice, de una energía controlada que le produce más satisfacción estética y moral, podría decirse, que la que le produciría una aceleración continua, en una carrera, por ejemplo, llevándolo al límite de sus fuerzas; y al cabo de unos segundos se adapta tan bien al esfuerzo, al cual se agrega el aumento imperceptible pero constante de velocidad que Leto imprime a la marcha, que la idea de una ecuación que sustituya en cualquier tiempo, idioma o lugar a la palabra realidad aparece otra vez obstinada pero en forma de convicciones eufóricas o de visiones, que van sucediéndose en la parte despejada de su mente: «Es lo visible más lo invisible. En todos sus estados. Yo más todo lo que no es yo. Esta calle más todo lo que no es esta calle. Todo en todos sus estados. Todo», piensa, exaltándose un poco, el Matemático, y por ver un estado de la calle diferente del que está viendo, hace girar la cabeza, sin modificar en nada el ritmo de su marcha, y se pone a mirar, por encima del hombro izquierdo, la calle que han venido dejando atrás. Leto que, tenso y vigilante, observa todos sus gestos por el rabillo, como lo llaman, del ojo, esboza una sonrisa rígida cuando percibe el giro de la cabeza y, muy despacio, como si se tratase de algo milimétrico y ritual, realiza el mismo movimiento. El Matemático, que lo advierte a su vez, espera unos segundos durante los que efectúan dos o tres pasos y, para tomar a Leto desprevenido y hacerlo vacilar, continúa con el cuerpo entero el giro que acaba de hacer únicamente con la cabeza, sin interrumpir la marcha, de modo que ahora todo su cuerpo está de frente a la porción de la calle que han venido recorriendo y el Matemático prosigue como si nada, pero caminando para atrás. Leto efectúa, con una fracción de segundo de diferencia, el mismo movimiento satisfecho de su adaptación rápida al capricho inexplicable del Matemático. Erguidos y más tiesos todavía a causa de lo antinatural de su desplazamiento, reculando con ritmo y precaución, llegan, sin darse cuenta, a la bocacalle, subestimando el revuelo que su actitud singular va levantando en la gente que los cruza. Dos o tres deben apartarse para evitar el encontronazo. Desde las veredas, otros los miran con asombro, con indignación, o con una sonrisa incrédula y condescendiente. Un anciano se para y los sigue con la vista, sacudiendo reprobatorio la cabeza. Pero ellos los ignoran, menos por insensatez que por la concentración excesiva que les exige la marcha; y sobre todo porque, lo piensen con palabras o no, la calle recta que van dejando atrás, está hecha de ellos mismos, de sus vidas, es inconcebible sin ellos, sin sus vidas, y a medida que ellos se desplazan va formándose con ese desplazamiento, es el borde empírico del acaecer, ubicuo y móvil, que llevan consigo a donde quiera que vayan, la forma que asume el mundo cuando accede a la finitud, calle, mañana, color, materia y movimiento —todo esto, entendámonos bien para que quede claro, más o menos, y si se quiere, mientras sigue siendo la Misma, ¿no?, y en el Mismo, siempre, como decía, pero después de todo, y por encima de todo, ¡qué más da!

Las últimas siete cuadras

Que quede bien claro: el alma, como le dicen, es, pareciera, no cristalina sino pantanosa. Los motivos que la inducen, en esta cuadra, a dejarse llevar, como los llaman, al juego y a la exaltación, en la siguiente, con la misma arbitrariedad, y en forma no menos imprevisible, la sumen, para usar una vez más la expresión, en una intensa melancolía. En todo caso pareciera, ¿no?

Lo cierto es que el Matemático y Leto, después de cruzar la bocacalle caminando para atrás, han aminorado de golpe, y en vez de seguir por el medio de la calle, han subido de nuevo a la vereda y se han puesto a caminar normalmente, ni despacio ni rápido, ni serios ni contentos, unos pocos grados por debajo del término medio ni doloroso ni placentero quizás, por la vereda del mismo lado en la que la línea de sombra, a causa de que el sol está ya más cerca de las once que de las diez, se ha venido arrimando a la pared. El Matemático, por ejemplo, después de su ecuación exultante —al parecer se dice así—, se enfrasca, durante unos segundos, en el ronroneo arcaico, tan adentrado en la especie que aun ignorándolo por completo, nadie, por inconsciente que sea, cuando su mente se vacía, o incluso en el reverso oscuro de sus otros pensamientos, deja de rumiar: «¿Quién puso el huevo del mundo? ¿Hay un solo objeto o muchos? ¿Qué es el...?, ¿no?, etc., etc.», y después de unos momentos de errabundeo y de gravedad, comprobando que Leto, mientras camina, pasea la mirada distraída por los letreros luminosos que se extienden en la altura, sobre la calle, decide refutar, punto por punto, para poner las cosas en su lugar, las afirmaciones de Tomatis. Además, tiene la sospecha de que Leto, sin atreverse a reconocerlo, coincide con gran parte, por no decir con todas esas afirmaciones. Su aire taciturno, como se dice, podría ser muy bien una forma de recelo, una reticencia que, por discreción, y tal vez por hipocresía, no llega a manifestarse. Y está por abrir la boca, cuando Leto se le adelanta:

—Tomatis tiene un delirio galopante —dice—. Esas calumnias al hilo no lo honran mucho que digamos. Al hilo y al pedo. ¿Qué tiene que venir a meterse con Rosenberg? ¿Y los mellizos qué le hicieron? Ni Washington se salvó.

—De veras. Ni Washington.

Y en forma, hay que reconocerlo, bastante solapada, agrega el Matemático. *Pero Carlitos es así. No hay nada que hacerle. Capaz de lo abyecto y de lo sublime. Que un muchacho como él pueda tener esos bajones es algo que se me escapa. Hay días en que no se controla. Yo creo que lo afectan demasiado las dificultades y cuando se le presenta un obstáculo en vez de tratar de resolverlo como cualquier hijo de vecino no se le ocurre nada mejor que empezar a desparramar mierda sobre el prójimo,* desarrolla a porfía, como se decía antes, el Matemático, estimulado por la alianza imprevista de Leto, a quien había creído del lado de Tomatis y en quien el descubrimiento de la coincidencia relativa a ciertos juicios morales le permite, pareciera, objetivar, como se dice, sus propias críticas. Él, el Matemático, ¿no?, él,

por ejemplo, prosigue, conoce bien la historia de Washington en el cuarenta y nueve, cuando los del gobierno lo habían hecho encerrar en el manicomio porque Washington quería, como él decía, *disolver la Dama y el partido y organizar al pueblo en soviets*. El conoce los hechos, porque en los medios de extrema izquierda, que frecuenta desde hace tanto tiempo, están bien establecidos. Washington venía de esos medios anarquistas, socialistas y comunistas, y en el año cuarenta y seis, después de una ruptura con su grupo, había encabezado una fracción que adhirió en bloque al peronismo. La extrema izquierda había llenado la ciudad de obleas con su foto, de frente y de perfil, su nombre y apellido, y las palabras traidor fascista en grandes letras rojas. El Matemático había tenido la oportunidad de ver una de esas obleas; se la había mostrado un viejo militante trotsquista que coleccionaba documentos con el fin de escribir una historia de la clase obrera en la provincia. Según el viejo, Washington pensaba en esa época que la clase obrera estaba en el peronismo y que los hombres de izquierda debían ir hacia ella y no al revés, y que el peronismo, por ser un movimiento nuevo, podía estar abierto a todos los cambios. Los peronistas le habían dado una diputación provincial. A los pocos meses de gobierno nomás, Washington representaba la oposición de izquierda en el partido. Y, conociéndolo, uno podía imaginarse lo más bien lo que debió haber sido aquello; dos por tres, las sesiones parlamentarias terminaban a los golpes. En los últimos tiempos, Washington, que recibía amenazas todos los días, iba armado a la Legislatura. La extrema izquierda lo trataba de fascista y los peronistas decían que estaba a sueldo de Moscú —él, que desde mil novecientos quince por lo menos se había tiroteado más de una vez con las bandas nacionalistas y que desde la partida de Trotsky de la Unión Soviética le había declarado la guerra al revisionismo. Lo cierto es que entre el cuarenta y siete y el cuarenta y nueve —sobre ese punto él, el Matemático, tiene información de primera mano— las cosas se degradaron tanto que Washington no dormía dos noches seguidas en la misma casa, por temor de un atentado, y cada vez que iba a la Legislatura, un grupo de hombres armados, todos miembros de su fracción, en los que todavía tenía entera confianza, lo rodeaba todo el tiempo. Una noche, le pusieron una bomba en su casa; otra, cuando iban saliendo de una pizzería, lo ametrallaron desde un auto; él salió ileso, pero uno de sus guardaespaldas murió en el atentado y otro recibió una bala en la columna vertebral que lo dejó paralítico. Cuanto más los otros trataban de hacerlo callar, más Washington se exacerbaba. Y según dos o tres que estuvieron muy cerca de él en esa época, dice el Matemático, Washington, en su empecinamiento, terminó perdiendo un poco la chaveta. No podía no saber que lo que exigía era imposible; y si no se daba cuenta de que era imposible, peor todavía. Lo cierto es que vivía excitado; casi no dormía, y solía vérselo en las esquinas gesticulando con dos o tres de sus camaradas, interrumpiendo las concentraciones oficiales con intervenciones salvajes, repartiendo volantes por las calles y en los sindicatos, organizando manifestaciones con sectores disidentes, pero muy reducidos, de la clase obrera. Si lo querían meter preso, hacía valer su

inmunidad parlamentaria. A decir verdad, la mayor parte de los obreros del partido lo miraban como a un bicho raro cuando él les decía que debían tomar el poder, y una vez hasta lo sacaron a golpes de un sindicato, tratándolo de comunista. Tal vez, por desesperación, había perdido un poco de vista la realidad y la prueba de que esa vez tocó fondo es que él, que durante treinta y cinco años había luchado todos los días, un poco más tarde, cuando salió del manicomio, después de un período depresivo, abandonó para siempre la política. Por fin, en el cuarenta y nueve, hasta los de su propia fracción se distanciaron de él; algunos abandonaron el partido, otros, los principios; únicamente él, por orgullo o ceguera quizás, quería seguir tratando de hacer coincidir los dos. Ya ni siquiera iba armado a la Legislatura; y dormía siempre en el mismo lugar. En cuanto a los otros, los que le habían puesto la bomba en la casa y lo habían ametrallado a la salida de la pizzería, ya ni siquiera tenían apuro por suprimirlo; era un trabajo tan fácil que, dejándose llevar por un sentimiento de artistas buscaban, para lucirse y probarse a sí mismos en tanto que profesionales, una ocasión que presentara reales dificultades. Y es en ese momento que interviene el Centauro Cuello.

No, según el Matemático, Tomatis no tiene derecho a sugerir que Cuello conspiró contra Washington en el cuarenta y nueve; se había tratado más bien de lo contrario. Cuello viene del mismo pueblo que Washington, y aunque Washington le lleva veinte años, desde aquella época se frecuentan todo el tiempo. Como, por otra parte, la opinión general le atribuye a Cuello una inteligencia moderada, el Matemático piensa que hay que buscar las causas de esa amistad en un plano diferente al del comercio intelectual; y, según el Matemático, ese plano sería el de la gratitud de Washington hacia Cuello, en razón, justamente, de la conducta de Cuello en el cuarenta y nueve. Que fue, dice el Matemático, más o menos la siguiente: Cuello, que pertenecía a la juventud del partido, no desaprobaba por completo las posiciones de Washington, y coincidía con él de un modo oscuro y confuso, porque su formación política era más bien precaria —a decir verdad inexistente, aparte de una coincidencia general con lo popular debido a su inclinación por la literatura criolla. Si después de los años cincuenta su formación había mejorado un poco, se debía sin duda a la influencia de Washington, al que, por razones difíciles de desentrañar, admiraba hasta la idolatría. Washington había sido el gurú de muchos, fieles y renegados, pero en ninguno de sus discípulos (que él, naturalmente, no consideraba discípulos y que no se hubiesen atrevido a autoproclamarse como tales) había encontrado mayor devoción. Desde que Washington entró en el partido, Cuello se había acercado a él y nunca más lo había abandonado. Bastaba toparse con Cuello, dondequiera que estuviese, para saber que Washington no andaba lejos. E, inversamente, seguro que en todo lugar del que Washington ocupara el centro, podía deducirse que Cuello merodeaba, atento y callado, en la periferia. Nadie reparaba en él, pero todo el mundo daba por sobreentendida su presencia. Era incomprensible, si se tenía en cuenta todo lo que los separaba —lo que para Cuello eran dioses, Washington, sin, desde luego, hacérselo

notar, lo despreciaba. Era difícil saber si Cuello ignoraba la perplejidad de la gente por su amistad estrecha con Washington o si, estoico, e intensificando de ese modo su devoción, perfectamente al tanto, la soportaba. Desde luego, el sobrenombre que le habían puesto, el Centauro, si alguno, por indelicadeza, podía llegar a dirigírselo directamente, nadie se hubiese atrevido a emplearlo en presencia de Washington. No era raro llegar a la tardecita a lo de Washington y encontrarlos a los dos bajo un árbol, sentados en sillas bajas, tomando mate e intercambiando frases espaciadas, lacónicas y llenas de sobreentendidos de las que resultaba difícil saber sobre qué versaban. Tal vez, como venían del mismo pueblo, experiencias comunes, puramente materiales — cosas, lugares, gente— les facilitaban la conversación, pero, según el Matemático, debía haber algo más, ya que es sabido que a menudo con la gente que tiene un origen común sucede lo contrario, a saber que más bien se esquivan cuando se topan fuera de su lugar de origen, como si el hecho de conocerse desde antes les hiciera perder un poco de consistencia. No, según el Matemático, esa fidelidad viene de finales de los años cuarenta, cuando a Washington lo encerraron en el manicomio. Y su causa, revela el Matemático, alzando un poco la voz con un tono de ligera soberbia y de rebeldía, excedido por las alusiones injustificadas de Tomatis, la causa de esa fidelidad, él lo sabe de buena fuente, no viene sino de que Cuello, en ese entonces dirigente de la juventud, se las ingenió para hacer encerrar a Washington en el manicomio y obtenerle una pensión por invalidez, evitando de ese modo que lo mataran. Según las informaciones que ha podido obtener el Matemático, su supresión era inminente, y la gente de Cuello, basándose en comportamientos bastante desmedidos de Washington en esa época, y en algunas de sus rarezas, había convencido a los partidarios de la ejecución de que Washington estaba loco y que ellos se encargarían de sacarlo de circulación. Desde luego, varios de los viejos amigos de Washington acusaron a Cuello de haber urdido, como se dice, una maquinación, y le habían enchastrado dos o tres veces el frente de la casa con pintura roja y con alquitrán, amenazándolo de muerte, pero cuando Washington empezó a recibir visitas en el manicomio —al principio lo tenían con camisa de fuerza y todo— el único miembro del partido que aceptaba ver era Cuello. En todo caso, Cuello lo visitaba todas las semanas, llevándole comida, ropa, libros —e incluso, afirma el Matemático, había tenido la delicadeza de frenar la campaña del partido, que acusaba públicamente a la extrema izquierda de haber empujado a Washington a la locura. Según el Matemático, las insinuaciones de Tomatis constituían una falta de respeto no únicamente hacia Cuello sino sobre todo, y bien mirado, hacia Washington, para quien, en esos tiempos difíciles, Cuello debe haber sido, más que un apoyo político o afectivo, un criterio de realidad. Cuando no únicamente los otros, sino incluso su propia razón parecía abandonarlo. Cuello se volvió la última referencia, el último puente con el mundo, y como al año, cuando salió del manicomio y pasó por ese período depresivo que le duró hasta fines del cincuenta y uno, Cuello era el único que lo veía y que aceptaba pasar días enteros en Rincón Norte sentado frente a

Washington, que no decía una palabra y que sacudía la cabeza de tanto en tanto, emitiendo un suspiro prolongado. Pasaron muchos meses antes de que, de ese silencio aturdido y terrible, empezaran a salir, poco a poco, las frases espaciadas, lacónicas y llenas de sobreentendidos que constituían su conversación, frases, por otra parte, de las que era difícil adivinar el contenido, porque, desde que aparecía un tercero, sin disimulo ni precipitación, sino del modo más llano y natural, indefectibles, cesaban. En presencia de los demás, Cuello parecía dejar de existir y Washington mismo le dirigía la palabra muy de tanto en tanto, como para hacer notar su presencia o darle vida durante unos instantes gracias a sus frases interrogativas, respetuosas, y no exentas de una complicidad irónica y remota: *¿No le parece, Cuello?* —Washington no tuteaba a nadie y nadie lo tuteaba, salvo su hija—, *¿Vio, Cuello, lo que le decía?*, a las que Cuello ni siquiera contestaba, limitándose a existir, a cobrar, como se dice, consistencia y volumen en lo exterior, del mismo modo que, con alguna fórmula mágica, un hechicero materializa, en el espacio vacío, para los sentidos de la asistencia, un ser hasta entonces invisible cuya presencia dura lo que dura la invocación. Como trabajaba de secretario en la Mutual de Carniceros —la mujer era profesora de música en la Escuela Normal— nunca llegaba a Rincón Norte sin una tira de asado, que Washington ponía al fuego después de un rato de conversación, y que comían de parados cerca de la parrilla, sin platos ni nada, cortándose bocados de la misma costilla sobre una tablita. Según el Matemático, Washington tuvo escondido a Cuello en su casa durante un tiempo, porque lo buscaban los Comandos Civiles, hasta que pasaron los meses más duros y pudo reaparecer. Era extraño verlos tan cercanos y tan distintos a la vez. Cuello publicaba de tanto en tanto sus colecciones de cuentos criollos, y en diarios y revistas que para Washington representaban el colmo del ridículo e incluso de la infamia, pero no era raro llegar a su casa y ver sobre su escritorio alguno de los volúmenes de Cuello, con su correspondiente dedicatoria y un señalador sobresaliendo de entre las páginas que demostraba que Washington los leía. A veces al Matemático le parecía que, cuando había mucha gente, la expresión de Washington se alertaba un poco si creía percibir en los presentes la sombra de alguna ironía sobre Cuello —tanto que esa ironía remota era reprimida de inmediato a causa de la tensión que empezaba a pesar sobre los presentes; y únicamente cuando esa sombra se disipaba por completo, la expresión de Washington volvía a distenderse. Se hubiese dicho que, conscientes de las debilidades del otro más que de las propias, constantes y lúcidos para ellas únicamente, velaban, tácitos, uno sobre el otro. Si algo refutaba las insinuaciones de Tomatis, según el Matemático, era justamente la consideración de Washington hacia Cuello —según el Matemático, ¿no?, quien, además de dismantelar las afirmaciones de Tomatis respecto de Cuello, aprovecha de paso para invalidar las que según él, Tomatis ha tenido el coraje de lanzar sobre la Chichito: *Más se quisiera él que sea virgen. Eso lo consolaría de sus intentonas. La que él no se pasa al cuarto o es una histérica o es una burguesa.*

Pero el Matemático se calla, y por dos razones: la primera, porque se considera, y sin duda lo es, como dicen, un caballero, o sea que, teniendo en cuenta que la virginidad de la Chichito, según la expresión exacta con que lo piensa, le importa tres pepinos, del mismo modo que la virginidad en general, no quiere que Leto, que lo escucha con atención, pueda pensar que está tratando de sugerir que la Chichito no es virgen y la segunda, más importante que la primera en realidad, porque no le gustaría que, si se extiende demasiado sobre el problema, Leto deduzca que la virginidad en general, ese no objeto por excelencia, pueda haber ocupado un lugar, por insignificante que sea, en sus reflexiones. Pero una tercera razón contribuye también a determinar su silencio: están llegando a la esquina, y como en el cruce la calle deja de ser peatonal, el mismo atolladero de varias cuerdas antes, cuando han bajado con Tomatis a la calle y se han puesto a caminar por ella, se repite en sentido inverso. Cruzar va a ser, parece expresar la cara del Matemático, cuando se paran en el cordón y sopesan, como se dice, el panorama, un problema, pero en fin, trataremos de resolverlo —lee Leto en la cara del Matemático, cuya concentración en la tarea que se avecina se vuelve tan grande, que sacudiendo leve y pensativo la cabeza, y acariciándose, mecánico, el mentón, ante el asombro inenarrable de Leto, bajito y distraído, se pone a canturrear.

Es verdad que la situación es compleja: los coches que vienen del Oeste por la transversal, como hacia el Norte la calle principal está para uso exclusivo de peatones, se ven obligados ya sea a continuar hacia el Este, ya sea a doblar por la calle principal en dirección al Sur, en tanto que los que vienen por la calle principal de Sur a Norte, deben doblar, por las mismas razones, en dirección Este por la transversal —o deberían, mejor, porque, por el momento, las hileras diferentes de coches que se encuentran en el cruce están atascadas y no avanzan, sin exagerar, ni un milímetro, inmóviles y como desparramadas sin orden en la calle, a pesar de los esfuerzos teóricos y del revoleo de brazos del vigilante que ha abandonado su tarima y que, añadido por la experiencia histórica del maquinismo al proyecto excesivamente abstracto de Hipodamos, justifica, por su impotencia y *a posteriori*, la invención del semáforo, no menos abstracto a decir verdad en su periodicidad mecánica, inadecuada a la no periodicidad de los fenómenos, que la invención de Hipodamos cuyas imperfecciones pretende corregir. A Leto, entre tanto, no se le va el asombro ni, y por qué no, la decepción vaga: en primer lugar, el canturreo del Matemático, su automatismo preocupado, no condice con el autocontrol férreo que le atribuye, tal vez por su formación científica y por su origen social, y en segundo lugar porque esa letra de tango, en boca del Matemático, le suena como un anacronismo, dándole una impresión semejante a la que le produciría una voz de soprano saliendo de entre los labios de un boxeador. Además, la reacción del Matemático le parece desproporcionada en relación con el obstáculo que deben, como se dice, franquear —hay, ahora, algo atroz en su cara, no muy diferente del pánico, que el bronceado europeo parejo, que cumple la función, involuntaria desde luego, de una máscara,

deja pasar al exterior. Y a eso se agrega que el canturreo, en lugar de desarrollar la melodía haciendo progresar la letra de la canción, vuelve a repetir una y otra vez el mismo dístico, sobre el mismo fragmento melódico, pero en un tiempo cada vez más acelerado, en voz cada vez más baja, con una dicción en la que aumenta el empastamiento y que de ese modo vuelve incomprensibles las palabras, a medida que la mirada en la que despunta el pánico resbala sobre los coches inmóviles de los que los paragolpes, que casi se tocan, exigirán, al que quiera cruzar, una pericia extrema. La mirada del Matemático se detiene, inquieta, en el espacio estrecho que dejan los paragolpes, y después se dirige hacia su propio pantalón. «Los pantalones», piensa Leto, que ha ido siguiendo al Matemático en todas sus fases de desolación. «La amenaza de una mancha en los pantalones». El alma, como le dicen, de la que decía hace un momento parecerle a un servidor que es, no cristalina, sino pantanosa, «el alma del Matemático», piensa Leto, sin representarse, desde luego, la palabra alma, y sin tampoco, como la mayor parte del tiempo, con nada parecido a palabras, «el alma del Matemático, que distingue con facilidad lo verdadero de lo falso, el bien del mal, y que posee la entereza suficiente como para poner las cosas en su lugar si Tomatis echa a correr la calumnia por las calles, se derrumba y deshace ante la posibilidad de una mancha en los pantalones».

Haciéndose cargo de la situación, y simulando no haber percibido ningún cambio en la actitud del Matemático que ahora, aunque no menos inquieto, ha dejado por fin de canturrear, hecho que comprueba con alivio, Leto se pone a buscar, por entre los paragolpes demasiado juntos, algunos que les permitan pasar a la vereda de enfrente. Hay por lo menos tres filas atascadas en la transversal, aunque en el caso actual la noción misma de fila es inadecuada, debido a la posición irregular de los coches, encastrados en los espacios que han ido quedando libres como si hubiesen hecho su aparición únicamente con el fin de llenarlos —pero ahora, en toda la transversal, no queda un solo espacio libre y habría que ponerse en puntas de pie y otear por lo menos una cuadra y media hacia el Oeste para ver los últimos vehículos que todavía se mueven, agregándose con prudencia, si puede usarse la expresión, a los que ya no consiguen avanzar. Decidido, Leto inspecciona, teniendo en cuenta toda clase de detalles, los paragolpes, y después levanta la vista y ve que en la vereda de enfrente cuatro o cinco personas buscan también un paso en sentido opuesto, pero cuando encuentra un espacio de unos pocos centímetros se vuelve hacia el Matemático —paralizado por la ineluctabilidad de la mancha, todo el ser concentrado en los pantalones blancos deslumbrantes— y haciéndole un gesto casi imperceptible lo incita a seguirlo. Una lucha interior se manifiesta en la expresión del Matemático, lucha cuyo resultado, incierto al principio, termina por confirmar, de un modo provisorio desde luego, la tesis, por usar alguna expresión, humanista como la llaman, a estar con la cual, en el ente llamado hombre, los elementos llamados racionales —en la actualidad dios, patria, hogar, tecnología, conciliación de clases— terminan siempre por sobreponerse a los irracionales —excremento, succión o

masticación, esperma, sangre, autodestrucción— de un modo constante y según una curva ascendente indefinida, de modo que después de una vacilación rápida y mal disimulada, imitando a Leto, en cuyas manos, ciego e inerme, ha depositado todo el poder de decisión, el Matemático abandona la vereda y se aventura, lento, por la calle.

Leto hace un gesto nervioso, superfluo, consistente en sacarse los lentes y volvérselos a poner en el acto y, un poco de costado, después de estimar de un vistazo sus posibilidades de éxito, empieza a pasar, despacio, entre los dos paragolpes, seguido, a medio metro de distancia más o menos —y siempre más o menos, ¿no?—, por el Matemático al que la corpulencia proporcionada y musculosa, tan necesaria para llevar, esquivando a sus adversarios, la pelota ovalada de una punta de la cancha a la otra no le es, en la circunstancia actual, de ninguna utilidad; más bien al contrario: el corte ancho, flotante, de los pantalones blancos, en oposición deliberada a la estrechez arbitraria de la moda presente, también contribuye a volver más dificultoso su desplazamiento, a diferencia de Leto, a quien la flacura relativa y la ausencia de fijación fetichista con su pantalón de mala calidad le facilitan, como se dice, la tarea. Pero por discreción, para no humillar demasiado al Matemático, Leto magnifica sus propias dificultades: le basta con haber vislumbrado las grietas de su alma, como la llaman, y, consciente de lo ineluctable de nuestras desilusiones acepta, ensombreciéndose un poco por dentro, que los mitos claudiquen cuando irrumpen el principio, que le dicen, de realidad. Sin embargo, tratando de no ser sorprendido, vigila los pantalones blancos mientras atraviesan, volviendo discreto la cabeza, deseando a su vez que la mancha no se produzca, no por identificación simpática, sino por temor de que la mancha remache la abyección, la complete y, ante sus ojos, el Matemático, que a pesar de las insinuaciones de Tomatis, le parece alguien digno de amor y de cierta admiración, no naufrague en la zona oscura y pastosa de la que el aire claro de la mañana es el reverso endeble y pasajero. Pero por suerte, con prudencia y pericia, logran atravesar. Una etapa, por lo menos, ha quedado atrás, por decirlo de algún modo, pero a decir verdad, si antes de bajar a la calle han estado bloqueados pero libres de volver, como se dice, sobre sus pasos, ahora retroceder es imposible, y la salida del primer pasaje entre los paragolpes los pone frente, no a un nuevo pasaje, sino a la carrocería roja de un auto que les impide pasar. Leto explora, por encima del auto rojo las posibilidades de seguir adelante que les ofrece la disposición de los autos detenidos en la calle y comprueba que, de la vereda de enfrente, el grupo que estudiaba a su vez un itinerario posible se ha aventurado a la calle, desviando unos metros hacia el Este, y ahora cruza en fila india entre dos coches, lo que lo induce a tomar a su vez la dirección Este; costearlo el auto rojo, no sin asegurarse de que, sumiso, el Matemático lo sigue, verifica, con desaliento, que el paragolpes delantero del coche rojo está casi pegado al paragolpes trasero del coche siguiente, y cuando alza la cabeza para analizar los movimientos del grupo de la vereda de enfrente advierte que si han debido desviar hacia el Este para atravesar el

primer espacio libre entre los paragolpes, ahora deben volver atrás, en busca de un segundo pasaje que les permita atravesar la segunda fila de coches. Con celeridad —la palabra pareciera estar bien empleada— Leto sopesa —se dice así— las dos posibilidades, Oeste o Este, consciente de que debe tomar una decisión en la fracción de segundo que se avecina, ante la disyuntiva de lanzarse, a ciegas, por un terreno inexplorado, o confiar en la experiencia adquirida de los otros, que vienen en sentido opuesto, confirmando, en cierto modo únicamente, ¿no?, y por decir así, el carácter reversible del espacio, y eligiendo esta segunda posibilidad gira brusco, llevándose por delante al Matemático que, dócil, lo ha venido siguiendo de muy cerca, espiando ansioso —el Matemático, ¿no?— por encima de su cabeza, las posibilidades de éxito que les ofrece el terreno. Confusos, tratan de cederse el paso mutuamente, varias veces, impidiéndose avanzar cada vez, ya que de un modo evidente, el Matemático se resiste a encabezar la marcha pero se abstiene de ponerse de costado por temor de que si se apoya contra un auto, los pantalones, cuyas botamangas y piernas está tratando de preservar, no reciban la mancha tan temida en los fundillos. Leto comprende, y apoyándose de espaldas contra el auto rojo, deja pasar al Matemático, se desliza sobre la carrocería limpiándola bien de polvo con sus propios pantalones y, sacudiéndoselos sin ostentación para no generar remordimientos en el Matemático, o tal vez por temor de que aun advirtiéndolo su sacrificio el Matemático, inhibido en sus reacciones morales a causa del apego desmedido a sus propios pantalones, ni siquiera sienta esos remordimientos, comienza a desandar el trayecto recorrido y a dirigirse hacia el Oeste. Un prurito —podría decirse— último de responsabilidad lo hace echar una ojeada rápida hacia atrás para asegurarse de que el Matemático lo sigue.

Ahora bien: apenas han puesto un pie en la calle, como si el contacto de las suelas de sus zapatos con el asfalto hubiese desencadenado un mecanismo complejo de estimulación sonora, los numerosos autos inmóviles, relativamente silenciosos, por protestar tal vez contra alguna señal del vigilante, o por imitación gregaria, o por la simple voluptuosidad de existir de una manera un poco más intensa gracias al anuncio repetitivo de la índole musical del propio ser, como le dicen, han comenzado, casi al unísono, a llenar la mañana inocente y soleada con el ruido de sus bocinas. Todo el espacio alrededor se descompone en planos sonoros, de los que los diferentes timbres e intensidades marcan los límites, el perímetro, la distancia, la ubicación respecto de Leto y del Matemático, que en el centro del horizonte de ruidos artificiales parecen avanzar como en un medio más resistente que el aire, a juzgar por la subexpresión, podría decirse, de esfuerzo y de desagrado que acompaña, igual que la misma salsa los diferentes platos de un banquete o la eternidad en tanto que subespecie la contingencia pasajera, la sucesión de emociones que van generando en ellos los accidentes del cruce. Por fin encuentran un espacio lo suficientemente ancho entre dos paragolpes como para cruzar; pero se ven obligados a detenerse y a esperar, porque el grupo de la vereda de enfrente, encabezado por un hombre canoso, en mangas de camisa, que lleva un portafolios en la mano —un abogado que viene de

Tribunales, casi seguro, o un alto empleado de la casa de gobierno que se dirige al centro a realizar operaciones bancarias— que ha encontrado el pasaje antes que ellos, ya ha empezado a atravesarlo en fila india. El hombre canoso sale de entre los paragolpes con la cabeza baja, perdido en sus pensamientos, llevándole cierta ventaja a sus seguidores, pero la mujer que lo sigue, un ama de casa que ha salido a hacer gestiones administrativas y que aprieta contra su pecho la libreta de familia de la que sobresale una hoja de papel sellado, les lanza una mirada que Leto, a diferencia del Matemático, bloqueado a todo comercio social, recoge al pasar con un gesto de connivencia, para tranquilizarla, porque le ha parecido vislumbrar, en la mirada de la mujer, cincuentona y redonda, de origen bastante modesto, como se dice, una especie de culpabilidad excesiva por el hecho de que ella, una simple señora de barrio, haya tenido la audacia de pasar antes que ellos dos, que parecen jóvenes cultos y de buena familia. La mirada de Leto trata de expresar, infructuosa, porque la señora nunca lo admitiría, el origen común de la humanidad, a partir de las llamadas ramas colaterales de ciertos primates, como les dicen, en África oriental, unos setenta millones de años atrás, en números redondos, más la idea formulada por no pocas religiones según la cual todos los seres humanos son iguales ante el sufrimiento, más su convicción personal de que la mejor organización social sería un orden igualitario, con rotación de roles, un mínimo de gobierno y socialización de los bienes de producción, pero apenas sus miradas se han cruzado una fracción de segundo, el lapso indispensable para expresar su culpabilidad a los dos jóvenes diplomados, la mujer baja otra vez los ojos, un poco avergonzada de haberse atrevido a hacerlo, confusa por la mirada connivente que le ha devuelto uno de los jóvenes, llena de sobreentendidos que ella no logra ni desea desentrañar. Al tercero de la fila, el Matemático no puede ignorarlo; es un conocido, el ingeniero Gamarra, adjunto de Química Orgánica, con quien sabía jugar al *ping-pong* en el club universitario. Sesentón y bien trajeado, se viene acariciando la punta de la corbata a rayas oblicuas, anchas, amarillas y verdes, y lo saluda con una inclinación de cabeza y un monosílabo cortante que Leto, que lo observa imparcial desde el exterior, atribuye a lo humillante de la situación; por último, una mujer joven, vestida con un trajecito floreado, y de la que la cartera de cocodrilo que cuelga de su brazo roza la carrocería de uno de los autos mientras atraviesa sin siquiera dignarse mirarlos. El paso actual, más exiguo que el primero y que ha obligado a los que lo cruzaron en sentido inverso a girar un poco el cuerpo y a desplazarse de costado, presenta mayores dificultades, y el hecho de pasar de costado pone en peligro las dos piernas del pantalón a la vez, y cuando se internan en él, las bocinas entre cuyo sonido han venido como chapaleando, todas al mismo tiempo, dejan de oírse. Una sola insiste, una vez más, en algún punto de la calle principal, pero después no recommienza. Cuando dejan atrás los paragolpes, Leto, sin detenerse, toma hacia el Este y encuentra sin mayor esfuerzo el paso que han descubierto los que venían en dirección opuesta —ancho, llano, abierto, con el cordón de la vereda en el otro extremo, tan fácil de atravesar que, sin darse vuelta, Leto comprende que el

Matemático, a sus espaldas, ya está recomponiéndose una personalidad, y que cuando pisen la vereda de enfrente y se pongan a caminar a la par, será otra vez el tipo rubio, alto, elegante, bronceado, todo vestido de blanco, incluso los mocasines, que usa sin medias y de los que no sabe que han sido comprados el mes antes en Florencia, el Matemático, perfecto en su género igual que un modelo publicitario, que habla pausado y preciso, y que ha salido esa mañana a distribuir a los diarios el comunicado de la asociación de estudiantes de Ingeniería Química relativo al viaje a Europa que la nueva promoción de egresados o de egresados inminentes acaba de realizar.

Pero se equivoca. Al llegar a la vereda, el Matemático no ha terminado todavía de luchar consigo mismo —al menos le parece a Leto que, cuando se pone a caminar junto a él, del lado de la pared, no deja de advertir su ofuscación sorda mientras elabora la humillación de haber sido, durante unos instantes, el rehén de su propio pantalón, y Leto, aliviado, siente despuntar, a través del silencio del Matemático, el remordimiento sincero, la resolución de ser mejor en el futuro, la certidumbre de que nunca más volverá a empastarse en esa penumbra irracional de la que acaba de salir, la convicción de que esas debilidades son simples automatismos pasajeros que el sabio va eliminando, gracias a la inteligencia liberadora, le parece a Leto que va pensando el Matemático, en su evolución ascendente. Llegan a la esquina. Doblan. Y ahora que retoman la calle principal, en dirección al Sur, como decía hace un momento, ¿no?, el Matemático, habiéndose reconstituido de su eclipse compulsivo, después de carraspear dos o tres veces, emerge otra vez al sol de la mañana. Pero Leto está pensando: «Darían todo a la humanidad, salvo el pantalón. Aceptarían cualquier cosa, menos que les manchen el pantalón. Se comportan como corderos siempre y cuando no esté en peligro su pantalón. Desconfiar de ellos, aun cuando lo hayan dado todo y pretendan no haberse guardado más que el pantalón». Con el plural, adscribe al Matemático a un vasto campo enemigo, a la legión de los que, atrincherados en la defensa de sus propios pantalones, constituyen, egoístas y ciegos, una amenaza constante para el resto de la humanidad. Pero la voz del Matemático, un poco aflautada al principio por el carraspeo vergonzoso, recupera el tono imparcial, el preciosismo calculado y, Leto debe admitirlo, el timbre agradable de las cuabras anteriores.

—En varios puntos, Botón es más verosímil que Tomatis —dice, retomando la conversación como si no hubiera pasado nada. «Será», piensa, malévolo, Leto, dispuesto a escucharlo pero a controlar, severo, a cada paso, por decir así, y también en sentido literal en el caso presente, su credibilidad. Pero como todas las otras veces, sus proyectos rigoristas ceden en forma casi simultánea a su formulación, arrastrados por un relativismo orgánico, podría decirse, que proviene de su inseguridad tal vez, o de un rigorismo de signo contrario, dirigido contra sí mismo; a decir verdad, no le disgustaría ser como el Matemático, o sea capaz de deslindar lo auténtico o por lo menos lo probable del acaecer problemático, y al mismo tiempo estar tan incorporado a la historicidad como para saber que debe evitarse, a cualquier precio, una mancha

en el pantalón. Por otra parte coincidir con él en un juicio negativo sobre Tomatis lo iguala no solamente en una visión semejante de las cosas, sino también en la intimidad del propio Tomatis, intimidad que, paradójico, el juicio negativo acrecienta en vez de disminuir. Y por último, esos dichos mosquitos de Washington han terminado por intrigarlo: en el ir y venir de pensamiento, recuerdos, asociaciones, de imágenes falsas que a partir de ahora, y para siempre, llevará en él como recuerdos verdaderos, los mosquitos revolotean, grises y definidos, pasan una y otra vez por la zona despejada de su mente en la que desfilan, igual que en un teatro de variedades, las representaciones que hacen surgir, como se dice, los comentarios detallados del Matemático. El cual, pasando lo más orondo de la preservación obsesiva de su pantalón a la refutación imparcial y fácil de la maledicencia tomatiana, prosigue de esta forma: ¿Rita Fonseca, cuando tiene unas copas encima quiere mostrarle las tetas a todo el mundo? Él, el Matemático, no dice que no. Es probable. ¿Pero no es cierto que tiene derecho? Y haciendo un ademán amplio y teatral, después de pararse de golpe, semejante al prestidigitador que hace aparecer de un modo súbito a su linda ayudante en malla de lentejuelas en un punto del escenario hasta entonces completamente vacío, estira el brazo en dirección a una vidriera y se queda señalándola con la mano abierta y una sonrisa amplia y satisfecha.

Dócil, parándose a su vez, Leto mira la vidriera que indica la mano abierta del Matemático. Detrás, el local, todavía cerrado, está en una semipenumbra, a pesar de las paredes blancas que emiten, en esa penumbra, una especie de resplandor. En el fondo, los únicos muebles, un escritorio y un par de sillones, se esfuman un poco en la semipenumbra que se va disipando en las cercanías de las vidrieras que flanquean la puerta de calle oculta detrás de una cortina metálica acanalada. De las paredes blancas cuelgan varios cuadros sin marco, de distinto formato, bastante grandes en general, en los que pueden adivinarse, desde la vereda, las líneas abstractas. Pero, bien expuesto en la vidriera que señala el Matemático, también sin marco, apoyado contra un soporte de madera blanca, uno de los cuadros se exhibe para ser visto desde el exterior del local, a través de la vidriera. Junto al cuadro hay una tarjeta blanca donde se lee: Galería de arte - Rita Fonseca - Drippings - 1959/1960.

—Tiene derecho, ¿no? —insiste, orgulloso y entusiasta, el Matemático, señalando la tela expuesta en la vidriera, que Leto ha comenzado a observar. Y como, molesto por su insistencia, Leto no dice nada, el Matemático hace silencio, como se dice, sin poder abstenerse de vigilar, como ya lo ha hecho durante la lectura de Tomatis, la reacción estética de Leto. Pero esta vez, Leto se olvida de su presencia y penetra, por decir así, en la superficie cubierta de pintura hasta los bordes, sustrayéndose tanto y de un modo tan súbito, al mundo exterior, que ni siquiera oye las bocinas que, durante unos segundos, se ponen a sonar otra vez y después paran, porque las filas de autos que habían estado atascadas en la esquina recomienzan, a paso de hombre, a avanzar. Leto nunca ha visto un cuadro semejante: es un rectángulo de un metro de alto más o menos y de unos ochenta centímetros de ancho, sin ningún tipo de representación,

ninguna figura o silueta, ninguna forma ni siquiera vaga o distorsionada, sino una acumulación de gotas, manchas, regueros, salpicaduras de pintura fluida de varios colores que se superponen, contrastan, se anulan, se mezclan, se combinan y que, en tanto que conjunto, se equilibran, milagrosos, a pesar del ritmo irregular y frenético y del azar vertiginoso con que la pintura ha chorreado sobre la tela. «Le mostraré las tetas a todo el mundo, pero qué bien pinta», piensa, maravillado, mitigando con una parodia de grosería, que le sirve también para expresar su admiración, la emoción violenta, inequívoca, que le produce el cuadro. Ningún color predomina, a no ser por las titilaciones, no periódicas porque su distribución en el conjunto no obedece a ninguna periodicidad, con que sobresalen de tanto en tanto, y siempre en relación estrecha, como se dice, con los demás, en distintos puntos de la superficie; el chorreo, más bien fino o mediano en general, se adensa por momentos en remolinos, en manchas superpuestas varias veces, en gotas de tamaño diferente que, al estrellarse, cayendo de distinta altura, lanzadas con distinta fuerza o constituidas por distintas cantidades de pintura más o menos diluidas, se estampan por lo tanto de manera distinta cada vez, no únicamente por el tamaño, sino sobre todo por la individuación perfecta que adquieren al desparramarse en la tela. Por otra parte, las manchas y los regueros tortuosos continúan hasta los bordes, los cuatro costados clavados al bastidor, de modo tal que como se comprueba que lo que ha quedado detrás del bastidor es la continuación de la superficie visible, puede deducirse con facilidad que esa parte visible no es más que un fragmento, y el ojo, al llegar a los bordes en los que se pliega la superficie, adivina la prolongación indefinida de esa aparición intrincada que va dejando, en su combinación imprevisible de colores, de densidades, de velocidades, de sobresaltos y de acumulaciones, de giros bruscos y de temperaturas, la materia atormentada. No son formas, sino formaciones —rastros temporariamente fijos de un fluir incesante, ¿no?, aglomeración sensible, podría decirse, en un punto preciso de la sucesión, que relacionando tensa y frágil, sin anularlos, azar y deliberación, le añade, liberadora, a lo existente, delicia y radiaciones. Leto sacude la cabeza, varias veces, en tanto que, haciendo sobresalir el labio inferior, oculta en él al superior, para expresar su perplejidad admirativa. El Matemático, que ha estado mirando el cuadro al mismo tiempo que él, no sin seguir vigilando sus reacciones, lo acompaña, dispuesto y agradecido, cuando se da vuelta y continúa caminando.

Hay como un orgullo múltiple en el Matemático, primero por haberle señalado a Leto la presencia de un artista de valor, ya que siempre es agradable y tranquilizador haber sido de los primeros en cualquier cosa, después porque se ha dado cuenta de que la admiración de Leto es sincera lo cual confirma en cierto modo su propio gusto artístico, ¿no?, y por último, a causa de la refutación, sin gasto de argumentos, con la simple presentación de pruebas, de otra calumnia de Tomatis, o en todo caso de su selección tendenciosa, como dicen, ¿no?, de los hechos. Porque en rigor de verdad, dice el Matemático con una sonrisa benévola que quiere dejar sentada su total

prescindencia de juicios morales en el asunto, es un error grosero pretender que Rita, cuando está borracha, quiere mostrarle las tetas a todo el mundo, porque de todos modos siempre está borracha, y la mayor parte del tiempo tiene el torso completamente cubierto. No, si hace eso de tanto en tanto, según el Matemático, no sería por alcoholismo o exhibicionismo, sino más bien por timidez: ¿qué hacer, de qué hablar, cómo comportarse en sociedad? ¿Similar interés por las conversaciones estúpidas o asumir poses pretenciosas, tratar de refutar argumentos inatacables pero enteramente falsos, justificar por qué nos gusta más el dulce de membrillo que el de batata o Miró que Dalí? ¡Ah, no!, mejor quedarse callados en un rincón, tomando ginebra tras ginebra, sin decir una palabra, fumando tabaco fuerte hasta que, en un momento dado de la noche, de un modo brusco, por pasar por fin a la acción después de un marasmo insoportable, sin saber qué comportamiento justo asumir o qué palabra verdadera proferir, para descargar angustia, zas, las tetas al aire. Eso desde luego sin ninguna deliberación, de un modo compulsivo más bien, cuando, no únicamente los demás, sino ella misma menos se lo espera. Él, el Matemático, ha tenido la suerte de verla trabajar varias veces en su taller; pinta sin caballete; pone un rectángulo de tela directamente en el suelo, y todo alrededor de la tela los tarros de pintura fluida en los que sumerge unos palos de distinto diámetro —pedazos de mangos de escoba, varillas, ramas de árbol o de arbusto peladas con un cuchillo, mangos de pinceles— y que después deja chorrear sobre la tela; otras veces echa pintura en un colador que pasea después sobre la tela y si no agujerea directamente el fondo de los tarros y va rociando la tela con ellos. Cerca, en una mesita, tiene una botella de ginebra, vasos, y una sopera de aluminio, toda abollada y llena de hielo, y un montón de paquetes de Colmena o Gavilán. A veces, si la tela es demasiado ancha, va recorriéndola por los cuatro costados con sus palos, sus tarros o sus coladores, pero si la anchura se lo permite, va pasando por encima, con las piernas bien abiertas, para no pisar la tela, todo el día inclinada hacia el suelo, de modo que uno de sus chistes preferidos, que son dos o tres, siempre los mismos, y que la hacen reír a ella sola, es que para pintar hay que tener riñones de campesino y que, justamente, la ginebra no es para encontrar la inspiración sino para calmar el dolor de cintura. Lo cierto, dice el Matemático, es que de vez en cuando se para un ratito, se toma un buen trago, y vuelve al trabajo, con el cigarrillo colgando de los labios entreabiertos, milagroso, y la cabeza rígida para que la ceniza no caiga sobre la tela; de tanto en tanto, se para para sacudir la ceniza a un costado e ir considerando el resultado. A él, al Matemático, ¿no?, le parece curioso que sea tan amiga de Héctor, el otro pintor, porque es difícil concebir dos modos tan diferentes de trabajar y de representarse la pintura —eso, aparte de que son dos personalidades tan distintas. Héctor necesita semanas, meses, para terminar un cuadro; ella, en ciertos períodos, pinta tres o cuatro por día. Cuando tiene una idea, Héctor la pone en práctica con minucia, paciente, haciendo cálculos, teorías, y cada uno de sus cuadros, o cada una de sus pinceladas incluso, tiene un fundamento teórico, sin contar con el hecho de que sus cuadros son

a veces monocromos, o utilizan uno o dos colores, o distintos tonos de un mismo color, y son casi siempre geométricos. Héctor encuentra lo que busca antes de empezar a pintar; ella pinta todo el tiempo y para de pintar cuando encuentra algo. Él, el Matemático, ¿no?, le ha oído decir una vez que ser un buen pintor consiste en saber dejar de pintar, en saber cuándo pararse; y en efecto, los cuadros que no le salen bien, porque justamente ha ido demasiado lejos —lo cual ocurre la mayor parte del tiempo— los arruga todos y los tira a la basura. Varias veces por día tiene que tirar el resultado de horas de trabajo —varias veces por día, y todo porque la mano, que ha estado paseándose incansable sobre la tela, dejando chorrear sobre ella pintura bien diluida, no ha realizado el movimiento exacto destinado a estampar las manchas finales mediante las cuales el conjunto, hasta ese instante contingencia y caos, comience a irradiar, para nuestra exaltación, dice más o menos el Matemático, necesidad y gracia. Y ella, inclinada sobre la tela, vacilando un poco a causa de los vasos de ginebra, sacudiendo al costado, sin prestarle atención, la ceniza del cigarrillo, tiene que ser la primera en descubrir, en ese desorden aparente, la evidencia mágica. No únicamente en eso se diferencian con Héctor —y lo curioso es que sienten uno por el otro una admiración sincera y recíproca y que dos o tres veces por semana se encuentran en el bar de la galería y se emborrachan juntos hasta el amanecer. Héctor habla todo el tiempo, en tanto que ella no pronuncia una palabra, a menos que, en vez de sabotear su blusa, cuando se ha tomado una botella de ginebra, no se ponga a hablar sin parar, a gritar, a reírse de cualquier cosa, hasta terminar insultando, nadie sabe bien por qué y ella menos que nadie, a sus interlocutores. Los dos tienen alrededor de treinta años y han estudiado un tiempo juntos en la escuela de Bellas Artes, pero en tanto que Héctor ha pasado una temporada en Europa, visitando museos y manteniendo discusiones teóricas con la crema de la vanguardia europea, ella nunca ha salido de la ciudad. Héctor se compra sus pulóveres en Buenos Aires, y a veces incluso se los hace mandar de Roma o de París; ella anda siempre con la misma pollera y el mismo saco, manchados de pintura, lo mismo que las manos e incluso a veces el pelo, los pies enfundados en unos zapatones de hombre todos gastados, la cara sin maquillar, siempre con un Gavilán o un Colmena colgando entre los labios, las uñas desparejas no pocas veces decoradas de un reborde negro, siempre buscando alguien, hombre o mujer, le da lo mismo, para traérselo con ella a pasar la noche al taller, porque no soporta quedarse sola y es raro que se duerma antes del alba, yendo y viniendo todo el tiempo a llenar su vaso de ginebra y a sacar hielo de la sopera abollada. Justamente, Botón, de quien las malas lenguas ya no saben qué murmurar, porque tiene novia oficial en Diamante, el tiro al aire de Botón justamente, dice más o menos el Matemático, aturdido y todo como es, es uno de los pocos, junto con Héctor, desde luego, que saben cómo llevarla. Es el lado desconocido de Botón, que él mismo oculta con cuidado, prefiriendo presentar al mundo, quién sabe por qué razones complicadas, su faceta de mujeriego y de alcohólico. Lo cierto es que Botón dejaría cualquier cosa, a cualquier hora del día o

de la noche, si ella lo mandase a llamar. Él, el Matemático, ¿no?, piensa que si entre ellos existió algún tipo de relación sexual, debe haber sido solamente al principio y que, si es cierto que se emborrachan juntos la mayor parte del tiempo, es únicamente en su compañía que Botón se cuida porque sabe que al alba tendrá que hacerse cargo de ella, y si el día del cumpleaños se emborrachó como lo pretende Tomatis, es porque no podía prever que ella vendría con Héctor y Elisa para quedarse hasta el alba —el alba, ¿no?, cuando después de un día entero de decepción en espera de la noche salvadora, se comprende por fin, al final de la negrura infructuosa, en la primera luz cenicienta, que una vez más el día, transparencia mortal y sin salida, recomienza.

El Matemático no vacila en poner en la balanza, como se dice, defectos y virtudes de Botón, para gran contrariedad de Leto, que debe corregir la imagen un poco sumaria que ha venido elaborando; para él se trataba de un entrerriano morocho, picado de viruelas, estudiante de abogacía, más afecto al vino y a la guitarra que a los apuntes de Derecho Civil, violador aficionado en sus ratos libres, más bien populachero en sus gustos literarios, de inteligencia un poco obtusa, y ahora resulta que se trata de un muchacho exquisito, protector del arte de vanguardia, una especie de santo, capaz del más grande de los sacrificios —mantenerse sobrio— si un fin superior —es la expresión que se utiliza en estos casos— se lo exige. Una sospecha empieza a apoderarse, como dicen, de Leto, a saber que el Matemático, por oponerse en forma radical a Tomatis, ha perdido el sentido crítico y exagera el lado bueno de las cosas, o peor aún, entronca Leto con una intuición delicada aunque, como venía diciendo, con nada parecido a palabras, peor aún, decía, ¿no?, el Matemático, habiendo probado el gusto de la abyección humana, capaz de reducir a nada el todo con tal de no recibir una mancha en el propio pantalón, para redescubrir, podría decirse, la miel de la existencia, el bien disperso en el mundo, ve virtudes hasta en Botón. Pero estos pensamientos pasan rápido, como chispazos silenciosos o fogonazos apagados, en la trastienda de su mente, concentrada ahora en el salto imprevisto que su cuerpo debe dar, junto al del Matemático, para desembocar en la esquina, y el conductor de un auto que los ve llegar frena despacio e, inclinándose un poco para mirarlos a través del parabrisas, les hace una seña amable con la mano indicando que pueden pasar —lo que hacen acto seguido, como se dice, apurándose con una ostentación que, a decir verdad, no les permite ganar tiempo, pero que les sirve para responder con todo el cuerpo a la amabilidad del conductor, un apuro ostentoso que, más o menos, significaría *nos apuramos todo lo que podemos, tanto, que ni siquiera podemos darnos el lujo de inclinarnos para responder a su señal de amabilidad pero, justamente, nuestra propia amabilidad consiste en apurarnos* y que, después de todo, aunque no les haga ganar mucho tiempo, ya que lo que ha ido en aumento es la ostentación y no la velocidad, los traslada, quieras que no, a la vereda de enfrente.

Cosa curiosa: Botón, justamente, el sábado anterior, en el puente superior de la,

etc., etc., ¿no?, le ha contado, al Matemático, ¿no?, la llegada de Rita, Héctor y Elisa al cumpleaños de Washington —como a las dos de la mañana, parece, Rita y Héctor bastante cargaditos, según el diminutivo elocuente, como se dice, empleado por Botón, y Elisa, como de costumbre, seria y retraída, con aire de estar ahí contra su voluntad, negándose a sentarse con el pretexto de que ha venido siguiendo a Héctor y a Rita que pasan únicamente a saludar. Por supuesto que serán los últimos en irse, Rita porque es incapaz de acostarse antes del alba, Héctor a causa de las discusiones interminables en las que se enreda con unos y otros, sobre cualquier tema, y Elisa parada cerca de la parrilla y cerca de la puerta más tarde cuando el frío de la madrugada los obliga a entrar en la casa, apretando la cartera contra su vientre, sin tomar nada ni hablar con nadie, para dejar claro de ese modo que es por culpa de Héctor y de Rita que está ahí y contra su voluntad. ¿No? Todos esos detalles él los conoce por Botón, dice el Matemático; Leto sacude otra vez la cabeza, afirmativo, para demostrar que ha entendido, lo que alienta al Matemático a continuar: a esa hora, a las dos de la mañana, la cosa estaba en lo mejor —al Matemático se le escapa una risita, durante un par de segundos, que Leto interpreta como divertida, por el reconocimiento de lo típico del comportamiento de los presentes, la mayor parte de los cuales el Matemático conoce bien, de modo que ese reconocimiento de lo típico de cada uno y de lo típico de todos reunidos le produce alegría dándole el sentimiento de estar familiarizado con el mundo, y como nostalgia —que Leto interpreta, ¿no?—, a causa de lo irreparable de no haber estado ahí, de haber estado el mismo día y a la misma hora visitando fábricas en Francfort, víctima de la inadecuación humana —si puede usarse la expresión— al tiempo y al espacio, como los llaman, risita de dos o tres segundos que, traducida a palabras, vendría a querer decir más o menos: *¡Ah, qué bien que me los imagino! ¡Ah, qué bien que puedo verlos ahora desde aquí! ¡Ah, qué bien que puedo recomponer esa noche sin que la hayan captado previamente mis sentidos! ¡Qué macana haber estado en Francfort! ¡Qué macana que el viaje a Europa haya coincidido justo con el cumpleaños de Washington! ¡Qué macana que el ser humano, el ser viviente en general, prisionero de la sucesión, se vea obligado a asistir en forma empírica a un solo punto del espacio por vez, y no le sea posible abstraer las transiciones sucesivas que se requieren para pasar de un determinado punto del espacio a otro!*, del mismo modo que Leto, que, como decíamos, o decía, mejor, un etc., etc., tampoco ha estado presente, y siempre sin nada parecido a etc., etc., no deja de pensar algo, de experimentar algo en alguna parte de su ser que, vertido en forma verbal aproximativa, podría dar más o menos lo siguiente: *Dos o tres alusiones de Tomatis indicarían que el hecho de que no me invitaran fue decidido con premeditación, pero también podrían indicar lo contrario, a saber que, si no me invitaron, fue a causa de un olvido involuntario, aunque pensándolo bien las alusiones no hayan sido más que una sonda para averiguar por qué razón, teniendo en cuenta que ellos creían que no era necesario invitarme para que fuera, yo me abstuve de ir, lo cual mostraría que serían ellos los ofendidos, pero aún admitiendo*

esta última posibilidad, o sea que me consideran demasiado íntimo de Barco, de los mellizos y de Tomatis como para que haya habido necesidad de invitarme, desde cualquier punto de vista que se examine la cosa, no hay nada que hacerle, los hechos obligan a rendirse ante la evidencia, no me invitaron.

Y así. A decir verdad —es un decir, ¿no?— Botón, en el banco de popa, había, casi en seguida de empezar, hablado de eso, de la llegada de Rita, Elisa y Héctor, para referirle el estado de ebriedad avanzada, como se dice, de los dos pintores, puesto que, un poco culpable de haber perdido la balsa de las diez a causa, seguro, de la traspasada de la víspera, hacía un intento inconsciente como dicen, de minimizar su propio comportamiento exagerando el de los otros. Y, según el Matemático y siempre, y hasta nuevo aviso, según Botón, apenas le llegaron a Héctor los primeros ecos de la discusión de un rato antes —sobre Noca, sobre el caballo de Noca, sobre los mosquitos de Washington, ¿no?— Héctor empezó a querer averiguar con uno y con otro cómo había sido la cosa, qué había dicho Noca sobre el caballo y por qué, qué crédito podía otorgarse a sus afirmaciones, cómo Cohen, Barco y Beatriz las habían interpretado o comentado, y, sobre todo, y ante esta parte del cuestionario Washington permanecía impasible y sonriente como si no lo escuchara, y, sobre todo, decía que dice el Matemático que le dijo Botón, cómo había sido exactamente la intervención de Washington y de qué modo se relacionaba con el caballo de Noca, si es que se relacionaba, y sobre todo también a querer, Héctor, ¿no?, que se le refiriese el asunto paso por paso, en todos sus detalles, que él creía entrever de qué se trataba y podría tal vez aclarar un poco los puntos oscuros del problema, cosa que, desde luego, teniendo en cuenta su estado, *cargadito*, ¿no?, como diría Botón, despertó en los presentes el más vivo escepticismo. A todo esto Washington, otra vez, como si nada. Y el Matemático se ve en la obligación de aclararle a Leto que esa impasibilidad es una broma clásica de Washington, consistente, cuando se le reclama una explicación, en simular que no ha escuchado nada, broma que, por otra parte, hace únicamente con los que ya la conocen, ya que en el caso contrario podría ser interpretada como orgullo o agresión, dos actitudes extrañas al comportamiento de Washington, broma inocente por otra parte ya que los que lo conocen saben muy bien que lo divierte quedarse mudo y sonriente durante un buen rato y que, de todas maneras, esa broma precede siempre a una de sus intervenciones. *Otra de las bromas clásicas de Washington*, acota, satisfecho, el Matemático, ya que esa broma reconforta sus inclinaciones, *consiste en presentar a Omar Kayam como el autor de un tratado sobre ecuaciones cúbicas, simulando ignorar que también escribió las Rubayat*. Lo cierto es que ese silencio de Washington casi pasa inadvertido en medio de la gritería y las risas que genera la insistencia de Héctor. *¡Anda a dormir la mona, jabibi!*, le gritaba Dib desde la otra punta de la mesa mientras introducía, en su larga boquilla desmontable, una de cuyas dos mitades, enchapada en oro, hace juego con la cigarrera, el anillo macizo y el reloj pulsera del mismo metal, que ponen un poco de brillo en su cuerpo mate, delgadísimo, rematado en una cabeza un poco equina y una

cara dividida en dos partes desiguales —la de arriba más larga que la de abajo— bajo la gran nariz que sostiene los lentes de patillas doradas, por un bigotito negro y bien recortado.

Pero Héctor no es de los que se dejan impresionar: inteligente, un poco pedante, con obras premiadas en San Pablo y en Venecia y cinco o seis cuadros en museos de Europa colgados en las salas de la vanguardia internacional, siempre con la vaga sospecha, que puede pasar inadvertida para el exterior, de que todo lo que ocurre en su ausencia forma o podría formar parte de una vasta conspiración contra su persona. Según el Gato, la posibilidad de una competición dialéctica con Washington lo excita de un modo particular, manía que, por delicadeza, Washington finge no percibir, lo que produce un efecto contrario al deseado, ya que Héctor se exacerba todavía más. Cohen lo califica de ambivalente y, refiriéndose a él, una vez se valió de la tirada siguiente: *querría que lo quisieran más de lo que lo quieren; que no quieran querer más que a él; que los que lo quieren no se quieran entre sí; querría no querer a los que quiere ni querer que lo quieran; querría poder no querer y poder que no lo quieran*. Pero él, el Matemático, ¿no?, a pesar de todo, le reconoce un interés genuino, cosa rara en un pintor, tanto por el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía, música) como por el *trivium* (gramática, lógica, retórica), con lo que quiere decir, le parece a Leto, que Héctor, aparte de su talento para la pintura, no es indigno de pertenecer, a juicio del Matemático, a vaya saber qué círculo extremadamente estrecho y muy versado en ciertas cuestiones universales.

Leto sacude la cabeza, con expresión más bien vaga, para demostrar que ha comprendido no únicamente que Héctor es muy versado en ciertas cuestiones, sino también, y sobre todo, cuáles son esas cuestiones. Pero el Matemático ni siquiera lo ve, ocupado como está en ir precisando y organizando los detalles de recuerdos que ha obtenido, gracias a Botón, el sábado anterior, en el banco de popa, en el puente superior de la balsa, y que desde entonces lo acompañan para el resto de sus días; recuerdos parasitarios, podría decirse, de experiencias ajenas, que no por eso pierden fuerza, sentido y cohesión; es verdad que la mayor parte de los detalles le son familiares y que, por esa razón, no le es difícil reconstituir el todo, a diferencia de Leto que, recién llegado a la ciudad, o relativamente recién llegado, debe remendar, por decirlo de algún modo, con recuerdos heterogéneos que no se aplican a los objetos que evoca, o con imágenes vagas que no provienen de ninguna experiencia relacionada con los hechos, la imagen fragmentaria, intermitente, confusa por momentos, que el relato genera en él y que, de modo paradójico, ¿no?, a causa de su fragmentariedad y también de su carácter no empírico semejante al de las historias fabulosas, va dejando rastros profundos y vivos en su memoria: la quinta de Basso, Silvia Cohen, más inteligente que su marido, la mesa bajo el quinchó y la discusión, Beatriz armando un cigarrillo, la balsa a Paraná, los silencios socarrones de Washington, la mujer de Pirulo desangrándose con la jeringa, los tres mosquitos de Washington que, diminutos y grises, empiezan a revolotear en la noche de verano, en

el estudio iluminado, en Rincón Norte, zumbando nítidos, el caballo de Noca tropezando en un campo de la costa constituido por un término medio de campos de la costa ya visitados y transferidos a lo Anterior —todo eso, ¿no?, mezclando además, y sin elaboración cuidadosa, las afirmaciones contradictorias de Tomatis y del Matemático. El cual, reconcentrado y etéreo, como se dice, continúa: *Hasta que Washington cede y dice* —Washington, ¿no?— *no, yo decía que el verano pasado...* etc., etc., ante el silencio atento y un poco retobado de Héctor, que lo escucha con cierta severidad, con una expresión de inminencia que significaría más o menos: *escucho, escucho, pero de todos modos, digas lo que digas, ya tengo preparada la refutación*. La expresión de Washington, en cambio, obra maestra y pieza única de un arte fino y muy controlado, sin mostrar para nada que percibe la severidad amenazadora de Héctor, la expresión de Washington decía, del mismo modo que sus palabras y la entonación con que las profiere, van componiendo algo que, en forma organizada o, como se dice, discursiva, podría formularse más o menos así: *No sé qué le han dado a entender los otros, pero yo en su lugar no les haría caso. No pierda el tiempo ocupándose de mis devaneos, no hay nada que refutar. Aquí están todos un poquito excitados por el alcohol y la fiesta. Hoy no los para nadie. Yo soy un señor mayor —sesenta y cinco abriles hoy justamente— que vive en Rincón Norte, jubilado, y se ocupa exclusivamente de su quintita. Vigilar la achicoria cosa que no se vaya en semilla y regar bien durante los meses de calor no me deja casi tiempo para más. Son muy exagerados los amigos aquí, no crea. Usted que se ve a la legua que es un hombre inteligente no ignora lo alocados que son. Pero ya que es tan amable en permitirme robarle su tiempo y como veo que insiste por gusto de oírme desvariar, le cuento que el verano pasado, después de la cena, me puse a leer algo, ya no me acuerdo qué, las Rimas de Mitre, tal vez, o alguna novela de Cambaceres, cuando en el silencio de la noche aparecieron tres mosquitos que se pusieron meta zumbar y revolotear a mi alrededor, hasta que me distrajeron de la lectura. Y eso es todo. Como ve, los amigos aquí se alborotan al cuete*. Héctor, según el Matemático, y siempre según Botón, consciente de haber sido inmovilizado por las artimañas oratorias de Washington, de las que se ve obligado a reconocer, en su fuero interno, que son eficaces, ya que, evitando todo discurso afirmativo, como se sabe decir, lo obligan a renovar su pedido de información, desmantelando su refutación asesina, Héctor, decíamos, o decía, mejor, un servidor, simulando una curiosidad desinteresada debido a ciertas informaciones fragmentarias que no le disgustaría ampliar, a causa justamente de la poca fe que le merece el estado de los presentes, estado al que Washington parece no haber sucumbido, recomienza: ¿pero no habían dicho algo de Noca, el pescador? ¿Él había oído mal o alguien había mencionado el caballo de Noca? ¿No había habido durante la cena una discusión sobre si los caballos podían o no tropezar y no había sido a causa de eso justamente que Washington había traído a colación los mosquitos? Washington, no sin antes perder un buen momento tratando de sacarse, con dedos particularmente infructuosos, una

brizna de tabaco del labio inferior, después de escuchar con mucha atención las preguntas de Héctor, y siempre según el Matemático, y según el Matemático según Botón, mirando de un modo fugaz los ojos de Héctor y clavando después la mirada en el patio oscuro, más allá del quinchó, el patio oscuro que ya empieza a enfriar la madrugada, responde despacio, y si pudiesen resumirse sus palabras y, como de todas maneras siempre hay que resumir, podría resumírselas de este modo: *Así es, así es, no digo que no: algo dijo el amigo Noca de su caballo. Dijo que si demoró con los pescados, fue porque su caballo tropezó esta tarde en la costa, aserto, convendrá conmigo, eminentemente inverificable. Noca, que es casi de mi generación, no anda, lo mismo que yo, por el primer boleto. Y como los amigos Cohen y Barco se pusieron a discutir sobre si un caballo podía o no tropezar yo manifesté mi modesta reticencia —no es que quiera prohibirle a los caballos que tropiecen, no vaya a creer, no, nada de eso. Lo que pasa es que el amigo Noca es una amenaza andante al principio de razón suficiente y que, para discutir de algo, más vale no tener en cuenta sus afirmaciones. Por eso yo, con toda cautela, y sin querer extraer ninguna conclusión, conté lo que me había pasado con tres mosquitos. Basso, usted que tiene cerca la botella, ¿podría hacerme la gauchada de servirme un dedito de whisky? Gracias. Y, según el Matemático, sin decir una palabra más, Washington se puso a paladear la bebida y clavando una mirada deferentísima en Beatriz, que lo escuchaba frunciendo la frente y esbozando una especie de sonrisa malévola, le dijo: ¿Sabe, Beatriz, que ese vestido de terciopelo le queda muy bonito? Gracias, Washington, dice el Matemático que le dijo Botón que respondió Beatriz, simulando seguirle la corriente, pero con una entonación un poco exagerada destinada a mostrar que no se le escapaban sus maniobras diversivas.*

Y así. Según Botón, según el Matemático, ¿no?, Héctor, al oír la respuesta de Beatriz vaciló un poco, no sin pánico, pensando tal vez —aunque siga siendo siempre la misma— y tal vez no sin parte de razón esta vez, que la vasta conspiración, de la que no eran inocentes ni sus cosas más queridas, como se dice, ni Paolo Ucello ni las estrellas, estaba llegando en ese momento a una fase decisiva, de modo que si quería dismantelar la organización que había acabado con su maestro Malevich, que con maniobras sombrías había logrado que algunas mujeres no se enamoraran de él y que a veces gastaba en los codos sus pulóveres Pierre Cardin, debía emplear toda su astucia y también su inteligencia que, y por qué no reconocerlo, dice el Matemático, *es de tipo superior*, capaz de nadar con gracia y facilidad tanto en las aguas del *trivium* como en las del *cuadrivium*. La mejor manera consistía en demostrar que, al tanto de la conspiración, había entendido todo y puesto que los miembros activos de la organización se negaban a confesar, él les explicaría paso por paso, y con lujo de detalles, cómo era la cosa. De la manera siguiente: Noca no tenía nada que ver; había que considerar la aserción y olvidarse del sujeto; si Washington había traído a colación los mosquitos era porque quería mejorar la proposición incluida en el aserto de Noca, y el hecho de haber traído a colación los mosquitos parecía otorgarle a Noca

cierta credibilidad. Esto si él había interpretado bien los indicios que había recogido de unos y otros, aunque, para ser francos, los presentes no habían estado muy locuaces. Uno de los mosquitos nunca se había acercado a Washington, el otro se acercaba todo el tiempo y cuando Washington lo quería aplastar, levantaba vuelo y se alejaba, y el tercero se había dejado aplastar al primer manotazo. Era eso, ¿no? No se equivocaba, ¿no? Según él, para Washington, puesto que era Washington el que había sugerido la aproximación, el mosquito que se deja aplastar se encuentra en situación semejante a la de un caballo, sin jinete, por supuesto, que tropieza. Era Washington el que sugería eso. Él no hacía más que poner en claro lo que había dicho Washington. Él no estaba ni en pro ni en contra, ni de la afirmación de Washington ni de Washington. Si existían objeciones, había que dirigírselas a Washington. Y si él había expuesto mal las cosas, esperaba que Washington formulara las aclaraciones correspondientes.

Según Botón, Washington se acomodó despacio la chalina, que estaba bien acomodada sobre los hombros por otra parte, y dirigiéndose a la expectativa algo ansiosa de Héctor, que sobresalía un poco en la expectativa general, sacudió la cabeza diciendo que no, que Héctor no había expuesto mal las cosas, sino, muy por el contrario, de manera casi perfecta, que nadie, y sobre todo él, Washington, lo hubiese hecho mejor, y que por esa razón, naturalmente, no era necesario hacer la más mínima aclaración. Que algunos podían considerar excesiva la identificación caballo/mosquito, un poco sumaria tal vez, y que se corría el riesgo de que Hormiga Negra y Ricardo III publicaran sendos comunicados, pero él, Washington, no se iba a poner a buscarle cinco patas al gato, y que no se le escapaba que, por la necesidad de la exposición, y teniendo en cuenta la escasez de datos disponibles en materia tan espinosa, las simplificaciones eran inevitables y era al interlocutor esclarecido a quien correspondía introducir los matices necesarios.

—Entiendo. Entiendo —dice Leto—. Pero ojo con el cordón.

Es que el Matemático, enredado en la controversia Héctor-Washington, no parece advertir que han llegado a la esquina soleada y que en dos pasos más estarán en el borde de la vereda, tan enredado a decir verdad, lo cual sigue siendo, y ahora doblemente, un decir, que Leto, que después del incidente del pantalón asume de un modo instintivo una actitud protectora hacia el Matemático, teme que distraído por su marcha abstraída, con los ojos fijos en el porvenir, es decir en el fondo de la calle, el Matemático se abstenga de percibir el desnivel de varios centímetros entre la vereda y la calle y se venga al suelo. Lo teme por no pocas razones, entre las cuales la integridad física, como se dice, del Matemático goza, si vale la expresión, de un lugar considerable, pero no, ni mucho menos, del principal, que recae en su aprensión de que un error de traslación, un accidente incluso banal de desplazamiento, un paso en falso, desmoronen del todo la imagen armoniosa del Matemático que, después de cuarenta y cinco minutos, en números redondos, de caminata, ha comenzado a apreciar y cuyas grietas recientes, ocasionadas por el incidente del pantalón, están ya

a punto de cerrarse. Una caída después de ese incidente podría transformar en algo dramático una situación que, en general, forma parte del repertorio de la comedia — la comedia, ¿no?, que es, si se piensa bien, tardanza de lo irremediable, silencio bondadoso sobre la progresión brutal de lo neutro, ilusión pasajera y gentil que celebra el error en lugar de maldecir, hasta gastar la furia inútil y la voz, su confusión nauseabunda.

El temor de Leto tiene también su justificación exterior: la esquina está casi desierta; ya han dejado atrás lo que se llama, de un modo convencional por cierto, el centro, en el que un grumo un poco más denso de negocios, de vehículos, de letreros luminosos apagados y de gente, producía un tumulto particular que ellos han atravesado no sin cierta indiferencia, debida al trabajo interno exigido por sus intercambios verbales y a la inversión de energía moral, podría decirse, que les costó oponer a la maledicencia insistente y ciega de Tomatis. Y como, por paradójico que parezca, la disminución del peligro aumenta en cierto sentido los riesgos ya que la vigilancia se relaja —en todo caso le parece a Leto, ¿no?— tiene la impresión de que, entusiasmándose otra vez después de los malos momentos pasados dos cuadras antes, el Matemático, a causa de su olvido de sí, está ahora más expuesto. Pero se equivoca: en pleno dominio de sus, como las llaman, facultades físicas e intelectuales, el Matemático se adapta a la transición del cordón, y cruza a su lado sin perder el hilo —lo que es también un decir— del relato, el cual, en razón de su alerta innecesaria, es al propio Leto a quien se le escapa. La distracción de Leto tiene también otros motivos: mientras va cruzando la calle, ahora que la mayor parte de los negocios ha desaparecido, como podría decirse, dejando paso, si se quiere, otra vez, a los consultorios, estudios y despachos de diversos profesionales, las viejas casas de una planta con sus frentes ornamentados y sus balcones de hierro y de bronce, le evocan la comparación obstinada con panteones de las que las chapas de bronce junto a la puerta, anunciando el nombre del propietario y la índole de su diploma, vendrían a ser la lápida. Al mismo tiempo, ese aglutinamiento por profesiones, por clase, del que no desconoce las razones así llamadas económicas y sociales, le hace concebir la ciudad no como si estuviese dividida en barrios o en zonas, sino en territorios en su acepción de espacio animal, de demarcación arcaica y violenta, de fortificación ritual y sanguinaria. Y tan absorto está en esa sensación depresiva que, sin advertir que ya han llegado a la vereda de enfrente, es él el que se lleva el cordón por delante. «Y pensar que yo me preocupaba por él, a causa del amor excesivo que le tiene a sus pantalones», piensa, no sin cierta puerilidad regresiva, mientras todo se revuelve en el interior de su cabeza, cuando sale proyectado hacia la vereda. Y mientras lo piensa, en el aire casi, una sensación agradable e inesperada lo sorprende: los brazos del Matemático, que han hecho temibles y famosos sus *tackles* en todos los campos universitarios del litoral, e incluso en Buenos Aires, en Córdoba, en La Plata y hasta en Montevideo, gracias a sus reflejos exactos y rápidos, y a la ocasión única que le presenta el destino de demostrarle al mundo y sobre todo a sí mismo de que es capaz

de estar atento a fenómenos y objetos exteriores distintos de su pantalón, lo sostienen, fraternales y fuertes, impidiendo su caída. Durante algunos segundos, Leto se encuentra inclinado hacia adelante, con los pies que casi no tocan el suelo, encastrado, entre los brazos cálidos del Matemático, sintiendo el contacto de la camisa blanca inmaculada contra su mejilla, los lentes medio salidos que el pecho del Matemático oprime por la patilla contra su oreja para impedirles caer, los cigarrillos y los fósforos, que llevaba en el bolsillo de la camisa, dispersos en la vereda a causa de la violencia del sacudón que los ha proyectado hacia adelante.

—Salvados —le oye decir, calma y un poco irónica, a la voz del Matemático, desde algún punto ubicado encima de su cabeza inclinada hacia las baldosas grises de la vereda.

—Gracias —dice Leto, irguiéndose y desembarazándose un poco de los brazos que no se deciden a soltarlo. Se acomoda los lentes, no sin antes verificar que no han sufrido ningún daño y se dispone a recoger los cigarrillos y los fósforos pero el Matemático, adelantándosele, ya los tiene en la mano y terminando de volver a meter, no sin dificultad, los cigarrillos que se han salido del paquete, se los extiende.

—Gracias —repite Leto, a quien toda esa solicitud humilla un poco ya que, ofuscado por la rapidez del accidente, es incapaz de percibir el modo discreto con que el Matemático disimula su auténtica compasión.

—Bien, bien, ¿dónde estábamos? —dice Leto, sacando un cigarrillo un poco torcido del paquete y guardándose el paquete en el bolsillo de la camisa. Apurándose un poco, para superar la situación, como se dice, pero con manos todavía temblorosas, enciende el cigarrillo y se guarda los fósforos. Su sombra, un poco más corta, se proyecta sobre las baldosas grises junto a la del Matemático.

Continúan. En los pliegues de sus así llamadas almas, de las que decíamos, o decía, mejor, el que suscribe, es decir un servidor, hace un momento, parecerles que son, no cristalinas sino pantanosas, mientras tratan de mostrarse impasibles y calmos en el exterior, luchan con sentimientos que los indignan y que desearían no ver despuntar dentro de sí mismos, humillados por la creencia de que el otro, a causa de su impasibilidad aparente, es demasiado noble como para experimentarlos. En el caso de Leto se trata de la convicción, tenue, es verdad, pero muy presente, de que lo que acaba de suceder le arrebatara toda pretensión de superioridad respecto del Matemático, acompañada de la impresión penosa de estar excluido de cualquier otra esfera en la cual podría sentirse igual o superior a él, en tanto que al Matemático, la euforia creciente que empieza a experimentar, la alegría casi, por haber salvado a Leto de la *caída*, gesto en el que adivina componentes ajenos al altruismo, lo llena de culpabilidad. Pero entendámonos bien: como se supone que estamos de acuerdo en que todo esto —lo venimos diciendo desde el principio— es más o menos, que lo que parece claro y preciso pertenece al orden de la conjetura, casi de la invención, que la mayor parte del tiempo la evidencia se enciende y se apaga rápido más allá, o más acá, si se prefiere, de lo que llaman palabras, como se supone que desde el principio

estamos de acuerdo en todo, digámoslo por última vez, aunque siga siendo la misma, para que quede claro: todo esto es más o menos y si se quiere —y después de todo, ¡qué más da!

Salvados, hubiese podido decir de nuevo el Matemático. El personaje —es el nombre exacto que, en las circunstancias presentes, le corresponde— que camina por la vereda unos metros más adelante, se da vuelta al oír sus voces, y se para a esperarlos. A la misma edad en que otros se sentían, como consta, en una selva oscura, él posee autosatisfacción de sobra y su traje cruzado y liviano, marrón claro, hecho a medida, el nudo de la corbata bien ajustado al cuello de la camisa a pintitas rosa imperceptibles, el pelo bastante largo pero engominado en los costados, el bronceado del mismo color del traje o sea un poco más claro que el del Matemático lo cual despierta, como se dice, su admiración, atestiguan esa autosatisfacción —incluso más, la proclaman. Parado en medio de la vereda, los espera con una sonrisa vasta, dirigida exclusivamente al Matemático quien, le parece percibir a Leto, se la devuelve con reticencia. Pero cuando llegan junto a él, el Matemático le tiende, blanda, una mano displicente que el otro estrecha y sacude con dedicación, llegando incluso a cubrirla con su mano izquierda mientras lo hace. Y Leto está a punto de empezar a sentirse otra vez transparente, como en presencia de Tomatis, cuando en forma inesperada, perentorio, el Matemático los presenta: *¿Se conocen? Mi amigo Leto. El doctor Méndez Mantaras.* Y después, como para disculparse ante Leto, agrega: *Somos medio parientes.* El medio pariente extiende la punta de los dedos, dejándolos rozar apenas por la mano de Leto, y después clava en el Matemático una mirada de reprobación, que significa más o menos: *como si la familia no tuviese bastante con las excentricidades de tus padres y con tus rarezas, tenías que venir a presentarme a uno de tus amigos comunistas para incinerarme en pleno San Martín* —pero el Matemático, sin vacilaciones, le responde con una mirada penetrante y severa: *¿hay algo que no le gusta? Si es así que largue prenda de una vez y si no que afloje* —más o menos de ese modo, ¿no?, las cejas un poco enarcadas, como se dice, ¿no?, mirándolo tan desde arriba que Leto tiene la impresión de que el Matemático, en forma mágica, semejante a los superhéroes de ciertas historietas, ha aumentado súbitamente de estatura. El medio pariente que, bien mirado, no es menos corpulento que el Matemático, o en todo caso no mucho menos, como si la diferencia de tamaño fuese de un orden distinto al puramente físico, no se abstiene de recibir, en forma inmediata, la advertencia perentoria, y, ante el asombro de Leto, que espera una reacción proporcionada a la severidad inequívoca de la mirada, esboza una sonrisa huidiza, convencional, y comienza a soltar banalidades: *¿Cómo está la familia? ¿Linda mañana, no? Sigamos hasta la esquina, ya que vamos para el mismo lado, etc., etc.,* a las que el Matemático, al mismo tiempo que empiezan a caminar, va respondiendo de una manera condescendiente e incluso desdeñosa que el otro, imperturbable, se empeña en no registrar, o que tal vez no escucha más que a medias, ocupado como está en hurgar en su reserva de banalidades para ir sacándolas una por

una, con su entonación falsamente jovial y falsamente familiar, al aire de la mañana. ¿Qué tal Tostado? ¿Ha ido a ver el partido de *rugby* del sábado a Paraná? Y ahora que se acuerda, ¿cómo le fue por Europa? A esta última pregunta, después de vacilar contrariado, como si no pudiese decidir de qué modo tomarla, el Matemático comienza a propinar —es la palabra que sienta mejor— una respuesta metódica, rápida, sumaria y abundante a la vez, en la que su ristra de ciudades y de imágenes que las acompañan, si cuando las evoca para los que estiman salen con el ritmo pausado y plácido de una calesita, en el caso presente tienen la energía, la frecuencia y el efecto sobre el otro de una serie de martillazos: Varsovia, no dejaron nada; La Rochelle, blanca y centelleante; París, una lluvia inesperada; Bruselas, por el censo de Belén; Brujas, pintaban lo que veían; Viena, todos sus habitantes parecen creer en el análisis terminable; Biarritz, no podía no gustarle a nuestros oligarcas; Palermo, los dioses picaron cerca antes de desaparecer; Venecia, la verdadera puerta de Oriente y no Estambul; Segovia, ardua entre el trigo amarillo, etc., etc., de manera rápida, precisa, fingiendo creer que el medio pariente está al tanto de lo que encierran sus alusiones, pero, le parece a Leto, formulándolas de la manera más escueta y más críptica posible para que el otro, que parece estar realizando un esfuerzo desmedido de concentración con el fin de no perderse nada, no las entienda. Leto tiene además la impresión de que el Matemático, simulando hablar con su medio pariente es a él, a Leto, ¿no?, a quien se dirige en realidad, como si estuviese efectuando una demostración práctica de la ineptia total del otro, de modo tal que cada una de sus palabras y de sus expresiones parece decir no lo que significaría habitualmente, sino la misma fórmula demostrativa corroborada una y otra vez por los detalles que se van acumulando: *¿Viste? ¿Viste? No vale la pena ocuparse de él, no es interesante.* Incluso los recuerdos europeos, fugaces, fragmentarios, excesivamente condensados y simplificados, que ya le son un poco extranjeros, los presenta con una vivacidad exagerada y una naturalidad postiza con la intención de que parezcan más familiares, actitud que en cierto modo atenúa la complicidad ya que Leto, igual o quizá más que el medio pariente, cree en la posesión real de esos recuerdos y en el aura que confieren al que los posee. Más, sin duda: lo que para Leto representa, como podría decirse, un lugar donde proyectar, si vale la expresión, su energía imaginaria, para el medio pariente no es nada más que otra rareza de uno de los miembros de la rama más extravagante de la familia. Por otra parte, las frases del Matemático no parecen dejar rastros en él, ya que en los segundos de silencio que les suceden, el medio pariente tiene tiempo en encontrar un nuevo tema de conversación, o de monólogo más bien, ya que, obliterando de antemano toda réplica, empieza a hablar: la noche anterior ha ido con su señora —que en realidad es una prima segunda del Matemático — a ver *El viento en Florida*, el estreno que están dando en un cine del centro, y la película parece haberle causado una impresión imborrable, como se dice, ya que recomendándosela vivamente, como se dice también, al Matemático, ¿no?, dado que la existencia de Leto sigue siendo todavía problemática para él, y bajo el efecto de la

empatía, como la llaman, renovada que le produce la rememoración, se pone a contarle el argumento. Según él, es la historia de una familia de pioneros en la península de Florida —al parecer allá le dicen así— que después de pelear durante años contra los indios, instala un ranchito que poco a poco se va transformando en una gran propiedad. En la película aparecen tres generaciones, el abuelo pionero, el padre terrateniente, y los dos hijos, uno malo y uno bueno, que se enamoran de la misma mujer, viuda de un pequeño propietario muerto en una refriega por problemas limítrofes entre él y el terrateniente; la viuda se enamora primero del malo, pero cuando comprende se enamora del bueno y al final, las pasiones estallan, al mismo tiempo que sobreviene un huracán y la casona señorial es destruida por un incendio. El Matemático, que ha escuchado ostentando, deliberado, un escepticismo creciente, en lugar de plegarse a la expectativa de su medio pariente que desearía, de parte de los otros, sacudido por el *pathos* de su reminiscencia, una identificación, debe resignarse, después del silencio reprobatorio con que es recibido su relato, a una contraexplicación del mismo por parte del Matemático, más o menos en estos términos: por lo visto, se trata de un nuevo bodrio destinado a justificar las matanzas de indios, la anexión brutal de territorios mexicanos —aunque pase en Florida la historia es evidentemente una metáfora de todo el Sur— y la absorción del pequeño comercio por los grandes monopolios; con el presidente del Club de Leones disfrazado de terrateniente, la cabaretera de turno que quieren hacer pasar por viuda metodista, y los dos cajetillas que interpretan el papel de los hermanos, el bueno rubio, engominado y lampiño, y el malo morocho, crespo y barbudo, para sugerir de paso que los anglosajones son una raza física y moralmente superior. Y al final, qué coincidencia, ¿no?, justo cuando se desencadenan las pasiones, se levanta el huracán y se declara el incendio. Tenía que pasar todo junto y él —el Matemático veníamos diciendo, ¿no?— él se juega la cabeza de que si el incendio estalla al mismo tiempo que empieza a soplar el huracán es para que la lluvia pueda apagar las llamas, cosa que, después de un susto sin consecuencias, el cajetilla rubio y la cabaretera, una vez exterminados todos los malvados de piel oscura, empiecen a reconstruir la mansión y sigan explotando como si nada a sus semejantes, para que los nietos después vayan a tirar lo más tranquilos sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Y el Matemático termina su interpretación con una risita corta, satisfecha, un poco exagerada en la que, aunque Leto no lo sepa, se concentra una especie de requisitoria, de la que la contraexplicación de la película es una demostración complementaria: *no son interesantes. Son ignorantes y ambiciosos y su visión del mundo se estructura a partir de un solipsismo carnicero. Odian lo que no comprenden, desprecian lo que no se les parece. Aunque gracias a mi esfuerzo personal y a componentes misteriosos de mi temperamento haya logrado diferenciarme lo máximo posible, el drama de mi vida seguirá siendo hasta la muerte haber nacido entre ellos. Por mantener o acrecentar sus privilegios, son capaces de avergonzarse de sus propios padres, de mandar a la cárcel al propio hermano si vislumbran en él la sombra de una*

contradicción. Por perpetuarse como casta, harían escombros el universo. Darles un trato diferente del que yo les doy sería un error peligroso. Todo lo que se pueda hacer para bajarles el copete o neutralizarlos es útil para preservarse a sí mismo, pero aparte de eso, para las cosas que realmente cuentan, no vale la pena ocuparse de ellos, no son interesantes.

Y así. Ese encarnizamiento tenue, un poco febril y pasajero, especie de cortesía violenta dirigida a Leto con la intención de mostrarle su diferenciación total respecto del personaje —la expresión no podría ser más adecuada— que los acompaña, no alcanza, en rigor de verdad, como se dice, su objetivo, o al menos no lo alcanza por completo, ya que si Leto no deja de percibir en la hostilidad despectiva del Matemático una réplica instintiva a los aires pretenciosos del otro, esa réplica le parece desproporcionada, y los esfuerzos del medio pariente por simular que caminan trabados en la más normal de las conversaciones, le produce menos un placer malévolo que cierta compasión. A la risita corta y poco disimulada del Matemático, el medio pariente responde con otra, de un estilo semejante, menos eficaz por tratarse de una reacción defensiva, que podría significar más o menos *a nosotros, la gente normal, esas interpretaciones retorcidas de una linda película nos entran por un oído y nos salen por el otro*, pero el hecho de proferirla evitando la mirada del Matemático, prueba que no es un adversario de peso, como se dice, y las nuevas banalidades que se pone a balbucear lo confirman: juraría que los mocasines blancos del Matemático son italianos. ¿Se equivoca? ¿Está enterado de que en el interclubes de tenis en la categoría simples cadetes su nene ha salido campeón? Las frutillas de Coronda este año no tienen gusto a nada, pero en cambio los espárragos salieron de primera, etc., etc.; sus frases, pronunciadas con cuidado y cierta exigencia de respuesta obligatoria, semejantes a una carta certificada con aviso de retorno, podría decirse, parecen disolverse en el aire antes de llegar a los oídos del Matemático que no solo no las registra sino que, con la cabeza vuelta hacia Leto, ostenta ignorar hasta la presencia física de quien las profiere —más todavía, mientras el otro habla, el Matemático se ocupa en formular de un modo más amplio, y en términos más precisos, que no hubiese valido la pena dilapidar con su medio pariente, los mecanismos del desenlace del *El viento en Florida*—, creer que las pasiones siempre deben desencadenarse al final, dice más o menos, equivale a ignorar que la objetividad es lo bastante inabarcable como para que sus catástrofes pasen inadvertidas y puedan llegar a ser otra cosa que un sobresalto anónimo incluido en algún índice de frecuencia o en alguna estadística; por otra parte, la coincidencia entre la eclosión de las pasiones y el incendio pertenece, le parece a él, al Matemático, a ese orden de comparaciones tan obvias que lindan con la tautología. Los monólogos se entremezclan y Leto que, por cortesía y curiosidad trata de escucharlos a la vez, no logra concentrarse en ninguno, hasta que, consciente del carácter competitivo, como se dice, de la situación —quién demostrará de un modo más acabado la ineptia inenarrable del otro—, se desinteresa de ambos. Además, y

Leto se pregunta si la distracción no es deliberada, el corpachón del Matemático absorto en sus explicaciones, mantiene al medio pariente tan a distancia mientras camina, que al medio pariente no le queda para avanzar más que una franja estrecha del lado de la calle, lo que lo obliga a realizar un equilibrio constante sobre el cordón. De modo que cuando llegan a la esquina, gracias a la ochava —se la llama de esa manera— que amplía la vereda, el medio pariente, dejando de hablar, aprovecha para deslizarse por detrás de Leto y el Matemático y, apurándose un poco campea, como se dice, en el espacio soleado de la esquina, esperándolos, tres metros más adelante, con una expresión triunfal que, lejos de afectar al Matemático se transforma, por el contrario, en el elemento clave, como se dice, de su demostración: porque en el momento en que Leto, por reflejos de urbanidad, que no le ocultan sin embargo el carácter vagamente demencial y, podría decirse, exclusivamente intrafamiliar de la querella tácita en la que no se siente implicado para nada, del mismo modo que los turistas extranjeros son indiferentes a las luchas intestinas, como las llaman, de los países que visitan, en el momento en que Leto, por reflejos de urbanidad, decíamos, o decía, mejor, un servidor, está por dirigirse hacia el medio pariente que los espera con expresión satisfecha en el centro de la vereda, el Matemático, aferrándolo del brazo, lo retiene y lo induce a continuar la marcha sin desviar la trayectoria, la mano del Matemático que años de *rugby* y remo han dotado de una fuerza, podría decirse, más que mediana, mientras la derecha se alza y baja rápida para un saludo fugaz acompañado de un gruñido inaudible y desdeñoso que, Leto lo adivina sin verlo, o viéndolo apenas al pasar, transforma la sonrisa satisfecha del medio pariente en una mueca ultrajada y atónita mientras ellos bajan del cordón a la calle y empiezan a cruzar la transversal soleada y casi vacía.

—Es una víbora venenosa —le murmura el Matemático, sin soltarle el brazo, mientras cruzan—. Frecuenta los servicios de inteligencia y la misa de once.

Leto lanza una espesa bocanada de humo y se echa a reír, agradecido. Él, hasta el año anterior, iba a misa, de tanto en tanto, en forma cada vez más espaciada, y aunque ha dejado de ir sin demasiados escrúpulos, que alguien coloque la misa de once entre las referencias fundamentales de la bajeza humana le sirve para confortar, *a posteriori*, el carácter justo de su defección. Pero también, y sobre todo, se siente agradecido porque le ha parecido percibir, en el desprecio un poco brutal del Matemático por su medio pariente, un acto de seducción hacia su propia persona, que, inesperado y fugaz, lo hace existir de un modo más intenso. Elementos de sí mismos dispersos y heterogéneos, de golpe, mientras van cruzando, gracias a esos signos inequívocos de amor, se reúnen, y el chisporroteo inconstante y fragmentario que, emergiendo del fondo negro de su interioridad en el que casi de inmediato sus destellos vuelven a perderse, las llamitas tenues y fosforescentes de conciencia, los viejos recuerdos sobados y arbitrarios que lo asaltan cuando ellos quieren, el ir y venir de remordimientos, idiotismos, de desvaríos, de dudas y de fantasmas, el flujo arcaico y solitario que viene de lo inacabado, como decíamos, o decía, mejor, y más o

menos, hace un momento, parecerle a un servidor, organizándose, se convierten en un destello sólido, un todo límpido y estable, casi un objeto delicado, real pero frágil, como un anillo de humo o una pompa de jabón, que ocupa su interior hasta los últimos intersticios y del que emana una especie de bienestar que es él, él, Ángel Leto, ¿no?, bien diferenciado y espeso entre las presencias que llena, dispersas en la transparencia hospitalaria, la mañana. La fuerza de ese sentimiento es tan grande, que oculta su carácter esporádico o transitorio, y ya cuando están llegando a la otra vereda, cuando suben al cordón, el tono un poco pedante con que el Matemático, recuperándose de sus contrariedades intrafamiliares, retoma su relato, comienza a roer desde los bordes su certidumbre pasajera: *Con esa respuesta, como te decía, dio por terminada la cuestión* —dice el Matemático.

—Claro. Es evidente —dice Leto.

—La intención de Washington al traer a colación los mosquitos se explica con esa respuesta a las objeciones de Héctor. ¿No te parece? —dice el Matemático, soltándole el brazo después de mirar la pipa vacía que lleva en la mano y metérsela en el bolsillo del pantalón, sacando del otro bolsillo las hojas plegadas del comunicado de la Asociación para asegurarse de que siguen ahí y volviéndolas a guardar.

Leto aprovecha la distracción fugaz del Matemático para lanzar, sin mucho entusiasmo, una respuesta afirmativa. Lo fastidioso, como se dice, del asunto, es que no puede acordarse cuál ha sido esa respuesta tan fundamental de Washington que, según el Matemático, elucidaría el famoso tema de discusión sobre el que un rato antes, a pesar de sus humores y sus versiones diferentes, Tomatis y el Matemático, sin ni siquiera sospechar su perplejidad un poco ofuscada, parecían tan de acuerdo. Por más que lo intenta, la respuesta de Washington no vuelve a aparecer, como podría decirse, en su memoria —su memoria, ¿no?, o sea ese espejo un poco cóncavo tal vez, o plano, qué más da, en el que ciertas imágenes familiares, gracias a las cuales el universo entero se acoge a la continuidad, por momentos claras y por momentos confusas, con un ritmo ingobernable que les es propio, fugitivas, se reflejan. Y Leto comprende después de un momento de esfuerzo infructuoso, como se dice, que la famosa respuesta, la explicación final de esa serie de sobreentendidos que a partir de una noche de fin de invierno, transitarán a través de evocaciones cada vez más inciertas y borrosas, que las frases rebuscadas y acriolladas de Washington que parecían ser la resolución del enigma, el Matemático, cuya referencia es Botón, ha debido proferirlas en un momento en que él no lo escuchaba, sin duda cuando cruzaban la calle en la cuadra anterior, unos segundos antes de que él —Leto, ¿no?— absorto en sus propios pensamientos, se llevara por delante el cordón.

—A Washington le gusta ir destilando poquito a poco lo que piensa —dice el Matemático—. Pero todo se aclara cuando alcanza la conclusión.

—¿Y ahí era adonde quería llegar? —dice Leto, por ver si esa pregunta vaga le permite obtener indicios más satisfactorios.

—Ahí mismo —dice el Matemático.

—Instigado por —dice Leto empleando un tono pensativo y lento, que simula toda una serie de razonamientos implícitos.

—No. No. Justamente no. Justamente lo contrario —dice el Matemático, con cierta energía que podría ser de orden pedagógico.

—Bueno, sí —dice Leto—, era otro modo de decirlo. Por elevación.

—¿Para qué decirlo de otro modo si Washington lo dijo del modo más claro posible? —dice el Matemático.

—Eso es cierto —dice Leto. Y, desalentado, le da una última pitada al cigarrillo y lo tira a la vereda.

Dando por resuelta la cuestión, el Matemático dice que, según Botón, en seguida después de comer, le habían dado los regalos a Washington: Basso, Nidia y Barco los habían puesto todos en una gran caja de cartón, y las nenas de Basso, antes de irse para la cama, los iban sacando y dándoselos a Washington, que los desenvolvía despacio ante la expectativa general: Beatriz, un cinto; los Basso, una cajita de té de Daarjeling; Marcos Rosemberg, una regadera mecánica desmontable para la quinta; Cuello, un mate con guardas y soporte de plata; Silvia Cohen, un libro de Paul Radin; Tomatis, un álbum de grabados pornográficos japoneses del siglo XVIII; Dib tenía un cajón de vino salteño en el auto, y Héctor, Elisa y Rita Fonseca le trajeron más tarde una historia ilustrada, carísima, del arte moderno. Del resto, el Matemático no se acuerda... ah, sí, Barco una camisa a cuadros como las que le gustan a Washington y los mellizos un jamón.

—¿Un jamón? —pregunta Leto, menos por asombro genuino que por curiosidad fingida, destinada a distraer al Matemático mientras trata de recordar, o en todo caso deducir, de las palabras del Matemático, la aclaración de esa historia de los mosquitos en la que todo el mundo, salvo justamente él, parece vislumbrar, con alusiones laterales y precisiones fragmentarias y fugaces, evidencias contundentes y capitales. Pero el Matemático responde con un movimiento afirmativo de la cabeza, rápido y distraído ya que, muy concentrado en lo que se propone decir, no está dispuesto a que un problema secundario, el del jamón que los mellizos le regalaron a Washington, perturbe sus esfuerzos mnemotécnicos y retóricos. La naturalidad con que parece considerarlo perfectamente al tanto del sentido verdadero de las palabras de Washington, admitiéndolo de ese modo en un círculo restringido, produce en Leto sentimientos ambiguos, mezcla de orgullo y de culpabilidad, como si fuese un poco estafador, pero el Matemático, ajeno a sus estados de ánimo contradictorios, da por adquirida su admisión al círculo de personas inteligentes y de buena voluntad, como se dice, bien ubicadas políticamente, y, comunicando los primeros resultados de su elaboración interna, continúa: todos esos regalos, según Botón, Marcos Rosemberg los llevaría a Rincón Norte al día siguiente. Washington estaba de lo más contento con ellos. A decir verdad, como se dice, por muy benigno que haya sido el invierno, a medida que avanzaba la noche iba haciendo cada vez más frío y los que persistían en quedarse en el exterior, bajo el quinchó o lisa y llanamente en el patio, tenían que

cubrirse lo más posible para aguantar, de modo que aparte de los pulóveres, sobretodos, gorras, bufandas, guantes y chalinas, los Basso empezaron a sacar ponchos y frazadas y a distribuirlos entre los presentes que, sentados alrededor de la mesa, o yendo y viniendo del quincho a la casa, o paseándose en grupitos entre los árboles del fondo, se empezaron a cubrir con los ponchos o a envolver en las frazadas, y a dejar escapar un chorrito de aliento transformado en vapor cada vez que abrían la boca para decir algo o simplemente para respirar. Según Botón, dice el Matemático, en un determinado momento fueron a buscar mandarinas al fondo, las últimas del año, de los árboles en los que incluso en la oscuridad de la madrugada podía sentirse ya la aparición de los primeros brotes que anunciaban el fin del invierno, y las mandarinas estaban tan frías que hacían doler los dientes cuando se las mordía, a tal punto que Sadi, el sindicalista, sugirió que las pusiesen a calentar un poco entre las últimas brasas y las cenizas que estaban todavía tibias, como él hacía cuando era chico con las naranjas en un brasero. Y en efecto, las habían puesto un rato entre las cenizas y el rescoldo y las habían comido tibias —y el Matemático no logra representarse el gusto que pueden tener esas mandarinas. *No logro darme cuenta de cómo es eso. Desde que Botón me lo contó el sábado en la balsa estoy tentado de hacer la experiencia.* Lo cual es para Leto un motivo de satisfacción porque él, en cambio, hasta donde llega su memoria, puede recordar las naranjas y mandarinas tibias que sacaban del brasero en las noches de invierno, cuando pasaba las vacaciones de julio en el pueblo, en lo de sus abuelos y, desde que el Matemático ha empezado a contarle los pormenores, como se dice, del cumpleaños es la primera vez que siente como propio uno de los detalles, de los acontecimientos de esa noche del último invierno, en la quinta de Basso en Colastiné, que nunca ha visitado y que ha debido compaginar, podría decirse, con imágenes heterogéneas de quintas diversas, mitad empíricas mitad fabulosas. El jugo tibio de las mandarinas, igual que el curso de un río dos pueblos de la costa, le sirve ahora para ligar, como quien dice, su propia vida a las evocaciones que van despertando, si vale la expresión, las palabras del Matemático, *ah, las mandarinas tibias. Como siempre son las últimas, al final del invierno son las más dulces. Están llenas de jugo, que al calentarse entre las cenizas se vuelve como un licor.*

El Matemático lo mira. Como todo buen racionalista, desconfía de las exageraciones líricas, sobre todo de las ajenas, y su mirada, que lo escruta sin disimulo, busca en la cara de Leto la seriedad necesaria a la credibilidad de la descripción que acaba de hacer, y una ausencia de vacilaciones que certifique la certidumbre empírica de Leto quien, por su parte, ante el careo un poco indiscreto, y consciente de haber exagerado su descripción para aumentar la importancia de su experiencia, se esfuerza por mantener a toda costa su impassibilidad. Volviendo a deslizar la mirada hacia el fondo de la calle, el Matemático da por terminada la inspección, con resultado satisfactorio en apariencia, si Leto juzga la bonhomía despreocupada con que reanuda el surtidor de sus frases bien armadas, concisas,

elegantes algunas, no exentas de cierta coquetería en su exceso de precisión, cierto preciosismo refrigerante en la expresión de las emociones, y atisbos de autoironía en la mayor parte de sus supuestos desdenes. *Por momentos, era la dispersión general, por momentos, volvían a juntarse todos bajo el quincho.* Se paseaban en la oscuridad envueltos en ponchos y en frazadas, llevando un vaso en la mano y un cigarrillo entre el índice y el medio de la misma mano con la que aferraban el vaso, y el punto rojo de las brasas de los cigarrillos crecía un poco en la negrura, entre los mandarinos, si daban una pitada. Cuando pasaban por los rayos de luz que salían del quincho y se proyectaban en el patio y entre los árboles, podían verse los chorros de aliento blanquecino que despedían por los labios entreabiertos. A veces, en algún punto de la oscuridad, se oía susurrar a alguna pareja, y en ciertos casos, y a pesar del frío, los susurros se parecían más a espasmos finales que a cuchicheos preparatorios —*todo eso*, aclara el Matemático, *según Botón*: sacudimientos de ramas, voces, risas y gritos que se difunden y se desvanecen en el aire negro y helado, bajo las estrellas semejantes a pedacitos de hielo, formados con un agua cuyas coloraciones amarillas, o azules, o rojas o verdes, evocan, para la imaginación del Matemático, rememoraciones químicas siderales, en las que cada color particular no es otra cosa que el signo de tal o cual sustancia, o de asociaciones térmicas en las que los colores diferentes no son más que la consecuencia de diferentes temperaturas. A medida que va hablando, el Matemático se los imagina despreocupados y felices, mientras él se marchita en Francfort, los ve ir y venir por el patio oscuro bajo un cielo cargado, podría decirse, de sustancia activa. Pero esas son sus imágenes privadas, que pertenecen a lo intransmisible de sus representaciones, esas imágenes aparentemente arbitrarias y sin sentido que, sin embargo, si pudiesen estructurarse en un diagrama, mostrarían su especificidad personal, más todavía que sus impresiones digitales o los rasgos de su cara. *Según Botón*, dice el Matemático, *algunos estaban sentados a la mesa con sobretodo, bufanda, boina, guantes; fumaban con los guantes puestos.* Hasta que en un determinado momento el frío empezó a ser tan insoportable, que se habían visto obligados, los que quedaban, porque varios ya se habían ido, a trasladarse al interior. *La helada los corrió del patio a la casa* —dice el Matemático, que le dijo Botón que había sucedido. Según Botón, se habían sentado a tomar mate y en un determinado momento Washington había dicho que ciertas posiciones rituales del yoga tántrico eran revolucionarias. *Si Botón no escuchó mal, que es lo más probable* —dice el Matemático.

—Veo que el crédito del Botón ese es de lo más fluctuante —dice Leto, un poco irritado por las continuas correcciones que debe aplicar a su concepción global de Botón y por el sentimiento, que no lo abandona, de haber dejado escapar lo esencial del relato del Matemático.

—Tiene el corazón grande como una casa. Desgraciadamente, ese tamaño puede parecer a veces inversamente proporcional a sus facultades intelectuales —dice el Matemático, en forma al mismo tiempo severa y cariñosa.

—¿Y no será también un poco...? —dice Leto.

El Matemático lanza una carcajada corta y resignada para mostrar que, aun a la defensiva, está dispuesto a ir hasta el fondo de las cosas.

—¿Mentiroso? —dice.

Haciendo un gesto vago con los labios y también con los hombros, entrecerrando un poco los ojos y adoptando una expresión enigmática y ambigua, Leto se abstiene de responder, de modo que el Matemático expone su punto de vista: si el adjetivo incluye la más vaga sombra de juicio moral, él lo rechaza de antemano y con energía. En cambio —y aquí el timbre del Matemático se vuelve un poco aflautado, como se dice, su tono benévolo y su ritmo cantarino, como saben también decir— si se quiere significar que, propenso a la fantasía, demasiado sensible como para soportar la realidad que es siempre amarga, bienintencionado hasta el punto de presentar los hechos desde el ángulo que más gustará, tranquilizará y envanecerá a su interlocutor, de formación, ay, deficiente, y de cultura, segundo ay, a decir verdad un poco restringida, y una capacidad para el razonamiento más bien exigua, sin contar su ingestión inmoderada de ginebra que no contribuye precisamente a un esclarecimiento de sus ideas, y sobre todo que no permite ninguna certidumbre respecto de los hechos de los que es testigo ocular o incluso protagonista, si se tienen en cuenta todos esos parámetros, resume el Matemático, podría decirse que una afirmación de Botón, cualquiera sea su contenido, se presenta *a priori* como ligeramente problemática. Dicho esto él, el Matemático, ¿no?, no es el único dispuesto a pensar que esa ingenuidad y esa sencillez, son, entre todas sus características, las que lo hacen a Botón de lo más querible. No es para nada el caso de Noca —o tal vez en la misma fase— a quien se lo puede considerar como un virtuoso en todas las variantes o géneros; e irguiendo los dedos de la mano izquierda, plegados contra la palma, uno por uno, para cifrar su enumeración, el Matemático salmodia: exageración, omisiones, perjurio, fabulación, afirmaciones contradictorias —y habiendo empleado todos los dedos, los pliega a todos otra vez contra la palma, menos el pulgar, sobre el que recae la sexta variante —calumnia— de actitudes que atentan contra la verdad, y después continúa irguiendo los dedos uno a uno: alucinación, deformación sistemática por oscuras razones comerciales, intriga, errores groseros de apreciación, mitomanía morbosa, etc., etc., dice el Matemático, dejando de enumerar y empezando a sacudir, con movimientos circulares, las dos manos en el aire, para indicar la infinitud probable de las variantes de no verdad imputables a Noca.

Y después hace, como se dice, silencio, y deja caer los brazos a lo largo de su cuerpo. Sentados en el umbral de una puerta dos chicos, de siete u ocho años, recorren con los ojos un espacio impreciso que se encuentra en la vereda de enfrente, al que parecen otorgarle tanta importancia que Leto dirige hacia él la mirada, sin descubrir nada, lo mismo que el Matemático que no ha visto todavía a los chicos pero que, intrigado por la mirada curiosa de Leto, pasea la suya por el mismo espacio sin

ver otra cosa que las casas de la vereda de enfrente, de una o dos plantas, y la vereda gris sobre las que da de lleno el sol matinal. Tan abstraídos están los dos chicos que, observa Leto, ni siquiera los ven aproximarse y ni notan cuando pasan a su lado, ni a ellos ni a la otra gente que anda por las veredas, ya que la proximidad del barrio administrativo genera un poco más de movimiento en las calles. Justamente, el Matemático reconoce, y es reconocido por, dos tipos jóvenes que avanzan en sentido contrario por la vereda de enfrente, de modo que intercambian, a través de la calle en la que en el mismo momento se cruzan dos autos, un saludo rápido, consistente en alzar el brazo, sacudir un poco la cabeza, y sonreír de un modo vago, reconocimiento pasajero que se desvanece en el espacio soleado con la misma rapidez con que se produce, a tal punto que Leto, como ninguna fórmula verbal lo acompaña, ni siquiera lo percibe, intrigado como está por la mirada vaga y sin embargo atenta de los chicos. Pero cuando pasan junto a ellos y los dejan atrás, y oye el diálogo que intercambian —*Veo veo. Qué ve. Una cosa. Qué cosa. Maravillosa. Qué color*— comprende de golpe la atención extrema de los chicos. Hubiese querido oír también el color de la cosa, para tratar de adivinar, en algún punto del espacio, de qué cosa se trata, pero ya se han alejado demasiado de los chicos, sobretudo que el que debe dar el indicio del color demora un poco, tal vez de modo deliberado, para disimular la dirección de su propia mirada y, desorientando al que debe encontrar el objeto elegido, espesar un poco más el enigma. «*Veo veo. Qué ve. Una cosa. Qué cosa. Maravillosa. Qué color*», piensa Leto y, con un desencanto no exento de puerilidad, no puede abstenerse de mirar otra vez la vereda de enfrente, motivando una nueva mirada infructuosa del Matemático que, como distraído por su saludo no ha prestado atención al diálogo, acaba impacientándose ligeramente. Adrede, Leto no le da ninguna explicación. La famosa frase de Washington, que el Matemático ha debido referirle en el momento en que se llevaba por delante el cordón, en el caso de que los sobreentendidos entre el Matemático y Tomatis pudiesen haber sido una maniobra para dejarlo fuera de cierta aura en cuyo interior se transita con comodidad del *trivium* al *cuadrivium*, como diría el Matemático, esa famosa frase que, no deja de sospechar Leto, tal vez Washington nunca pronunció, lo autoriza a dejar sin explicación el interés insistente de su mirada por un fragmento impreciso del espacio en la vereda de enfrente, movido, como se dice, por un capricho infantil al que lo incita, no se sabe bien por qué, alguno de los pliegues de su así llamada alma —ente problemático si los hay, como se dice, y del que un servidor, hace un momento, ¿no?, decía parecerle que es, no cristalina, sino pantanosa. Y en ese clima de contrariedad tenue, podría decirse, llegan a la esquina.

El paisaje, por llamarlo de algún modo, ha cambiado por completo. Las casas diminutas de los particulares, con sus chapas de bronce y sus balconcitos sobre la vereda dejan lugar, como se dice, a la plaza de Mayo, flanqueada, en sus cuatro costados, por la catedral, los tribunales, el colegio de los jesuitas, la casa de gobierno. En los largos edificios de tres o cuatro pisos que rodean la plaza, almacenes de orden,

poder, justicia y religión, entran y salen con legajos, portafolios, papeles, solos o en grupos reducidos, hombres y mujeres, litigantes, fieles, ciudadanos. Algunos pasan, para completar algún trámite seguro, de la Curia a los tribunales, de los tribunales a la sede del gobierno. Muchos atraviesan, en diversas direcciones, los senderos rojos de la plaza, de ladrillo picado, entre los canteros verdes bordeados de naranjos amargos, de gomeros o de palmeras. El cielo, bien azul, sin una sola nube, se despliega, podría decirse, sobre la plaza. El Matemático se para.

—Hasta aquí llego —dice.

Sorprendido, Leto lo mira, tratando de encontrar en su expresión algún encono a causa de su conducta reciente. Pero la sonrisa amplia del Matemático, y la mirada franca que se encuentra con la suya lo tranquilizan.

—Tengo que ir a entregar una copia del comunicado para aquel lado —dice, señalando con vaguedad algún punto de la ciudad ubicado más allá de la plaza, de la casa de gobierno, y de los tribunales. Y después, ironizando a su propia costa y a la de la Asociación—. No basta con viajar a Europa. También hay que publicarlo.

—Yo sigo derecho —dice Leto.

—Lástima que nos perdimos el cumpleaños, ¿no? —dice el Matemático.

—No me invitaron —dice Leto.

—Se les debe haber pasado. O a lo mejor les pareció que no hacía falta —dice el Matemático.

—Qué idea, regalarle un jamón —dice Leto.

—Es lo que más le gusta a Washington —dice el Matemático—. Pero no te preocupes. En un par de visitas, Tomatis le deja únicamente el hueso.

«Bueno. Hay que despedirse y terminar», piensa Leto, pero como si hubiese adivinado su pensamiento, el Matemático ya le está tendiendo la mano. Leto se la estrecha. La mirada que cruzan cuando se despiden, afable y rápida, expresa muchas cosas que, discretos y buenos entendedores, los dos perciben y registran con escrupulosidad. La de Leto dice más o menos lo siguiente: *Para ser francos, cuando me chistaste hace un rato, que me cuelguen si tenía cinco de ganas de que alguien venga a darme la lata durante quince cuerdas, máxime que te conocía sobre todo por las referencias de Tomatis que son de lo más reticentes y que tu aspecto físico y tus hábitos vestimentarios no nos favorecen mucho a los pobres mortales que nos paseamos en tu compañía. Pero después de nuestra caminata debo reconocer que tu persona, aunque no exenta de pedantería, es más bien agradable, y no lo hemos pasado del todo mal. Más todavía: en un determinado momento, pensé que la cosa se echaba a perder, pero no te preocupes: para mí, el incidente del pantalón es como si no hubiese sucedido.* Y la del Matemático, también más o menos, ¿no?, y, como ya ha sido dicho, sin la más imperceptible sombra de palabras: *Me doy cuenta de tus reticencias. Trato de comprenderlas. Y estoy al tanto también de las de Tomatis. Pero no me importa. Ustedes, como he nacido entre gente que no es interesante, perciben en mí elementos no interesantes, que son la causa, justificada sin duda, de esas*

reticencias. Tomemos el caso de mi pantalón. Ya sé que no debo acordarle tanta importancia. Pero es más fuerte que yo. En determinado momento, si mi pantalón blanco está en peligro, todo mi ser parece estar en peligro, porque todo mi ser —vaya saber por qué causa, sin duda debido a esos elementos no interesantes que persisten en mí a pesar de mis esfuerzos por anularlos— aunque parezca extraño, se concentra en mi pantalón. Pero yo también podría hacer objeciones si quisiese. Tomatis por ejemplo, no estuvo muy brillante que digamos. Y en tu caso, no estoy seguro de que hayas entendido todo lo que, con tanta paciencia, detalles y respeto escrupuloso de la verdad, he estado tratando de contarte. Más de una vez te sorprendí pensando en otra cosa, y en un momento dado temí que te aprovecharas demasiado del incidente de los pantalones. Pero para qué detenerme en todo esto —son significancias que pertenecen al orden de lo no interesante. ¿No te parece que hay cosas más importantes en las que ocupar el tiempo que nos ha sido acordado? De Rerum Natura o la Ética de Spinoza, por ejemplo, o el debate que opone los partidarios de la paradoja EPR a los de la Interpretación.

Y así. Cuando se sueltan la mano, el Matemático, aprovechando el semáforo favorable, cruza la esquina en diagonal, en dirección a la plaza, bajo la mirada inexpresiva, casi indolente de Leto que, indeciso, no se resuelve a continuar. El cuerpo alto, bronceado y atlético del Matemático, cubierto por la camisa blanca, los pantalones blancos deslumbrantes que han motivado en su dueño una servidumbre pasajera, los mocasines blancos de los que Leto no sabe que han sido comprados el mes antes en Florencia y que, colmo del rebuscamiento en su exceso de simplicidad, usa sin medias, la cabeza rubia, el conjunto tan estereotipado según el ideal estético de la década que un publicitario razonable lo hubiese desterrado de un afiche de propaganda por temor de que su perfección exagerada, produciendo un efecto de rechazo, haga bajar las ventas de la mercancía que hubiese debido promover, el Matemático en una palabra, ¿no?, o en dos para ser más exactos, deja atrás la calle, y subiendo a la plaza, y siempre en diagonal, se aleja de la esquina por el sendero rojo, de ladrillo molido, entre los canteros verdes de los que se yerguen, resaltando contra el cielo azul, sin una sola nube, y en un paisaje de edificios públicos de una cuadra de largo y tres o cuatro pisos de altura, naranjos amargos, gomeros, palos borrachos y palmeras. Leto lo sigue con la mirada, más indolente que atenta, y sin darse cuenta, con ese estrato del pensamiento que bajo capas de rumiación arcaica y de delirio, está siempre abocado a lo esencial, indisolublemente unido, como se dice, al espejeo insondable y vistoso de lo exterior, lo ve perderse en la irrealidad de la mañana, en la sustancia traslúcida de espacio y de tiempo que, a cada paso, se lo traga y lo devuelve, una y otra vez, con un ritmo imperceptible, en una aglomeración insensata aunque estable de radiaciones, más improbable y extraño a medida que se aleja, achicándose gradual, fluctuación densa que revela, y en seguida vuelve a borrar, la luz del día. Pero cuando está llegando al centro de la plaza, un conocido, que viene en sentido opuesto, lo intercepta y se ponen a conversar. Desde la distancia a Leto le

parece adivinar la charla de la que no le llegan, sin embargo, más que algunos ademanes vagos, y dos o tres movimientos de cabeza. Tiene la impresión de oír otra vez la ristra de ciudades y las imágenes que acompañan a cada una —París, una lluvia inesperada; Londres, un problema de alojamiento y unos manuscritos en el Museo Británico; Varsovia, no dejaron nada; Bruselas, por el censo de Belén; la Rochelle, blanca y centelleante, etc., etc.— y, satisfecho de representarse otra vez la imagen blanca, que había estado perdiendo realidad, recuperando, gracias a un diálogo imaginario y convencional, una familiaridad un poco más humana, empieza a cruzar la transversal.

La misma ausencia de necesidad que, unos cincuenta y cinco minutos antes, en números redondos, lo ha incitado a bajar del colectivo y, en vez de irse para el trabajo, ponerse a caminar por San Martín, lo induce ahora a continuar, aunque a su decisión contribuye el temor de que, habiéndole afirmado al Matemático su intención de seguir derecho, la figura blanca que discurre en el centro de la plaza con un conocido, no se dé vuelta y, viéndolo todavía parado en la esquina, perdiendo el tiempo o indeciso sobre qué dirección tomar, no sospeche que su afirmación era un simple pretexto para desembarazarse de ella. Pero cuando llega a la vereda de enfrente, esa aprensión desaparece. El cumpleaños de Washington, los mosquitos, el caballo de Noca, la mesa tendida bajo el quincho imaginario, persistentes y cambiantes a la vez, que desfilan en un orden complejo que les es propio, constituyen ahora un fajo de recuerdos más intensos, significativos, y no obstante más enigmáticos, podría decirse, que muchos otros que, por provenir de su propia experiencia, deberían ser más fuertes y más inmediatamente presentes en su memoria. Y sus distracciones pasajeras, la opacidad de ciertas alusiones, al parecer evidentes para Tomatis y para el Matemático, en lugar de diluir esas imágenes, las vuelven más nítidas, del mismo modo que una hendidura, obligando a un rayo de luz a pasar por su abertura estrecha, contribuye, gracias a la concentración y a la oscuridad, a desplegar mejor su riqueza. Sin advertir su aspecto fabuloso, Leto los examina, los hace durar —o acepta, pasivo, su persistencia— en el círculo blanco de la atención, del mismo modo que un viajero, proyectando las imágenes artificiales de su desplazamiento reciente, tratando de poseer todo lo que ha escapado a su experiencia en el momento en que las sacó, se demora un poco estudiando, más que en las otras, los detalles de algunas de sus diapositivas. La mañana entera, con su cuerpo incluso que la atraviesa desplazándose sobre las baldosas grises, y el yo impalpable y ubicuo que lleva adentro, desaparecen detrás de las imágenes que, ya casi definitivas, son, aunque vengan de la memoria, intemporales, y más indestructibles, podría decirse, que el aliento y la carne que las contienen. En todo caso, ya están entretejidas con ellos, a pesar de que provienen de ese hálito impalpable, articulado y sonoro que, durante varias cuerdas, ha venido a diseminarse en la transparencia exterior a través de los dientes blancos y regulares y de los labios bien delineados, como los de un superhéroe de historietas, del Matemático. Hasta la muerte, ciertas asociaciones, con

mayor o menor fuerza, las harán volver, tan dependientes las unas de las otras que a partir de cierto momento ya no sabrá que es lo que ha recibido primero, sí la imagen o la asociación, y en algunos casos, prueba de lo indisolublemente unidas, como se dice, que están, actuarán una sobre la otra sin siquiera llegar a la conciencia, en forma de brillos fugaces, de latidos, de amagos sin nombre y sin figura que arrugarán un poco los pliegues, por usar alguna palabra, de su ser —su ser, ¿no?, o sea lo inconcebible hecho presencia continua, grumo sensible atrapado en algo sin nombre, como en un remolino lento del que formase también parte, espiral de energía y sustancia que es al mismo tiempo el vientre que lo engendró y el cuchillo, ni amigo ni enemigo, que lo desgarrar.

Leto mira otra vez hacia la plaza. La figura blanca conversa, dominando a su interlocutor por una cabeza por lo menos, con ademanes lejanos y pausados, y como forma parte de un conjunto amable y florecido, los canteros de la plaza, el sol de primavera, los árboles y el cielo azul, Leto piensa que con seguridad será agradable volver a ver al Matemático y conversar con él, menos por el Matemático en sí que por la mañana entera en la que está incluido y que ya forma parte de su vida, pero a decir verdad, en los años que vendrán, apenas si estarán juntos dos o tres veces, en algunas reuniones en las que intercambiarán unas pocas palabras y, cuando se encuentren en la calle, se limitarán a cruzar un saludo, cortés sin duda, pero sin pararse a conversar —y todos esos encuentros, muy esporádicos y cada vez más espaciados. Poco a poco Leto irá dejando su trabajo, cada vez más implicado en la militancia política, en grupos cada vez más radicalizados, hasta que pasará a la clandestinidad, y del Leto habitual, salvo dos o tres reapariciones fugaces, no quedará ningún rastro, excepto para algunos amigos íntimos como Tomatis, Barco, el Gato Garay, a los que irá a visitar de tanto en tanto, siempre de un modo inesperado y fugaz, no para discutir de política, sino para estar un rato con personas a las que lo unen, no meramente principios, sino, para decirlo de nuevo, experiencias comunes y recuerdos, ya que se puede muy bien querer luchar contra la misma opresión, incluso con los mismos principios, pero por razones diferentes. Al principio dejará el trabajo —Isabel terminará casándose con Lopecito—, después su casa, después la ciudad, el país más tarde, yendo y viniendo de Europa a Cuba, a Medio Oriente, al África, a Vietnam, y por último la existencia entera, para entrar en esa clandestinidad tan rigurosa y secreta, la de los muertos. Durante dieciséis o diecisiete años irá hundiéndose en un orden regido por normas tan estrictas, tan especiales, tan organizadas en circuito cerrado que, aunque elaboradas para constituir una asociación de personas cuyo fin es modificar la realidad, lo harán pasar a una irrealdad tan grande que, detrás de la máscara impenetrable, como se dice, en que se irá transformando su cara, o bajo los disfraces diversos que irá adoptando para entrar y salir, como un actor que interpreta varios papeles de segundo orden en una misma comedia, en la vida ordinaria, detrás de la máscara impenetrable, decíamos, ¿no?, o decía mejor, como decía nomás hace un momento, un servidor, no irá quedando, después de la cólera, la fe, la duda, el

arrojo, más que la obstinación sardónica, ni siquiera autocompasiva, de quien, engeguado por una lluvia torrencial, como se dice, o por una serie ininterrumpida de explosiones, corre en línea recta, sin importarle, y tal vez sin siquiera plantearse el problema, si en la dirección en que corre lo espera un reparo o un precipicio. De todos modos, y a partir de cierto momento, llevará siempre, dondequiera que vaya, una pastilla de veneno, bien guardada contra su cuerpo en alguno de sus bolsillos, y de vez en cuando la observará para recordar no que es mortal, sino soberano. Estimando el peso de las cosas, se dirá con una satisfacción gélida que, puesto en el platillo de una balanza contra el redondelito encerrado en una cápsula de plástico en el otro, el universo entero no pesaría nada, y que ese redondelito sería capaz de soliviantar la carga sin medida de lo visible y hacerla desaparecer de un modo súbito y silencioso, a pesar de su apariencia irisada, como a una pompa de jabón. Pero todo eso irá viniendo poco a poco, bajo capas sucesivas de incertidumbre, de violencia y de decepción. A partir de cierto momento, en los últimos dos o tres años, no le quedará más que el silencio, la obstinación sardónica por dentro, y la pastilla. Después de comprobar que el universo entero es inconsistente y fútil, la pastilla, ocupando su lugar, se volverá el objeto único. Habiéndose dado cuenta al cabo de quince años que luchar a ciegas contra la opresión puede engendrar más opresión en lugar de acabar con ella, del mismo modo que ciertos métodos para combatir un incendio contribuyen más bien a acrecentar la fuerza de las llamas, y habiendo llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás, empezará a confiar, no en estrategias, ni en organizaciones, ni en sacudimientos históricos, como los llaman, ni siquiera en su propia ametralladora, sino únicamente en la pastilla, en su pastilla, como quien podría decir, como se dice, en su sexto sentido o en su buena estrella. Como otros piensan en su cuenta bancaria bien provista ante las dificultades, él pensará en su pastilla. Después de varios años, su aspecto físico cambiará bastante: el pelo revuelto en su cabeza irá haciéndose más ralo y gris, de modo que la frente se volverá mucho más amplia y llena de arrugas; para desembarazarse de los anteojos, se pondrá lentes de contacto y se dejará crecer un bigote espeso y sedoso, grisáceo, que caerá curvo y afinándose sobre las comisuras, y a pesar de sus hombros estrechos, casi frágiles, y de sus piernas también estrechas y un poco torcidas, una especie de grosor apelotonado ensanchará su cuerpo a la altura del vientre, tal vez en razón de que, habiendo decidido no tomar más alcohol para no perder la lucidez ni los reflejos, padecerá, buscando su sustitución, de un gusto inmoderado, como se dice, por las gaseosas, las masas, los helados, el chocolate y los caramelos. El cambio será tan grande que, después de varios años de no haberlo visto, Barco, a quien una mañana vendrá a pedirle la llave del departamento de Tomatis, que en esos momentos estará paseando por Europa, Barco, decíamos, o decía, mejor, ¿no?, como decía, un servidor, viéndolo surgir de entre capas sucesivas y gris verdosas de lluvia matinal, no logrará reconocerlo hasta varios minutos más tarde, después de haber oído su voz, un poco ronca por los cigarrillos que encenderá para ese entonces uno con la brasa

del otro, y de evocar algunas experiencias comunes. En realidad, la sacrosanta pastilla se la darán como una obligación más, envolviéndosela en discursos edificantes en los que las palabras sacrificio, causa, victoria y pueblo sobresaldrían de lejos en cualquier análisis de frecuencia lexical, pero él, de un modo secreto incluso para él mismo en los primeros tiempos, la recibirá como una promesa, un privilegio, un abracadabra. Un poco más tarde, ya empezará a blandirla interiormente, no como una prueba de omnipotencia ante sus enemigos, sino como una razón de burla y de desprecio, detrás de su cara impassible, ante sus propios aliados. Si por casualidad se encuentra en una reunión en la que, una vez más, no estará de acuerdo con ninguna de las decisiones que se tomarán, se descubrirá pensando, un poco crispado y sardónico: «Hablen nomás todo lo que quieran, que yo tengo la pastilla». Será como su bomba nuclear portátil, su arma absoluta. En varios momentos de peligro, después de verificar que se ha tratado de una falsa alarma, caerá en la cuenta de que, en tanto sus compañeros habrán llevado instintivamente las manos a las armas, él habrá palpado la pastilla primero y recién se habrá ocupado del arma un par de segundos más tarde. Espacio, tiempo, historia y materia sumida en sí misma, él aprenderá a mantenerlos a raya y como en suspenso con su dichosa pastilla. «A nadie le gusta pasar de sujeto a objeto», se dirá más de una vez, riéndose un poco en su fuero interno, puesto que para el exterior no perderá nunca más su impassibilidad hasta tal punto que sus pares —después de tantos años de peligros y violencias habrá adquirido el grado de comandante—, sus jefes inmediatos, hubiesen desconfiado de él de no haber verificado como lo harán todos los días su disciplina y su indiferencia ante el peligro. «A nadie le gusta pasar de sujeto a objeto», se dirá, decíamos, o decía, ¿no?, un servidor, como decía, «a nadie le gusta pasar de sujeto a objeto, pero con la pastilla, ¿eh?, con la pastilla qué es lo que se anula de entre los dos está todavía por discutirse». No estará lejos de pensar que, así como el *big bang* inaugura la creación, el clac casi inaudible de sus mandíbulas al cerrarse y de sus dientes superiores al chocar contra los inferiores para morder la pastilla la clausurará de manera definitiva. Unos meses antes de ese clac, irá a visitar a Tomatis a la casa de su madre, en la que Tomatis se habrá refugiado después de su tercer divorcio. En esos tiempos Tomatis estará sufriendo de eso a lo que los individuos que llaman psiquiatras llaman una depresión, de la que unos meses más tarde ya habrá salido a flote, pero que en los días en que Leto lo visitará estará en lo que esos mismos individuos hubiesen llamado su fase crítica. Tomatis se pasará el día entero, haciéndose servir por su hermana, encantada después de todo de tenerlo otra vez en casa, sentado en un sillón de la sala mirando la televisión desde mediodía hasta las dos o tres de la mañana, con una damajuana de vino de Caroya a un costado del sillón, en el suelo, y un vaso y un recipiente para hielo de plástico verde, a lunares blancos, en forma de manzana, con un cabito en forma de tallo para retirar la tapa sobre una mesita. Desde el dormitorio, su madre, ciega y un poco senil, como ya no se levantará de la cama, lo llamará de tanto en tanto para darle un beso, llamarlo nene, como cuando era chico, y lloriquear

un poco. Será pleno verano. Desde un poco antes de Navidad, Tomatis se habrá instalado en la casa, durmiendo, gracias a la absorción meticulosa de somníferos y tranquilizantes, en el cuarto de la terraza, que su hermana había debido limpiar porque se habrá transformado en desván. Cada madrugada, cuando las sombras electrónicas, los simulacros de colores chillones, los petimetres y las muñecas Barbie miniaturizados de las series industriales americanas, interrumpidos cada cinco minutos por los cartones publicitarios concebidos por y para retardados, las propagandas del ejército invitando a los jóvenes sin trabajo a integrar sus bandas de homicidas y de torturadores para salvar la patria del cáncer de la subversión, cada madrugada, ¿no?, en la oscuridad ardiente y sucia de una pestilencia, podría decirse, de tumba anónima y de fracaso, Tomatis subirá, jadeante y un poco embrutecido por el vino de Caroya, los somníferos y los tranquilizantes, para ir a desplomarse sobre el mismo colchón en el que, veinte años antes, habrá pensado cada noche, con entusiasmo y delicia, en las fiestas carnales y en la gloria. Sin desembrutecerse del todo, se despertará cada mañana cerca de mediodía, y después de tomar unos mates en la terraza, a la sombra, volverá a sentarse, con un platito de fiambre y unos tomates, la damajuana y el recipiente para el hielo, ante el aparato de televisión, levantándose de tanto en tanto para ir a orinar, o para recibir un beso indeciso de su madre, que lo llamará nene otra vez como cuando era chico, y le palpará las mejillas ya rugosas y cubiertas por una barba dura y veteada de gris de por lo menos tres o cuatro días. Las sombras de colores desfilarán ante sus ojos inexpresivos, que a veces se entrecerrarán un poco tratando de entender los chistes insípidos de los cómicos de tercer orden, inaudibles a causa de las risas y de los aplausos pregrabados. Poniendo el sillón entre dos puertas abiertas para aprovechar alguna inexistente corriente de aire, con un calzoncillo y unas alpargatas viejas usadas como chancletas por toda vestimenta, desde mediodía hasta las dos o tres de la mañana, verá pasar sucesivamente, perdiendo a veces el hilo de las ficciones y a veces sin siquiera fijar los ojos en la pantalla, las informaciones, las series educativas, policiales o del oeste, los programas infantiles, los teleteatros, los cuentistas criollos, los programas destinados a las amas de casa, hurgándose la nariz de tanto en tanto, haciendo una bolita blanda y oscura con su pedazo de moco y dejándola caer debajo del sillón. De tanto en tanto, tendrá algún sobresalto de rebeldía: «Si te la pongo bien dura en la boca», le dirá mentalmente a la animadora del programa infantil, que se obstinará en hablar con voz aflautada y pueril, como se supone que debe hablársele a las criaturas, «si te la pongo bien dura en la boca, ya vas a ver cómo dejas de hacerte la nena». Y de tanto en tanto, a la propaganda gubernamental, en voz alta, pero con un odio un poco desleído, incorporándose algo y agarrándose con las manos el bulto flácido de los genitales: *Sí, esto. Esto, pero*, desplomándose otra vez, espíará en dirección a la cocina por temor de que su hermana, convencida de que él estará pasando las vacaciones más descansadas de los últimos años, no se haya sentido ultrajada por la grosería.

Leto lo encontrará en ese estado cuando, sospechando que tal vez faltarán las ocasiones en el futuro, decidirá ir a visitarlo. Tomatis lo recibirá con una sonrisa débil, más visible en los ojos que se entrecerrarán que en la boca, que se abrirá un poco atónita, sin que los labios se desplieguen. En los primeros minutos, ni se levantará de su sillón —será la hermana la que habrá bajado a recibirlo— y mantendrá con él un diálogo deshilvanado, echando miradas ansiosas hacia la pantalla del televisor para no perder el hilo del programa que estará mirando; pero después, justo cuando Leto empiece a arrepentirse de haber venido, realizando un esfuerzo supremo, como se dice, lo presentará a su hermana como a un amigo corredor de libros que viene de Buenos Aires y lo invitará a subir a la terraza para poder conversar más tranquilos. Tomatis le dará la manzana de plástico después de haberla llenado de hielo y, cargando la damajuana subirá, arrastrando las alpargatas raídas y tratando de sostenerse, sin mucho éxito, los calzoncillos con la mano en la que lleva los vasos, los escalones rojos que conducen a la terraza. Será el atardecer. Tomatis le ofrecerá un vaso de vino, que él rechazará; pero después de una vacilación, hasta no estar seguro de que Tomatis no tiene miedo de que su visita lo comprometa, le pedirá un caramelo, o una coca-cola, de modo que Tomatis se levantará, descalzo, sosteniéndose el calzoncillo que ni siquiera su vientre inflado alcanzará a retener e, inclinándose un poco hacia el patio interior, le pedirá un caramelo a su hermana. La hermana le traerá una bolsa de celofán llena de caramelos de fruta, anaranjados, amarillos, verdes, rojos, envueltos también ellos en papелitos de celofán con los bordes retorcidos que Leto irá desenvolviendo de tanto en tanto para mandarse los caramelos a la boca y tirar los papeles en una maceta vacía que habrá cerca de su perezosa. De tanto en tanto, Tomatis echará una mirada vagamente curiosa al bolso de lona en el que sabrá que Leto tiene una pistola. Anochecerá: Leto se sentirá perplejo, un poco desorientado: él, que habrá ido hacia Tomatis para gozar tal vez por última vez de sus chistes asesinos, de su volubilidad, de su voz algo nasal habituada a lanzar torrentes de palabras un poco tartajeantes iluminadas aquí y allá por destellos de gracia, se encontrará con un cuarentón demasiado gordo, con los ojos llorosos y brillantes pero empañados a la vez en ciertos alcohólicos, la barba de varios días más gris que negra, la cara hinchada, los pies sucios y el calzoncillo dudoso, un cuarentón que musitará alguna que otra pregunta indecisa y un poco extraña cada cinco minutos, desinteresándose casi en seguida de la respuesta, pero volviendo a formular la misma pregunta media hora más tarde, como si nunca la hubiese hecho, y desinteresándose otra vez de la respuesta para hundirse en rumiaciones insondables y trabajosas. Que no será el temor lo que retendrá a Tomatis, lo mostrará el hecho de que sus preguntas se referirán, con la misma lejanía y la misma imparcialidad, a los temas más comprometedores o más insípidos, temas que, en épocas normales, habrían podido tratar en forma viva y exhaustiva, pero que ese anochecer de enero Tomatis musitará sin convicción, y en forma interrogativa e indiferente, a la que él, Leto, ¿no?, responderá la mayor parte de las veces con

monosílabos verídicos pero incompletos. Al cabo de un rato, su desconfianza se transformará en alivio y, cuando compruebe que los raros momentos de buen humor pasajero de Tomatis consistirán en un empleo sentencioso y mecánico de los *slogans* publicitarios televisivos, también en compasión. Un par de veces, como la televisión seguirá funcionando abajo, Tomatis se levantará, interesado por el cambio de programa, por alguna noticia sensacionalista, por el desenlace de alguna serie policial, interrogando a su hermana en voz alta a través del patio interior, y después volverá a sentarse en su sillón plegadizo, quedándose pensativo unos segundos y sirviéndose otro vaso de vino con hielo. Hasta que, en determinado momento, la pregunta final llegará a los oídos de Leto, tan abrupta e inesperada que, experimentando una emoción violenta, él, que habrá pasado entre los balazos durante años, imperturbable y casi indiferente, sentirá los latidos de su corazón más rápidos y más violentos. *¿Es cierto lo de la pastilla? ¿La llevas encima?*, le preguntará Tomatis, inclinándose hacia él, con la misma sonrisa cómplice y discreta con que podría haberle hablado de una foto pornográfica. Leto no dirá ni que sí ni que no; mirando a Tomatis fijo en los ojos, buscará la sonrisa de complicidad de unos segundos antes, pero para su sorpresa, los ojos de Tomatis, desiertos del menor destello de humor, le lanzarán por primera vez desde que habrá llegado a la casa una mirada viva, casi imperativa; los ojos, que habrán estado empañados y huidizos durante todo el encuentro, brillarán ahora tan fuerte que Leto creará, de un modo erróneo, que reflejan las luces de la terraza. Por fin, Leto desabotonará despacio el bolsillito de seguridad que se encuentra bajo el cinturón y sacará la pastilla y, abriendo de golpe la mano, la hará aparecer en el hueco de la palma, acercándola a Tomatis, y durante ese movimiento más bien rápido que lento, la cápsula de plástico en la que vendrá encerrada reflejará, al pasar, alguna de las luces. Tomatis se inclinará para observar, con sacudimiento de cabeza lentos, de corroboración, primero afirmativos, negativos después, y por último otra vez afirmativos. *Exacto, exacto*, dirá, como pensando en otra cosa. Y él, Leto, ¿no?, volverá a guardarse la pastilla.

Unos meses más tarde, la sacará por última vez, en Rosario justamente, y, justamente, en Arroyito. Estará solo en una casa de la que habrán dicho que es segura, en la que, le habrán dicho, no podría existir la menor posibilidad de ser descubierto. Estará echado en la cama, en la penumbra, fumando cigarrillo tras cigarrillo —encendiendo, como ya será su costumbre, uno con la brasa del otro— sin pensar en nada, viendo el contorno de los muebles escasos, la silueta de la ventana, y la penumbra un poco más clara que se filtra a través de las hendijas de la celosía. Serán más o menos las once de la noche. Una estufita a resistencia, puesta en la entrada de la habitación, en el pasillo, expandirá, a ras del suelo casi, un resplandor rojizo, del que la brasa del cigarrillo, avivándose a cada chupada, parecerá, por decirlo de algún modo, el eco luminoso o la metástasis. Estará todo vestido, ya que habrá adoptado, desde hará unos años, la costumbre de dormir así en los períodos difíciles, menos para sentirse seguro que para ganar tiempo, con un criterio de

eficacia objetiva, podría decirse, en el que sus intereses personales no entrarán para nada en consideración. En el suelo, al alcance de su mano, estarán sus armas. En el momento en que verá una sombra rápida, bastante grande, imprimirse una fracción de segundo sobre las rayas paralelas de penumbra gris clara que se filtrarán por la celosía, estará justo encendiendo un nuevo cigarrillo con la brasa del que estará terminando de fumar e, incorporándose un poco en la cama, tratando de escuchar algo, aplastará el pucho en el centro del cenicero y apoyará el que acaba de encender en la muesca, para, en el caso de una falsa alarma, no desperdiciar por precipitación un cigarrillo. Sin hacer ningún ruido, recogerá la ametralladora, desenchufará la estufita a resistencia para obtener una oscuridad más densa, y se acercará a la ventana. Al principio no verá nada, a no ser la calle vacía, las fachadas, los árboles, las veredas, los coches estacionados —todo como endurecido, filoso, lleno de reflejos oscuros a causa del aire seco, difícil de respirar, de la noche de invierno. Durante un minuto por lo menos, permanecerá inmóvil, espionando a través de la celosía, y ese minuto será tan largo y monótono que, cuando haya acabado de transcurrir, ya casi ni se acordará de la razón por la cual habrá venido sin hacer ningún ruido hasta la ventana, tanto la calle, con los contornos rectos de las cosas bien recortados en el aire helado, parecerá desierta e incluso abandonada. Ya estará por volverse a recoger el cigarrillo de la muesca del cenicero, cuando verá las sombras moverse un poco en la vereda de enfrente, más livianas que las de las casas y las de las ramas de los árboles pelados que se entrecruzarán contra las fachadas y contra la vereda —«como una telaraña», pensará, con un último reflejo literario, cuyo carácter sobado y convencional le dará un matiz irónico a su pensamiento. Y, como quien revela una fotografía y va percibiendo poco a poco los detalles, él irá descubriendo poco a poco los contornos, las siluetas inconfundibles de hombres armados que corren encogidos a ocultarse o protegerse en los umbrales, detrás de los coches o de los árboles. Igual al viajero que, antes de subir al tren, mete la mano en el bolsillo para verificar que no ha perdido el boleto, él llevará la mano al bolsillito estrecho que se encuentra bajo el cinturón, palpará la cápsula por sobre la tela y, sin dejar de espiar a través de la celosía, empezará a desabotonar el bolsillito. Al ver cruzar en dirección de la casa, rebotando sin hacer ruido contra el asfalto, a dos hombres armados, les dirá, sin proferir una sola palabra, con el pensamiento, como ya es su costumbre: «Ustedes dos, como los que están atrás de los autos y de los árboles, como los que esperan en las esquinas, como los que ya deben estar en la puerta de entrada, en el techo a lo mejor, en el fondo del patio, carecen de realidad, son como fantasmas o como nubes de humo, porque yo tengo la pastilla, la acabo de tocar con la yema de los dedos, la pastilla que anula de un solo clac el *big bang*, la expansión insensata y ciega de sus chafalonías y su pseudoeternidad irrisoria». Y, volviendo un poco a tientas hasta la mesa de luz, y recogiendo de la muesca del cenicero el cigarrillo para darle dos o tres pitadas antes de aplastarlo, se llevará la pastilla a la boca con un gesto tan rápido que antes de morderla, sosteniéndola un instante con los dientes sin hacer presión, deberá

expeler el humo de la última pitada.

Como está llegando a la esquina, Leto gira la cabeza y mira hacia la plaza. La figura blanca del Matemático, que se ha separado de su interlocutor y ha proseguido en diagonal, llega a la esquina casi al mismo tiempo que Leto, a una cuadra de distancia. Y casi al mismo tiempo que Leto también, cruza la calle, internándose en la primera paralela, detrás de la casa de gobierno, y desaparece. A su vez, Leto llega a la vereda de enfrente. Ahora, aparte del edificio colonial del museo histórico, con su techo de tejas, su galería sostenida por columnas de madera labrada, su aljibe —lo llaman de esa manera— pintado de blanco, en el espacio de hierba rala que antecede la entrada, aparte del edificio del museo decíamos, o decía, mejor, como decía nomás hace un momento, ¿no?, un servidor, aparte del edificio del museo no hay ningún otro, y su parte delantera y sus espacios verdes ocupan toda la vereda, hasta la próxima calle, ancha y desierta, más allá de la cual, detrás de palos borrachos, de lapachos florecidos y de timbós en flor, se divisa la iglesia colonial, blanca como el museo y el aljibe —lo llaman así—, y también, como el museo, con su techo de tejas. Cuando llega a la esquina, como debe esperar en el borde de la vereda el paso de un gran ómnibus verde que va a Rosario, Leto observa un momento, en dirección al Este, el edificio del museo etnográfico, en falso estilo colonial que, tratando de parecerse a los otros, no consigue más que acentuar sus diferencias. El ómnibus pasa, tomando la curva del parque Sur, acelerando después de haber aminorado en la bocacalle y Leto alcanza a ver su costado metálico pintado de verde y una hilera de caras pálidas y fugaces, algunas de las cuales le devuelven la mirada a través de las ventanillas. Protegidos, restaurados, expuestos para preservar, contener, incluso representar y aún prolongar el pasado, la iglesia y los museos, envueltos por la ubicuidad insidiosa de la luz matinal, no escapan sin embargo a la extrañeza sin nombre del presente —que podría ser tal vez, y por qué no, el nombre para eso— expuesto y disperso en esa luz, y ya museo tal vez, o incluso desde el principio, con su disposición sempiterna de objetos sin uso específico, o cuanto más arbitrario, sometidos a la variación única y monótona, podría decirse, del latido fugitivo y repetitivo a la estabilidad mineral. Viendo alejarse el colectivo bajo la hilera curva de lapachos florecidos, de un rosa intenso, que bordea el parque, Leto cruza, caminando despacio, en pleno sol, pisando su propia sombra que lo acompaña, cada vez más encogida, sobre las grandes lajas de cemento, agrietado en partes, y salpicado aquí y allá de manchas de lubricante, que recubren la calle ancha y desierta y que Leto deja atrás al tocar, con la suela del zapato, el filo del cordón.

Avanzando por la vereda del parque, deja atrás el espacio de pasto y árboles que precede a la iglesia y empieza a bordear, bajo los primeros lapachos que se levantan en la vereda, la galería lateral del convento. La vereda está llena de flores rosa, aplastadas y podridas o frescas, casi intactas, como si acabasen de caer, y, alzando un poco la cabeza, ve en efecto algunas manchas rosa que, desprendiéndose de los árboles, atraviesan el aire de la vereda y se depositan, plácidas, sobre las baldosas.

Las copas florecidas de los lapachos, sin hojas, compuestas enteramente de flores, hasta que la curva de la calle desaparece muchas decenas de metros más adelante, emiten una especie de luminosidad rosa, cuya proliferación desmedida pero contenida en copas de forma casi idéntica y regular que se confunden unas con otras, formando una especie de larga nube cilíndrica y curva, cuya proliferación desmedida, como decía, ¿no?, en lugar de despertar en él, en Leto, un sentimiento estético, le produce una especie de odio, fugaz sin duda, que lo sorprende, que le gustaría retener en la conciencia para examinarlo y del que cree entrever la causa, sin desde luego nada parecido a palabras, más allá de la inocencia de las plantas, en la servidumbre ciega que las hace, cada año, insignificante pelusa del todo, pueriles y repetitivas, florecer. Brusco, lanzando una risita ante lo absurdo de sus pensamientos, desvía de la vereda y, tomando por uno de los senderos de tierra se interna entre los árboles del parque en dirección al lago. Más allá de la sombra fresca que ahora atraviesa, la claridad de la mañana y el cielo azul relumbran sobre el espacio abierto del lago. De golpe, más frágil de lo que sus objetos de piedra, hierro, asfalto y revoque quieren aparentar, la ciudad, con su entrecruzamiento prolijo y casi primitivo de calles rectas y su estruendo difuso, parece desintegrarse a sus espaldas, entrar también ella, con todas sus presencias improbables en ese lugar sin nombre al que el nombre de pasado, de tal fácil pronunciación, parece cuadrar tan bien, sin que haya sin embargo en el reverso de los sonidos que se expelen al proferirlo o de los rastros de tinta que se dejan al escribirlo, ninguna imagen precisa para representárselo.

Pero Leto no está pensando en eso. Intrigado, tiende, como se dice, el oído hacia un punto preciso del parque, en la orilla del agua tal vez, aunque siga siendo siempre la Misma, ¿no?, de donde provienen quebrando, por decirlo de algún modo, el silencio, unos chillidos agudos y excitados. Cortando por uno de los canteros, Leto se desplaza en dirección de los chillidos y cuando descubre el origen se para, sorprendido, y se pone a observar. Unos pájaros de una especie que él nunca ha visto, entre diez o quince tal vez, bastante grandes, negros en el lomo y en la cola larga y erguida, amarillos en el vientre, con picos largos y negros, con una silueta bastante extraña que a no ser por el tamaño recordaría la de las pajaritas de papel, revolotean y chillan en un punto preciso del parque, entre la rama baja de un árbol, un arbusto que crece en el borde de la barranca y el espacio que se abre entre la barranca y la orilla del lago que Leto, desde donde está parado, no alcanza a ver. Los pájaros revolotean, se asientan, vuelven a levantar vuelo, se alejan y regresan, chillando, aleteando, planeando y volviendo a asentarse sobre las ramas del arbusto o del árbol o incluso en el borde de la barranca. Sus siluetas ridículas de pajaritas de papel no excluyen, a causa de la excitación creciente que los agita, algo de patético. A veces se lanzan en dirección al agua, pero casi en seguida reaparecen, más excitados todavía, más cerca del pánico que de la furia, con precipitación, como si aterrados por haberse atrevido a rozar lo que parece causar su agitación, se alejasen otra vez, contaminados por su esencia mortífera o quemados por su incandescencia. Para no espantarlos, Leto va

acercándose despacio al borde de la barranca, tratando de descubrir lo que causa su revuelo. Pero los pájaros ni notan su presencia. Observándolos de más cerca, Leto verifica que se trata de una especie desconocida para él, desviada, quién sabe por qué razón, de su trayecto migratorio. Agitación, terror, pánico, el revoloteo incesante y febril y los chillidos rápidos, agudos, casi despavoridos, y el vuelo en picada, pero interrumpido una y otra vez por un cambio brusco en dirección contraria hacia el objeto que los motiva —Leto avanza y llega tan cerca de los pájaros que más de una vez tiene que hacerse a un lado para que no lo rocen en su vuelo o se lo lleven por delante. Ahora, desde donde está parado, puede ver por fin el objeto: es una pelota grande de playa, de plástico amarillo, que algún chico ha debido olvidarse el día anterior y que, abandonada en la orilla del lago, enredada entre plantas acuáticas, se mece, despacio, con cada olita imperceptible que llega, periódica, a sacudirla. Entre los chillidos cada vez más excitados y los aleteos frenéticos de los pájaros, indiferentes a su presencia, Leto contempla la esfera amarilla que concentra o expande radiaciones intensas, presencia incontrovertible y al mismo tiempo problemática, concreción amarilla menos consistente que la nada y más misteriosa que la totalidad de lo existente, y después, no sin compasión, viendo el revoloteo enloquecido de los pájaros acrecentarse a su alrededor, él, Leto, ¿no?, que está empezando a derribar los suyos, presiente cuánto les hace falta de extravío, de espanto y de confusión a las especies perdidas para erigir, en la casa de la coincidencia, que también podría ser otro nombre, ¿no?, el santuario, superfluo en más de un sentido, de, como parece que los llaman, sus dioses.

FIN



JUAN JOSÉ SAER (Serodino, Santa Fe, Argentina, 28 de junio de 1937 - París, Francia, 11 de junio de 2005) fue un escritor argentino, considerado uno de los más importantes de la literatura contemporánea de su país y de la literatura en español. Su relevancia quedó reflejada en el hecho de que tres novelas suyas *El entenado*, *La grande* y *Glosa* figuren en la lista confeccionada en 2007 por 81 escritores y críticos latinoamericanos y españoles con los mejores 100 libros en lengua castellana de los últimos 25 años. Sus obras ha sido traducidas al francés, inglés, alemán, italiano, portugués, holandés, sueco, griego y japonés.

Ignorado durante gran parte de su vida creadora, con un programa narrativo riguroso y solitario que lo hizo escribir de espaldas a fenómenos editoriales como el *boom* latinoamericano (al que desdeñó), la obra de Saer ha obtenido, a partir de los años ochenta sobre todo, el reconocimiento de la crítica especializada, tanto en Argentina como en Europa.

Junto con Juan Carlos Onetti, Saer es el escritor rioplatense que más evidencia la influencia de William Faulkner, especialmente en la recurrencia de un espacio ficcional (el condado de Yoknapatawpha en el caso de Faulkner; la ciudad de Santa Fe y la región del Litoral en el caso de Saer) y de un grupo de personajes (Carlos Tomatis, Ángel Leto, Washington Noriega, el Matemático, etc.). Asimismo, Saer toma del norteamericano la prosa trabajada, de oraciones largas, y el trabajo con los puntos de vista, combinándolo con detalladas descripciones de los espacios y la acción narrativa.